JEFFREY ARCHER

LA VISTA GORDA

Una novela de William Warwick

La tercera entrega de la saga policiaca del agente William Warwick contiene todas las emociones a las que el *bestseller* Jeffrey Archer nos tiene acostumbrados: acción, romance, corrupción, sorpresas, traiciones y giros inesperados.

En este nuevo volumen, William Warwick recibirá el encargo de investigar un caso de corrupción dentro del propio Departamento de Policía. Warwick y su equipo seguirán los pasos de Jerry Summers, un detective cuyo estilo de vida está muy por encima de sus posibilidades. La trama se complicará cuando una de las colaboradoras de Warwick se enamore del sospechoso.

Jeffrey Archer.

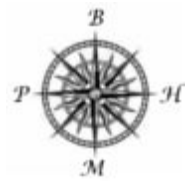
La vista gorda

William Warwick.
3

Título original: *Turn a Blind Eye*
Jeffrey Archer, 2022
Traducción: Maia Figueroa, 2022

-

Revisión: 1.0



28/10/2022

Para Sofía.

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias por sus inestimables consejos e investigación a: Simon Bainbridge, Jonathan Caplan QC, Gillian Green, Alison Prince, Catherine Richards y Johnny van Haeften.
Un agradecimiento especial para la sargento Michelle Roycroft y el superintendente Jefe John Sutherland, ambos Jubilados.

Durante la batalla de Copenhague de 1801, el comandante del buque insignia le hizo una señal a lord Nelson para que dejase de atacar la flota danesa y se retirase.

Nelson se colocó el catalejo en el ojo por el que no veía y dijo: «No veo la señal». De ese modo desobedeció la orden, continuó atacando y ganó la batalla.

Este incidente dio origen a la expresión inglesa «*turn a blind eye*», o «poner el ojo ciego», que en español equivale a «hacer la vista gorda».

1

19 de mayo de 1987

El sargento Warwick parpadeó el primero.

—Deme un buen motivo para no dimitir —dijo con aire desafiante.

—Se me ocurren cuatro —respondió el comandante Hawksby, cosa que sorprendió al sargento.

William podía aportar una, dos, tal vez tres razones, pero no cuatro, y se dio cuenta de que el Halcón lo tenía contra las cuerdas. Sin embargo, confiaba en zafarse de él. Sacó la carta de dimisión del bolsillo interior de la chaqueta y la dejó sobre la mesa. Era un gesto de provocación, puesto que no pensaba entregarla hasta que el comandante desvelase los cuatro motivos. Lo que William no sabía era que su padre había llamado al Halcón esa misma mañana para advertirle que pensaba dimitir y eso le había dado tiempo a su jefe para prepararse de cara al encuentro.

Puesto que había escuchado las sabias palabras de *sir* Julian, el comandante sabía la razón por la que el sargento Warwick se planteaba dimitir. No lo había cogido por sorpresa y su intención era anticiparse al discurso que William había preparado.

—Miles Faulkner, Assem Rashidi y el superintendente Lamont —enumeró el Halcón.

Aquello era el primer servicio, pero no el punto directo.

William no contestó.

—Miles Faulkner, como bien sabes, sigue fugado y, pese a la alerta vigente en todos los puertos, parece haber desaparecido de la faz de la tierra. Necesito que lo saques del agujero en el que se haya

escondido y lo vuelvas a meter entre rejas, tal como le corresponde.

—El sargento Adaja está capacitado para ese trabajo —contestó William, con lo que devolvió la pelota al otro lado de la red.

—Pero las posibilidades serán muchísimo mejor si trabajáis juntos, en equipo, tal como hicisteis en la Operación Caballo de Troya.

—Si Assem Rashidi es su segundo motivo —prosiguió el sargento con la intención de recuperar la ventaja—, le aseguro que el superintendente Lamont ha recabado pruebas más que suficientes para garantizar que no vuelva a ver la luz del día hasta dentro de bastantes años, y estoy seguro de que no necesita que yo le diga lo que hay que hacer.

—Eso sería si Lamont no hubiera dimitido esta mañana —repuso el comandante.

William se sorprendió por segunda vez y no tuvo tiempo de considerar las implicaciones de esa noticia antes de que el Halcón añadiese:

—Ha tenido que sacrificar la pensión, así que quizá no coopere mucho en todo lo que tenga que ver con testificar en el juicio de Rashidi.

—El dinero que encontró en la bolsa vacía de la fábrica de Rashidi se lo compensará con creces —dijo William, que no intentó disimular el sarcasmo.

—En absoluto. Gracias a tu intervención, hemos recuperado el dinero en su totalidad. Y una cosa está clara: lo último que necesito es dos dimisiones en un mismo día.

—Quince a cero —concedió William entre dientes.

—Eres el candidato obvio para el puesto de Lamont como principal testigo de la acusación en el juicio de Rashidi.

Treinta a cero.

William estaba desconcertado y aún no sabía si el Halcón tenía un as en la manga. Resolvió guardar silencio hasta que el comandante hubiese hecho el tercer servicio.

—Hace un rato he ido a ver al comisario —continuó Hawksby tras una pausa breve—, y me ha pedido que cree una unidad nueva cuya responsabilidad será investigar casos de corrupción policial.

—La Metropolitana ya tiene una Unidad Anticorrupción —respondió William.

—Esta será más proactiva y el trabajo será encubierto. El comisario me ha dado carta blanca para seleccionar un equipo con el único propósito de eliminar las malas hierbas, tal como él lo ha dicho. Quiere que seas mi contacto y estés a cargo del día a día de la investigación, que me informes directamente a mí.

—El comisario no me conoce de nada —dijo William para mandar la pelota a la línea de fondo.

—Le he dicho que eres el agente responsable del éxito de la Operación Caballo de Troya.

Cuarenta a cero.

—Si te digo la verdad, es una misión muy poco agradecida —prosiguió el Halcón—. Pasarás gran parte del tiempo investigando a compañeros que solo habrán cometido pequeñas faltas. —El comandante hizo otra pausa antes del siguiente saque—. Sin embargo, tras el incidente de Lamont, el comisario ya no está dispuesto a pasar por alto este problema, y por eso te he recomendado.

William no podía devolver esa volea y le concedió el primer juego.

—Si decides aceptar el puesto —dijo el Halcón—, te estrenarás con esta misión.

Deslizó sobre la mesa una carpeta donde se leía: «confidencial».

William vaciló un momento, ya que era plenamente consciente de que se trataba de otra trampa, pero no pudo resistirse a abrir el archivo. En la primera página aparecía el título impreso en negrita: «Sargento J. R. Summers».

Le tocaba servir a William.

—Estuve en Hendon a la vez que Jerry —dijo William—. Era uno de los muchachos más listos de nuestra quinta. No me sorprende que lo hayan hecho sargento. Enseguida dijeron que lo ascenderían.

—Y con razón. Lo primero que hay que hacer es buscar una excusa creíble para que te pongas en contacto con él; así puedes ganarte su confianza y averiguar si alguna de las acusaciones que un superior ha hecho en su contra cuadra.

Falta de pie.

—Pero, si sabe que estoy en la Unidad Anticorrupción, no es muy probable que me reciba como a un viejo amigo.

—En lo que respecta a todos los que trabajan en este edificio, todavía estás con la Brigada de Estupefacientes, preparando el juicio de Rashidi.

Segundo servicio.

—No es una misión muy tentadora —insinuó William—, por lo de espiar a amigos y compañeros. No sería más que un chivato infiltrado.

—Yo no podría haberlo dicho más claro —respondió el Halcón —. Pero, si sirve de algo, el sargento Adaja y la sargento Roycroft ya forman parte de la unidad y tú puedes seleccionar a dos agentes más para completar el equipo.

Cero a quince.

—Al parecer, olvida que la sargento Roycroft hizo la vista gorda cuando Lamont se quedó con la bolsa de dinero tras la redada de la Operación Caballo de Troya.

—Es que no fue así. La sargento Roycroft redactó un informe exhaustivo destinado solo a mí. Es uno de los motivos por los que he vuelto a nombrarla sargento —contestó el Halcón.

Cero a treinta.

—No me cabe duda de que debería haber sido un informe público —dijo William.

—No mientras me sirviese para convencer a Lamont no solo de devolver el dinero, sino de presentar su dimisión.

Cero a cuarenta.

—Tengo que comentar la oferta con Beth y con mis padres antes de tomar una decisión —dijo William a modo de pausa para beber.

—Lo siento, pero no puede ser —contestó el Halcón—. Si aceptas esta misión tan delicada, no debe saberlo nadie fuera de este despacho. Tu familia tiene que pensar que sigues vinculado a la Brigada de Estupefacientes y que preparas el juicio de Rashidi. Al menos eso tiene la ventaja de ser verdad; porque, hasta que acabe el proceso, estarás haciendo las dos cosas a la vez.

—Me lo pone cada vez peor —repuso William.

—Y aún hay más —dijo el Halcón—. El responsable máximo de las visitas en Pentonville me informa de que hoy por la mañana Rashidi tiene una reunión con nuestro viejo amigo, el señor Booth Watson QC. Así que, como te puedes imaginar, inspector Warwick, lo que parecía un caso cerrado ahora pende de un hilo.

William tardó un momento en darse cuenta de que el comandante le había hecho otro punto directo. Cogió la carta de dimisión y se la guardó en el bolsillo.

—Nos vemos dentro de unos días, Eddie —dijo Miles Faulkner al apearse de una furgoneta sin distintivos para empezar la única parte de su fuga que no había ensayado.

Bajó con precaución por el camino transitado que llevaba hacia la playa. Al cabo de unos cien metros, avistó la punta incandescente de un cigarrillo. Un faro que guiaba al fugitivo para que no embarrancase en las rocas.

Un hombre vestido de negro de los pies a la cabeza caminaba hacia él. Se estrecharon la mano, pero ninguno de los dos dijo nada.

El capitán condujo por la arena a su único pasajero hacia una lancha que se mecía en la orilla. Una vez a bordo, un tripulante encendió el motor y los llevó hacia el yate que los esperaba.

Miles no se relajó hasta que el capitán hubo levado el ancla y zarpado, y no gritó aleluya hasta que habían dejado bien atrás las aguas nacionales. Sabía que, si lo atrapaban, no solo le doblarían la condena, sino que jamás volvería a tener la oportunidad de escapar.

2

El señor Booth Watson QC se sentó frente a su posible nuevo cliente, sacó una carpeta gruesa de su maletín Gladstone y se la puso delante, sobre la mesa de cristal.

—He estudiado su caso con un interés considerable, señor Rashidi —empezó—, y me gustaría hacer un breve repaso de las acusaciones que pesan contra usted y de las posibles defensas.

Rashidi asintió con la cabeza sin apartar la mirada del abogado que tenía delante. Todavía no había decidido si contrataría a BW, como lo llamaba Faulkner. A fin de cuentas, estaba en juego una condena de prisión permanente. Necesitaba un *king charles spaniel* que encandilase al jurado, cruzado con un *rottweiler* que descuartizase a los testigos de la acusación pedazo a pedazo. ¿Era Booth Watson ese animal?

—El objetivo de la acusación será demostrar que usted operaba un imperio de narcóticos de gran escala. Lo acusarán de importar grandes cantidades de heroína, cocaína y otras sustancias ilegales, y de obtener beneficios de millones de libras gracias a ellas; también de controlar una red criminal de agentes, vendedores y transportistas. Yo argüiré que usted no es más que un testigo inocente atrapado en el fuego cruzado durante una redada de la Metropolitana y que está consternadísimo desde que se enteró para qué usaban las instalaciones.

—¿Puede escoger el jurado? —preguntó Rashidi.

—En este país, no —respondió Booth Watson con firmeza.

—¿Qué me dice del juez? ¿Se le puede sobornar? ¿O chantajear?

—No. Sin embargo, hace poco descubrí algo en relación con el juez Whittaker que podría resultarle vergonzoso y, por lo tanto, útil para nosotros. No obstante, antes tengo que asegurarme.

—¿Algo como qué? —exigió saber Rashidi.

—No estoy dispuesto a divulgarlo hasta que decida si quiero representarlo.

A Rashidi no se le había pasado por la cabeza que Booth Watson no se dejase comprar. Siempre había pensado que los abogados eran igual que las prostitutas de la calle y que solo hacía falta regatear para acordar el precio.

—Mientras tanto, vamos a emplear el poco tiempo que tenemos en revisar al detalle las acusaciones, además de la posible defensa.

Dos horas más tarde, Rashidi se había decidido. La atención minuciosa y exhaustiva que Booth Watson les prestaba a los detalles y a la manera en que se podía retorcer las leyes sin llegar a violarlas le había dejado claro por qué Miles Faulkner hablaba tan bien de él. Pero ¿estaría dispuesto a defenderlo a pesar de que no tenía ninguna defensa creíble?

—Como usted ya sabe, la Fiscalía ha fijado el 15 de septiembre como fecha provisional de su juicio en el Old Bailey —dijo Booth Watson.

—En ese caso, tendré que reunirme con usted de forma habitual.

—Mis honorarios son cien libras la hora.

—Le pagaré diez mil por adelantado.

—El juicio podría durar varios días, tal vez semanas. Solo los honorarios complementarios podrían ser considerables.

—Pues que sean veinte mil —dijo Rashidi.

Booth Watson asintió en silencio.

—Hay otra cosa que debe saber —prosiguió—. El representante de la acusación será *sir* Julian Warwick QC y su hija Grace le hará de ayudante.

—Y no me cabe duda de que su hijo querrá testificar.

—Si no lo hace —respondió Booth Watson con firmeza—, usted habrá perdido incluso antes de que empiece el juicio.

—En ese caso, tendré que concederle una suspensión de la ejecución; al menos hasta que usted lo destroce en el estrado.

—Tal vez no llegue a interrogar al escolano, a quien el apodo le va como anillo al dedo. No, yo quiero que el jurado se acuerde del antiguo superintendente Lamont, que no es precisamente un santo, y no del sargento William Warwick —dijo Booth Watson justo cuando se abría la puerta y entraba el funcionario de prisiones.

—Cinco minutos más, señor. Ya se han pasado de la hora.

Booth Watson asintió con la cabeza.

—¿Tiene alguna pregunta más, señor Rashidi? —preguntó después de que el funcionario cerrase la puerta.

—¿Ha sabido algo de Miles?

—El señor Faulkner ya no es cliente mío. —Booth Watson vaciló un momento antes de añadir—: ¿Por qué lo pregunta?

—Tengo una propuesta de negocio que podría interesarle.

—Podría darme la información a mí —dijo Booth Watson, y de ese modo desveló que Faulkner y él seguían en contacto.

—Las acciones de mi empresa Marcel y Neffe se desplomaron después de la mala prensa que siguió a mi detención. Necesito que alguien me compre el cincuenta y uno por ciento de las acciones al precio actual de mercado, ya que yo no puedo comprar ni vender en bolsa mientras estoy en la cárcel. Le pagaré el doble por ellas el día que salga.

—Pero podría pasar mucho tiempo.

—Le pagaré el doble a usted para sacarme.

Booth Watson asintió de nuevo y con ello demostró que sí era una prostituta, si bien una muy cara.

William no resistió la tentación de volver a Brixton en autobús. Solo que en esa ocasión no lo acompañaban cuarenta agentes armados con la firme intención de destruir el cártel de narcotráfico más grande de la capital, sino una multitud de amas de casa que iban a hacer la compra.

Durante el viaje observó algunas de las vistas que recordaba de la Operación Caballo de Troya, que se había llevado a cabo el día anterior. La diferencia era que ese autobús se detenía en todas las paradas para que subieran o bajaran diferentes pasajeros, y el piso superior no se había convertido en un centro de mando desde donde el Halcón supervisaba la mayor redada de narcóticos de la historia de la Metropolitana.

Aparecieron dos torres de apartamentos. En la siguiente parada, William bajó la escalera al trote, se apeó del autobús de un salto y encontró a su compañera, la sargento Jackie Roycroft, sentada bajo la marquesina, esperándolo. Esa vez no había ningún vigía apostado

de forma estratégica para impedirles la entrada al edificio.

Cuando se acercaban al bloque B, se cruzaron con una señora mayor que empujaba un carrito lleno de bolsas pesadas. William sintió lástima, pero algo le hizo volver la cabeza y mirarla de nuevo antes de continuar hacia el edificio. La sargento Roycroft y él se subieron al ascensor sin que ningún gorila les impidiera el paso, y ella pulsó el botón de la planta veintitrés.

—Los de la científica ya han peinado y repeinado las instalaciones y ha sido en balde. Pero el Halcón cree que deberíamos inspeccionarlas mejor, por si se les ha escapado algo. Se marcharon al amanecer —le dijo Jackie.

—«No tengo ni idea de cuándo podría ser —recitó William lentamente—, pero estoy seguro de que debe de ser muy desagradable».

—Venga, suéltalo ya —repuso Jackie.

—*Sir* Harcourt Courtly dirigiéndose a *lady* Gay Spanker en *London Assurance*. —Al ver que Jackie lo miraba con cara de póquer, añadió—: Es una obra de teatro de Boucicault.

—Gracias por ese dato tan relevante —dijo Jackie cuando salían al pasillo.

Allí, encontraron una puerta gruesa apoyada en la pared.

El de mantenimiento no se había molestado en abrir los distintos cerrojos, sino que directamente había sacado la puerta del quicio y el resultado parecía la entrada a una cueva. ¿La cueva de Aladino?

—Buen trabajo, Jim —dijo William.

Entraron en un apartamento que, de ubicarse en el barrio de Mayfair, no habría parecido fuera de lugar. Todas las habitaciones estaban repletas de mobiliario moderno y elegante, la moqueta era tan mullida que los agentes se hundían en ella al pisarla; de todas las paredes colgaban cuadros de pintura contemporánea, entre los que había obras de Bridget Riley, David Hockney y Allen Jones. Por todo el apartamento se repartía una cantidad generosa de obras de cristal de Lalique que recordaban que Rashidi se había criado en Francia. William no pudo evitar preguntarse cómo era posible que un hombre tan culto hubiera acabado siendo tan malo.

Jackie se dedicó a registrar el salón buscando indicios de drogas, mientras que William se centró en el dormitorio principal. No tardó en admitir que los de la científica habían hecho un trabajo

exhaustivo, aunque lo desconcertaba que allí no hubiera ninguno de los objetos del día a día que cualquiera esperaría encontrar en un apartamento habitado: no vio ni un solo peine ni un cepillo del pelo ni de dientes ni jabón. Solo había un armario con una hilera de trajes de Savile Row y una docena de camisas hechas a mano de la marca Pink, de Jermyn Street, que parecían recién llegadas de la tintorería. Nada que Booth Watson no pudiese rechazar arguyendo que no pertenecían a su cliente. Pero entonces vio las iniciales «A. R.» bordadas en el bolsillo interior de una de las chaquetas de traje. ¿Podría renegar Booth Watson de eso con la misma facilidad? William dobló la chaqueta con cuidado y la metió en una bolsa de pruebas.

Lo siguiente que le llamó la atención fue una fotografía que había en un marco de plata con una letra A mayúscula muy ornamentada; estaba junto a la mesita de noche y la imagen parecía tomada no en Brixton, sino en Bond Street. La cogió y se fijó bien en la mujer de la foto.

—Te pillé —dijo, y metió el marco de plata maciza en otra bolsa de pruebas.

Después de anotar el número del teléfono que había al otro lado de la cama, se puso a examinar los cuadros de las paredes. Eran caros y modernos, pero no servían como pruebas, a menos que diese la casualidad de que Rashidi se los había comprado a algún marchante reputado que estuviera dispuesto a desvelar el nombre de su cliente en una comparecencia judicial como testigo de la acusación. No era muy probable. Al fin y al cabo, no le convenía. La fotografía del marco de plata seguía siendo la mejor baza de que disponía William.

Hizo una pausa para admirar el retrato que Warhol había hecho de Marilyn Monroe y que los de la policía científica habían dejado en el suelo para destapar una caja fuerte que estaba sin abrir. Fue de inmediato a por Jim, de mantenimiento, y este acudió con un juego de llaves que le habría encantado a Fagin, de *Oliver Twist*. Abrió la caja fuerte en cuestión de minutos. William abrió la puerta y vio que el interior estaba vacío.

—Maldito sea. Debió de vernos venir.

De pronto, se acordó de la señora con la que se habían cruzado un rato antes, la que empujaba un carrito cargado de bolsas. Sabía

que tenía algo que le había parecido raro y en ese momento se dio cuenta de qué era. Todos los elementos del personaje cuadraban, a excepción del calzado: el último modelo de zapatillas Nike.

—Maldita sea —repitió cuando Jackie se asomó al dormitorio.

—¿Has encontrado algo que merezca la pena? —le preguntó ella —. Porque yo no.

Con una floritura, William le enseñó la bolsa que contenía la fotografía con el marco de plata.

—Juego, set y partido —dijo Jackie, y bromeó con un saludo militar.

—Juego sí —repuso William— y puede que hasta set. Pero mientras Booth Watson comparezca en el Old Bailey como defensa de Rashidi, el partido está aún por decidir.

Nadie estaba dispuesto a sentarse a su mesa hasta convencerse de que no volvería.

El tercer día tras la fuga de Faulkner, cuando Rashidi bajó al comedor a desayunar, se sentó a la cabeza de la mesa vacía e invitó a dos de sus amigos a sentarse con él: Tulipán y Ross.

—A estas alturas Miles ya habrá salido del país —dijo Rashidi mientras un funcionario de prisiones le ponía delante un plato de huevos con beicon. Era el único recluso al que le quitaban la corteza del beicon. Otro funcionario le entregó un ejemplar del *Financial Times*. El personal de la cárcel no había tardado en aceptar que el antiguo rey se había marchado y que ahora había un nuevo monarca en el trono. Los cortesanos no se alarmaban, puesto que el nuevo rey era el sucesor natural de Faulkner; y había una cosa que importaba aún más: él se ocuparía de que ninguno perdiese sus privilegios.

Rashidi le echó un vistazo a las cotizaciones del mercado de valores y frunció el ceño. Las acciones de Marcel y Neffe habían caído otros diez peniques de la noche a la mañana y, en consecuencia, su empresa era susceptible de que la adquiriese otra compañía. No podía hacer nada al respecto, a pesar de estar tan solo a unos tres kilómetros de la Bolsa.

—¿Malas noticias, jefe? —preguntó Tulipán mientras pinchaba una salchicha y se la metía en la boca.

—Alguien intenta dejarme sin negocio —dijo Rashidi—. Pero mi abogado lo tiene todo controlado.

El Hombre Marlboro asintió con la cabeza. Casi nunca hablaba, solo hacía alguna pregunta de vez en cuando. Si indagaba demasiado, Rashidi sospecharía de él, tal como le había advertido el Halcón a su agente infiltrado. «Limítate a escuchar y conseguirás pruebas de sobra para garantizar que no lo suelten en mucho tiempo».

—¿Qué se sabe del problema de suministro? —preguntó Rashidi.

—Está controlado —le aseguró Tulipán—. Estamos ganando un poco más de mil a la semana.

—¿Qué pasa con Boyle? Al parecer, todavía suministra a todos sus antiguos clientes y eso se me come los beneficios.

—Ya no será un problema, jefe. Lo van a transferir a la prisión de la isla de Wight.

—¿Cómo habéis hecho eso?

—El funcionario que se encarga de las transferencias debe un par de meses de la hipoteca —dijo Tulipán, sin más explicaciones.

—Pues págale el mes que viene por adelantado —dijo Rashidi—. Porque Boyle no es el único recluso que quiero que transfieran y hacerlo así es menos arriesgado que la alternativa. ¿Y tú, Ross? ¿Cuándo nos dejas?

—La semana que viene me mandan a Ford, jefe; a la prisión de régimen abierto. A menos que prefiera que me quede.

—No, te necesito en la calle lo antes posible. Me eres mucho más útil fuera.

3

En la cárcel, los judíos y los musulmanes son los únicos que se toman la religión en serio. Sin embargo, son los cristianos los que acuden en masa a los oficios.

Todos los domingos por la mañana, la capilla de la prisión se llena de pecadores que no solo no creen en Dios, sino que en la mayoría de los casos nunca ha ido a misa. Pero, teniendo en cuenta que la asistencia al oficio implica salir de la celda durante más de una hora, ven la luz y se unen a una congregación que los domingos por la mañana es una de las más grandes de la ciudad de Londres.

Hace falta casi todo el personal de la prisión para acompañar a los setecientos conversos desde sus celdas hasta la capilla que hay en el sótano, donde el capellán recibe a su rebaño de ovejas negras con la señal de la cruz y no empieza el sermón hasta que el último recluso ha tomado asiento.

La capilla es la sala más grande de toda la prisión. Es semicircular y tiene veintiuna hileras de bancos de madera colocados ante un altar dominado por una gran cruz del mismo material. La mayoría de los presos saben cuál es su sitio y las dos primeras filas se llenan con las pocas ovejas blancas que están allí para orar. Durante la plegaria, se arrodillan y gritan aleluya siempre que el capellán menciona a Dios. Además, prestan atención durante el sermón. El resto del rebaño, que es la gran mayoría, no hace nada de eso. Tienen también su propia jerarquía y, a diferencia de cualquier otro lugar de culto un domingo por la mañana, los asientos más buscados son los de atrás.

Los que ostentan más poder se sientan en la última fila y gestionan sus negocios con los que se sientan delante de ellos. Assem Rashidi se situaba en el centro de la última hilera de bancos,

un lugar que hasta hacía muy poco era el de Miles Faulkner. Tulipán ocupaba el asiento a su izquierda, y Ross a la derecha.

Las notas circulaban hacia atrás sin cesar con detalles sobre las peticiones de los presos para la semana siguiente: la droga, el alcohol y las revistas pornográficas eran los artículos más demandados, aunque había un recluso que lo único que pedía era un tarro de Marmite.

—El primer himno de esta mañana —declaró el capellán— es «Ser peregrino». Lo encontraréis en la página doscientos once del libro de cánticos.

Los peregrinos de las dos primeras filas se levantaron y cantaron con voz entusiasta, entregados de todo corazón, mientras que los traficantes del fondo, a quien no cabe duda de que Jesucristo habría expulsado del templo, continuaban traficando.

—Tres de *crack* para la celda 44 —dijo Tulipán después de desplegar una hoja de papel—. Treinta libras.

No había gran cosa que Rashidi no fuera capaz de suministrar, siempre y cuando el pago se abonase antes del domingo. En la cárcel, no se le fía a nadie más de siete días. Tres de los guardias hacían las veces de mensajeros y en una sola jornada ganaban más que con la nómina de una semana. Dos de ellos eran los responsables de introducir la mercancía en la prisión, mientras que el tercero, el que era de más confianza, les cobraba el dinero a las esposas, las novias, los hermanos, las hermanas y hasta las madres.

«Ser peregrino…».

La congregación se sentó de nuevo y un joven preso antillano salió a leer la primera lectura.

—Y vi la luz…

Tulipán le entregó a su jefe otro pedido: una papelina de heroína.

—El cabrón todavía no ha soltado lo de las dos últimas semanas. ¿Lo pillamos en la ducha?

—No —respondió Rashidi con firmeza—. Dejad de suministrarle; así sabremos enseguida si tiene dinero fuera de la cárcel.

Tulipán puso cara de decepción.

—Creo que uno de los mensajeros se queda una parte —dijo—, porque la semana pasada hubo doscientas libras menos de beneficios. ¿Qué quiere que haga al respecto, jefe?

—Déjale bien claro que, si vuelve a pasar, el director se encontrará en la mesa un informe anónimo y sus dos fuentes de ingresos se secarán de la noche a la mañana.

—¿Alguna cosa más, jefe? —preguntó Tulipán después del último pedido.

—Sí. La semana pasada la cena me llegó tibia todas las noches, así que cambialos proveedores.

—De acuerdo —dijo Tulipán.

Los miembros de la congregación volvieron a sentarse.

—El texto de mi sermón de esta semana —entonó el capellán— es del Éxodo, capítulo treinta y cuatro. Cuando Moisés bajó de la montaña del Sinaí…

—¿Alguna novedad sobre el sargento Warwick?

—No le queda mucho en este mundo —respondió Tulipán—. Ojalá pudiera encargarme en persona de eso.

—Primero tiene que acabar el juicio. Después te ocupas del sargento Warwick. Haz que sea una muerte lenta y dolorosa, para que sus colegas se lo piensen dos veces antes de hacerme enfadar.

Ross sintió náuseas.

—No matarás —dijo el capellán.

—Amén —contestó Ross en voz baja.

—Oremos —continuó el capellán.

Los ocupantes de las dos primeras filas se arrodillaron.

—Dios todopoderoso…

—Cuando llegue el momento —dijo Rashidi—, mándale una docena de rosas a su viuda, y que no le quede ninguna duda de quién se las manda.

Ross escuchaba con atención todo lo que se decían. Tenía que enviarle un mensaje al Halcón lo antes posible para que Warwick estuviese sobre aviso. Igual que Rashidi, él también contaba con un funcionario de prisiones de confianza a través de quien podía enviar mensajes al exterior, aunque, en su caso, el funcionario no esperaba ninguna compensación. Después del desayuno del día siguiente, Ross tenía que asegurarse de que le tocase limpiar el pasillo donde estaba el despacho del supervisor Rose.

—La semana que viene, cuando te manden a Ford en régimen abierto —dijo Rashidi, e interrumpió las reflexiones de Ross—, ponte en contacto con Benson, que es el que controla el suministro

de drogas de esa cárcel, y avísalo de que, si no me da mi parte, no transferirán más yonquis a Ford.

Ross asintió con la cabeza.

—¿Alguna cosa más, jefe? —preguntó Tulipán.

—Sí. ¿Has solucionado mi otro problema? —dijo Rashidi, y se volvió hacia Tulipán.

—Por supuesto, jefe, pero no va a salir barato. Varios de los guardias esperan una mordida.

—Págales. Es un lujo que no estoy dispuesto a sacrificar.

—En ese caso, le llevarán una prostituta a la celda poco después de que apaguen las luces.

—¿Hay novedades de Faulkner? —quiso saber Ross, consciente de que todas las pistas que tenía el Halcón se habían enfriado.

—Acaban de ofrecerme su celda, así que creo que podemos dar por sentado que a estas alturas está fuera del país. Mañana por la mañana tengo otra cita con su abogado, así que quizá averigüe algo más.

Después de su intervención, Ross continuó escuchando.

—¿Ya hay fecha para el juicio? —preguntó Tulipán.

—El 15 de septiembre. Y mañana sabré cuántas pruebas han conseguido con el registro de mi apartamento.

Ross sabía exactamente cuántas pruebas tenían; sabía incluso de quién era la fotografía del marco de plata.

—¿Podré cambiarme a su celda cuando se mude a la de Faulkner? —quiso saber Tulipán.

—Cuenta con ello —respondió Rashidi, que sabía de recompensas tanto como de castigos.

Le hizo una señal a uno de los guardias para que supiese que quería hablar con él después del oficio.

—La bendición de Dios todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

—Amén —dijeron los tres al unísono.

—¿Cómo están los mellizos? —preguntó Christina.

—Hoy en día no duermo mucho —admitió Beth, que empujaba el carrito por Hyde Park mientras paseaban—. Cuando quieren algo, parece que trabajen en equipo. Estoy agotada de forma perpetua y,

de pronto, admiro muchísimo a mis padres.

—Qué envidia —dijo Christina, y miró a los mellizos con anhelo —. ¿Qué tal lleva William lo de las responsabilidades añadidas?

—Cuando está en casa es maravilloso, pero, si yo quiero seguir trabajando en el museo, tendremos que contratar a una niñera a tiempo completo, y eso nos costará casi lo mismo que gano yo.

—El gasto valdrá la pena —dijo Christina—, sobre todo si así William tiene más tiempo para localizar a mi marido, que parece que ha desaparecido en el mar.

—No puede hacer gran cosa en cuanto a Miles; al menos mientras esté preparando el juicio de Rashidi.

—Si la mitad de las cosas que dice la prensa sobre él son verdad, espero que se pudra en el infierno.

—Donde se reencontrará con Miles, sin lugar a dudas —repuso Beth.

—¿Crees que coincidieron en Pentonville?

—William está convencido de que sí, sobre todo porque Booth Watson va a representar a Rashidi en el juicio. Y a ese hombre no le permitirán asistir al funeral de su madre, entre otras cosas porque está vivita y coleando. Aunque William me ha dicho que no ha visitado a su hijo ni una sola vez.

—A lo mejor encuentra otra forma de escapar.

—Imposible. Te aseguro que, después de la que montó Miles en el trayecto de la cárcel al Old Bailey, a Rashidi lo acompañará un pequeño ejército.

—Miles siempre fue varios pasos por delante de la policía. Estoy convencida de que planeó la fuga como una operación militar y te aseguro que no dejó nada al azar.

Beth no respondió. A pesar de que consideraba a Christina su amiga, era muy consciente de que William no se fiaba de ella. Por la mañana, antes de marcharse, William le había sugerido que la escuchase bien, ya que era muy posible que Christina dijese algo de lo que se podría arrepentir más adelante.

—No es coincidencia que el día antes de que se fugara del funeral de su madre —continuó Christina—, el yate de Miles zarpase desde Montecarlo en dirección a la costa de Inglaterra.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno de los tripulantes de cubierta regresó a Montecarlo

después de atracar en Nueva York y me pasó el parte. Si tuviera que apostar, diría que no volveréis a saber de Miles.

Beth se acordó de que el marido de Christina tenía un apartamento en Nueva York.

—¿Qué pasa con la colección de arte? —preguntó.

—La colección cuya mitad, en teoría, me pertenece. Pues me imagino que no volveré a ver esos tesoros. Voy peinando todos los catálogos de las principales casas de subastas por si alguna de las obras sale a la venta, pero de momento no he visto nada.

—¿Y el apartamento de Eaton Square? —preguntó Beth cuando ya llegaban al lago Serpentine del parque.

—El contrato caduca dentro de un par de meses y mi intención es renovarlo.

—¿Y cómo puedes permitírtelo si Miles se ha fugado con todo?

—Porque cuando mi querido marido quemó la casa de campo pensando que me dejaría sin blanca, pasó por alto un pequeño detalle.

—No te sigo —dijo Beth.

Christina la relevó y se puso a empujar el carro por el vial Rotten Row del parque.

—Mi agente inmobiliario me llamó la semana pasada y me comunicó que el ayuntamiento ha concedido el permiso para construir doce casas en el terreno de la finca. Ya le han ofrecido medio millón de libras por las tierras, y eso que todavía no ha salido al mercado.

—Con eso resolverías tus problemas más inmediatos.

—Es posible. Pero no pienso celebrar nada hasta que Miles vuelva a estar encerrado, a poder ser en solitario, y hasta que la mitad de los cuadros estén en mi apartamento.

—Por no hablar del Vermeer que le robó al Fitzmolean —dijo Beth.

Miró la hora cuando llegaban a Albert Crescent.

—No te olvides de decirle a William que no pierda el tiempo buscando a Miles —dijo Christina cuando se despedían—. Que se concentre en los cuadros. Si los encuentra, puede estar seguro de que él no estará lejos.

Beth detuvo el carro de golpe, y Artemisia rompió a llorar. Peter se unió al cabo de un momento. ¿Era esa la frase que William

esperaba, la frase de la que Christina podría arrepentirse?

—¿William?

William levantó la mirada y vio al sargento Summers empujar la puerta batiente del comedor.

—¿Jerry? ¿Qué haces aquí? —preguntó, a pesar de que lo sabía de sobra.

—Lo mismo que tú, supongo. Voy a dar una charla sobre la tarea de un humilde policía en una zona rural, en lugar de uno que triunfa en Scotland Yard.

—A mí no me mires. Yo voy a hacerles una introducción a las drogas a un grupo de novatos que acaban de salir del instituto; no sabrían qué son las drogas ni si las tuvieran delante.

William cogió un maletín y lo puso en la mesa. Lo abrió y dejó a la vista una docena de cajitas de plástico donde había muestras de todas las drogas ilegales que existían, desde la heroína a pastillas de éxtasis.

—No veas —dijo Summers, y se sirvió un té—. Pero no es tan impresionante como lo de pillar de una vez al villano de Rashidi y meterlo entre rejas. Espero que tengas suficientes pruebas para condenarlo, porque me han dicho que es escurridizo como una anguila. Que no te quepa duda de que contratará a los mejores abogados que haya.

—¿Lo conoces? —le preguntó William.

—Solo de oídas. Pero tiene un par de esbirros de mierda que trabajan en Romford y en Barking. Hemos detectado que se les ha cortado la cadena de suministro, gracias a ti y al superintendente Lamont.

—¿De qué conoces a Lamont?

—Fue mi primer jefe cuando empecé a patrullar por Romford. Un par de años después lo transfirieron a Scotland Yard, así que no lo veo desde entonces. ¿Cómo está ese cabrón?

—Se ha prejubilado, así que últimamente no sé nada de él.

—¿Y eso? —preguntó Summers, casi para sí—. No debían de faltarle más que uno o dos años para tener derecho a la pensión completa.

Se echó un par de terrones de azúcar al té antes de preguntar:

—¿Qué se siente estando en el filo de la navaja?

—Pues me paso la mitad del tiempo rellenando formularios y

deteniendo a drogadictos que deberían estar en el hospital, no en la cárcel. Pero, si te encuentras con el nuevo proveedor de Romford, avísame.

—Échales un vistazo a la familia Payne —le dijo el sargento Summers—. Controlan el suministro de drogas de mi zona, pero no tienen la infraestructura para hacerse con el imperio de Rashidi. De hecho, seguro que están rezando por que se libre. Es que, sin el tiburón, los pececitos no comen.

William anotó un dato que ya conocía e hizo una nota mental: Summers no había mencionado a la familia Turner.

—Enhorabuena, por cierto —dijo Summers, y eligió la galleta de chocolate entre las que había—. He oído que eres el primero de nuestra quinta que llega a inspector. Aunque tampoco le sorprende a nadie.

—Los ascensos tienen alguna desventaja —contestó William, y suspiró, aunque con la esperanza de no haber sonado demasiado exagerado.

—¿Como cuáles? —preguntó Summers, que había mordido el anzuelo.

—A los inspectores no les pagan muchas horas extra, pero se espera que hagamos las mismas horas.

—Forma parte del trato si quieres estar en la categoría superior —dijo Summers—. Es una de las principales razones por las que yo ya estoy bien donde estoy. ¿Te has casado?

—Sí, y tenemos mellizos. Así que, a pesar del ascenso, llegamos justos a fin de mes —contestó William con la esperanza de tentarlo a cometer una indiscreción.

—Por eso yo sigo siendo soltero —repuso Summers—. Bueno, será mejor que me vaya, empiezo dentro de cinco minutos —añadió, y se acabó el té antes de coger la última galleta de chocolate—. Si oigo por ahí quién es el nuevo proveedor, te doy un telefonazo.

Se estrecharon la mano, y Jerry se fue al aula. William no estaba seguro de si ese encuentro supuestamente fortuito había sido útil. El Halcón había conseguido que ambos entrasen en el programa de charlas que recibía la nueva remesa de estudiantes de Hendon para que se encontrasen allí sin que pareciera demasiado forzado. De todos modos, hasta que Summers hizo su aparición en el comedor,

William había tenido que esperar más de una hora con un té que se le había quedado frío. Y cuando se marchó no estaba convencido de que fuese a saber más de él.

El Halcón ya había puesto al sargento Adaja y a la agente Nick Bailey, una recluta muy reciente, a vigilar a Summers las veinticuatro horas del día. Bailey patrullaba las calles de Romford como agente de a pie, mientras que Adaja estaba de incógnito. En Scotland Yard, la sargento Jackie Roycroft continuaba trabajando con William y con la otra nueva miembro del equipo: la agente Rebecca Pankhurst, que los tenía a todos a golpe de pito.

El Halcón quería saber quiénes eran los amigos de Summers, con quién quedaba después del trabajo, si en su expediente había cosas sin explicación. ¿Tenía un confidente? ¿Quién había sido su última novia? ¿Era una policía?

Adaja y Bailey habían conseguido respuestas para algunas de esas preguntas en cuestión de días, pero otras seguían siendo un misterio.

Summers era soltero, pero tras intercambiar anécdotas en el comedor, la agente Bailey había informado de que no faltaban las agentes dispuestas a sucumbir ante los encantos del joven policía. También le contó a William que Summers tenía un historial impresionante de detenciones de ladrones y que nadie superaba su historial de detenciones en general. ¿Era posible que investigasen al hombre equivocado?

William escribió el informe sobre el encuentro con Summers en el trayecto en metro hacia Victoria y pensaba dejarlo sobre la mesa del comandante antes de irse a casa.

El Halcón le había dicho que plantase la semilla, nada más. «Porque, si cree que a lo mejor tienes problemas económicos, quizá se ponga en contacto contigo antes de lo que piensas».

No era muy probable, pensó William, dado que era Jerry Summers el que le había puesto el mote de escolano cuando estaban haciendo la formación en Hendon.

—¿Superintendente Lamont?

—¿Quién lo pregunta?

—El sargento Jerry Summers, señor. No creo que se acuerde de

mí, pero…

—Susurros Summers —dijo Lamont, y se rio—. ¿Cómo voy a olvidarme? Gracias al trabajo que hiciste infiltrado encerramos a casi toda la banda de los Payne. ¿A qué se debe la llamada?

—He oído que se ha prejubilado, señor.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El inspector Warwick. La semana pasada dimos un par de charlas a los reclutas de Hendon.

—No me digas. ¿Y qué más te chivó ese capullo?

—No mucho. De hecho, cerró el pico en cuanto le conté que usted fue mi primer jefe.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Oiga, me preguntaba si ya tiene otro trabajo; nunca me ha parecido de los que se jubilan.

—Tengo un par de asuntos entre manos —respondió Lamont—. Pero eso no quiere decir que no esté abierto a propuestas.

—Me alegro de oírlo, señor. Porque quizá tenga algo que podría interesarle. Es mejor no hablar del tema por teléfono. ¿Podríamos quedar en privado en algún lugar?

4

—¿Quiere sentarse, señor? —le preguntó una joven dispuesta a cederle el asiento.

—No, gracias —respondió el comandante.

Se tocó el ala del sombrero de fieltro y de pronto el cuerpo le recordó lo viejo que era. «Maldita sea —pensó—, no tengo ni sesenta», pero tuvo que admitir que su hija era mayor que aquella joven considerada.

Varios pasajeros se bajaron en la siguiente parada, y el Halcón pudo sentarse. Desplegó el periódico de la mañana, «la policía controla un piquete en Wapping», decía el titular principal. Empezó a leer la noticia, pero se le fue la cabeza a la reunión que estaba a punto de tener. Ross Hogan, su agente infiltrado, había salido de la prisión de Ford hacía poco, así que repasó las preguntas para las que necesitaba respuesta. Se sentía como un niño a punto de abrir un regalo de Navidad después de haber esperado mucho tiempo. En la siguiente parada se levantó y le ofreció su asiento a una anciana, y ella lo aceptó encantada. Aún no estaba muerto.

Cuando el metro se detuvo en la estación de Victoria, el Halcón fue de los primeros en bajar y unirse al torrente de personas que corrían como zombis hacia las escaleras mecánicas. Le mostró el pase al revisor que estaba en los tornos y salió a la luz brillante de la mañana.

Intentó ordenar las ideas mientras andaba despacio por Victoria Street en dirección a Scotland Yard. Pero a mitad de camino giró a la derecha, dejó atrás el bullicio de la acera y entró en una pequeña plaza tranquila donde se alzaba una catedral magnífica. Sin hacer caso de los pocos fieles y de los curiosos que se dirigían hacia la entrada del principal lugar de culto de la Iglesia católica en

Inglaterra y Gales, recorrió el lateral derecho del vasto edificio de ladrillos de color rojizo y crema y no se detuvo hasta que alcanzó una entrada discreta que tan solo usaban los sacerdotes y los coristas.

Abrió la puerta y entró, convencido de que mientras se comportase como si no estuviera fuera de lugar, nadie cuestionaría su presencia. Cuando iba de camino a la sacristía, una limpiadora que frotaba el suelo de piedra arrodillada levantó la mirada.

—Buenos días, hija mía —le dijo.

—Buenos días, padre —respondió ella al tiempo que él pasaba de largo con prisas.

Al entrar en la sacristía, fue a la taquilla del fondo y la abrió. Se quitó la chaqueta y la corbata, se puso una casaca larga de color negro, una sobrepelliz blanca, un alzacuellos y una estola con los que se transformó de comandante a canónigo. Al menos era católico y ese engaño ocasional contaba con la aprobación del cardenal arzobispo de Westminster, si no del Señor.

Se echó un vistazo rápido en el espejo largo de la pared antes de salir a la catedral. Anduvo despacio hacia la capilla de Nuestra Señora; los curas, a diferencia de los policías, no van con prisas. Salió a la nave y se dirigió al relieve de bronce de san Benedicto, que lo miraba desde arriba como siempre. Se alegró de ver que el confesionario estaba desocupado. Entró, corrió la cortinilla roja para indicar que estaba operativo y se preparó para recibir a un parroquiano en concreto que, como bien sabía, buscaba absolución y no lo haría esperar mucho rato.

Momentos después, oyó que alguien entraba en el confesionario y una voz conocida le habló a través de la rejilla que los separaba.

—Padre, he pecado y busco el perdón del Señor.

—¿Cuándo te confesaste por última vez, hijo mío?

—Hace más de seis meses, padre. Durante ese tiempo he cometido un pecado grave: todos los domingos por la mañana he asistido a un oficio anglicano.

El comandante se alegró de ver que su agente infiltrado no había perdido el sentido del humor.

—¿Y qué has aprendido de esa experiencia tan desafortunada, hijo mío?

—Que el demonio en persona representará a Assem Rashidi

cuando comparezca ante el juez el mes que viene.

—Ya estaba al tanto de eso, hijo mío —dijo el Halcón—. Los caminos del Señor son inescrutables. ¿Has averiguado si el señor Booth Watson cree posible librar a su cliente de las distintas acusaciones?

—Está seguro de que lo librará de la más seria: la de liderar un cártel de narcotráfico; según él, no existen suficientes pruebas para convencer al jurado.

—Tenemos pruebas de sobra —repuso el Halcón—, cosa que descubrirá cuando vea la lista de objetos que vamos a presentarle al jurado.

—Pero Rashidi me ha asegurado que vaciaron el apartamento de todas las pruebas incriminatorias justo antes de que apareciesen los chicos.

—Se dejaron un montón de trajes hechos a medida en el armario y una docena de camisas hechas a mano, y da la casualidad de que son de su talla.

—También le quedarían estupendas a miles de personas inocentes, tal como señalará Booth Watson. Y dirá que no tienen pruebas de que Rashidi era el propietario del apartamento ni de que vivía allí.

—Pues tendrá que justificar la foto que encontraron en la mesita de noche del dormitorio principal.

—Dirá que no hay pruebas de que la letra A signifique Assem.

—No las hay —respondió el Halcón—. Pero tendrá que explicar qué hacía una foto de su madre en la mesita de noche.

Se oyó un silbidito seguido de las palabras:

—Tocado y hundido. Los que hicieron la limpieza lamentarán haberse dejado eso. Podría costarle a Rashidi una condena de veinte años.

—Amén —dijo el comandante—. ¿Qué más te han dicho los paganos mientras estabas encerrado, hijo mío?

—En la cárcel corre el rumor de que Faulkner ha llegado a Estados Unidos. Nombre nuevo, pasaporte nuevo e identidad nueva. Pero debe de seguir activo en el mundo del arte, porque la casa de Montecarlo está en el mercado y de las paredes no cuelga ninguno de sus cuadros.

—Zarparon en el mismo barco que Faulkner —explicó el Halcón

—. Aunque de momento en el mercado no ha aparecido nada.

—Faulkner es demasiado listo para cometer ese error. Pasará desapercibido un tiempo y, si vende algo, será a compradores privados.

—¿Has averiguado el nombre que usa ahora o alguna pista sobre su paradero?

—No, padre. Pero Rashidi cree que Nueva York no es un paradero probable, ya que es el primer sitio en el que lo buscaría el FBI. En cualquier caso, el apartamento de la Quinta Avenida se puso en venta semanas antes de la fuga y, ¡uy, qué sorpresa!, sin los accesorios ni los ornamentos.

—Me imagino que los cuadros están todos juntos en algún sitio. Pero ¿dónde?

—No tengo ni idea, jefe.

—Bueno, déjamelo a mí. Tu siguiente tarea es intentar averiguar quién lleva el imperio de Rashidi durante su ausencia; para que compartan celda dentro de poco.

—La respuesta a esa pregunta ya la sé, pero por motivos obvios no voy a mencionar su nombre. He dejado ese dato en el sitio habitual. No obstante, le advierto que hay una coincidencia que no va a gustarle.

—Estoy intrigado.

—¿Alguna cosa más, señor?

—Sí. Cuando hayas cometido alguno de los pecados disolutos que te han negado en la cárcel, volveremos a quedar y te hablaré de un tal sargento Summers.

—¿Quién es?

—Todavía no. Que Dios te bendiga, hijo mío, y no temas: quedas absuelto de tus pecados. Ve en paz.

El Halcón esperó un momento y rezó por que ningún otro pecador buscase la absolución mientras repasaba sus notas: quería asegurarse de que tenía respuestas a todas las preguntas.

Satisfecho, se guardó el cuaderno en el bolsillo de la sotana, salió del confesionario y se dirigió hacia un cepillo que estaba rodeado de velas, aunque había muy pocas encendidas. Echó un vistazo a su alrededor antes de sacar una llave pequeña del bolsillo del pantalón, abrió el cepillo con destreza y dentro vio un puñado de monedas, casi todas de cobre, y un paquete vacío de Marlboro

colocado en un rincón.

Alzó la mirada y vio a la Virgen María, que lo observaba desde lo alto. Esbozó una sonrisa igual de enigmática, sacó el paquete de color rojo y blanco y se lo guardó en el bolsillo. Cerró el cepillo con llave y regresó despacio hacia la sacristía, confiando en que nadie había visto lo que acababa de hacer.

Al cabo de unos minutos, el comandante Hawksby salió por la puerta lateral de la catedral y se dirigió a Scotland Yard. Tenía dos cosas en mente: quién había relevado a Rashidi como nuevo mandamás del narcotráfico y a qué se refería Ross con lo de la coincidencia que no iba a gustarle. Para saberlo, tendría que esperar a que los cerebritos del sótano hubiesen desmontado el paquete de tabaco para sacar a la luz sus secretos más recónditos.

—William ya se ha ido a trabajar —dijo Beth con un biberón en una mano y el teléfono en la otra—. ¿Le doy algún mensaje?

—No, quiero daros la buena noticia a los dos en persona —respondió Christina.

—¿Me das una pista?

—Eres peor que William.

—¿Por qué no vienes a tomar algo esta tarde? Le toca a él bañar a los mellizos, así que con un poco de suerte llegará sobre las siete.

—Estoy ansiosa por ver cómo lo hace —dijo Christina—. Allí estaré, poco después de las siete.

Cuando el comandante llegó a Scotland Yard, bajó una escalera en lugar de subirla y fue al sótano, donde se apresuró hacia un despacho que había al final del pasillo. No llamó a la puerta, sino que entró directo al mundo de los espías.

—Buenos días, comandante —dijo un auxiliar de laboratorio vestido con una bata blanca al levantar la vista del microscopio—. Debe de ser algo importante si viene usted en persona.

—Así es —dijo el Halcón, y le entregó el paquete de cigarrillos Marlboro vacío.

—Me pongo con ello de inmediato y le envío los resultados a su despacho en cuanto los tenga.

—No, espero aquí —repuso el comandante, y tomó asiento.

El científico asintió con la cabeza y volvió a su mesa. Con la

ayuda de unas pinzas, sacó el papel plateado del interior y lo colocó sobre una pletina de bronce. El Halcón pensó que estaría siempre en deuda con el profesor Abrahams por descubrirle los dispositivos de detección electrostática, cuya tecnología ahora formaba parte del equipo de investigación de Scotland Yard y había sido mucho más fiable que la mayoría de los testigos, sobre todo para demostrar que el padre de Beth, Arthur Rainsford, no había cometido el asesinato del que lo habían acusado.

El joven científico colocó una película de plástico sobre el papel plateado, cogió un pequeño rodillo de la estantería que tenía al lado y lo pasó por toda la superficie hasta que hubo eliminado las burbujas de aire.

Después se puso unas gafas de seguridad y encendió una corona de rayos infrarrojos que sostuvo a unos centímetros de la película y movió atrás y adelante para identificar las posibles indentaciones que hubiera sobre la superficie. A continuación, cogió un objeto que parecía un pimentero y esparció tóner de fotocopiadora por toda la superficie hasta que la cubrió. Esperó unos segundos antes de soplar y eliminar el exceso de polvo de la pletina. Por último, despegó la película fina de plástico y se agachó para comprobar si el experimento había dado algún resultado interesante, consciente de que el Halcón se había levantado y esperaba impaciente.

Se hizo a un lado para mostrarle que había terminado, y el Halcón contempló las letras diminutas que habían aparecido en la superficie del papel. No tardó en darse cuenta de cuál era la coincidencia y cuál sería la estrategia de defensa que adoptaría Booth Watson cuando presentase el caso en el tribunal.

—Impresionante —fue la reacción inmediata del Halcón.

Pero eso no quería decir que Rashidi no tuviera que justificar la fotografía del marco de plata, cosa que Booth Watson no podría desestimar con tanta facilidad.

—Todavía no ha llegado de Scotland Yard —dijo Beth cuando le abrió la puerta de casa a Christina.

Estaba en el umbral, abrazada a una botella de champán.

—En ese caso, esto tendrá que esperar hasta que llegue —respondió—. Así tenemos tiempo de bañar a los mellizos.

—Pero ¡yo quiero oír tu noticia! —gritó Beth—. William no es del todo fiable en cuestión de puntualidad. Como él dice, el crimen

no entiende de la hora de bañar a los mellizos. A ver, doy por sentado que has encontrado a un hombre nuevo, ¿no?

—No, pero he encontrado al viejo —dijo Christina mientras Beth metía la botella de champán en la nevera—. Y antes de que hagas más preguntas, la respuesta es no. Hasta que llegue William, nada.

—Pues a lo mejor tienes que quedarte a dormir —repuso Beth.

Cada una cogió a un bebé en brazos y los llevaron al cuarto de baño de arriba; Artemisia y Peter disfrutaban de la dosis extra de atención y balbuceaban con deleite. Ambas oyeron el portazo y, al cabo de un momento, William entró en el cuarto de baño.

—Justo a tiempo de secar al par de monstruitos y acostarlos —dijo Beth— mientras Christina y yo bajamos y nos tomamos una copa de champán.

—¿Qué celebramos? —preguntó William, y envolvió a Peter en una toalla.

—Christina no nos lo quiere contar hasta que los acuestes.

—Me parece bien —dijo William.

Las dos mujeres lo dejaron solo para que cumpliera su cometido. Para William, ese era su momento favorito del día. De hecho, no apareció hasta que les leyó un capítulo del cuento sobre un policía torpón y se durmieron.

Bajó sin prisa al salón y encontró a Beth rellenándole la copa a Christina.

—Justo a tiempo —dijo ella—. Si no, nos habríamos acabado la botella antes de que Christina nos cuente los motivos de celebración.

—¿Debería suponer que tienes un novio nuevo? —preguntó William, que intentaba parecer interesado.

—No, no deberías —respondió Beth, y le sirvió una copa—. Ya se lo he preguntado y no he averiguado nada. Así que chitón.

—Pues debes de haber vendido los terrenos de Limpton Hall por un precio exorbitante.

—¡Menuda novedad! —exclamó Beth—. ¡Chitón!

Ambos contemplaron a Christina con expectación, pero ella no pudo resistirse a beber otro sorbo de champán antes de decir:

—Miles está muerto.

5

—¿Dónde y cuándo es el funeral? —exigió saber el comandante incluso antes de que William se sentase.

—En Ginebra, señor. Mañana a las diez de la mañana.

—¿Cómo ha muerto?

—Según el informe de la Policía local, sufrió un ataque al corazón durante la noche. —William abrió el cuaderno—. Una doncella descubrió el cadáver por la mañana, a primera hora. En la mesilla de noche había una raya de cocaína y una tarjeta de crédito.

—Una pena. Esperaba que fuese una muerte más lenta —dijo el Halcón—. Pero ¿por qué en Ginebra?

—Supongo que tenía una cuenta anónima en algún banco suizo.

—Y un banquero que no hacía demasiadas preguntas bochornosas sobre su último domicilio registrado —añadió el Halcón, e hizo una pausa momentánea—. Bien, quiero que tomes un vuelo a Ginebra y te asegures de que no sea otro engaño. No me creeré que Faulkner está muerto hasta que hayas visto cómo entierran el cadáver y el cura le dé la última bendición. Y no te muevas de allí hasta que los enterradores hayan terminado el trabajo.

—Creo que van a incinerarlo, señor.

—En ese caso, asegúrate de traer las cenizas para exhibirlas en el Museo del Crimen junto con el resto de los delincuentes famosos que forman parte de la cámara de los horrores de la Metropolitana.

—¿Me llevo a alguien de refuerzo?

—Sí, llévate a la sargento Roycroft. Si ambos me decís que Faulkner está muerto, quizá me lo crea.

Habían quedado en la línea Circle, entre las 21 y las 21.15. El plan era subirse al metro en estaciones diferentes y encontrarse en el último vagón. La reunión no duraría más de cinco paradas; no querían arriesgarse a que los vieran juntos más tiempo del necesario. En cuanto hubiesen tratado el asunto, debían apearse en lugares distintos y seguir cada uno su camino.

El sargento Jerry Summers se subió en Barbican y se alegró de ver que el vagón del fondo estaba casi vacío. A fin de cuentas, habían escogido el momento con mucho cuidado y no podía decirse que fuese hora punta.

Summers no había tardado en darse cuenta de por qué Lamont había optado por la prejubilación a pesar del éxito de la Operación Caballo de Troya. La frase «con las manos en la masa» corría como la pólvora por el comedor de su comisaría y solo había necesitado un poco más de tiempo para confirmar que Lamont les tenía afición a las apuestas. Las pesquisas informales que había hecho después del trabajo en un bar le habían permitido unir los puntos y, dado que el antiguo superintendente había devuelto todo el dinero a cambio de que el comandante hiciese la vista gorda, se dio cuenta de que no le sería difícil reclutarlo.

Cuando el convoy entró en Aldgate, Summers se encontró con su antiguo superior, que estaba esperando al fondo del andén. Lamont se subió al metro y se sentó a su lado, aunque no se dijeron nada. Por costumbre, echó un vistazo a todo el vagón, pero la única persona que había subido en la misma parada que él era una joven que había tomado asiento al otro extremo del vagón y enseguida se había puesto a leer un libro de bolsillo. Aunque estaba demasiado lejos para oírlos hablar, lo hicieron en voz baja.

—Me alegra saber de ti, Jerry —dijo Lamont—. Enhorabuena por el ascenso, te lo tenías bien merecido.

—Se lo agradezco, señor.

—Llámame Bruce, por favor. No olvides que ya no estoy en activo.

—Gracias al escolano —dijo Summers.

—Recuérdame de qué conoces a ese cabrón.

—Somos de la misma promoción de Hendon. Él era el número uno en todo menos en beber y en ligar, así que no nos hicimos muy amigos.

—Me alegro —dijo Lamont.

—Así que, si crees que le vendría bien que alguien le baje un poco los humos, quizá yo pueda ayudarte.

—¿Qué habías pensado?

—¿Estás disponible para un trabajo a media jornada, bien pagado? —le preguntó recalcando las palabras «bien pagado»—. No sé si ya tienes otro trabajo.

—La verdad es que ya hay demasiados policías jubilados por ahí que se hacen llamar consultores, y al final todos se pelean por los mismos puestos. Por eso tenía pensado abrir un *pub* y encontré el local perfecto en Blackheath, pero por desgracia no me llegaba para la entrada.

—¿Cuánto pedían?

—Veinte mil. Conseguí juntar diez mil entre una cosa y otra, pero con dos exmujeres y una hipoteca, no pude reunir el resto.

—Conozco a una persona que estará dispuesta a ayudarte con ese problema —dijo Summers.

—¿Y qué espera a cambio?

—Nada muy difícil. Y no se me ocurre nadie mejor para ese trabajo que tú.

—Te escucho.

Summers le contó sin prisas lo que su contacto esperaba a cambio de diez mil libras en metálico.

—Tendré que pensármelo —dijo Lamont cuando el sargento Summers le había transmitido la información.

—Por supuesto, Bruce. Pero ten en cuenta el plazo.

El metro se detuvo y, cuando las puertas se abrieron, el sargento Summers bajó sin comprobar siquiera en qué estación estaba. Lamont siguió hasta Victoria, donde hizo un trasbordo a la línea District.

La agente Pankhurst no paró de leer ni lo siguió. Sabía exactamente a dónde se dirigía el superintendente Lamont.

—Me gustaría ver el cadáver —dijo William.

—¿Es usted un pariente? —le preguntó con educación el anciano cura.

—No, padre. Sin embargo, tengo una orden de detención para el señor Faulkner —respondió William, a pesar de que sabía de sobra que más allá de los acantilados de Dover no tenía ninguna

autoridad.

El cura leyó la orden, pero no dio su brazo a torcer.

—Me temo que ahora solo puede juzgarlo la autoridad más alta, hijo mío.

—Estoy seguro de que tiene razón, padre. Aun así, necesito ver el cadáver para regresar a Londres.

—Lo siento, inspector. Tal como le he dicho, solo los familiares pueden…

—Yo soy un familiar —dijo Christina, y se acercó.

Enseñó el pasaporte, donde todavía figuraba el nombre Christina Faulkner.

El cura estudió el documento y asintió con la cabeza.

—Permítame que le dé mi más sentido pésame, señora Faulkner. Sígame, por favor.

—¿Puedo acompañar a la señora Faulkner? —preguntó William.

—No, inspector —se negó el cura con firmeza.

A William y a Jackie no les quedó más remedio que esperar allí mientras el cura conducía a Christina hacia una puerta lateral de la capilla donde se leía: «No pasar».

—Habría preferido ver el cadáver yo mismo —dijo William.

—Yo también —contestó Jackie—. Pero si hay alguien que se vaya a alegrar más de verlo muerto que cualquiera de nosotros dos tiene que ser la apenada viuda.

William asintió. No tuvieron que esperar mucho para que se abriera la puerta de nuevo y reapareciese Christina con una sonrisa inapropiada en la cara. Se acercó a ellos con el cura a la zaga.

—Vaya que si es Miles. Hasta he recuperado su reloj favorito —dijo, y les mostró un Cartier Tank con las iniciales «M. H. F.» grabadas detrás antes de guardárselo en el bolso—. Venga, vamos a verlo arder en el infierno —susurró.

—Si me acompaña, señora Faulkner, la llevo al banco reservado para la familia.

Condujo a los tres a la parte de delante y, una vez sentados, se marchó a preparar la misa.

—¿Os habéis dado cuenta de quién acaba de entrar? —susurró Jackie—. Se ha sentado casi al fondo.

William se volvió y vio la figura inconfundible del señor Booth Watson QC con la cabeza gacha como si estuviera enfrascado en una

plegaria.

—Ahora sí estoy convencido de que Faulkner ha muerto —dijo William—, porque Booth Watson es la única persona que conozco que asistiría a un funeral con tal de cobrarles la factura a los herederos. ¿Quién es ese que está un par de filas por detrás de él?

—No tengo ni idea —dijo Jackie—. Tiene cara de gnomo suizo. Supongo que será uno de los banqueros de Faulkner.

—¿Creéis que Booth Watson sabrá dónde están mis cuadros? —preguntó Christina.

—Por supuesto que lo sabe —contestó William—. Aunque eso no significa que vaya a desvelarte ese secreto.

—Pero, si es el albacea del patrimonio de Faulkner —dijo Jackie —, no le queda más remedio.

—Le sobran maneras de esquivar ese problemita —le recordó William.

—¿Qué te pasa, escolano? —le preguntó Christina.

—Empecemos recitando el padrenuestro —entonó el cura, y miró a la escasa congregación—. Padre Nuestro que estás en los cielos…

—Adonde Miles no va a ir —respondió Christina entre dientes.

El cura continuó con la ceremonia y recitó varias oraciones innecesarias ante dolientes que no se habían arrodillado.

—Antes de que se lleve a cabo la incineración —dijo—, sé que entre nosotros hay alguien que quiere decir unas palabras en recuerdo de su querido difunto amigo.

William no pudo disimular la incredulidad al ver que Booth Watson se acercaba al altar y se dirigía a los presentes.

—He tenido el privilegio de conocer a Miles desde hace más de veinte años —empezó a decir—, no solo como consejero legal, sino también como amigo íntimo.

—Siempre que te pagase los honorarios —susurró Christina.

—Era un hombre propenso a grandes actos de generosidad y bondad que siempre anteponía los intereses del prójimo a los suyos.

—¿Hablamos del mismo hombre? —musitó Christina.

—El servicio que le hizo a su comunidad no tenía precedentes y compartió su fortuna por el bien de la nación. Todos sus amigos lo echarán de menos.

—No veo muchos aquí —dijo Christina, y miró a su alrededor.

—¡Compórtate! —bromeó William.

Mientras tanto, Booth Watson continuó ensalzando las virtudes de su querido difunto cliente, pero sin hacer caso de que la mitad de los presentes eran dos policías de Scotland Yard. Acabó su panegírico diciendo:

—No tengo palabras para expresar lo mucho que voy a echarlo de menos.

—Por no hablar de la minuta —susurró Christina.

Booth Watson se volvió hacia el ataúd e hizo una pequeña reverencia antes de regresar a su asiento.

William observó con atención mientras el cura pulsaba un botón y el ataúd se movía despacio por una plataforma de rodillos electrónicos. Se abrió una puerta pequeña, el ataúd desapareció y se bajó el telón de la vida de Miles Faulkner.

Al cabo de unos instantes de silencio, el cura volvió al altar a hacer la última bendición. A continuación se oyó una grabación del Aleluya a la que Haendel no habría dado su aprobación.

Cuando el oficio hubo terminado, Christina salió al jardín conmemorativo acompañada por William y Jackie. Booth Watson estaba plantado en mitad del camino y era evidente que los esperaba a ellos.

—Me gustaría hablar con usted en privado, señora Faulkner —dijo Booth Watson con ademán atento.

—Si tiene algo que comunicarme, señor Booth Watson, puede hacerlo con mi amigo el inspector Warwick de testigo, sea lo que sea —dijo la viuda sin dar su brazo a torcer.

—Como desee, señora Faulkner. Supongo que está al tanto de que, en virtud del acuerdo de divorcio que redactó *sir* Julian Warwick, a usted le corresponde la mitad de la abundante colección de arte de mi difunto cliente.

—¿Sabe dónde está?

—Se encuentra almacenada en una cámara de un banco privado, aquí, en Ginebra —respondió Booth Watson—. Es libre de reclamar las obras cuando usted lo desee.

—¿Qué tal hoy mismo? —preguntó Christina con tono desafiante.

—En cambio —continuó Booth Watson sin hacer caso de la pregunta—, lo que usted no debe de saber…

—Veamos ahora qué dice la letra pequeña —dijo Christina.

—… Es que su difunto marido murió intestado. Dado que el divorcio no se había finalizado en los tribunales y a Miles no le quedaba ningún pariente de sangre, usted es su familiar más cercano en lo que a la ley concierne, además de la única heredera de su patrimonio.

—¿Es todo para mí? —preguntó Christina sin dar crédito.

—Todo, señora —contestó Booth Watson, e hizo una pequeña reverencia.

—Ahora sí me creo que está muerto —dijo William mientras se les acercaba el cura con la cabeza gacha—. Porque la única manera de que tú le echases el guante a su colección de arte iba a ser sobre su cadáver…

—Haré que le manden las cenizas, señora Faulkner —dijo el cura—. Estoy seguro de que querrá esparcirlas en algún lugar apropiado.

—En el infierno —sugirió Christina.

Esa mañana, tres cartas aterrizaron en el felpudo, dos de ellas en sobres marrones. Una era el extracto de su saldo en la casa de apuestas, que le recordaba el nombre de varios caballos que no tenían en sí mismos tanta confianza como él había puesto en ellos. La segunda era una notificación de Hacienda que le recordaba que, si no pagaba los impuestos que debía antes de que acabase el mes, les añadirían intereses.

El tercer sobre, uno de color blanco, era de un abogado cuya firma no reconocía y que le recordaba que le debía un mes de pensión a su segunda esposa y amenazaba con llevarlo a juicio. En ese momento tomó la decisión.

Lamont salió de su apartamento del barrio de Hammersmith a las diez menos diez de la mañana y, en lugar de girar a la derecha y dirigirse a la parada de metro más cercana, tal como había hecho todas las mañanas de entre semana a lo largo de los ocho años anteriores, giró a la izquierda. Al cabo de unos cien metros, volvió a girar a la izquierda y continuó andando hasta que llegó a una cabina de teléfonos que había al final de la calle. Miró a su alrededor para asegurarse de que no lo seguía nadie, abrió la puerta

y entró.

Hizo una pausa sin estar seguro todavía de si debía hacer la llamada; pero, cuando oyó que una campana cercana daba las diez, cogió el teléfono y marcó un número que se había aprendido de memoria, ya que no podía dejarlo por ahí escrito, por si lo encontraba su esposa.

Marcó los siete dígitos despacio, consciente de que Summers esperaría en otra cabina al otro lado de la ciudad. Contestó al cabo de un solo tono.

—¿Sí?

Sin decir nombres para que no hubiese repercusiones.

—Acepto la oferta. Pero las condiciones no. Necesito un adelanto.

—No es lo que acordamos.

—Pues tendrás que buscarte otra persona que te haga el trabajo sucio.

Hubo un silencio largo antes de que oyese las palabras:

—¿Cuánto quieres?

—Dos mil. El resto, cuando acabe.

—¿Dónde y cuándo?

—Esta tarde, a la misma hora en el mismo lugar.

Lamont colgó y emprendió el camino a casa. Durante un momento tuvo la sensación inquietante de que la joven que esperaba en la parada de autobuses de cerca de su casa le sonaba de algo.

Cuando llegó el 211, la agente Pankhurst lo cogió con la duda de si Lamont la había reconocido. Si hubiese mirado atrás, habría sabido la respuesta.

6

—Hoy tenemos la agenda llena —dijo el comandante, y se sentó presidiendo la mesa—, así que no perdamos el tiempo. A ver si podemos empezar cerrando el caso de Miles Faulkner, inspector Warwick.

—El jueves pasado la sargento Roycroft y yo viajamos a Ginebra para asistir al funeral de Faulkner —relató William—. Y aunque quizá no se ase en el infierno, al menos lo vimos arder en la Tierra. La viuda alegre regresó a Inglaterra al cabo de unos días con mucho más que las cenizas de su marido, que esparció por los terrenos de Limpton, así que no cabe duda de que podemos dar el caso por cerrado.

—Te noto decepcionado, inspector —dijo el Halcón, y enarcó una ceja.

—Lo estoy, señor. Me vienen a la cabeza las palabras de Hilaire Belloc al enterarse de la muerte del representante parlamentario de su circunscripción: «Allí, con un alarde ridículo, depositaron con opulencia el cadáver del político. Mientras todos sus conocidos lo miraban con desdén y lo vituperaban, yo lloraba; mi anhelo era haberlo visto ahorcado».

Los miembros del equipo rompieron a reír y dieron palmadas en la mesa.

—¿Qué piensa hacer la señora Faulkner en adelante?

—Se quedará en Inglaterra hasta que haya vendido todos los cuadros y después se irá a Florida, donde vive su hermana.

—No echaré de menos a ninguno de los dos —admitió el comandante mientras cerraba una carpeta y abría otra—. Sigamos con el sargento Summers. ¿Tenemos más indicios de que merezca la pena investigarlo? Según veo, tiene un historial incomparable y

detiene a más ladrones que nadie.

—Y también es el que más les permite a otros villanos irse de rositas —dijo Paul—. Eso explicaría por qué tiene tanto éxito.

—La especulación y las pruebas son dos cosas distintas, sargento Adaja —le recordó el Halcón.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —repuso Paul—, pero tanto la agente Pankhurst como la agente Bailey han desenterrado unos datos interesantes.

William miró a Paul, que estaba al otro lado de la mesa y a lo largo de los dos años anteriores se había convertido en un buen amigo, tanto dentro como fuera del campo de batalla. No tenía problemas de horarios cuando se trataba de luchar contra el crimen y, al igual que al Halcón, los policías corruptos le parecían peores que los delincuentes profesionales.

—Durante el último mes —continuó Paul—, la agente Pankhurst ha seguido a Lamont, mientras que la agente Bailey ha entrado en la división de Romford, donde patrulla como agente de a pie. Su cometido, aparte de sus labores normales, es vigilar a Summers y averiguar si es tan puro como quiere hacernos creer.

William se dirigió a las dos jóvenes policías que acababan de incorporarse a la unidad y sonrió pensando que no podrían haber sido más distintas.

La agente Pankhurst había anunciado orgullosa en la entrevista que era descendiente de Emmeline Pankhurst, a la que habían detenido numerosas veces por ser la líder de las sufragistas y que había hecho huelga de hambre durante gran parte del tiempo que había pasado en la cárcel. William había incorporado a esa joven tenaz e inteligente al equipo de muy buen grado. Enseguida había descubierto que Paul y él tenían que estar bien despiertos si querían seguirle el paso. Ella no dudaba en corregirlos, pero nunca daba la sensación de insubordinación.

Por el contrario, Nicola Bailey no había conocido a su padre, que también había pasado mucho tiempo en prisión. Había dejado los estudios con catorce años y había ido de trabajo en trabajo, hasta hacer la solicitud para ingresar en la Policía. La habían rechazado tres veces, pero Nicky no se daba por vencida con facilidad. William le había pedido que formase parte del equipo porque, igual que Rebecca Pankhurst, era tan aguda de mente como

cualquier delincuente.

—Agente Pankhurst —dijo Paul—, ponnos al día.

—He estado vigilando al antiguo superintendente las veinticuatro horas del día —dijo Rebecca—. No había nada interesante que comunicar hasta que un día lo seguí al metro en Aldgate, donde se reunió con un viejo compañero: el sargento Summers.

—Podría haber una justificación del todo inocente para eso —respondió el Halcón, que hacía de abogado del diablo—. No olvides que Summers y él trabajaron juntos en Romford, así que tal vez sean amigos.

—En ese caso, si se trata de una quedada inocente, ¿qué sentido tiene reunirse al fondo del último vagón de un convoy prácticamente vacío? —preguntó Pankhurst—. Podrían haber ido a tomar una pinta en su *pub* preferido.

—¿Y qué pasó? —quiso saber el Halcón, reprendido pero no escarmentado.

—Hablaron durante quince minutos, no más, y después Summers se bajó en Westminster, y Lamont esperó dos paradas y cambió de línea en Victoria.

—No necesito más —dijo el Halcón.

—A la mañana siguiente, Lamont salió de casa, en el barrio de Hammersmith —continuó Rebecca, y comprobó las notas— a las 9.51. Fue hasta una cabina de teléfonos cercana e hizo una llamada que duró un minuto. Me pregunté por qué no la hacía desde su casa.

—Quizá no quería que su esposa supiese a quién llamaba —sugirió el Halcón.

—En ese momento ella estaba en la peluquería, señor.

—Esto se pone cada vez más feo —dijo el Halcón.

—Me temo que sí, señor —intervino la agente Bailey—. Ayer por la tarde, cuando el sargento Summers acabó el turno, lo seguí hasta la estación de trenes más cercana. En Liverpool Street hizo transbordo al metro y, tres paradas después, volvió a reunirse con Lamont.

—En otro vagón vacío al final del convoy, ¿verdad? —afirmó Paul.

—Sí, señor.

—¿Qué estarán tramando? —preguntó William, casi para sí mismo.

—Lo único que yo le puedo decir, señor, es que Summers le entregó a Lamont un sobre grueso de color marrón y se bajó en la siguiente parada.

—¿Lo seguiste?

—No, señor. El sargento Adaja me había dado órdenes de no bajarme del metro, para ver dónde se apeaba Summers.

—Ilumíname —ordenó el Halcón.

—En Monument. Después regresó a Liverpool Street y cogió el siguiente tren a Romford.

—Agente Pankhurst, ¿tú aún seguías a Lamont?

—Sí, señor. Regresó a su casa en Hammersmith y llegó poco después de las diez.

—¿Crees que te vio? —preguntó William.

—Es posible, pero no dio ninguna muestra de ello.

—Si se ha dado cuenta, nunca lo sabrás seguro. No olvides que es perro viejo y muy capaz de burlar la vigilancia antes de que llegues a la línea Circle.

—Si uno de los dos se dirigiese a vosotras —dijo William—, ¿tenéis coartadas?

—Sí, señor —contestó la agente Pankhurst—. Yo soy auxiliar de bibliotecaria en la biblioteca pública de Hammersmith.

—Creíble —dijo Paul—. Pero demasiado fácil de desmontar.

—Trabajo allí los sábados por la mañana, de voluntaria —aclaró Rebecca—, y la bibliotecaria sabe qué decir en caso de que un tal sargento Summers o un tal Lamont se pongan en contacto con la biblioteca. Fuimos juntas a la universidad.

El Halcón se tocó la frente.

—*Chapeau* —dijo.

—¿Y tú, agente Bailey? —le preguntó William.

—Yo no he ido a la universidad, señor. Dejé los estudios a los catorce.

Todos se echaron a reír, excepto el Halcón.

—Responde la pregunta, agente Bailey —la instó.

—Mientras Summers siga pensando que no soy más que una novata haciendo patrullas, esa es mi mejor coartada.

—Estoy de acuerdo —afirmó el Halcón—. Pero, si alguna de las

dos tenéis la más mínima sospecha de que os han calado, abortad la operación y aseguraos de que nunca más os ven en Romford o en la línea Circle, que yo pondré a otra persona en vuestro lugar.

—Entendido —contestó Paul—. Sobre todo porque Jackie y yo no podemos arriesgarnos a que nos vean cerca de Lamont. Pero espero tener a las agentes Bailey y Pankhurst haciendo la vigilancia durante el mayor tiempo posible.

—No corráis riesgos —dijo Hawksby con firmeza.

—Quizá le interese saber, señor —informó William—, que, según un estudio reciente que se llevó a cabo en nombre de Scotland Yard, cuando la vigilancia la lleva a cabo una mujer, hay un setenta y dos por ciento menos de posibilidades deque el objetivo las identifique.

—No corráis riesgos —repitió el comandante—. Bueno, sigamos —dijo, y abrió otra carpeta—. ¿Estás preparado para el juicio de Rashidi? —preguntó, y se volvió hacia William—. Porque tendrás que ir varios pasos por delante de ese hombre si queremos asegurarnos de que lo condenan.

—El principal abogado de la Fiscalía está seguro de que tienen pruebas de sobra para meterlo entre rejas durante una temporada muy larga —contestó William sin mencionar a su padre por el nombre.

—¿Y son sólidas?

—Se dejó una serie de trajes hechos a medida en el dormitorio principal del apartamento de Brixton, además de una docena de camisas de la tienda Pink, de Jermyn Street.

—Rashidi mide metro setenta y cinco y es de constitución media —dijo el Halcón—. Booth Watson afirmará que los trajes podrían ser para miles de clientes, incluyendo dos o tres miembros del jurado.

—Pero estos llevan las iniciales «A. R.» bordadas en el bolsillo interior y, según las etiquetas, son todos de Bennett y Reed, de Savile Row —apuntó William con la vista fija en el cuaderno—. Ya me he puesto en contacto con el señor Bennett.

—¿Está dispuesto a testificar bajo juramento?

—A regañadientes. Quizá tengamos que citarlo si queremos que comparezca.

—¿No tenemos pruebas mejores que un puñado de trajes y

camisas? —preguntó el Halcón.

—Una fotografía de la madre de Rashidi que encontré en la mesilla de noche, en el apartamento de Brixton —respondió William.

—Eso ya me parece mejor —dijo el Halcón—. ¿Tenemos algún testigo más fiable que un sastre reticente?

—Sí, señor. Un tal señor Gerald Sangster, que testificará a cambio de una reducción de condena.

—Espero que no resida en la misma cárcel que el acusado —dijo el Halcón—. Porque, si es el caso, te aseguro que no llegará a subirse al estrado.

—Lleva cinco meses viviendo en una casa franca y no lo traeremos hasta el día que empiece el juicio. Es un antiguo médico que tiene una prueba que Booth Watson no podrá justificar con facilidad.

—¿Y de qué se trata?

—Era el responsable de preparar las drogas para que los vendedores las distribuyesen, y Rashidi comprobaba el producto de forma habitual antes de dar permiso para la distribución en la calle.

El Halcón sonrió por primera vez y después preguntó:

—¿Cómo van a transportar a Rashidi desde la cárcel al Old Bailey? Quiero saberlo porque él ya se habrá dado cuenta de que es la única oportunidad que tendrá de fugarse.

—Irá en una furgoneta blindada, acompañado de tres coches patrulla y una escolta de doce motoristas —contestó William—, además de un helicóptero que hará un seguimiento minucioso de toda la ruta.

—Faulkner tenía el mismo dispositivo —le recordó el Halcón— y se las apañó para engañarnos.

—A diferencia de él —dijo Adaja—, Rashidi no se detendrá para asistir al funeral de su madre.

—Aseguraos de que nadie baja la guardia ni un momento; de lo contrario, el funeral al que asistirá será el vuestro. Ese hombre tiene recursos para sobornar a quien sea, incluidos al conductor y a cualquiera que sepa trucar un semáforo. No olvidéis que el juicio durará varios días. El primero Rashidi no intentará nada, pero en cuanto empecemos a relajarnos…

—Lo tenemos todo controlado —dijo William.

—¿Estás preparado para que Booth Watson intente despedazarte en cuanto subas al estrado de los testigos?

—De sobra, señor. El fin de semana pasado Grace me bombardeó a preguntas y no tuvo ni gota de clemencia.

—Me alegro de oírlo —dijo el Halcón—, porque Booth Watson ve a los policías como presas legítimas, sobre todo si son el hijo del principal abogado de la Fiscalía.

Primero, tuvo que decidir qué día de la semana llevaría a cabo su engaño, consciente de que le había salido una sombra. Escogió el domingo antes del juicio. A continuación, la hora del día o de la noche a la que era menos probable que alguien reparase en él; se decidió por las tres de la mañana porque a esa hora de la madrugada solo trabajaban los imprescindibles. Por último, ¿le convenía ir de uniforme o de paisano? Llegó a la conclusión de que era más probable que nadie se acordase de él si iba con ropa de calle.

A las tres de la madrugada del domingo siguiente, se plantó delante de Scotland Yard con un pequeño paquete debajo del brazo izquierdo.

Usó su tarjeta para abrir la puerta de cristal y se dirigió a la recepción, donde había una joven leyendo una revista de moda. Le mostró la placa policial.

—Buenas noches, superintendente —dijo ella, y guardó la revista debajo del mostrador.

—Vengo a buscar una cosa que me he dejado en la mesa —explicó Lamont—. No tardaré.

—Por supuesto, señor —dijo ella, y giró el libro de visitas del turno de noche para que se registrase.

Pero él ya iba hacia el ascensor, y ella pensó que no podía marcharse de la recepción para perseguir a un superintendente. Tendría que pillarlo a la salida.

Lamont le dio la espalda mientras esperaba al ascensor y entró en cuanto se abrió la puerta. Entonces pulsó el 7 de la planta de Administración: el departamento donde había menos probabilidades de encontrar a alguien trabajando un domingo a las tres de la mañana.

Cuando se abrió la puerta, salió a un pasillo a oscuras y esperó un momento antes de dirigirse al fondo, abrir la puerta de la salida de incendios y bajar al trote los peldaños de piedra hasta llegar al sótano. Allí se detuvo en otro pasillo a oscuras y no encendió las luces. Sabía exactamente adónde iba.

Recorrió el pasillo despacio hasta llegar a la última puerta. Dado que ya había comprobado quién hacía la guardia esa noche, sabía a ciencia cierta que estaría como un tronco o mirando los resultados de las carreras en el *Racing Post*. Solo los más vagos se ofrecían voluntarios para el turno de madrugada, sabiendo que les pagarían aunque se durmiesen de vez en cuando.

—Buenas, Sam —dijo al entrar decidido, y despertó al anciano agente—. Tengo que comprobar una cosa. No tardo nada.

—Como si estuviera en su casa, súper —dijo Sam con la esperanza de que no diese parte de la siesta.

Lamont pasó de largo, entró por otra puerta y se dirigió a la sala donde guardaban las pruebas. Tardó unos pocos minutos en encontrar lo que buscaba y en dar el cambiazo. El paquete pequeño le cabía en el bolsillo del chubasquero.

—Buenas noches —dijo cuando volvió y encontró a Sam con la cabeza gacha, evaluando a los caballos y los jinetes de la carrera de las 16.30 del día siguiente en Kempton Park.

—Buenas noches, súper —contestó este sin levantar la vista.

Lamont subió por la escalera hasta la planta baja, donde los del servicio de limpieza de la noche firmaban el registro. Se apresuró por el vestíbulo en dirección a la puerta sin hacer caso de la recepcionista y su «¡Disculpe, señor!». Antes de que la joven se plantease seguirlo, ya lo había perdido de vista.

Cuando Lamont llegó a Buckingham Gate, paró un taxi. Era un gasto necesario. No podía arriesgarse a que alguien lo reconociese durante el largo trayecto a pie hasta Hammersmith. A esas horas de la noche, los agentes de policía se fijan más en los transeúntes. Se acomodó en el lado del asiento donde el taxista no podría verlo por el retrovisor y sonrió. Toda la operación había durado menos de quince minutos. A la mañana siguiente cobraría otras ocho mil libras y sus problemas se habrían solucionado. Pero ¿hasta cuándo?

7

Beth le sirvió el segundo café, sorprendida de que no hubiera tocado los huevos ni el beicon. William parecía preocupado, incluso ansioso, y en momentos como ese Beth sentía que no podía comunicarse con él.

Probó con una vieja táctica.

—¿Qué te pasa, cavernícola? No es la primera vez que te subes al estrado para testificar.

—Ya, pero esta podría ser la última, si la cago y el jurado decide que Rashidi es un ciudadano recto y decente al que un poli demasiado entusiasta ha detenido por error.

—Me parece muy poco probable —dijo Beth, y se puso a dar de comer a los mellizos.

—Poco probable es que alguien como Booth Watson haga lo que hace. No olvides lo que insinuó la última vez que me enfrenté a él en el estrado.

—Y no olvides tú que perdió el caso —repuso Beth—, y a Faulkner le cayeron ocho años.

—Cosa que significa que estará aún más decidido a…

—Pero ayer por la tarde tu hermana te interrogó sin piedad, y Grace no tiene clemencia con el enemigo.

—Eso es verdad, pero ni siquiera ella puede anticiparse siempre a lo que vaya a hacer Booth Watson, y soy yo el que tiene que enfrentarse al gran inquisidor.

—¿Por qué no testifica Lamont en lugar de ti? Al fin y al cabo, era el responsable del caso.

—La vez anterior Booth Watson lo hizo pedazos y, además, sabrá de sobra por qué se ha prejubilado.

—¿Tu padre te ha dado algún consejo?

—Ayer no salió del despacho en toda la tarde. Estaba preparando el interrogatorio para Rashidi. Cuando me fui, me dijo que estuviera atento al *googly* de Booth Watson.

—¿Qué es eso?

—Dado que nunca has mostrado ningún interés en el críquet, querida mía, tardaría toda una semana en explicártelo —dijo William, que cogió los cubiertos y pinchó la yema del huevo, que se había endurecido.

—Lo harás bien —dijo Beth para darle ánimos—. El jurado no dudará de cuál de los dos dice la verdad: un conocido narcotraficante o el escolano.

—Ojalá fuese así de sencillo. —William se dio por vencido y apartó el plato—. Booth Watson es un maestro a la hora de sembrar la duda en la mente del jurado, mientras que mi padre, como abogado de la acusación, tiene que demostrar las acusaciones más allá de toda duda razonable.

—¿Cómo es que Booth Watson representa a Rashidi?

—Porque cometimos un error y, en su momento, yo ni lo pensé —dijo William después de darle un sorbo al café frío—. Metieron a Rashidi en la misma cárcel que Faulkner, así que era cuestión de tiempo que el imán atrajese las limaduras.

—Me pregunto si hoy ese desgraciado desayunará huevos con beicon.

—¿Otro café, señor Rashidi? —preguntó uno de los funcionarios.

Este asintió con la cabeza y abrió el segundo huevo pasado por agua.

—¿Qué quiere que haga mientras está en el Old Bailey? —preguntó Tulipán, que se había convertido en un habitual de la mesa presidencial.

—Que siga todo en marcha durante mi ausencia. Puedes ponerme al día todas las mañanas a la hora del desayuno y el domingo, cuando vayamos a la capilla. Mientras tanto, ¿te has ocupado del funcionario que nos rateaba?

—Lo han mandado a otra prisión. Una bien lejos: la de Wolverhampton.

—¿Tienes a alguien para que lo sustituya?

—Había cola, jefe. Y todos se han dado cuenta de que hacerlo enfadar tiene consecuencias.

—Mañana por la mañana me das toda la información.

—A lo mejor ya no vuelve, jefe —dijo Tulipán con una sonrisa de oreja a oreja—. A lo mejor desestiman el caso.

—Bueno, no hagamos como en el cuento de la lechera —dijo Rashidi y antes de abrir el tarro de mermelada comprobó que fuese de la marca Frank Cooper's Oxford—. Aunque mi QC me dice que el problema principal está resuelto, tal como Warwick descubrirá cuando se suba al estrado.

—Me sorprende que aún esté vivo.

—Booth Watson no me dio opción. Pero en cuanto acabe el juicio…

—¿Qué pasa con el buen doctor? ¿Podría ser un problema?

—No cuando el jurado descubra lo mal médico que era el doctor Sangster. Me preocupa más mi sastre —contestó Rashidi, y se tocó la solapa del traje para comprobar que las iniciales «A. R.» estaban bordadas por dentro.

—No se preocupe, lo tenemos bien cosido —dijo Tulipán, y se rio del chiste.

—Ha llegado el coche, señor Rashidi —lo avisó un funcionario de prisiones que apareció a su lado.

—Acuérdate de mandarle flores a mi madre —ordenó Rashidi antes de acabarse el café.

—¿Estará en el juzgado?

—Espero que no —respondió Rashidi.

Se levantó de la mesa.

—¿Qué pinta tiene la escolta? —le preguntó a uno de los funcionarios que lo acompañaron al salir del comedor.

—Tres vehículos blindados, una escolta de doce motoristas y un helicóptero. La última vez que hicieron algo así fue para el juicio de Faulkner.

—Da igual quién me lleve hasta allí —contestó Rashidi—. Solo importa quién me trae.

—Lo siento, son las normas —dijo el funcionario, y le puso las esposas.

Cuando Rashidi salió al patio de la cárcel, dos agentes de policía lo cogieron con firmeza por los brazos y lo condujeron al segundo

de los tres coches blindados.

Grace no desayunó; quería llegar al despacho antes que su padre y sabía que para conseguirlo tendría que levantarse muy pronto. Y el hecho de que él tuviese un apartamento muy cómodo en el Lincoln's Inn, donde pasaba la noche antes de un juicio importante, jugaba en su contra.

Su pareja la habría regañado por saltarse el desayuno (la campaña alimentaria que decía «No vayas a trabajar sin un huevo» era el primer anuncio que Grace recordaba haber visto de pequeña), pero Clare ya se había marchado a Brent, donde comparecía en un caso de protección de menores, y tampoco iba a saberlo. Había llamado para desearle buena suerte justo antes de que saliese hacia el despacho.

Grace cerró la puerta del apartamento y se dirigió al metro. Aún no se había hecho de día. Veinte minutos después, cuando salió a la calle en Chancery Lane, el sol acababa de despuntar. Renegó al cruzar el patio de adoquines del Lincoln's Inn con los tacones, pero no por la llovizna, sino al ver una bombilla incandescente en el despacho del director.

Cuando llegó al número 1 de Essex Court, corrió escaleras arriba hasta la tercera planta y llamó a la puerta, como siempre hacía para entrar en el reino de su padre.

A la manera de un orador romano, *sir* Julian proclamaba su exposición ante el sol naciente.

—Señoría, miembros del jurado, hoy comparezco ante ustedes en nombre de la Fiscalía, mientras que mi distinguido colega el señor Booth Watson QC representa al acusado. Me gustaría empezar la exposición de la acusación declarando que, a lo largo de los años que llevo siendo miembro del Colegio de Abogados, nunca me había encontrado con un delincuente más vil.

—Casi lo mismo que dijiste en el juicio de Faulkner, palabra por palabra —dijo Grace.

Empezó a sacar cosas del maletín buscando su ejemplar modificado de la exposición inicial.

—Otro juez y otro jurado —respondió *sir* Julian—, así que nadie lo sabrá.

—A excepción de Booth Watson. Y «delincuente vil» suena muy Victoriano, no isabelino. Te he sugerido «persona vil» —dijo Grace.

Sir Julian asintió e hizo el cambio.

—Assem Rashidi —continuó— es un hombre inteligente y bien educado que podría haber tenido éxito en cualquier profesión que escogiese, pero decidió emplear sus indudables talentos no en beneficio de sus conciudadanos, sino para…

—¿Y las ciudadanas? —sugirió Grace—. Habrá varias en el jurado.

—No en beneficio de la ciudadanía, sino para dañarla. No olviden, miembros del jurado, que su solo y único propósito era…

—«Solo» y «único» son sinónimos. Quita uno de los dos.

—Su único interés era ganar cada vez más dinero, sin mostrar ningún interés por el sufrimiento que les causaba a los demás.

—Has repetido «interés» en la misma frase. ¿Qué tal si vuelves a «propósito», como al principio? —propuso Grace.

Su padre asintió con la cabeza e hizo otra enmienda al guion antes de proseguir.

—El señor Rashidi era el presidente de una respetable empresa familiar que ya generaba beneficios más que suficientes para que él se permitiese un estilo de vida que supera con creces los sueños de la mayoría de las personas. —Escribió una nota: «Mirar al jurado»—. No obstante, eso no le bastaba a este hombre avaro e indulgente que, en lugar de eso, escogió llevar una doble vida. De día era un respetable comerciante de té y por la noche comerciaba con la muerte. Un Jano moderno.

—¿Sabrá el jurado quién es Jano?

—Es muy posible que no, pero su señoría sí lo sabrá —respondió *sir* Julian—. Siempre hay que meter alguna que otra frase para el juez —dijo antes de continuar—. Todos los lunes por la tarde salía de su despacho de la City y, sin que lo supiese ninguno de sus compañeros ni su secretaria, iba hasta Brixton en metro y entraba en su otro mundo. Pero su vanidad y su arrogancia eran tales que el acusado no renunciaba a los lujos de la vida y no cabe duda de que esa será su perdición. Las noches que pasaba en Brixton, vivía en un apartamento millonario en el edificio contiguo a su centro de operaciones de narcotráfico. Miembros del jurado, cuando hayan visto imágenes del apartamento, no les quedará ninguna duda de

cuánto dinero ganaba con la vida alternativa que escogió. Y lo que es aún más importante, ¿quién vivía allí?

»En las tres plantas superiores del edificio contiguo, a todo un mundo de distancia de su apartamento de lujo, se encontraba el sórdido cuartel general de su negocio de sustancias ilegales. No el que se especializaba en la importación de té selecto de Malasia y Sri Lanka para venderlo en nuestras principales calles comerciales, sino uno que importaba heroína, cocaína y resina de cannabis de Colombia y Afganistán para venderlas en los callejones.

»En la City, daba empleo a treinta personas que todos los días regresaban a casa a las cinco de la tarde y ensalzaban sus virtudes. En Brixton, recluyó a treinta inmigrantes ilegales que trabajaban para él durante toda la noche, temerosos de que alguien los denunciase a la policía si no cumplían sus demandas.

—Si no cumplían sus órdenes —lo interrumpió Grace—. «Demandas» es demasiado anticuado. Más F. E. Smith que J. N. Warwick.

—Aquí haré una pausa —dijo *sir* Julian— y así tendrás tiempo de colocar el plano grande del centro de operaciones en un caballete para que yo pueda describir lo que se llevaba a cabo allí; tú señalarás las salas en cuestión. Así el jurado tendrá bien claro cuál era el tamaño de la operación. No te olvides de situarlo en diagonal para que tanto ellos como el juez puedan verlo con claridad. Los demás no importan.

Grace asintió con la cabeza.

—En la planta veintitrés de ese edificio —continuó *sir* Julian, y pasó la página del guion— es donde se llevaban a cabo los negocios sórdidos. Donde el dinero en metálico cambiaba de mano y a cambio se suministraba drogas. Los ingresos de un día normal estaban alrededor de las diez mil libras. Diez veces lo que el señor Rashidi podía esperar ganar en una semana como presidente de Marcel y Neffe. No olviden que no pagaba ni un penique en impuestos.

—Esa afirmación me preocupa —dijo Grace—. Aunque sea de forma muy indirecta, da a entender que quizá estarías de acuerdo con la venta de drogas siempre y cuando los beneficios se gravasen. Anoche se me ocurrió una alternativa que espero que tengas en cuenta.

Sir Julian enarcó una ceja.

—En su puesto como presidente de una respetable empresa de importación de té de la City de Londres, los negocios del señor Rashidi se llevaban a cabo de forma abierta, sobre la mesa, mientras que como narcotraficante de Brixton, operaba en la oscuridad y sin ser visto.

Sir Julian tachó el fragmento y lo cambió por el que había redactado su ayudante.

—Gracias, Grace —le dijo, y le ofreció una sonrisa cálida.

—Señoría, miembros del jurado, la acusación demostrará más allá de toda duda razonable que esta persona corrupta y cínica que se hacía pasar por el presidente respetable de una empresa de la City llevaba una doble vida como magnate del narcotráfico internacional y se aprovechaba de los más vulnerables y desgraciados de nuestra sociedad. No se preocupaba por las consecuencias, aunque sus actos significasen que personas inocentes perdiesen la vida.

—Eso ya lo has dicho de otras maneras, padre. ¿Por qué lo repites?

—Porque es la imagen que quiero que quede presente en la mente de los miembros del jurado y que salga mañana en las primeras planas de la prensa. Cuando Booth Watson intente convencer al jurado de las virtudes de su cliente y diga que va a misa y dona a causas benéficas, que sus congéneres admiran y respetan, yo ya habré sembrado la duda y lo único que la prensa tendrá que hacer es regar la planta. Entonces, si BW insinúa que su cliente era simplemente alguien que fumaba hierba de vez en cuando en la intimidad de su casa y que es una mera casualidad que esa noche quedase atrapado en el fuego cruzado, el jurado desestimará esa idea sin pensárselo dos veces.

—Supongo que le preguntarás a Rashidi por qué tenía un apartamento en un bloque de pisos de Brixton cuando podría haber vivido en el West End o con su madre en The Boltons.

—También podría haber alquilado un piso más cerca de la City. Estoy ansioso por averiguar cómo intenta Booth Watson escabullirse de esa. No obstante, me temo que no permitirá que Rashidi se acerque al estrado, y yo tampoco lo haría. Por cierto, ¿cómo le fue ayer a William cuando lo interrogaste?

—Lo tiene muy trabajado, y no me cabe duda de que al jurado no le costará decidir entre el narcotraficante corrupto y el escolano.

—Mientras Booth Watson tenga algo que ver con el asunto, no podemos permitirnos dar nada por sentado —dijo *sir* Julian mientras volvía a la primera página—. Venga, una vez más.

—Señoría, miembros del jurado, hoy comparezco ante ustedes…

Booth Watson estaba en su mesa habitual del Savoy Grill devorando un desayuno inglés y leyendo *The Times*. Lo único que alertaba a los lectores del periódico de que el inminente juicio contra Rashidi se celebraría esa mañana ante el juez Whittaker en el tribunal número uno era una columna corta. No le cabía duda de que en ese mismo instante *sir* Julian Warwick ensayaba alguna réplica sucinta con la esperanza no solo de influenciar al jurado, sino de garantizar titulares escabrosos en los periodicuchos más sensacionalistas del día siguiente, que, muy a su pesar, los miembros del jurado leerían aunque el juez les ordenase lo contrario.

Booth Watson le había advertido a su cliente que, después de que *sir* Julian pronunciase su exposición inicial, el jurado se convencería de que era el propio diablo en persona. Pero le había recordado que la última palabra la tenía la defensa.

—¿Más café, señor? —le preguntó un camarero atento.

El abogado asintió y rellenó seis casillas más del crucigrama del *Times*. Era lo único que tenía en común con su estimado colega. Se preguntó si cabía la posibilidad de que los pensamientos más privados de una persona fuesen sarcásticos.

Cualquier cliente que reparase en el desayuno contundente que Booth Watson se daba esa mañana se sorprendería de saber que al cabo de un par de horas comparecía en el Old Bailey y defendía a un hombre que, a simple vista, tenía pinta de ir a pasar los próximos veinte años en la cárcel. Sin embargo, Booth Watson era muy consciente de que por la mañana solo se dispararía la primera ronda y a él no le tocaría hasta la tarde, cuando pensaba interrogar al señor Cyril Bennett: el primer testigo de la acusación y sastre desventurado de Savile Row. Si el plan que había urdido con su cliente la noche anterior daba resultado, el jurado se quedaría perplejo y sin saber qué pensar.

A continuación le llegaría el turno a un chaquetero que esperaba

salvar el pellejo testificando a favor de la acusación a cambio de una reducción de condena. No obstante, su ayudante había investigado a fondo al señor Gerald Sangster y había desenterrado un par de perlas en las que ni siquiera el Consejo Médico General había reparado.

El siguiente en testificar sería el inspector Warwick, a quien sospechaba que interrogaría su hermana, no su padre. Una decisión que esperaba que acabasen lamentando. Tal vez *sir* Julian pensase que tenía entre manos una pistola que aún humeaba, pero descubriría lo contrario en cuanto Booth Watson tirase del gatillo. Si la segunda bala daba en la diana, no sería necesario llamar a testificar a su cliente porque el juicio se habría terminado y Assem sería libre de salir por la puerta principal, momento en el cual Booth Watson le doblaría los honorarios.

—¿Otro café, señor?

—No —contestó Booth Watson.

Dobló el periódico, miró la hora y dijo:

—La cuenta, nada más.

8

La agente Pankhurst estaba sentada en un rincón de la atestada marquesina, pero cuando llegó el número 72 no se subió. Tenía una vista perfecta de la puerta de casa de Lamont y, mientras hubiese suficientes personas esperando al siguiente autobús de la línea que fuese, él no tenía manera de verla.

Esa mañana la puerta se abrió justo después de las siete, cuando Lamont salió y echó a andar hacia la marquesina. Viendo que se acercaba el 211, la agente decidió correr el riesgo.

Justo cuando el autobús llegaba a la parada, Lamont echó a trotar: una señal que le dio a la agente la confianza para cogerlo. Subió al piso de arriba y se sentó al fondo, pues no quería arriesgarse a ocupar un asiento de abajo, donde él podía reconocerla.

Miró por la ventana y vio que el expolicía echaba un vistazo a su alrededor. Se convenció de que no la veía por ninguna parte y subió al autobús. Rebecca sonrió. La estratagema había funcionado. Pero aún la preocupaba la posibilidad de que Lamont la hubiese descubierto y tuvieran que sustituirla. Casi sentía la palmada reprobadora de Emmeline Pankhurst en el dorso de la mano.

Lamont, como de costumbre, se sentó abajo, junto a una ventana. Cada vez que el bus se detenía en una parada, Rebecca comprobaba si se apeaba, aunque estaba bastante segura de adónde iba.

No obstante, ese día él no se bajó en la parada habitual ni fue directo a la casa de apuestas. Permaneció a bordo del autobús hasta que llegaron a la estación de Victoria. Otra palmada en el dorso de la mano, puesto que Rebecca debería haberlo sabido. Al fin y al cabo, la casa de apuestas no abría hasta las nueve de la mañana.

¿Era posible que fuese a Scotland Yard?, se preguntó. Pero no, Lamont se dirigía a la estación de metro. Tenía que ser la línea Circle, otra reunión clandestina con Jerry Summers. Sin embargo, volvió a pillarla por sorpresa al parar en un quiosco a comprar un paquete de tabaco y el *Daily Mail*. Lamont se acomodó en un banco de por allí cerca, encendió un cigarrillo y fingió que leía el periódico mientras iba vigilando la escalera que bajaba a la parada de metro.

Rebecca se metió en una cafetería y pidió un capuchino. Se situó cerca del escaparate, desde donde veía a su objetivo con claridad. Pensó que él no la vería sentada en esa cafetería llena de gente y, en efecto, no miró en esa dirección ni una sola vez. Tenía la vista fija en la entrada del metro. Era evidente que esperaba a alguien. Pero ¿a quién?

Entonces la agente Pankhurst avistó a la presa de Lamont. El comandante Hawksby salió del metro a buen paso y echó a andar por Victoria Street en dirección a Scotland Yard. La agente Pankhurst miró a Lamont, que en ese instante apagaba el cigarrillo y doblaba el periódico. Después se levantó y siguió al Halcón, pero no intentó alcanzarlo.

Rebecca salió de la cafetería y fue tras Lamont. ¿Qué diantres tramaba el exsuperintendente? Se había convertido en una espía que espiaba a un espía.

El Halcón continuó hacia Scotland Yard a paso ligero, pero Rebecca se sorprendió de ver que en mitad de Victoria Street giraba a la derecha; lo perdió de vista. Lamont mantuvo la distancia, pues sabía que acercarse demasiado implicaba riesgos.

Ella entró en la plaza y se ocultó detrás de un grupo pequeño de turistas japoneses que se dirigían hacia la catedral de Westminster con los paraguas abiertos, a pesar de que no llovía. En el último momento, alcanzó a ver que el comandante desaparecía por el lateral del vasto edificio. Lamont no lo siguió, sino que entró en la catedral por la puerta principal, cosa que la dejó aún más perpleja.

Una vez dentro, la agente no se separó del grupo y avistó a Lamont avanzando por el pasillo central. El expolicía se sentó en un banco de los de delante, entre los pocos devotos que había, todos con la cabeza gacha, ajenos a los que tenían a su alrededor. Rebecca se deshizo de los turistas y se sentó en un banco al final de la nave,

semioculta por una columna de mármol; todavía veía a Lamont, que se había arrodillado y tenía la cabeza gacha y un poco vuelta hacia la derecha. No alcanzaba a comprender por qué motivo había seguido a su antiguo jefe hasta la catedral y luego le había perdido la pista. ¿Qué sabía él que no supiese ella?

A continuación, la tercera sorpresa, que tuvo un impacto mucho mayor: Rebecca vio a un hombre que se parecía al comandante, pero iba ataviado con vestiduras sagradas, andando despacio por la nave sur. Lo miró de nuevo para confirmar que era el Halcón. Al echarle otro vistazo a Lamont se dio cuenta de que ella no era la única que lo observaba con atención. La diferencia entre ambos era que él esperaba verlo.

El cura se acercó a un confesionario y se metió dentro como si estuviese cumpliendo sus tareas clericales. Al cabo de un momento, un hombre entró por la puerta lateral, se sentó y corrió la cortina.

Rebecca cayó en qué hacía Lamont arrodillado en la catedral fingiendo que rezaba. Estaba allí para identificar al agente infiltrado del comandante; así podría advertirle a Summers que estuviera al tanto de un hombre alto y delgado de mediana edad con una calva incipiente y un bigote castaño. Pensó en avisar a su jefe allí mismo, pero se dio cuenta de que eso sería lo último que él querría, ya que los descubrirían a todos. Así que esperó sentada a ver qué ocurría a continuación.

Al cabo de quince minutos, reapareció el agente infiltrado. Hizo una reverencia ante la cruz como un auténtico profesional y después se dirigió a la puerta del oeste. Lamont se levantó y lo siguió con precaución hasta la plaza, mientras que Rebecca andaba a poca distancia. El agente encubierto era bueno. Se detuvo varias veces a mirar en escaparates: un viejo truco para saber si lo seguían. Entonces se metió en una joyería y, al salir, lo hizo con un paquete pequeño en la mano. Después de eso llevó a cabo su ardid más audaz, que fue entrar en un hotel *boutique*, a todas luces con aspecto de estar alojado allí.

Lamont no lo siguió al interior; era demasiado arriesgado. En cambio, deshizo el camino hasta la estación de Victoria, donde desapareció escaleras abajo. A fin de cuentas, ya sabía qué aspecto tenía el Hombre Marlboro del Halcón.

Rebecca no siguió vigilando a Lamont, no solo porque ya sabía

adonde iba, sino porque tenía que informar al comandante de inmediato.

Ross dejó pasar un rato antes de dar el siguiente paso. En cuanto estuvo seguro de que los tres se habían ido de la catedral y no volverían, regresó sin prisa al confesionario y entró.

—Lamont os ha seguido, señor —fue lo primero que dijo después de correr la cortina—. Y cuando vuestro penitente inocente se ha marchado, lo ha seguido a la calle y no ha vuelto.

—Va a ser un viaje largo, pues —dijo el Halcón—. Era un empresario de Montreal que quería confesarse antes de volver a Canadá y ver a su esposa y sus hijos: anoche estuvo en un local de estriptis. A partir de ahora, tendremos que cambiar de lugar y el método en el que nos pasamos la información.

—Entendido —dijo el Hombre Marlboro—. Por cierto, la chica nueva es buena.

—¿La nueva?

—La que ha seguido a Lamont al salir de la catedral. No me había fijado en ella hasta ese momento. Tengo curiosidad por saber dónde ha acabado cada uno.

Hawksby sonrió, ya que estaba seguro de que la agente Pankhurst ya lo esperaba sentada frente a su despacho, lista para contarle lo que acababa de ver.

—La próxima vez que nos veamos, estaré en tránsito —dijo, una expresión cuyo significado en código HM comprendió sin problema —. Hasta entonces, hijo mío, ve en paz y que el Señor te bendiga, porque tu próxima misión será salvar a un pecador que creo que está más allá de la redención.

Pasaron dos semanas antes de que la agente Nicky Bailey se encontrase por casualidad con el sargento Summers, a pesar de que iba al comedor de la comisaría a la mínima oportunidad. Había empezado a formarse una opinión sobre el hombre que tenía que vigilar, aunque de momento debía conformarse con escuchar las conversaciones de sus compañeros siempre que alguien mencionaba su nombre. Nunca mostraba ningún interés en lo que decían de él ni

hacía preguntas.

Los comentarios como «es un tipo con suerte» y «es un oportunista» y «se le da bien atrapar a ladrones» eran habituales, igual que la advertencia a las nuevas reclutas de no ir a su apartamento sin más compañía que él, sobre todo si habían bebido más de la cuenta. Nicky se había hecho una composición del carácter de Summers mucho antes de que esa mañana él entrase en el comedor, pero la realidad era algo que Nicky no había sabido anticipar.

El sargento Jerry Summers medía metro noventa, era de constitución musculosa y tenía una mata de pelo rebelde y claro y unos ojos azules y penetrantes que le recordaron a los de Paul Newman. Intentó no mirarlo por segunda vez, pero no le quedó más remedio, ya que él cruzó el comedor y se sentó a su lado. A pesar de sentirse halagada, Nicky sabía que lo hacía tan solo porque era la chica nueva. No obstante, la intrigaba muchísimo averiguar cómo la abordaría: ¿sería sutil, grosero, encantador? ¿Quizá una combinación de esas tres cosas?

La sargento Roycroft le había dejado claro que debía averiguar todo lo que pudiese sobre lo que Summers tramaba sin intimar demasiado con él. Si lo hacía, Jackie le había advertido que la relevarían y, lo que era aún peor, la echarían del equipo de William. Lo más probable era que acabase en el departamento de tráfico de alguno de los distritos de las afueras. Y eso no formaba parte de su plan profesional.

—Hola, soy Jerry Summers.

—Nick Bailey —contestó ella intentando que pareciese que no se daba cuenta de lo importante que él se creía.

—Eres nueva.

—Pero no estoy verde —respondió Nicky con desdén.

Él se rio.

—En ese caso, más me vale ir con cuidado, ¿no?

—Sería lo más sensato. Sobre todo porque ya tengo pareja —dijo, con lo que añadía otra dimensión a la historia que se había creado.

—Un hombre con suerte. Bueno, voy con prisa. Tengo que atrapar delincuentes. Que vaya bien, agente.

Nicky tenía una contestación preparada, pero, antes de que

pudiera responder, él ya estaba a medio camino entre ella y la puerta y ni siquiera había mirado atrás.

9

—Todos en pie —bramó el agente judicial.

El juez Whittaker entró en la sala número uno y vio que aquello recordaba más a un estreno de un teatro del West End que a la primera sesión de un juicio en el Old Bailey. Los actores, los críticos y el público numeroso habían ocupado sus respectivos puestos y esperaban a que se levantase el telón.

Sabía que su deber era ser neutral e imparcial, además de garantizar que el jurado tuviera las oportunidades necesarias para alcanzar un veredicto más allá de toda duda razonable que estuviese basado en pruebas. Antes de que lo nombrasen juez, había ostentado el título de QC, consejero de la reina, y estaba convencido de que, si en el transcurso de su trayectoria profesional había sido testigo de algún error judicial, ninguno había sido serio. De todos modos, habiendo leído las presentaciones del caso, era difícil no formarse una opinión desfavorable del acusado mucho antes de que el jurado ocupase sus asientos.

Lo peor para el juez era que había tenido que luchar contra su conciencia, ya que a su hijo pequeño lo habían expulsado de la universidad después de pillarlo fumando cannabis en su habitación. Era muy consciente de que muchos universitarios experimentaban con las drogas, pero Roddy había tenido la mala suerte de que lo pillasen. Le había sugerido al ministro de Justicia que, dadas las circunstancias, quizá deberían pensar en otro juez para ese caso. No obstante, lord Havers había insistido. Para presidir un juicio de esa magnitud necesitaba a una persona con experiencia, alguien muy respetado.

El juez Whittaker se sentó en la silla de respaldo alto del centro del estrado, se estiró la larga toga de color rojo y se puso bien la

vieja peluca, que, a la manera de las gorras de los jugadores de críquet, daba una idea de cuántos partidos había disputado.

Miró a los letrados sabiendo de sobra que el otro de sus prejuicios sería más difícil de disimular.

Admiraba a *sir* Julian Warwick como letrado y también como miembro del Colegio de Abogados. Era un hombre dispuesto a hacer cualquier cosa que estuviese en sus manos con tal de ganar un juicio, pero sin pasarse jamás de la raya.

Por otro lado, el señor Booth Watson no sabía dónde estaba dicha raya. Lo único que le importaba era ganar a toda costa y el juez se temía que, a medida que avanzaba el juicio, el abogado de la defensa le pondría la paciencia a prueba hasta límites insospechados. Aun así, estaba decidido a no dejarse provocar. A lo largo de los años Booth Watson se las había apañado para esquivar la ira del Colegio de Abogados, que le había sacado la tarjeta amarilla varias veces, pero nunca la roja. No obstante, incluso él tenía que aceptar que haría falta un milagro para evitar que su cliente acabase en la cárcel.

El juez se fijó en el jurado y les dedicó una sonrisa caritativa. Era importante que creyesen que él era neutral en todo momento, porque sabía que una cosa que el jurado no soportaba era tener la sensación de que el juez había tomado una decisión antes de empezar el juicio.

Miró a los siete hombres y las cinco mujeres que decidirían el destino de Assem Rashidi y observó mejor al señor que habían seleccionado como presidente. Estaba sentado con la espalda muy erguida y daba la sensación de ser un profesional que podría haber trabajado en la conocida Milla Cuadrada. Tenía aspecto de ser un firme creyente en la ley y, de manera aún más relevante, de ser muy consciente de que esa podría figurar entre las decisiones más importantes que iba a tomar en su vida y de que tenía la obligación de cargar con el peso del resto del jurado.

—Señoras y caballeros del jurado —dijo el juez—. Antes de dar comienzo al juicio, creo que debería alertarlos de una anomalía que concierne a este caso.

Los doce miembros del jurado fijaron la vista en el juez.

—En esta ocasión, el representante de la acusación será *sir* Julian Warwick QC, mientras que su hija, la señorita Grace

Warwick, le hará de ayudante. Eso en sí mismo no es inusual. Sin embargo, cabe la posibilidad de que el inspector William Warwick, que es el hijo de *sir* Julian, tenga que comparecer como testigo de la acusación. Me he tomado la libertad de preguntarle al señor Booth Watson si tenía algo que objetar, y él me ha asegurado que nada en absoluto. No obstante, dadas las circunstancias, me gustaría que lo confirmase en presencia de ustedes.

Booth Watson se levantó despacio de su asiento y, tras esbozar un gesto que pasaba por sonrisa, dijo:

—No tengo nada que objetar, señoría; de hecho, bienvenido sea.

La expresión del abogado de la acusación no delató nada, pero *sir* Julian tuvo que admitir que Booth Watson había ganado el primer asalto incluso antes de que tocasen la campana.

El juez se dirigió a *sir* Julian, que esperaba con paciencia a que empezase el proceso judicial. Había preparado el pequeño atril de madera con las páginas de la exposición inicial. Miró a Booth Watson, que estaba sentado al otro extremo de la mesa de los abogados, limpiándose las uñas con aire de indiferencia y despreocupación respecto de todo lo que sucedía a su alrededor.

El agente judicial se puso en pie y se volvió hacia el banquillo de los acusados.

—Que se levante el acusado, por favor —dijo con tono portentoso.

Rashidi se levantó. Vestido con un traje hecho a medida, una camisa blanca y una corbata de seda azul, tenía aspecto de ser el presidente de una empresa de la City, alguien que ni siquiera sabría dónde estaba Brixton.

—De la acusación de producción de una sustancia ilegal ¿cómo se declara?

—No culpable.

—Y de la acusación de tenencia de una sustancia ilegal con intención de traficar ¿cómo se declara?

—No culpable —repitió el acusado.

—Y de la acusación de tenencia de una sustancia ilegal ¿cómo se declara?

—No culpable.

El juez esperó a que la sala volviese a quedar en silencio antes de decir:

—*Sir* Julian, empiece el proceso judicial con su exposición inicial, por favor.

—Gracias, señoría —dijo el abogado de la acusación.

Se levantó despacio de su asiento, le hizo una reverencia al juez y miró la primera página de un guion que se sabía casi de memoria.

—Señoría, miembros del jurado —empezó—, hoy comparezco ante ustedes en nombre de la Fiscalía, mientras que mi distinguido colega el señor Booth Watson QC representa al acusado.

A duras penas miró a su adversario y mucho menos le hizo una reverencia.

—Abro la exposición de la acusación declarando que a lo largo de los años que he sido miembro del Colegio de Abogados…

El jurado escuchó con atención hasta la última palabra que pronunció *sir* Julian, tal como hacían siempre el primer día de cualquier juicio. El juez ya se daba cuenta de que el principal abogado de la Fiscalía estaba aún en mejor forma de lo habitual y las conclusiones con las que cerró la exposición no dejaban duda alguna sobre cuál consideraba que debía ser el veredicto.

—Ustedes y nadie más que ustedes —proclamó *sir* Julian sin dejar de mirar al jurado— decidirán el futuro del hombre que está de pie en el banquillo. Cuando hayan tenido en cuenta todas las pruebas de este caso, quiero que imaginen que son sus propios hijos los que han sufrido por culpa de este hombre sin escrúpulos. Nuestros hijos.

El juez se estremeció de forma involuntaria y esperó que nadie se hubiese dado cuenta.

—No cabe la menor duda de que el mundo sería mejor si Assem Rashidi no hubiera nacido. Ahora está en sus manos asegurarse de que no le arruina la vida a ningún joven más, a ninguna persona vulnerable y desamparada de nuestra sociedad. Y tampoco a nuestros hijos —repitió sin quitarles ojo a los miembros del jurado.

Cuando *sir* Julian volvió a tomar asiento, los doce tenían aspecto de estar dispuestos a recuperar la pena capital, mientras que los reporteros salían corriendo de la sala para darles a los editores el titular del día siguiente, «nuestros hijos», sabiendo que cualquier cosa que se dijera en la sala de un tribunal se podía imprimir en mayúsculas sin miedo a que los denunciasen por difamación.

—Gracias, *sir* Julian —dijo el juez—. Puede llamar a su primer

testigo.

—Pero ¿sabe que nosotros sabemos que lo sabe? —preguntó el comandante.

—Creo que no, señor —respondió Rebecca—. Porque ambos seguimos al hombre equivocado hasta el exterior de la catedral y acabamos en el hotel Goring. Así que ninguno de los dos tiene ni idea de cuál es el aspecto del Hombre Marlboro.

—Que siga así —dijo el Halcón.

—Pero ¿para qué necesita Lamont saber quién es HM? —preguntó Paul—. Ese es el verdadero misterio.

—Si yo tuviera que jugármela —respondió Jackie—, diría que se huele que alguien lo vigila desde que desapareció el dinero tras el incidente de las tres bolsas como tres soles.

—Pero si recuperamos hasta el último penique —dijo el Halcón de forma brusca.

—O quizá quiera ponerse en contacto con HM por algún motivo que desconocemos —sugirió Rebecca.

—No tiene sentido hacer conjeturas —concluyó el Halcón—. De momento, agente Pankhurst, continúa vigilando de cerca a Lamont; pero, si sospechas, aunque sea solo un segundo, que te ha calado, desaparece de inmediato. Porque en cuanto eso ocurra habrá que sustituirte.

—Entendido —accedió Rebecca.

—¿Y tú, agente Bailey? —preguntó el Halcón—. ¿Tienes algo interesante de lo que informar?

—No mucho —admitió Nicky—. Por fin he tenido un encuentro cara a cara con Summers, pero no voy a fingir que haya ido bien.

—Ten paciencia —dijo Paul— y tarde o temprano se le verá el plumero. ¿Has podido echarles un vistazo a alguna de sus investigaciones más recientes?

—Sí, y sorprenden bastante. A lo largo del último año ha hecho una serie de detenciones por delitos relacionados con drogas, robos y una por lesiones corporales graves, y con esa demostró tener mucha valentía. Sus compañeros lo admiran, aunque no cae demasiado bien.

—¿Has topado con algo que parezca sospechoso? —preguntó

Jackie.

—Hay un delincuente de poca monta al que ha convertido en confidente; ya ha proporcionado información que ha conducido a varias detenciones por robo y una por tráfico de drogas.

—¿Y ese fantasma tiene nombre? —quiso saber Paul.

—John Smith. No es muy original, pero ningún policía quiere revelar la identidad de sus confidentes. Cuando se conoce el nombre real, ambos se quedan sin nada.

—¿Le han pagado por los servicios? —preguntó el Halcón.

—Varias veces. Todo de la forma correcta: cantidades pequeñas, siempre autorizadas por su mando superior, un inspector que casi nunca sale de Romford.

—Eso no es raro en muchas partes del cuerpo —dijo Hawksby—. Bien hecho, agente Bailey. Y Paul tiene razón. Aguanta un tiempo, porque, si Summers es un corrupto, serán los detalles lo que lo delaten.

—¿Como qué? —preguntó Nicky.

—El estilo de vida, la ropa, las posesiones y hasta sus novias. Pero vete con cuidado, porque, si es corrupto, también es posible que esté atento a cualquiera que pueda haberse dado cuenta. Así que no te apresures. Bueno, venga, todos a trabajar —ordenó el comandante— y esperemos que Booth Watson se tropiece con los cordones de los zapatos.

—Llevaba mocasines —dijo Paul.

—Llamamos al señor Cyril Bennett —dijo el agente judicial.

Un hombre bajo de atuendo inmaculado entró en la sala y se dirigió al estrado de los testigos. Mientras prestaba juramento, Grace se percató de que el traje de tres piezas que llevaba era casi idéntico al que se había puesto Rashidi.

—Antes de empezar el interrogatorio, señoría —dijo *sir* Julian—, debería señalar que ha sido necesario citar al señor Bennett, puesto que era reacio a testificar.

El juez asintió y anotó algo en su bloc de hojas amarillas antes de fijarse mejor en el testigo.

—Diga su nombre y su profesión para que consten en acta, por favor —le pidió *sir* Julian.

—Me llamo Cyril Bennett. Soy sastre, hago trajes a medida y soy propietario de Bennett y Reed, de Savile Row.

—Si digo que usted hace trajes para algunas de las personas más a la moda de Londres, no me equivocaría, ¿verdad?

—Y de fuera de Londres también, señor.

—Permítame que le pregunte, señor Bennett, cuánto cuesta hacerse un traje en Bennett y Reed, de Savile Row.

—Depende.

—Uno de la gama superior.

—Podría llegar a las trescientas libras.

—¿Provee usted un servicio solo para clientes adinerados?

—Si usted lo dice…

—Teniendo en cuenta que trescientas libras es casi el doble del salario medio semanal de un trabajador de este país, sí, diría que es así.

—No tengo ni idea de cuál es el salario medio semanal de un trabajador de este país.

—No me cabe duda de que no, señor Bennett —respondió *sir* Julian, y le sonrió al jurado—. Voy a enseñarle un traje hecho a mano que estaba en el apartamento del acusado en Brixton.

Booth Watson se levantó al instante.

—Protesto, señoría. La acusación no ha presentado ninguna prueba de que mi cliente haya vivido en Brixton y menos aún de que fuese propietario de un apartamento en ese barrio.

—Mis disculpas, señoría —dijo *sir* Julian—. Le aseguro que lo demostraremos. No obstante, me gustaría que el señor Bennett confirmase que el traje que encontramos en un apartamento de Brixton es un traje hecho por Bennett y Reed. La prueba número nueve, señoría.

El agente judicial le acercó un traje al testigo, que lo estudió durante un tiempo, pero no hizo ningún comentario.

—Si se fija en la característica etiqueta roja del interior de la chaqueta —dijo *sir* Julian—, verá que el traje es de Bennett y Reed.

El testigo miró la etiqueta y respondió:

—Eso parece.

—¿Ve también unas iniciales muy bien bordadas en el bolsillo interior?

—Sí, las veo.

—¿Puede decirle al tribunal de quién son las iniciales?

—No tengo ni idea de quién son.

—Si usted lo dice, señor Bennett. En ese caso, quizá podría decirle al tribunal cuáles son las iniciales.

—A. R.

Entre los que ocupaban los bancos de la sala hubo un estallido de comentarios susurrados en voz alta. *Sir* Julian esperó un momento antes de mirar al jurado directamente y repetir:

—A. R.

Entonces se dirigió de nuevo al testigo reticente y dijo:

—¿Para quién hizo usted este traje, señor Bennett?

—No tengo ni idea de para quién era —respondió el testigo—. Esas iniciales las podrían haber añadido después de comprar el traje.

—Permítame que se lo ponga más fácil. ¿Ve a uno de sus clientes hoy en esta sala?

El señor Bennett recorrió toda la estancia con la mirada. Se fijó un instante en el acusado, pero continuó hasta que posó la vista en el juez y dijo:

—Si no me equivoco, le hemos hecho trajes a usted, señoría.

El juez Whittaker asintió con la cabeza y cierto bochorno.

—¿Nunca ha visto al preso que está en el banquillo? —preguntó *sir* Julian, que intentaba reponerse tras ese golpe inesperado.

—No, nunca —respondió Bennett.

Grace miró a Rashidi, que se había echado hacia delante y contemplaba al testigo como una mangosta con una cobra en el punto de mira. Sonrió al ver una etiqueta roja en el interior de la chaqueta de Rashidi. Escribió una nota y se la entregó a su padre.

—Pero no niega que este traje lo ha hecho su empresa, señor Bennett.

—Confirmo que se hizo en mi taller, pero doy empleo a unos veinte sastres y tengo más de cien clientes en los libros de contabilidad, incluyendo a su señoría.

—No me cabe duda. No obstante, me gustaría saber cuántos de ellos miden un metro setenta y cinco, son de constitución media y tienen las iniciales A. R. Me imagino que eso reduciría la cantidad de forma considerable.

—No lo sé.

—Sospecho que usted conoce a todos sus clientes, señor Bennett —dijo *sir* Julian, y suspiró exasperado—. No hay más preguntas, señoría —añadió antes de sentarse.

—¿Quiere interrogar al testigo, señor Booth Watson?

—Solo un par de preguntas, señoría —dijo, y se levantó despacio —. Señor Bennett, ¿me confirma que su distinguida empresa nunca ha hecho un traje para el acusado?

—Esta mañana he comprobado los registros antes de venir al juzgado y no he encontrado nada que sugiriese que hayamos hecho trajes para un tal señor Rashidi.

Sir Julian leyó la nota de Grace y se dio cuenta de que, si Rashidi subiera al estrado a testificar, lo habrían atrapado con esa frase. Se volvió hacia su hija y asintió con la cabeza.

—Mi distinguido colega le ha dado mucha importancia al hecho de que las iniciales A. R. estén bordadas en el interior de la chaqueta —dijo Booth Watson—. ¿No habrá hecho por casualidad trajes para un tal señor Arthur Rainsford?

Sir Julian se mostró atónito.

—Que yo sepa, no —respondió Bennett en el momento justo—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque resulta que son las iniciales del padre de la nuera de mi distinguido colega. Pero permítame que le asegure al tribunal —dijo Booth Watson, y levantó las manos fingiendo estar horrorizado — que no es más que otra coincidencia, porque, igual que el señor Rashidi, el señor Arthur Rainsford no vive en un apartamento en Brixton, no tiene ningún traje hecho por Bennett y Reed y no es narcotraficante. No hay más preguntas —concluyó, y le ofreció al jurado su sonrisa más halagadora.

—Aquí llega el conquistador —musitó con desdén.

Nicky levantó la mirada desde la mesa de la ventana donde estaban sentadas, justo cuando Jerry Summers entraba en el *pub* como Pedro por su casa y se acercaba al compañero de la barra que lo esperaba con una pinta para cada uno.

—Pero bueno, tú te salvas seguro —le dijo la agente que estaba sentada delante de ella bebiendo una Coca-Cola—. A Jerry Summers solo le interesan las rubias pechugonas.

A Nicky le costó disimular la sorpresa. Liz Morgan, su mentora en el cuerpo, acostumbraba a ser un dechado de discreción a la

hora de hablar de los compañeros, pero era evidente que aquella era una excepción.

—¿Lo dices por experiencia? —Se arriesgó Nicky.

—Me duró un par de semanas antes de que se fuese a por otra.

—¿Tanto? —preguntó Nicky, intentando quitarle importancia—. Bueno, seamos justas: todo el mundo dice que se le da muy bien atrapar ladrones.

—Es el mejor —admitió Liz—. Tiene más detenciones y condenas que cualquier otro de la división. Pero, según me dicen, eso no le impide ganarse un sobresueldo.

—¿No será corrupto? —preguntó Nicky con sorpresa fingida.

—La línea entre serlo y no serlo es muy fina. Se podría describir como maleable. Pero nadie se quejará de Summers, teniendo en cuenta que su chivato da resultados tan consistentes.

—O sea, que se gana unos billetes de tapadillo —resumió Nicky —. ¿Qué tiene eso de malo?

—Pero es que él presume de ello. Cosa que no lo convierte en el más popular de la comisaría. En cualquier caso —continuó Liz mirando la barra, donde los dos policías se reían de alguna broma —, el inspector Castle no parece tener inconvenientes a la hora de firmar los formularios que hagan falta para que su acuerdo siga siendo legal y legítimo. Si te digo la verdad, no me sorprendería que lo invitase a alguna que otra pinta por las molestias —añadió con rencor.

—¿Qué hacemos hoy? —preguntó Nicky.

Quería cambiar de tema; ya había recabado suficiente información por un día.

—Vamos al club juvenil de Hornchurch. Algunos vecinos se han quejado de que hacen fiestas que duran toda la noche. No me extraña que se quejen. Creo que les haremos una visita y le daremos pam pam en el culete al responsable.

—¿Y si con eso no sirve?

—La semana que viene entraremos con toda la caballería, le prenderemos fuego al local y meteremos a esos desgraciados en la cárcel.

Nicky se rio, se acabó la bebida y dijo:

—Tenemos que irnos si no queremos que nos abran un expediente.

Se levantaron y se dirigieron a la puerta. Nicky echó la vista atrás y pilló a Summers mirándola. Él sonrió de oreja a oreja, y ella se sorprendió de sonrojarse. Cerró la puerta al salir y fue hacia la comisaría.

10

—Puede llamar a su siguiente testigo, *sir* Julian.

—Gracias, señoría. Llamo al señor Gerald Sangster.

—¡Gerald Sangster! —bramó el agente judicial.

Momentos después, alguien repitió el nombre en el pasillo.

La puerta se abrió de par en par y apareció un hombre de mediana edad algo encorvado, cuyo pelo y barba recortada estaban teñidos de canas prematuras. Entró en la sala y caminó despacio hasta el estrado de los testigos. Llevaba una americana de color azul marino, una corbata con los colores de su escuela y un pantalón de franela gris muy bien planchado, con los que daba la impresión de ser un profesional recién jubilado. Booth Watson lo consideraba demasiado joven para eso.

El agente judicial le mostró una cartulina, y el testigo prestó juramento con una confianza que no casaba con su conducta discreta. Booth Watson escribió una nota en el bloc de hojas amarillas y se la pasó a su ayudante, que se apresuró a salir de la sala.

—Diga su nombre y su profesión para que consten en acta, por favor —le dijo *sir* Julian.

—Me llamo Gerald Sangster y en la actualidad estoy en paro.

Booth Watson hizo otra anotación.

—¿Puedo hacer constar, señor Sangster, que usted ha sido toxicómano?

—Es cierto, señor, pero ahora estoy limpio. He hecho rehabilitación y no consumo desde hace meses.

—Antes de eso, usted era médico —afirmó *sir* Julian— y tenía una consulta próspera en Harley Street.

—Correcto.

—Pero a resultas de su adicción, lo eliminaron del Registro Médico y, por desgracia, poco después su matrimonio se acabó.

Sangster agachó la cabeza.

—Voy a llorar —dijo Booth Watson, y no en voz baja precisamente.

—Entonces fue cuando empezó a trabajar para el señor Rashidi.

—Cosa que lamentaré durante el resto de mi vida.

—Yo no pienso esperar tanto tiempo —dijo Booth Watson.

—¿Ve al señor Rashidi en esta sala?

—Sí, señor —respondió Sangster, y señaló hacia el banquillo.

El acusado lo miró con cara de póquer, como si no se hubieran visto nunca.

—¿Me permite que le pregunte qué papel desempeñaba usted en el imperio del señor Rashidi?

—Además de ser médico, soy licenciado en Química y lo asesoraba en lo relativo a la concentración y la composición de la droga que él distribuía, sobre todo la cocaína.

—Denos más detalles, por favor, señor Sangster. Supongo que el jurado, al igual que yo, no está familiarizado con el tema.

—Una papelina de unos dos gramos era de mejor calidad y se vendía más cara si su destino era un cliente rico de Mayfair, mientras que para los yonquis de cualquier esquina del East End eran peores. Yo me encargaba del control de calidad. Comprobaba todos los lotes y después, como haría cualquier comerciante, los vendedores ponían el precio de acuerdo con lo que sabían de los clientes.

—¿Podría especificar más sobre el proceso?

—Cogía la cocaína colombiana de mejor calidad, que suele ser pura más o menos al noventa por ciento, y la mezclaba con bicarbonato para aumentar el volumen y que siguiese pareciendo el mismo producto. Los clientes más sofisticados probaban una muestra y, si no era de la mejor calidad, la rechazaban. También era responsable del control de calidad de la heroína, del *crack*, de la metanfetamina y de la marihuana. De vez en cuando regalábamos producto.

—¿Por qué lo hacían? —preguntó *sir* Julian, consciente de cuál sería la respuesta.

—Si le das a un crío suficiente para una semana, se engancha.

Entonces empiezas a cobrarle.

—En esos casos, ¿quiénes hacen de camellos?

—Suelen ser otros chavales, que reparten la droga en los patios de las escuelas.

—¿Y esos chicos se convierten en traficantes cuando acaban los estudios?

—No tardan en darse cuenta de que ya ganan más que sus padres y, además, muchas veces no consiguen ningún otro empleo. Es lo que se dice un trabajo de los que duran toda la vida.

—Nuestros hijos —repitió *sir* Julian mirando al jurado antes de proseguir—. ¿Dónde llevaba usted a cabo este trabajo, señor Sangster?

—En el centro de operaciones del señor Rashidi.

—¿Podría especificar más?

—La fábrica estaba en las plantas veintitrés, veinticuatro y veinticinco de un bloque de Brixton.

Grace se acercó al plano del edificio que descansaba sobre un caballete y señaló las distintas plantas a medida que el señor Sangster las mencionaba.

—¿Con qué frecuencia visitaba el señor Rashidi las instalaciones?

—Estaba allí casi siempre. Supervisaba toda la operación desde el despacho de la planta veintitrés, cuando no estaba en su apartamento.

—¿Tenía un apartamento en el mismo edificio?

—No, en el bloque contiguo. Pero había una pasarela que unía ambos bloques y le servía como ruta de escape en caso de que hubiese una redada en la fábrica.

—¿Intentó usar esa salida la noche de la redada?

—Sí, señor. Pero debía de estar cerrada, porque al cabo de un par de minutos lo vi regresar corriendo con sus dos guardaespaldas. No le dio tiempo a salir de nuevo por la puerta principal antes de que llegase la policía.

—¿Cuándo lo volvió a ver?

—Cuando estaba arrodillado en la sala de operaciones, como si fuera uno de los trabajadores.

—¿Presenció usted la detención?

—No.

«¿Por qué no?», escribió Booth Watson en el bloc antes de que *sir* Julian prosiguiese.

—¿En qué planta trabajaba usted?

—En la veinticuatro. Donde se preparaba la droga para la distribución.

Grace señaló la planta veinticuatro.

—¿Cómo le pagaban?

—En metálico, al final de la jornada.

—¿Y cuánto ganaba a la semana?

—Mil libras por lo menos. A veces más.

—Más de cincuenta mil libras al año —dijo *sir* Julian con énfasis en todas las palabras—. Más de seis veces el salario medio anual de un trabajador en este país. ¿Quién era el pagador?

—Siempre era Assem Rashidi. Nadie más tenía permiso para encargarse de los pagos.

—¿Podía ganar usted más por hacer horas extra?

—Sí, por supuesto. El horario principal para los traficantes es entre las diez de la noche y las cuatro de la mañana. Si estabas dispuesto a trabajar toda la noche y durante los fines de semana, podías hasta doblar las ganancias.

—¿Cuánto podía ganar a la semana un traficante con experiencia?

—Unos dos mil.

—Más de cien mil libras al año —dijo *sir* Julian, fingiendo que no daba crédito.

—Un recadero que aún vaya a la escuela se puede sacar doscientas o trescientas libras a la semana. Pero, si te enganchas, no duras mucho. Y si te pillan metiéndole mano al producto o al dinero, te la cortan.

—Supongo que no se refiere a cortarla literalmente —dijo *sir* Julian.

—Sí, literalmente —respondió Sangster—. En la planta de los vendedores, delante de los demás, para que todos sean testigos del castigo.

Sir Julian guardó silencio un momento para que los miembros del jurado digiriesen lo que acababan de oír.

—¿Hubo alguna víctima de estas atrocidades que lo denunciase a la policía?

—Que yo sepa, solo una.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo he visto ni he vuelto a saber de él desde entonces.

Sir Julian se volvió a mirar al jurado y vio varias cabezas gachas, pero no la del presidente, que no apartaba la vista del acusado.

—¿Sería justo decir que al acceder a testificar en este juicio usted se arriesga a perder más que una mano?

—Estoy en un programa de protección de testigos —dijo Sangster—, así que mientras Rashidi esté en la cárcel me siento bastante protegido. Pero, si lo soltasen —añadió, y miró al acusado a la cara—, cogería el primer avión para salir del país.

—No es de extrañar —dijo *sir* Julian—. Estoy seguro de que todos celebramos la valiente decisión de testificar en este juicio, señor Sangster, teniendo en cuenta las consecuencias que podría sufrir si el acusado sale en libertad.

—Es lo mínimo que podía hacer —dijo Sangster, y se volvió hacia Rashidi—. Con mi testimonio, espero contribuir a que por fin se haga justicia en nombre de todas las víctimas desamparadas, jóvenes y adultos, que han sufrido a manos de este monstruo.

—Lo llevaba demasiado ensayado —dijo Booth Watson justo para que lo oyese el jurado.

Sir Julian no hizo caso del comentario. En ese momento entraba el ayudante de Booth Watson y le entregaba una nota. Booth Watson sonrió mientras *sir* Julian miraba al juez y le decía:

—No hay más preguntas, señoría.

—¿Qué tomas? —le preguntó al sentarse en el taburete de al lado.

—Media pinta de *shandy* —respondió Nicky.

De haber estado bebiendo con sus compañeros, habría pedido una pinta de cerveza, pero esa tarde no.

Jackie le había advertido que fuese precavida, porque él no tardaría en mover ficha. Le había asegurado que los Jerry Summers del mundo no perdían el tiempo. Cualquier cosa con falda les parecía un blanco legítimo. Según contaba la leyenda en Scotland Yard, cuando Jackie se formaba como agente de policía, un inspector le había puesto la mano en el muslo y ella lo había tumbado de un puñetazo. Aunque no la había ayudado a ganarse ascensos, no había tenido que enfrentarse a nadie más con las

manos largas.

«Deja que hable él —le había aconsejado Jackie—. Si lo que quiere es meterse en el sobre contigo, se pondrá a presumir, a exagerar sus hazañas. Pero si crees que sospecha lo más mínimo que estás infiltrada, infórmame de inmediato y te sacaré de allí ese mismo día».

—Una pinta de cerveza y media de *shandy* —dijo Summers, y le guiñó un ojo al camarero—. ¿Qué? ¿Cómo te va la vida de patrulla? —le preguntó.

—Es muy divertido —contestó Nicky, que no quería admitir que odiaba volver a llevar uniforme.

—¿Y Liz? —preguntó él dubitativo.

—Tengo suerte de que sea mi mentora.

—Vete con cuidado. No es tan amigable como parece.

—¿A qué te refieres?

—Cuando se abra algún puesto, te verá como una rival.

—Pero ella lleva tres años en el cuerpo.

—Cierto, pero, a diferencia de ti, no ha pasado tres años en la universidad. Con una carrera tienes muchas más posibilidades de que te asciendan antes.

Nicky había olvidado cuántos detalles de su coartada le había contado.

—¿Cómo es eso de investigar casos? —preguntó para cambiar de tema.

—Nunca te aburres. Deberías plantearte hacer el examen. Se te daría muy bien.

—Solo llevo patrullando un par de meses, pero debo admitir que se me había pasado por la cabeza —dijo Nicky, y bebió un sorbo de la *shandy*.

—Pues Liz suspendió el examen, así que no le saques el tema.

Nicky lo sabía y no lo había mencionado.

—¿Y qué has hecho hoy? —le preguntó.

—He detenido a un traficante delante de una sucursal del Midland Bank. Menudo malandrín. Y ni me ha visto venir.

—¿En plena calle? —preguntó Nicky.

—Sí. Intentaba escabullirse cuando se ha dado cuenta de que Liz y tú subíais por la calle y ha caído directo en mis manos.

—Buen trabajo —dijo Nicky—. Nosotras hemos tenido que

conformarnos con uno que había robado una lata de salmón en una tienda.

—Cadena perpetua —respondió Summers después de un trago largo de cerveza.

Nicky se rio.

—¿Se ha resistido el traficante?

—No. Pero ojalá lo hubiese hecho, porque soy cinturón negro y enseguida se habría dado cuenta de que no vale la pena tocarme las narices.

Nicky se mostró todo lo impresionada que requería la ocasión, a pesar de que sabía que el cinturón no era negro, sino marrón.

—Debe de ser muy estimulante no saber nunca a quién te enfrentarás al día siguiente.

—Pues mañana —continuó Summers— voy a detener a un ladrón de coches que ha robado más Jaguar de la cuenta.

—¿Y cómo lo sabes?

—Llevo varios días vigilándolo. Sé el modelo que va a robar, y la hora y el garaje donde planea dar el golpe —dijo Summers, y se acabó la pinta—. ¿Te da tiempo de tomar otra?

—No, gracias. Debería irme a casa. Mañana tengo el primer turno.

—¿Dónde vives?

—En Peckham. Comparto piso.

—Con una amiga, espero.

Nicky asintió con la cabeza mientras se acababa la *shandy*.

—¿Está en el cuerpo?

—No, Rebecca es demasiado sensible para eso —contestó, y lamentó el lapsus de inmediato—. Es bibliotecaria, en Hammersmith. Fuimos juntas al colegio —añadió, cosa que era otro dato de la falsa historia—. A lo mejor nos vemos por la mañana —dijo, y se levantó para marcharse.

—Yo ya sé dónde me gustaría verte por la mañana —repuso Summers, y le dio un beso en la mejilla.

Nicky no contestó. Pero de camino a la comisaría no pudo evitar preguntarse si…

11

—¿Desea interrogar al testigo, señor Booth Watson?

—Sin lugar a dudas, señoría —respondió el abogado de la defensa al tiempo que se levantaba de la silla.

Se recolocó la peluca y se tiró de las solapas de la toga negra antes de mirar la larga lista de preguntas que había preparado. No se apresuró a hablar: una vieja táctica que garantizaba que todo el mundo estuviera atento a sus palabras.

—Señor Sangster —empezó, y le clavó una mirada penetrante al testigo—, me gustaría recuperar las primeras palabras que ha pronunciado usted después de prestar juramento, ya que voy a hacerle la misma pregunta que mi distinguido colega. ¿Sería tan amable de decir cómo se llama y a qué se dedica?

El testigo parecía atónito.

—Gerald Sangster. En la actualidad estoy en paro.

—Si yo le hubiese pedido esa información hace dieciocho meses, ¿qué habría respondido?

Sangster vaciló un momento antes de decir:

—Que soy el doctor Gerald Sangster.

—Cuando un médico se quita ese título, suele ser porque ha pasado a ser cirujano o especialista. ¿Es lo que le ha ocurrido a usted?

—No.

—En ese caso, quizá quiera explicarle al tribunal por qué no puede decir que es médico.

—El tribunal ya sabe que el Consejo Médico General me retiró del registro.

—Lo tacharon de la lista, creo que lo dicen así. ¿Cuál fue su ofensa si me lo permite?

Sangster vaciló un momento y después admitió:

—Me acusaron de violar el juramento hipocrático.

Booth Watson no pudo resistirse a hacer otra pausa larga.

—Violar —repitió—. ¿Qué implica eso?

—Prescribí demasiadas recetas de fármacos controlados que fueron perjudiciales para algunos de mis pacientes.

—¿De cuántos pacientes hablamos?

—En la vista testificaron tres testigos.

—Eso no es lo que le he preguntado, señor Sangster —dijo Booth Watson.

Su ayudante le pasó un archivador grueso.

—Once —respondió Sangster en voz más baja.

—¿Podría decirle al tribunal lo que le ocurrió a una de sus pacientes? Me refiero a la señorita Amy Watson.

—Por desgracia, falleció.

—¿Cómo murió?

—De una sobredosis.

—De un medicamento que usted le recetó, señor Sangster. ¿Cuántos años tenía?

—Veintisiete.

—Y otra de sus pacientes, la señorita Esther Lockhart. ¿De qué murió ella?

—Se suicidó.

—Se ahorcó —especificó Booth Watson, y pasó otra página del informe del Consejo Médico General—. No entraré en detalles con los otros desafortunados nueve pacientes que estaban bajo su cuidado, señor Sangster, a menos que usted lo prefiera.

Sir Julian se puso en pie.

—Señoría, no era consciente de que estábamos juzgando al señor Sangster.

—No lo juzgamos a él, señoría —interpuso Booth Watson antes de que el juez pudiera contestar—, pero sí su credibilidad como testigo, y voy a dejar que el jurado decida si se creen algo de lo que dice.

—Ha quedado claro, señor Booth Watson. Continúe.

—Como usted diga, señoría —respondió el abogado de la defensa, y se volvió hacia el testigo—. Señor Sangster, ¿cuándo lo eliminaron del registro?

Sangster dudó de nuevo.

—Vamos, dígalo. No me creo que no tenga la fecha grabada en la memoria.

—El 9 de julio del año pasado.

—¿Y desde cuándo dice que trabajaba para el señor Rashidi?

—Empecé hace poco.

—¿Cuándo?

—Unas semanas antes de la redada en el centro de operaciones.

—Creo que sería más preciso decir dos semanas antes, ¿no le parece, señor Sangster? Pero digamos que la precisión no es su fuerte.

—Fueron más de dos semanas.

—Dejémoslo en tres, ¿de acuerdo? Durante esas tres semanas, ¿cuántas veces vio al señor Rashidi?

—Varias.

—¿Y una de esas fue durante la redada?

—Sí, así es —afirmó Sangster rotundo.

—La misma redada en la que lo detuvieron a usted.

—Señor Booth Watson, ándese con cuidado —dijo el juez con firmeza.

—Solo intento desvelar la verdad, señoría. ¿Y lo denunciaron en esa ocasión, señor Sangster?

—Sí.

—¿De qué lo acusaban?

—De suministrar sustancias ilegales.

—Lo que contraviene la Ley sobre el uso indebido de drogas de 1971. En el juicio, ¿cómo se declaró?

—Culpable —respondió Sangster en voz tan baja que casi no se lo oyó.

—¿Le importaría repetirlo, señor Sangster? Creo que el jurado no lo ha oído.

—Culpable.

—¿Y la condena?

—Dos años.

—¿Solo dos años para un delito que acostumbra a acarrear una sentencia de siete? Parece muy indulgente, tratándose de un delito tan grave. ¿Puedo suponer que usted continúa encarcelado?

—No, me soltaron la semana pasada.

—Qué casualidad. Justo a tiempo para testificar en este juicio.

—Ya nos ha quedado claro lo que quiere decir, señor Booth Watson —repitió el juez—. Prosiga.

Booth Watson miró al jurado y tuvo que darle la razón al juez. Dejó el archivador, cogió otro y pasó unas cuantas páginas antes de abordar la siguiente treta.

—Señor Sangster, me interesa saber lo bien que conoce usted al señor Rashidi. Por ejemplo, ¿sabría decirme el nombre de la empresa de la que ha sido presidente los últimos diez años?

—Marcel y Neffe —respondió Sangster casi con aire triunfal.

—¿Y a qué se dedica?

—Importa té.

—Creo que eso no sale en el listado de sustancias ilegales de la Ley sobre el uso indebido de drogas de 1971.

Varias personas sonrieron, una o dos del jurado.

—¿Dónde están las oficinas de Marcel y Neffe?

—En la City.

—¿Podría precisar un poco más?

Sangster se mordió el labio y no contestó.

—No, por supuesto que no puede, señor Sangster, porque, por lo que veo, no sabe gran cosa sobre el señor Rashidi, aparte de lo que ha leído en la prensa o lo que ha oído en la cárcel.

—Sé dónde estaba el centro de operaciones porque trabajaba allí.

—No dudo que usted trabajase allí, señor Sangster, pero dudo que viese al señor Rashidi allí, aparte de la noche de la redada.

—Sé que tenía un apartamento en el mismo edificio.

—¿En el mismo edificio? —repitió Booth Watson palabra por palabra, para que constase en acta.

—Me refería al edificio contiguo.

—Quizá fuese usted el que tenía un apartamento en ese bloque —insinuó Booth Watson.

Hubo un silencio sepulcral. *Sir* Julian frunció el ceño y le pasó una nota a Grace.

—¿Estuvo usted en dicho apartamento?

—No, no era amigo de Rashidi.

—Entonces, ¿cómo sabe de la existencia del supuesto apartamento?

—Todo el mundo lo sabía.

—Señor Sangster, todo el mundo sabía que la reina Isabel I de Inglaterra conoció a María I de Escocia en el castillo de Fotheringhay, pero le aseguro que ese encuentro no tuvo lugar. Yo creo que usted no conoció al señor Rashidi y que su historia no es más que una serie de datos que pilló al vuelo en la cárcel y que después adornó con sus propias invenciones elaboradas para asegurarse que le redujeran la condena.

—Eso no es verdad. Trabajé para Rashidi.

—¿Fue el señor Rashidi quien le ofreció el puesto?

—No, me recomendó un traficante.

—¿Su traficante personal?

Hubo otro largo silencio antes de que Sangster contestase.

—Sí. Como ya he admitido, hace un tiempo consumía cocaína de forma ocasional, pero ya lo he dejado atrás.

Booth Watson volvió a coger el informe del Consejo Médico General y buscó sin prisa una de las páginas.

—Ocasional no es la palabra que el presidente del Consejo utilizó para describir su adicción.

Sangster no trató de defenderse.

—Es evidente que usted solo se relaciona con la verdad de forma ocasional.

Sir Julian quiso levantarse de la silla.

—Pero antes de que mi distinguido colega proteste, permítame preguntarle si era el mismo traficante con el que compartía celda durante el periodo sorprendentemente corto que ha pasado en la cárcel.

Esa vez la vacilación duró aún más tiempo.

—¿Fue entonces cuando este le contó la historia del traficante al que le habían cortado la mano?

—Es posible.

—En ese caso, no se trata de nada más que habladurías y el jurado puede darle tan poca importancia como tiene. ¿Dónde está ahora ese traficante? —preguntó Booth Watson antes de que el testigo tuviera tiempo de recuperarse.

—Sigue en la cárcel.

—Otro testigo poco fiable al que supongo que *sir* Julian no llamará a testificar en este juicio —dijo Booth Watson, y se volvió

hacia el jurado—. Permítame que resuma su testimonio, señor Sangster. Usted era médico antes de que lo eliminasen del registro oficial por violar el código de conducta profesional. Es un toxicómano dispuesto a dar testimonio bajo juramento, aunque al final su testimonio no sea otra cosa que rumores que le ha contado otro preso. Solo trabajó en la fábrica de drogas durante dos, puede que tres semanas, pero afirma que hace tiempo que conoce al acusado. Lo eliminaron del registro por perjudicar a sus pacientes al recetarles medicamentos peligrosos de forma indebida y después le impusieron una sentencia muy generosa de dos años de la que ha acabado cumpliendo menos de uno. Eso es lo que todo el mundo sabe.

—Está tergiversando mis palabras —gritó Sangster.

—Creo que el que tergiversa es usted, señor Sangster. Pero no tengo inconveniente en darle la oportunidad de enmendarse antes de hacerle más preguntas.

Booth Watson miró impasible al principal testigo de la acusación mientras esperaba respuesta, pero no la obtuvo.

—La verdad, señor Sangster, es que usted es un superchivato sin nada de que chivarse. Espero que la acusación llame a testigos más fiables para respaldar una tesis que de por sí es muy floja.

El juez no parecía contento.

—¿Tiene más preguntas para el testigo, señor Booth Watson? —inquirió.

—Ninguna que yo crea que vaya a responder con honestidad, señoría —dijo el abogado de la defensa antes de volver a sentarse y suspirar de forma exagerada.

«No pasa nada por querer ser millonario», dijo Marty.

Jerry rodeó a Nicky con el brazo y, con cuidado, se la acercó.

«Está muy bien que tú lo digas, pero yo estoy sin blanca».

«Pues tendrás que aprender a robarles a los ricos y asegurarte de que no les devuelves nada a los pobres».

Ella le apoyó la cabeza en el hombro.

«Pero eso es inmoral».

Él se volvió hacia ella y la miró, aunque ella no lo veía en la oscuridad del cine. «¿Dónde pones los límites al quebrantar la ley?».

Él se inclinó y le dio un beso suave en los labios.

«No los pongo. Dejo que sea mi abogado el que tome esas decisiones».

Sus lenguas se tocaron.

«¿Cómo se entra en el club de la codicia?».

Ella se separó y continuó viendo la película, aunque ya había perdido el hilo. «Primero identificas una empresa familiar que tenga una buena base patrimonial y esté gestionada por la tercera generación».

Jerry le puso la mano en el muslo.

«¿Qué tipo de bienes?».

Ella se la apartó con cuidado.

«Tierras, propiedades, cuadros y hasta joyas. Cualquier cosa de la que te puedas deshacer deprisa».

Él la besó de nuevo con la confianza que da la práctica, y a ella no le quedó ninguna duda de que no era la primera vez que él se sentaba en la última fila. Tal vez en esa misma butaca.

«¿Cuál es el siguiente paso?».

Él le metió la mano por debajo del jersey.

«Empiezas a comprar las acciones de la empresa con distintos nombres, pero no en grandes cantidades, para que no se den cuenta de lo que haces».

Le desabrochó el sujetador.

«¿Y si lo consigues?».

Se puso a masajearle el pecho.

«Sustituyes a la dirección y despides a los trabajadores».

«¿Cómo acaba eso?».

A ella se le endureció el pezón.

«Vendes los bienes y haces el agosto antes de que los accionistas se enteren». Esa vez ella no se resistió.

«¿Cómo se llama eso?».

«Liquidación de activos».

—Podría haber ido mejor —admitió William.

—Ilumíname —dijo el comandante, y se acomodó en su sillón favorito junto a la chimenea para escuchar con atención.

—Mi padre empezó con el especialista de la policía científica,

que mostró varios objetos del centro de operaciones donde se veían claramente las huellas de Rashidi.

—No creo que Rashidi vaya a negar que estaba allí —dijo el Halcón.

—La siguiente fue la doctora Webb, la mandamás del Gobierno en cuestión de drogas. Fue absolutamente convincente y dejó al jurado sin ninguna duda sobre la escala de la operación que gestionaba Rashidi. Booth Watson no se molestó en interrogarla.

—Parece que les llevamos mucha ventaja…

—Hasta que apareció el señor Bennett, el sastre de Savile Row. Siento decir que no nos fue de gran ayuda. Dijo que no recordaba haber conocido a Rashidi y mucho menos haberle hecho un traje.

—Pues tiene una memoria muy selectiva —dijo Hawksby.

—Sí, además creo que Rashidi llevaba uno de sus trajes en ese momento.

—Si es cierto, en cuanto se suba al estrado tendremos la sartén por el mango.

—Eso si sube, cosa que no es probable, ya que no querrá admitir de quién es la foto que encontramos en la mesilla de noche de su apartamento.

—Booth Watson y él llevan semanas pensando en eso, así que podemos dar por supuesto que ya se les habrá ocurrido una explicación alternativa.

—No les bastará con insinuar que yo planté la foto. Para empezar, ¿cómo la habría conseguido?

—¿Cuándo fuiste a The Boltons a interrogar a su madre en su casa?

—Desde que lo detuvimos, ella se ha negado a relacionarse con él, así que quizá no sepa que fui a verla.

—Tiene un chófer y un ama de llaves que paga Rashidi, así que lo sabrá —dijo el Halcón—. ¿Y Sangster? Seguro que al jurado le pareció convincente.

—Cuando mi padre acabó de interrogarlo, diría que el jurado no tenía dudas sobre si Rashidi era el jefe de Sangster. De hecho, pensé que habíamos llegado a buen puerto, hasta que Booth Watson se recuperó.

—¿Otra vez?

—Debo admitir que el interrogatorio fue letal. Cuando se sentó,

nadie podría haberle tenido en cuenta al jurado que se preguntase si era Sangster el que debía estar en el banquillo y no Rashidi.

El Halcón soltó un suspiro largo.

—O sea, que mañana te toca a ti, William, conseguir que, después de tu testimonio, el jurado vuelva a estar de parte de los buenos.

—Me costará un ojo de la cara —dijo William.

—Muéstrales paso a paso cómo descubriste que Rashidi llevaba una doble vida —prosiguió el Halcón como si no hubiera oído el comentario anterior, pues temía que lo obsequiase con su etimología—. Acaba con lo que ocurrió la noche de la redada. Y así podemos dejar que el jurado decida a quién cree: al magnate de la droga o al escolano.

—Si consigo eso —contestó William—, Rashidi quizá se plantee testificar, como último intento desesperado de evitar regresar a la cárcel.

—Booth Watson le recomendará que no haga semejante tontería. Sin embargo, sospecho que Rashidi podría no hacer caso de ese consejo. Es el típico que no se da por vencido y pensará que puede convencer al jurado de que es inocente aunque no tenga posibilidades.

—No creo que sea tan estúpido —repuso William.

—No, pero tal vez sí sea así de arrogante.

—¿Algún consejo sobre cómo lidiar con Booth Watson?

—Si haces bien tu trabajo, me imagino que ni siquiera se molestará en interrogarte. Querrá que el testimonio del escolano desaparezca de la memoria de los miembros del jurado lo antes posible. Pero tú asegúrate de que duermes bien, por si acaso —añadió el comandante, y después colgó.

—Ni en sueños —dijo William justo cuando Beth entraba en la habitación.

—¿Ni en sueños qué? —preguntó ella.

A la mañana siguiente, Nicky se despertó recién dadas las cinco. Parpadeó y observó ese entorno que no conocía.

Después de la película, de la que casi no recordaba nada, se habían saltado la *pizza* margarita que iban a compartir en la pizzería del barrio y fueron directos a casa de Summers. Había infringido la norma número uno. Después de un par de copas que

acabaron siendo una botella entera de vino, le dijo que tenía que marcharse, pero ¿a quién quería engañar?

En el primer intento de hacer el amor, se arrancaron la ropa mucho tiempo antes de llegar a la habitación y acabaron abrazados y exhaustos en el suelo. Lo primero que ella pensó al acabar era que aún podía coger el último tren a casa, pero al cabo de poco se durmió en sus brazos.

Tumbada a su lado, le dolió ser plenamente consciente de que tarde o temprano no le quedaría más remedio que admitir ante el inspector Warwick lo que había ocurrido. No solo tendría que renunciar a su puesto, sino que quizá tuviera que buscar trabajo aunque fuese de reponedora en la cadena de supermercados Teseo. Una parte de la historia que había creado pronto sería su historia real. No se rio. Nicky no quería admitirle ni siquiera a Rebecca que hacía mucho tiempo que no sentía algo así por nadie. Deseó que el resultado de la investigación fuese que Jerry había corrido algún que otro riesgo, pero que no lo considerasen un delincuente.

Miró por toda la habitación y se fijó en el gran televisor que descansaba sobre una consola de cromo muy elegante que parecía hecha para un dúplex del West End. Era evidente que no todos los bienes robados que Summers había recuperado en su impresionante historial de detenciones por robo habían llegado al almacén de la comisaría de policía. Al menos eso era algo importante de lo que informar cuando viese a Jackie a la mañana siguiente, aunque no estaba segura de cómo explicaría lo de haber acabado en la cama con el sospechoso.

Nicky notó que Jerry se despertaba; una mano se le acercó despacio y tiró de ella, así que pospuso la decisión durante unos minutos más.

—¿Te da tiempo a desayunar? —le preguntó él cuando por fin ella se levantó de la cama y fue al baño.

—No, tengo que ir a casa a cambiarme. No puedo ir a trabajar con estas pintas.

—Si vinieras a vivir conmigo, eso no sería un problema.

Nicky no podía creer lo que acababa de oír y se preguntó si era algo que él les decía a todas sus conquistas. Cuando se marchaba, la besó de nuevo. No era un beso de un lío de una noche. Nicky tenía miedo de que pasase cualquier cosa en el trayecto entre casa de

Jerry y la estación, y se alegró de no cruzarse con ningún compañero por el camino. Durante el largo viaje hasta Peckham le dio tiempo de sobra para pensar en las consecuencias. ¿Lo que había dicho sobre vivir con él iba en serio?

Cuando el tren se detuvo por fin en su parada, Nicky se apeó, hizo al trote todo el camino hasta casa y llegó al apartamento poco después de las seis. Giró la llave despacio con la esperanza de alcanzar el dormitorio antes de que Rebecca la viese. Entró, cerró la puerta sin hacer ruido, se quitó los tacones y subió la escalera en silencio; se alegró de ver una luz por debajo de la puerta de Rebecca. Era cuestión de caminar unos pasos más. Cuando ya estaba a salvo en su dormitorio, se quitó la ropa de la noche anterior y se puso la bata. Momentos después estaba en el baño dándose la segunda ducha.

Se cruzaron en el pasillo, se dieron los buenos días como si nada, y Nicky volvió a su cuarto y se vistió. No dejó de pensar en Jerry ni un momento.

Durante el desayuno hablaron de todo menos de trabajo: una norma inquebrantable. Después salieron juntas para ir a la reunión informativa del comandante. A las ocho menos cinco de la mañana estaban todos sentados alrededor de la mesa, esperando a que el Halcón diese comienzo a la reunión.

—Empecemos contigo, agente Bailey —dijo el comandante—, que sé que tienes que estar en Romford para el turno de tarde. Cuéntanos cómo va con Summers.

—No hay mucho de que informar, señor. Ayer me invitó a tomar algo, pero no se presentó.

—Típico —dijo Jackie—. Aunque seguro que forma parte de su plan a largo plazo, así que aguanta.

—¿Cuánto tiempo te hizo esperar? —preguntó Paul.

—Una hora, más o menos. Hasta que me cansé y me fui a casa.

A Rebecca le sorprendió la respuesta de Nicky, pero decidió no hablar con William hasta que su compañera de piso se hubiera ido a Romford. Y, cuando se fue, continuaba indecisa.

12

William cogió la Biblia con la mano derecha y prestó juramento con una seguridad que no sentía.

Grace Warwick se levantó de su sitio en la mesa de los abogados, se tiró de las solapas de la toga negra y se recolocó la peluca, imitando a su padre sin darse cuenta.

—Inspector Warwick —empezó a decir, y le ofreció a su hermano una sonrisa cálida—, ¿podría indicarle al tribunal cómo se llama y cuál es su rango para que conste en acta?

—Me llamo William Warwick y soy inspector de Scotland Yard, de la Brigada de Estupefacientes.

—La noche en cuestión, inspector Warwick, ¿fue usted el agente que detuvo al señor Rashidi tras la redada que se llevó a cabo en su centro de Brixton?

Booth Watson se levantó despacio de la silla con cara de exasperación y, antes de que William pudiese contestar, enunció las palabras:

—Debo protestar, señoría. Todavía no se ha aclarado a quién pertenecían las instalaciones; el hecho de que mi distinguida colega lo afirme como si tal cosa podría llevar al jurado a creer que eran del acusado, cuando lo cierto es que está muy lejos de la realidad.

—Mis disculpas, señoría —dijo Grace—, pero, si me hubiese permitido seguir con las preguntas, al jurado no le habría quedado ninguna duda sobre quién estaba al mando de la fábrica de drogas esa noche y quién ocupaba un espacioso apartamento en el edificio contiguo.

Sir Julian se permitió una sonrisa mientras Booth Watson se hundía en su asiento.

—Inspector Warwick —continuó Grace, y miró la lista de

preguntas, segura de que conocía todas las respuestas—, tras la detención del señor Rashidi, ¿lo interrogó en la comisaría de Brixton?

—Sí, señorita —contestó William, que se dirigía de ese modo a su hermana por primera vez y no sabía si llegaría a acostumbrarse —. Y después de ese interrogatorio, lo denuncié, acusado de tres delitos relacionados con los artículos 4 y 5 dela Ley sobre el uso indebido de drogas de 1971.

—¿Podría decirle al tribunal de qué se tratan las acusaciones?

—El artículo 4 versa sobre la producción de una sustancia ilegal. El 5 está relacionado con la posesión de una sustancia ilegal con intención de traficar y también con el delito de tenencia de una sustancia ilegal, que tiene menos importancia.

—¿Cómo reaccionó el acusado cuando lo denunció por eso?

—Siguiendo el consejo de su representante legal, escogió no responder.

—Es a lo que tiene derecho —resopló Booth Watson.

—¿Llevaba el acusado alguna sustancia ilegal encima?

William vaciló.

—Una pequeña provisión de cannabis.

—¿Nada más?

—Sesenta libras en metálico y un billete de autobús.

Booth Watson sonrió e hizo una anotación en el bloc de hojas amarillas que tenía apoyado en la rodilla: «Billete de autobús».

—Dijo que iba de camino a casa después del trabajo y que había pasado por el apartamento con intención de comprar una pequeña cantidad de cannabis para uso personal durante el fin de semana y que aquella vorágine lo había pillado por sorpresa —respondió William leyendo de su cuaderno.

—¿El acusado usó la palabra «vorágine»? —preguntó el juez.

—Sí, señoría —dijo William.

El juez anotó algo.

—Por favor, continúe, señorita Warwick.

—Antes de que llevasen a cabo la redada, inspector, ¿ya había investigado al señor Rashidi?

—Sí, señorita. Llevábamos un periodo de casi seis meses vigilando de cerca sus actividades diarias.

—¿Usted y quién más?

—En ese momento yo dirigía una pequeña unidad de agentes muy experimentados que, en el transcurso de la investigación, descubrieron que el acusado llevaba una doble vida. De día se hacía pasar por el presidente de una respetable empresa familiar de té con sede en la City de Londres, mientras que de noche dirigía una operación de drogas ilegales desde los tres pisos superiores de un bloque de Brixton.

—¿Cómo pudieron hacer una redada en las instalaciones sin que el señor Rashidi lo supiese, teniendo en cuenta que estaba en las tres plantas superiores de un edificio, en teoría, muy bien protegido? —preguntó Grace.

—Lo estaba, señorita, pero mi equipo y yo organizamos una operación encubierta conocida como Caballo de Troya. Teníamos constancia de la seguridad que rodeaba el bloque A, que es donde se ubicaba la fábrica de droga. El dispositivo incluía cuatro vigías apostados a pie de calle, cerca de la entrada del edificio; eso hacía casi imposible que alguno de mis agentes llegase a las últimas plantas antes de que uno de ellos avisase al señor Rashidi de nuestra presencia. Al contar con esa ventaja, Rashidi tenía tiempo de sobra para ponerse a salvo en el apartamento de la planta veintitrés del edificio contiguo, el bloque B, que está conectado con el A mediante una pasarela en esa misma planta.

Booth Watson escribió las palabras «bloque B» en el bloc.

—Teniendo en cuenta todo eso, inspector, ¿cómo es posible que un equipo de agentes armados llegase a la planta veintitrés del bloque A antes de que el acusado escapara a su apartamento del edificio contiguo?

—Mi distinguida colega ha vuelto a las andadas, señoría —dijo Booth Watson, que esa vez se había levantado más deprisa—. No ha quedado demostrado que mi cliente tuviese un apartamento en el edificio de al lado. De hecho, el principal testigo de la acusación afirmó que el acusado vivía en el mismo bloque, el bloque A. Estoy convencido de que lo recuerda usted, señoría.

El juez anotó la observación, igual que el presidente del jurado.

—Y mi distinguido colega también ha vuelto a las andadas —dijo Grace—. Si tiene un poco más de paciencia, prometo aportar todas las pruebas que él requiera.

Booth Watson volvió a sentarse, mientras que *sir* Julian a duras

penas consiguió no aplaudir.

—Tras constatar la existencia de una ruta de escape entre las instalaciones donde se trataba la droga en el bloque A y el apartamento del bloque B, ¿cómo superaron ese problema?

—Momentos antes del inicio de la redada, un carpintero que esperaba en el rellano de la planta veintitrés del bloque B cerró la entrada a la pasarela con tres tablones de madera. Con eso, mis hombres tuvieron tiempo de subir a la fábrica antes de que Rashidi pudiese escapar.

Grace se volvió hacia Booth Watson y le ofreció una sonrisa cálida que él no le devolvió.

—Después de detener al señor Rashidi en las instalaciones, lo llevó a la comisaría de Brixton y allí lo retuvieron hasta el día siguiente, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—A la mañana siguiente, usted entró en un apartamento del bloque B. ¿Cuál era el propósito de esa visita, inspector?

—Según el artículo i8 de la Ley de Policía y prueba criminal de 1984, tenía autoridad para registrar cualquier apartamento del edificio a fin de determinar si este había sido el lugar de residencia del señor Rashidi durante las estancias en Londres.

Booth Watson sonrió y anotó: «Si había sido».

—¿Y lo consiguió, inspector?

—En el dormitorio encontré un armario lleno de trajes hechos a medida por Bennett y Reed de Savile Row, además de una docena de camisas hechas a mano, de Pink, una tienda de Jermyn Street. Da la casualidad de que son de las medidas exactas del acusado.

—Lo que le han hecho a medida es la cama —dijo Booth Watson, y se puso en pie—. Señoría, me pregunto si mi distinguida colega ha olvidado, por la cuenta que le trae, que el sastre en cuestión ha confirmado que el señor Rashidi no era uno de sus clientes.

—Pasemos a una prueba que ni siquiera mi distinguido colega podrá desestimar con tanta facilidad. Inspector —dijo Grace, y se volvió a su hermano—, durante la investigación del lujoso apartamento del bloque B, ¿encontró algo que demostrase más allá de toda duda razonable que era el señor Rashidi quien pernoctaba allí entre semana?

—Sí, señorita. En una de las mesillas de noche del dormitorio principal encontré una fotografía cuyo marco de plata tenía grabada una letra A mayúscula.

—Y usted da por sentado que la A es de Assem.

—Así es.

Booth Watson se apresuró a levantarse, pero Grace continuó antes de que pudiese intervenir.

—No obstante, resultó que no era lo que usted pensaba.

—Correcto, señorita. Después descubrí que la A era de Asprey, la conocida marca de artículos de lujo con sede en Bond Street.

—Entonces, ¿qué lo convenció de que había una conexión entre esa fotografía y el acusado?

—Que era una foto de la madre del señor Rashidi.

La sala del tribunal se convirtió en un tumulto, y Grace tuvo que esperar un tiempo antes de hacer la siguiente pregunta.

—La fotografía forma parte de las pruebas presentadas por la acusación, señoría, y la han aceptado ambas partes.

Le dedicó a Booth Watson una sonrisa cálida y añadió:

—Y con su permiso, voy a pedirle al agente judicial que se la muestre al testigo para que confirme que era la foto que encontró en la mesilla de noche del espacioso apartamento del bloque B.

El juez asintió con la cabeza, y el agente judicial extrajo del archivador de pruebas una fotografía con un marco de plata, se acercó al estrado de los testigos y se la entregó al inspector Warwick.

—Inspector —dijo Grace—, ¿confirma usted que este es el marco de plata que encontró en una mesilla de noche del apartamento del bloque B?

—Sí.

—¿Reconoce a la mujer de la fotografía?

Se hizo un silencio total en la sala mientras todos esperaban a que William respondiese.

—No —dijo al final sin quitarle ojo—. Alguien debe de haber sustituido la imagen original.

Cuando se restableció el orden en la sala, Booth Watson volvía a estar de pie.

—Señoría, me pregunto si el jurado y, por supuesto, también usted y yo podríamos ver la prueba en cuestión, ya que el inspector

ya no parece tan seguro de que con ella vaya a demostrar la culpabilidad de mi cliente —dijo, e hizo una pausa— más allá de toda duda razonable.

El juez Whittaker dudó, pero enseguida asintió con la cabeza.

El agente judicial le entregó la fotografía al juez y, después de estudiarla, este no parecía haber llegado a ninguna conclusión. Se la devolvió al agente judicial, que a su vez se la dio al presidente del jurado. Este miró la fotografía de una anciana durante un tiempo antes de enseñársela a sus compañeros y compañeras del jurado.

Grace y *sir* Julian fueron los siguientes en examinar la prueba, hasta que al final le llegó al señor Booth Watson, que le echó un vistazo muy breve antes de devolvérsela al agente judicial. *Sir* Julian se inclinó hacia delante y le susurró instrucciones claras a su hija, que llevó a cabo sus órdenes.

—Señoría —dijo—, me pregunto si nos concedería un receso breve; la acusación desea reconsiderar su situación.

—Les concedo treinta minutos, señorita Warwick —dijo el juez —. No más. —Miró la hora—. Los abogados deben regresar a sus asientos antes de las once y cuarto.

—Todos en pie.

Rebecca no dejaba de pensar en lo que había pasado por la mañana; Nicky había entrado en el piso a hurtadillas después de las seis y era evidente que esperaba que no la descubriese.

Mientras desayunaban, no había mencionado dónde había pasado la noche. Normalmente no escondía con qué hombres se relacionaba y muy a menudo hacía que Rebecca se deshiciese en carcajadas con las historias sobre sus supuestos romeos. La agenda de Nicky siempre estaba llena, mientras que la suya estaba llena de páginas en blanco.

Cada vez que su madre le sacaba el tema de los novios, que era casi un fin de semana sí y otro no, le decía que era muy difícil, por el trabajo que hacía y el horario que tenía. Según lo que le explicaba, la mayoría de los hombres se alejaban en cuanto descubrían que pertenecía al cuerpo de Policía. No obstante, eso no parecía impedirle a Nicky llevar una vida social ajetreada. Rebecca esperaba que se tratase de un lío de una noche muy lejos de

Romford. Pero, si no era más que eso, ¿por qué Nicky no le había…? Se sentó a su mesa y se puso a redactar un informe.

—¿Cuándo fue la última vez que viste la fotografía? —preguntó *sir* Julian al cerrar la puerta de la sala privada.

—Hace un par de días —respondió Grace—, en presencia del ayudante de Booth Watson y del responsable de la custodia de las pruebas, cuando acordamos el material probatorio que presentaríamos. Alguien debe de haber dado el cambiazo durante el fin de semana.

—Eso es evidente —afirmó *sir* Julian—. Pero ¿quién? —exigió saber, y golpeó la mesa con el puño.

—Alguien a sueldo de Rashidi, que pudo entrar y salir de Scotland Yard sin que nadie se lo impidiese. No tengo ni idea de quién es esta mujer —dijo Grace mientras se fijaba en la fotografía —, pero te aseguro una cosa: no es la señora Rashidi.

—De eso no cabe duda —contestó *sir* Julian—. Me da la sensación de que enseguida averiguaremos quién es.

—Justo lo que me faltaba —comentó el Halcón cuando hubo leído el informe de Rebecca.

—Espero equivocarme, señor.

—Pero, si tienes razón —dijo Jackie—, habrá que pagarles con su misma moneda.

—¿En qué estás pensando, sargento Roycroft? —preguntó el Halcón.

—De aquí en adelante, habrá que hacer dos reuniones distintas. Una en la que contaremos con la presencia de Nicky y otra sin ella, con dos órdenes del día diferentes.

—¿Cómo podemos vigilarla mientras esté en Romford — intervino Paul— sin que se note?

—Tendré que pedírselo al Hombre Marlboro —dijo el Halcón—. Sargento Roycroft, ponte tú en contacto con él y convoca una reunión lo antes posible.

Jackie asintió con la cabeza.

—Agente Pankhurst, lo entiendo perfectamente si no te ves

capaz de espiar a tu amiga. No obstante, si la agente Bailey ha cambiado de bando…

—Todavía tengo la esperanza de haber cometido un error terrible, señor. De que Nicky haya pasado la noche con otro tipo. Pero me temo que todo apunta a que es Summers.

—Coincido contigo —dijo el Halcón—. Así que, de momento, habrá que ponerse en lo peor. Y ya que hablamos de cambiar de bando, ¿qué novedades hay sobre Lamont?

Rebecca abrió el cuaderno.

—Ayer por la mañana salió de casa recién dadas las nueve y cogió el metro hacia Moorgate, donde pasó el día en la sala número uno del Old Bailey, sentado en la última fila de la galería para el público.

—¿Qué hacía allí? —preguntó el Halcón.

Sin embargo, nadie se pronunció.

Sir Julian y Grace regresaron a la sala momentos antes de que reapareciese el juez.

Grace se mostraba resignada cuando su hermano pasó por su lado de camino al estrado. Ella esperó hasta que todo el mundo se hubiera sentado antes de levantarse y decir:

—Señoría, la acusación no tiene más preguntas para el testigo.

William respiró hondo y, como si fuera un boxeador de peso pesado, se plantó en mitad del *ring* y esperó a que Booth Watson lanzase el primer derechazo. Fue un golpe sorpresa.

—¿Desea interrogar al testigo, señor Booth Watson? —preguntó el árbitro.

Booth Watson tardó un momento antes de contestar.

—No, gracias, señoría —dijo casi sin levantarse de la silla.

—Puede retirarse, inspector Warwick.

William se bajó del estrado indeciso; no sabía si sentía alivio por haber escapado indemne o si estaba molesto porque no le hubieran permitido enfrentarse a su oponente.

Grace se levantó de nuevo, pero esperó a que su hermano se marchase antes de dirigirse al tribunal.

—Señoría, no vamos a llamar a más testigos. Con esto concluye la acusación.

—Gracias, señorita Warwick. —El juez se dirigió al otro extremo de la mesa—. Puede llamar a su primer testigo, señor Booth

Watson.

—Gracias, señoría.

El abogado de la defensa se tomó su tiempo mientras estudiaba una lista de nombres y al final dijo:

—Llamo al señor Tony Roberts.

William era incapaz de disimular la rabia mientras salía de la sala número uno y se dirigía al teléfono más cercano. Alguien se las había apañado para darles el cambiazo y les había arrebatado la prueba que habría dejado al jurado sin asomo de duda sobre la culpabilidad de Rashidi. La prueba que lo habría metido entre rejas de por vida.

Cuando levantó el auricular y marcó el número del comandante, todavía intentaba averiguar quién se había incorporado el último a la nómina del narco. ¿Cuál de los esbirros de Rashidi tenía la capacidad de entrar en Scotland Yard o en el Old Bailey?

—Hawksby —anunció una voz conocida.

—Nos han tendido una trampa —dijo William.

No le hacía falta consultar el cuaderno para repetir palabra por palabra lo que había sucedido un rato antes en la sala número uno.

—Parece que Rashidi tiene tantos recursos como Faulkner —dijo el comandante— y ha encontrado la manera de escapar.

—También tiene a Booth Watson de su parte, así que puede que la foto cambiada sea el menor de nuestros problemas.

—Será mejor que vuelvas y averigües quién es Tony Roberts. Llámame en cuanto se levante la sesión, porque ha surgido otro problema que podría volverse en nuestra contra.

—Deme una pista, señor.

—No. Quiero que averigües quién es Tony Roberts antes de compartir esa noticia contigo.

El comandante colgó, abrió el archivador que tenía delante y releyó el informe de la agente Pankhurst. No dejó de fruncir el ceño.

13

—Por favor, diga su nombre y a qué se dedica para que conste en acta —dijo Booth Watson.

—Me llamo Tony Roberts y soy el propietario de una cadena de quioscos de prensa, al sur del río.

—¿Cuál es su domicilio?

—Apartamento número 97, Napier Mansions, Brixton.

—¿Me confirma, señor Roberts, que su apartamento está en la planta veintitrés del bloque B?

—Sí, señor.

—¿Y cuánto tiempo hace que vive allí?

—Un poco más de diez años. Estuve de alquiler durante cuatro y después compré el apartamento cuando el Gobierno lo posibilitó, hace seis años.

Sir Julian anotó algo y subrayó: «Diez años».

—Y su apartamento es más grande que cualquier otro del edificio.

—Correcto. Conseguí un permiso de obras para convertir dos viviendas en una.

Sir Julian escribió: «Comprueba a nombre de quién está el permiso de obras» y se lo pasó a Clare, que estaba sentada detrás de él, en la mesa de los abogados.

—Su negocio de prensa debe de ser muy próspero.

—No me quejo. Heredé la tienda cuando mi padre se jubiló. Desde entones el negocio ha crecido como la espuma.

—¿Y cuántos locales tiene ahora?

—Once, además de dos por los que he hecho una oferta.

—Como su negocio es tan próspero, señor Roberts, ¿se ha planteado alguna vez abrir un quiosco de prensa al otro lado del

río?

Sir Julian marcó una de las preguntas que pensaba hacer con una cruz.

—No soy un ricachón como usted —respondió Roberts—. Nací en Brixton, hice la secundaria en el barrio, me casé con una chica de Brixton y, cuando me llegue la hora, me enterrarán en Brixton.

—Pero me imagino que cruzará el río en alguna que otra ocasión —dijo Booth Watson—. Porque no me creo que el traje que lleva sea de Brixton.

Sir Julian tachó otra de las preguntas de la lista.

—Es el traje de los domingos —dijo Roberts—. Mi esposa pensaba que sería apropiado para venir a los tribunales.

—¿Me permite que le pregunte de qué sastre es?

Roberts abrió la chaqueta con mucha pompa y boato y mostró la etiqueta roja de Bennett y Reed, de Savile Row.

Sir Julian añadió una pregunta a la lista.

—Señor Roberts, voy a mostrarle una fotografía que encontraron en la mesilla de noche de su apartamento.

Una vez más, el agente judicial sacó del archivador de pruebas la fotografía del marco de plata y se la entregó al testigo.

—¿Reconoce a la señora de la fotografía?

—Claro que sí. Es mi querida difunta madre, que Dios la tenga en su gloria.

Grace escribió una nota y se la pasó a su padre.

—¿Dónde estaba usted la noche en la que la policía llevó a cabo la redada en el edificio contiguo o bloque A?

—Tomando unas cervezas en el Rose and Crown, con unos amigos.

—Entonces, ¿no se enteró de la redada?

—En el momento en que se hizo no, pero cuando llegué a casa los dos edificios estaban rodeados de policías. Tantos uniformes que pensé que se había declarado la tercera guerra mundial.

Uno o dos de los presentes se rieron, incluyendo un miembro del jurado.

—¿No era consciente de que había una fábrica de drogas operativa en el bloque de al lado?

—Había oído rumores, claro. Si es cierto, espero que a esos cabrones les den su merecido —dijo, y miró directamente a Rashidi.

—Brillante —susurró Grace—. Ni un actor del Teatro Nacional podría haber recitado la frase de manera más convincente.

—Estoy de acuerdo —dijo *sir* Julian—. Pero vamos a ver cómo le va cuando lo interroguemos nosotros y en vez de apoyarse en un guion preparado tenga que conformarse con los apuntes desde bambalinas.

—Me gustaría pasar al día después de la redada —dijo Booth Watson—, cuando la policía presentó una orden judicial para registrar su apartamento y salió de allí con una serie de trajes y de camisas suyas, además de la fotografía de su madre, que usted mismo acaba de identificar.

—Por no hablar del dinero que desapareció de la caja fuerte.

—¿Le falta dinero? —inquirió Booth Watson con sorpresa fingida sin dejar de mirar al jurado—. ¿Cuánto, si no le importa que se lo pregunte?

—Poco menos que setecientas libras, que pensaba ingresar a la mañana siguiente.

Esa vez fue Clare la que escribió una nota y se la entregó al abogado. *Sir* Julian asintió y añadió la pregunta a la lista.

—Supongo que lo denunció en alguna comisaría.

—¿De qué serviría si se lo habían llevado ellos?

Se formó un griterío en la sala mientras los reporteros tomaban notas sobre una historia que no habían visto venir. Booth Watson esperó con paciencia a que las voces se acallasen antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Consiguió averiguar qué agente fue el responsable del registro del apartamento que se llevó a cabo durante su ausencia?

—Sí, un amigo mío trabaja en la comisaría de Brixton. Me explicó que no era nadie de la zona, sino un forastero del otro lado del río. De Scotland Yard, nada menos.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—Claro que sí. El inspector William Warwick.

Varias personas se volvieron a mirar a William. Solo los periodistas tenían la cabeza baja, pues no dejaban de escribir.

Sir Julian se levantó de inmediato.

—Protesto, señoría.

—Por supuesto —dijo Booth Watson—. Al fin y al cabo, es su hijo.

Los periodistas ya tenían el titular, y seguía siendo «nuestros hijos». Pasó cierto tiempo antes de que el clamor se acallase lo suficiente para oír hablar a alguien. El juez Whittaker miró muy serio al abogado de la defensa.

—Eso ha estado fuera de lugar, señor Booth Watson —le advirtió, casi sin disimular el enfado.

—Le pido disculpas, sin reservas —dijo el abogado de la defensa, e hizo una pequeña reverencia al juez—. No obstante, señoría, debo señalar que no le he preguntado al testigo quién le había robado el dinero, solo quién había llevado a cabo el registro.

El juez continuaba enfurecido, pero consiguió controlar el mal genio.

—Muy bien. Prosiga, señor Booth Watson.

—Si me lo permite, señor Roberts, quiero preguntarle de nuevo cuánto hace que vive en el apartamento del bloque B.

—Poco más de diez años.

—Por favor, ahora mire con mucha atención al hombre que está en el banquillo de los acusados.

El testigo miró a Rashidi.

—¿Lo ha visto alguna vez?

—No, nunca —contestó Roberts sin dudar.

—Gracias, señor Roberts —respondió Booth Watson, que miró al juez y dijo—: No tengo más preguntas para este testigo, señoría.

Se dejó caer en la silla, satisfecho con el trabajo que había hecho esa tarde.

Grace, que de puertas para fuera había mantenido la calma durante esa conversación tan desagradable, se inclinó hacia delante y le susurró a su padre:

—¿Has visto que Roberts y Rashidi llevan trajes idénticos?

Sir Julian se fijó mejor en ambos antes de decir:

—Quizá tengas razón. Pero no puedo hacer nada al respecto a menos que Rashidi testifique, y me imagino que BW no lo va a permitir.

—¿Tiene intención de interrogar a este testigo, s/r Julian? —preguntó el juez.

—No le quepa la menor duda, señoría —dijo el principal abogado de la Fiscalía cuando se ponía en pie.

—Señor Roberts, si es que de verdad se llama así —empezó, y

miró al testigo a la cara.

—¿Qué insinúa? —dijo Roberts con aire desafiante.

—Simplemente me preguntaba si Tony Roberts es el nombre que aparece en su partida de nacimiento. Piense con mucho cuidado antes de responder a la pregunta, porque estoy bastante seguro de que el juez me permitirá hacer un receso para ir al Registro Civil Central a comprobar el documento original.

—Vale, cuando nací me llamaron Tony Burke. ¿Qué pasa?

—¿Cuándo se cambió el nombre a Roberts?

—No recuerdo la fecha exacta.

—¿Es posible que fuese hace diez años?

—Podría ser.

—¿Lo hizo por algún motivo en particular?

—No me gustaban las bromas que me hacían de pequeño, así de sencillo.

El testigo se recostó en la silla y esperó a que alguien se riese, pero nadie lo hizo.

—No creo que haya sido así de sencillo —dijo *sir* Julian—. Porque las iniciales que lleva bordadas en el interior de la chaqueta…

—A. R. Anthony Roberts. Mi madre, temerosa de Dios, nunca me llamó Tony. Ojalá estuviese viva todavía, ella misma se lo diría.

—A mí también me gustaría —repuso *sir* Julian—, porque le podría haber hecho alguna pregunta más sobre usted.

—¿Como qué? —quiso saber Roberts con tono desafiante.

—Si sabría ir a Savile Row.

—Habría contestado que sí.

—Cuando sale de su casa de Brixton para ir a que su sastre le tome medidas, ¿qué puente cruza?

—No tengo ni idea, siempre voy en taxi. —Hizo una pausa—. Está en alguna parte del West End, si no recuerdo mal.

—En alguna parte del West End —repitió *sir* Julian, y miró al jurado—. Permítame que le pregunte por un sitio con el que parece más familiarizado: el Rose and Crown.

—El *pub* al que voy siempre.

—Le ha dicho al tribunal que la noche en la que la policía hizo una redada en la fábrica de drogas del bloque A, usted estaba «tomando unas cuantas en el Rose and Crown, con unos amigos».

—Sí, y no solo eso, sino que podría nombrarlos a todos.

—Estoy seguro de que sí —dijo *sir* Julian—. No obstante, después ha dicho que, cuando volvió a casa, ambos edificios estaban rodeados de policías. Que pensó que se había declarado la tercera guerra mundial, si recuerdo sus palabras correctamente.

—Bueno, algo que ha pillado bien.

—¿A qué hora salió del *pub*?

—Poco antes de las diez. No olvide que soy propietario de varios quioscos y tengo que levantarme pronto.

—¿Y qué distancia hay entre el *pub* y su casa de Napier Road?

—Menos de un kilómetro.

—O sea, debe de haber tardado unos diez minutos o quizá quince en llegar a casa.

—Diría que sí.

—Debo decirle que hay constancia documentada de que la policía no se presentó en Napier Road hasta después de las diez y media. ¿Cómo explica esos quince minutos que le faltan?

Por primera vez, el testigo se mostró preocupado y soltó:

—Ah, sí, me olvidaba de que me fui del *pub* con uno de mis amigos y paramos en su casa a tomar otra.

—¿Recuerda el nombre y la dirección de ese amigo, señor Roberts?

—Pues no me acuerdo; es que han pasado más de seis meses.

—Pero hace un momento le ha dicho al tribunal que podría nombrar a todos los amigos que esa noche estaban en el *pub*.

El testigo frunció los labios, pero no intentó responder.

—Bueno, pasemos a algo que parece recordar con mucho detalle. Le ha dicho a mi distinguido colega que la policía estuvo en su casa al día siguiente de la redada, por la mañana, y que se llevó unos trajes de Savile Row, una docena de camisas, una fotografía de su madre con un marco de plata, además de las «poco menos de setecientas libras» que más tarde descubrió que no estaban en la caja fuerte.

—Exacto. Y me gustaría saber quién me las robó.

—Y a mí —dijo *sir* Julian—, porque también le ha dicho al tribunal que su intención era ingresar las setecientas libras en el banco esa misma mañana.

—Así es. Todas las mañanas, de camino al trabajo, llevo los

ingresos del día anterior, sin falta.

—Pero en esa ocasión no fue sin falta, señor Roberts, porque le ha dicho que el dinero estaba todavía en la caja fuerte cuando la policía registró su vivienda.

—Se me habrá olvidado por una vez.

—Permítame que le pregunte algo que no es posible que se le olvide si, como usted afirma, lleva diez años viviendo en ese apartamento. ¿Cuál es su número de teléfono?

—Dos siete cuatro… —empezó Roberts, pero calló y miró a *sir* Julian con cara de póquer.

—No es una pregunta trampa, señor Roberts. Supongo que todos los miembros del jurado se acuerdan de su número de teléfono, en especial los que llevan diez años en el mismo domicilio.

Algunos miembros del jurado lo premiaron afirmando con la cabeza casi sin querer.

—Creo que me lo han cambiado hace poco —dijo Roberts.

—Según British Telecom, no es así —le rebatió *sir* Julian, y mostró una carta para que la viese el tribunal—. El director de cuentas de la zona de Brixton me asegura —dijo, y leyó las frases que Grace había subrayado— que «este número no se ha cambiado desde que lo instalamos en 1976».

—Si usted lo dice…

—No lo digo yo, señor Roberts, sino British Telecom.

Sir Julian no prosiguió hasta que estuvo seguro de que el jurado se había percatado de que el testigo no tenía intención de responder.

—Me gustaría volver al marco de plata de Asprey que encontraron en su apartamento con una fotografía de su difunta y llorada madre.

—Que Dios la tenga en su gloria —dijo Roberts.

—Sin duda —repuso *sir* Julian—. Porque, de haber estado viva, hay otra pregunta que me gustaría hacerle. Si iba muy a menudo a Asprey a comprarle regalos a su hijo.

—¿Qué insinúa?

—Del mismo modo que hemos averiguado hace un rato que usted no sabía dónde está Savile Row, a pesar de tener el armario lleno de trajes hechos a mano por uno de los sastres que lleva allí más tiempo, me da la sensación de que su madre nunca estuvo en

Bond Street.

—No puede demostrarlo.

—Tiene razón, no puedo.

Roberts puso cara de satisfacción, hasta que *sir* Julian le preguntó:

—¿Cree usted en las coincidencias?

—¿Adónde quiere llegar?

—Permítame que le explique adonde voy con esto. Hace diez años, usted se cambió el nombre, alquiló un apartamento nuevo a estrenar en un edificio que acababan de construir y empezó a comprarle trajes a un sastre que se los hace a medida, a pesar de que no sabe ubicar Savile Row. En ese momento usted era propietario de una sola tienda de prensa, pero ahora lo es de once y ha hecho una oferta para comprar otros dos locales.

—¿Qué demuestra eso?

—Que es usted un hombre de muchos recursos, señor Roberts. Pero puede que al jurado le parezca una gran casualidad que todo esto haya ocurrido al mismo tiempo que el señor Assem Rashidi llegase a la zona, abriese una fábrica para procesar droga en el edificio de al lado y necesitara, quizá, a alguien del barrio que pudiese mudarse a su apartamento sin previo aviso y fingir que había vivido allí durante diez años, a pesar de no aprenderse el número de teléfono del domicilio.

—Siempre ha sido mi casa, no la de Assem —gritó Roberts, y señaló al acusado.

—Dejemos que sea el jurado quien decida si era su apartamento o el de Assem, como usted lo llama —dijo *sir* Julian, y se permitió sonreír—. No hay más preguntas, señoría.

14

El taxi giró a la izquierda al salir de Scotland Yard y se dirigió hacia Westminster. La señal de «libre» estaba apagada, pero eso no impidió que uno o dos transeúntes esperanzados intentasen pararlo. El taxista no hizo caso: ya tenía una reserva.

Bajó por Victoria Street, con la abadía de Westminster a mano derecha; a su izquierda estaba el centro Reina Isabel II, que la reina había inaugurado hacía poco. Como de costumbre, en Parliament Square el tráfico prácticamente se detenía, pero eso le iba bien. Miró el Big Ben justo cuando el reloj más famoso de Inglaterra daba doce campanadas y el tañido se oía por toda la plaza.

Cambió de carril y redujo la velocidad. La coordinación tenía que ser perfecta. El semáforo se puso en rojo justo cuando él giraba a la izquierda y se detuvo en un extremo de Whitehall para que la masa de peatones cruzase la carretera. En Whitehall no hay pasos de cebra, porque, de haberlos, el tráfico estaría parado a perpetuidad, igual que la sede del Gobierno.

Una mujer le dio unos golpecitos en la ventanilla, puesto que había visto que la luz amarilla estaba apagada, pero no había nadie en el asiento de atrás.

—¿Está libre?

—No, señora. Es una reserva.

Ella se sorprendió al ver que un pasajero de aspecto extraño abría la puerta trasera del taxi y se subía. El semáforo se puso en verde.

Al poner el vehículo en marcha, el taxista miró por el retrovisor y vio a un tipo desaliñado y sin afeitar arrellanado en el asiento de atrás a quien la mayoría de los taxistas se habrían negado a llevar. Pero el comandante no.

—Buenos días, señor —dijo el cliente al pasar por delante del Ministerio de Exteriores.

—Buenos días, Ross —contestó el Halcón, y se metió en el carril bus.

—Tal como me ordenó, he estado vigilando a nuestro antiguo compañero, el superintendente Lamont. Siento tener que informar que sus peores miedos se han hecho realidad.

El comandante soltó un suspiro hondo mientras pasaban por delante del Cenotafio y se dirigían a Trafalgar Square.

—Arráncame la tirita de golpe, Ross.

—Después de que usted lo presionase para devolver el dinero, o casi todo el dinero, que había desaparecido temporalmente tras la redada en la cocina de Rashidi, como usted ya sabe, Lamont decidió renunciar a su puesto en el cuerpo a cambio de no someterse a una investigación. A resultas de esa decisión, acabó bastante endeudado. Pensó incluso en comprar un *pub* en Blackheath, pero su esposa se lo impidió. Lo cierto es que está en una situación muy delicada, y a Summers no le costó nada encontrar la manera de aprovecharse.

—Explícate.

—Un problema peliagudo, señor, provocado por una esposa de gustos caros y por caballos baratos.

—No me ahorres ningún detalle.

—Su mujer, Lauren, opina que solo deberían verla comprando en Harrods y que el Caprice es el único restaurante donde merece la pena gastar el dinero.

—Pobre hombre.

—Pobre como el resultado, porque siempre que se saca algo en las carreras, lo celebra y se olvida de que pierde mucho más a menudo que gana. Por ese motivo hasta hace poco estaba siempre sin blanca.

—¿Hasta hace poco?

—En las últimas dos semanas ha pagado todas las deudas a los corredores de apuestas y hay otros gastos considerables que no son fáciles de explicar —dijo Ross mientras el taxi salía de Trafalgar Square por The Mall.

—¿Como qué? —preguntó el Halcón.

El palacio de Buckingham apareció a lo lejos.

—Hace poco ha pagado la entrada para una casa más grande en

Fulham, cuya hipoteca es aún más cara. Su esposa la está equipando con muebles de Harrods, y él lleva un Audi nuevo que ha pagado en metálico. Es evidente que ese dinero no viene de la pensión.

—Tenemos bastante claro quién le paga —dijo el Halcón—. Lamont se ha reunido tres veces con el sargento Summers durante el último mes. Se suben y se bajan en estaciones diferentes de la línea Circle y nunca coinciden en el vagón más que unos minutos. En una ocasión, nuestra agente encubierta vio la entrega de un abultado sobre marrón. Lo que no sabemos es qué les ofrece Lamont, aunque tenemos la grandísima sospecha de que es el responsable del cambiazo de la foto que ha fastidiado las pruebas que tenía la acusación contra Rashidi. —Pisó el freno y renegó cuando un hombre pasó corriendo por delante del taxi—. Ya estábamos al tanto de la conexión entre Summers y Lamont —reflexionó el Halcón—, pero ¿qué conexión hay entre Rashidi y Summers?

—Eso es fácil de explicar —dijo Ross—: la familia Turner. Controlan el negocio de la droga en Romford y estaban entre los mejores clientes de Rashidi. No me sorprendería que Summers estuviera en nómina.

—En ese caso, centrémonos en la fuente de dinero, ya que siempre es el mejor motivo. ¿Alguna novedad desde Romford?

—La agente Bailey ha pasado las tres últimas noches en casa de Summers. Una fuente fiable me ha informado de que la mayoría de sus conquistas duran alrededor de una semana o dos como máximo. Si ella llega a la tercera, el problema quizá sea más serio.

—Creo que con eso te quedas cortísimo. Una agente de mi equipo de investigación se acuesta con la persona a la que debería estar investigando. ¿Cómo voy a explicárselo al comisario?

El Hombre Marlboro no opinó.

—Échales un ojo a los dos —dijo el Halcón al final— y nos volvemos a ver dentro de una semana. A la misma hora y en el mismo sitio. Si averiguas qué trama Lamont, ponte en contacto con Jackie para avisarla de inmediato.

El comandante se detuvo en el semáforo de enfrente de la tienda de excedentes militares. El pasajero se apeó sin pagar la carrera y desapareció entre los que hacían las compras de la mañana.

—¿Me lleva al Guards Club, buen hombre? —le preguntó un

caballero de avanzada edad que dio un golpecito en la ventanilla con el bastón.

—No puedo —contestó, y aceleró.

—No sé adonde va el país… —Gruñó el anciano.

El Halcón giró hacia Victoria Street pensando todavía en qué esperaba Summers de Lamont a cambio del último sobre abultado. Cuando aparcaba en el espacio que tenía reservado en Scotland Yard, dijo en voz alta:

—No me puedo creer que haya caído tan bajo.

—Doctor Goddard, ¿sería tan amable de decirle al tribunal a qué se dedica? —preguntó Booth Watson, y le ofreció una sonrisa cálida a su testigo.

—Soy el director clínico de un centro de rehabilitación para toxicómanos, en Bromsgrove.

—¿Y de qué conoce al acusado?

—Fue mi paciente hace unos años, pero me alegro de poder decir que se recuperó por completo.

—Doctor Goddard, ¿cuánto tiempo estuvo el señor Rashidi ingresado en su clínica?

—Pasó dos meses en rehabilitación.

—Y durante ese tiempo ¿vio alguna fotografía en su mesilla de noche?

—Sí, una con un marco de plata; era de su madre, que lo visitaba a menudo.

—¿Había una letra A grande grabada en la parte superior del marco?

—Sí, señor —respondió Goddard con cara de sorpresa.

—¿Sabe qué quería decir esa A?

—Asprey. Pero no me enteré hasta que su madre me dijo que había comprado el marco en Bond Street.

—Y cuando el señor Rashidi dejó de estar bajo sus cuidados, ¿se llevó la fotografía?

—Sí.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque volví a verla cuando me invitó a tomar el té en casa de su madre, en The Boltons.

—Después del alta, ¿siguió el señor Rashidi interesado por el trabajo tan valioso que desempeña su clínica?

—Más que interesado. Yo lo describiría como uno de nuestros defensores más comprometidos. No solo nos visita de forma habitual, sino que durante los últimos diez años su empresa familiar ha hecho una donación anual de cien mil libras para apoyar el trabajo que hacemos.

—Es lo que vale la tarjeta de no pasar por la cárcel —musitó *sir* Julian *sotto voce*.

Clare apuntó las palabras: «Diez años». ¿Otra coincidencia?

—Así que, a lo largo de una serie de años —continuó Booth Watson—, su clínica se ha beneficiado de un millón de libras, más o menos, gracias a la generosidad del señor Rashidi.

—Más de un millón —respondió Goddard—, ya que hace poco hizo otra donación para ayudarnos a construir un ala nueva.

—Después de que lo detuvieran, sin lugar a dudas —dijo *sir* Julian no tan *sotto voce*.

—¿Cómo reaccionó usted, doctor Goddard, cuando se enteró de que habían detenido al señor Rashidi y lo habían acusado de narcotráfico?

—Supuse que la policía enseguida se daría cuenta de que habían detenido al hombre equivocado y que lo soltarían. Al fin y al cabo, nadie podría haber ayudado más a las pobres víctimas de la droga.

—Y nadie podría haber hecho más para ponerlos en esa situación —murmuró *sir* Julian.

—Dice usted que el señor Rashidi se recuperó del todo de su adicción; sin embargo, cuando lo detuvieron llevaba encima una pequeña cantidad de cannabis.

—Assem nunca ha ocultado que de vez en cuando, algún fin de semana, le gusta fumar un poco de marihuana, igual que otros cinco millones de personas de este país. ¿Habría que encerrarlos a todos? No obstante, le aseguro, señor Booth Watson, que hace más de diez años que no toca nada más serio que eso.

—Solo se lo vendía al mejor postor —murmuró *sir* Julian entre dientes.

—No tengo más preguntas, doctor Goddard. Estoy seguro de que todos agradecemos su contribución. No salga del estrado todavía; sospecho que mi distinguido colega querrá interrogarlo, ya que ha hecho tantas observaciones desde su posición sedentaria.

—Así es, señoría —dijo *sir* Julian.

Estaba a punto de levantarse cuando Grace le puso la mano en el brazo.

—No vayas por ahí, padre —le susurró—. Es un testigo inocente y, a diferencia de con Tony Roberts, no ganamos nada interrogándolo.

—Pero ¿qué pasa con el marco de plata? Debe de ser el mismo de…

—Sí, seguramente —contestó Clare, que se inclinaba hacia delante desde la fila de atrás—. Pero el director de Asprey me dijo que es uno de sus artículos más populares. El año pasado vendieron más de doscientos.

—¿Y cómo puede permitirse Rashidi pagar más de un millón de libras a la clínica de Goddard cuando su única fuente oficial de ingresos son los beneficios que declara una pequeña empresa de importación de té?

—Goddard no puede saber la respuesta a esa pregunta —dijo Grace.

—Al menos haré que conste en acta —insistió *sir* Julian.

—Guárdate la artillería para Rashidi, será más efectivo.

—Eso suponiendo que Booth Watson le permita pisar el estrado.

—Es muy probable que lo haga —dijo Grace— si quiere revertir la declaración desastrosa de Roberts.

Sir Julian se hundió en su asiento.

—Me pregunto de dónde habrás sacado toda esa sabiduría —comentó, y esbozó una levísima sonrisa.

—¿Va a interrogar al testigo, *sir* Julian? —preguntó el juez.

El abogado se levantó un instante.

—No, señoría —contestó.

El Hombre Marlboro fue en coche hasta Romford poco después de despedirse del comandante.

No podía arriesgarse a ir en tren, a pesar de que sabía el lugar exacto donde Lamont, Summers y Bailey estaban en ese momento. Lamont tomaba notas en la última fila de la galería para el público de la sala número uno del Old Bailey, aunque Ross no entendía por qué. Summers interrogaba a un pequeño delincuente cuya especialidad era robar coches de la marca Jaguar, mientras que la

agente Bailey estaba de patrulla y no volvería a la comisaría mucho antes de las seis.

Por cuarto día consecutivo, aparcó algo más abajo de la Policía de Romford. Las vistas no eran perfectas, pero tenía la ventaja de que allí era improbable que lo identificasen.

La agente Bailey llegó unos minutos después de las seis y reapareció un cuarto de hora más tarde vestida de paisano. Ross se bajó del coche y la siguió desde una distancia segura. La primera sorpresa fue que ella no se dirigía a la estación, sino al *pub* que frecuentaba con Summers.

Ross cruzó la calle y entró en una cafetería pequeña, donde pidió un café solo y un bocadillo de queso y tomate. «Siempre que puedas, aprovecha para comer algo» le decía el sargento de formación del Servicio Especial Aéreo. Se comió el bocadillo con demasiadas prisas porque no sabía con seguridad cuándo tendría que volver a la calle.

Al cabo de quince minutos, Summers llegó al *pub* tan tranquilo. Ross supuso que el tipo de los Jaguar estaría a buen recaudo en una de las celdas hasta la mañana siguiente.

Pasaron otros veinte minutos antes de que los dos policías saliesen de allí cogidos de la mano y se dirigieran hacia el apartamento de Summers. El Hombre Marlboro regresó al coche y seleccionó un sitio desde donde veía bien la ventana de la cuarta planta. A pesar de que era su trabajo, se sentía como un mirón, sobre todo si tenía que espiar a alguien del gremio. No encendió el motor hasta dadas las once, cuando la luz del dormitorio se apagó.

Cualquier otro día se habría ido a casa para intentar dormir unas horas, pero decidió ir al apartamento de Jackie en Lambeth y transmitirle los últimos datos. Esperaba encontrarla arropada en la cama. Y sola.

Aparcó en una callejuela después de medianoche y, durante un momento, se planteó no despertarla, pero sabía que el comandante no querría esperar una semana para descubrir que la agente Bailey parecía haberse convertido en una habitual de la casa de Summers. O al menos esa era la excusa que se puso.

Subió por la escalera de incendios como un ladrón profesional: despacio, en silencio. Cuando llegó al tercero, miró por una rendija de la cortina. La veía, pero no distinguía si estaba sola.

Dio unos golpecitos suaves en el cristal, tres uno tres, para que supiese que era él. Al cabo de un momento apareció una figura adormecida que descorrió la cortina y abrió la ventana.

—¿Trabajo o placer? —le preguntó Jackie, y se las apañó para sonreír.

—Esperaba que pudieran ser ambas cosas —le contestó su agente encubierto.

—Esta noche no podemos hacer mucho más —dijo *sir* Julian cuando el reloj de una iglesia cercana dio las doce.

—Esta madrugada, querrás decir —comentó Grace mientras miraba la larga lista de preguntas que habían preparado con la esperanza de atrapar a Rashidi.

—Booth Watson se alegraría de saber que a estas horas todavía preparamos el interrogatorio para un acusado que seguramente él no hará subir al estrado.

—Después de la contribución penosa de Tony Roberts, estoy segura de que no le queda más remedio que querer contarle al jurado su versión de la historia, por muy improbable que sea.

Sir Julian negó con la cabeza.

—Puede que Roberts no les haya servido de mucho, pero el doctor Goddard ha sido convincente; y para nosotros es una desventaja que la única prueba que habría convencido al jurado de que Rashidi es culpable haya desaparecido por casualidad. Yo solo digo que, si fuese mi cliente, no le dejaría ni acercarse al estrado de los testigos.

—Pero no olvides —le recordó Grace— que, cuando Goddard se bajó del estrado, BW le dijo al juez que por la mañana llamaría a su último testigo. Así que, si no es Rashidi, ¿quién podría ser?

—¿La madre de Rashidi?

—No, ella está en el bando de los buenos, así que no se arriesgará a llamarla.

—Entonces, estoy de acuerdo en que tiene que ser Rashidi.

—Si lo es, tengo muchísimas ganas de averiguar dónde ha dormido entre semana durante los últimos diez años si no era en la vivienda de Brixton.

—Yo apostaría por una *suite* en el Savoy —dijo *sir* Julian—. Y

que no te quepa duda de que Booth Watson enseñará todas las facturas y recibos que hagan falta para demostrarlo. Otra de las cláusulas que sirven como vía de escape en ese seguro tan completo que ofrece.

Se levantó de la mesa, recogió los papeles y fue hacia la puerta.

—Booth Watson tendrá que explicar qué hacía su cliente en Brixton la noche en cuestión, porque no se puede decir que le quede de camino a su casa de campo de Oxfordshire y me parece muy lejos para ir a por un par de porros cuando hay una docena de *pubs* en la City donde se los venderían sin problemas —señaló Grace mientras su padre la ayudaba a ponerse el abrigo.

—No se lo digas a William —dijo Julian— o les echará los perros.

—¿Has decidido qué hacer si mañana Rashidi se pone el mismo traje que llevaba el primer día? —preguntó ella cuando bajaban por la escalera de tablones chirriantes.

—Quizá no haga nada —respondió *sir* Julian—. Si te digo la verdad, creo que no merece la pena correr ese riesgo.

—Pero Clare le vio la etiqueta roja con las iniciales «A. R.» bordadas dentro de la chaqueta.

—Y es muy probable que Booth Watson y Rashidi quisieran que lo viese —dijo *sir* Julian—. Nunca preguntes algo a menos que estés segura de que conoces la respuesta —le recordó mientras cruzaban Lincoln's Inn Fields—. Reunámonos por la mañana para repasar las preguntas una vez más —propuso—. Tú puedes hacer de Rashidi y yo te interrogo.

—Pero ese hombre es tan retorcido que ni me imagino por dónde nos puede salir.

—Intenta pensar como él, aunque no estoy convencido de que Booth Watson vaya a arriesgarse a hacerlo testificar.

—¿Y quién más puede ser? —preguntó Grace temblando mientras se abotonaba el abrigo para resguardarse del frío aire nocturno.

—Acuérdate de traer un termo de café y un sándwich de beicon. Y ni se te ocurra decírselo a tu madre.

Cuando su padre se dirigió al apartamento que tenía al otro lado de la plaza, Grace se rio y fue a buscar un taxi. Rashidi y Booth Watson la acompañaron en el trayecto hasta el oeste de Londres. En

su pensamiento.

15

Sir Julian y Grace llegaron al Old Bailey justo después de las nueve de la mañana.

Por la noche Clare había pensado algunas preguntas muy incisivas que, según ella, quizá pillarían a Rashidi con la guardia baja, y *sir* Julian parecía tener algo más de esperanza en que a Booth Watson no le quedase más remedio que permitir que su cliente subiera al estrado de los testigos.

Cuando llegaron a la sala del tribunal, Booth Watson ya estaba preparando las cosas para su último testigo. A *sir* Julian le habría gustado ver la lista de preguntas que había preparado para Rashidi, pero era consciente de que tenía que esperar hasta que el reloj marcase las diez, igual que los demás.

Cuando se encontraron cara a cara, los dos gladiadores casi ni se levantaron la visera del casco.

El siguiente en pisar la arena fue el acusado, que ocupó su puesto en el banquillo. Booth Watson miró a su alrededor y le sonrió con calidez. Si Rashidi estaba nervioso por dar testimonio en su propia defensa no se le notaba.

—Estoy bastante segura de que lleva el mismo traje que el primer día —se atrevió a decir Grace después de echarle un vistazo disimulado a Rashidi.

—Quizá tengas razón —contestó *sir* Julian—, pero sigo sin estar convencido de que valga la pena correr ese riesgo. A fin de cuentas, hasta ahora BW se ha anticipado a todo lo que se nos ha ocurrido.

En ese momento, el árbitro pisó la arena. El juez Whittaker hizo una gran reverencia antes de sentarse en la silla de respaldo alto de arriba y esperó a que los siete hombres y las cinco mujeres del jurado entrasen en fila india y ocupasen sus asientos. Grace pensó

que esa mañana todos parecían muy alerta, con evidente expectación ante la atracción principal.

Unos minutos más tarde entró William y se sentó al fondo de la sala, justo cuando la sesión estaba a punto de empezar.

—Señor Booth Watson —enunció el juez mirando desde arriba—, puede llamar a su siguiente testigo.

—Gracias, señoría —dijo el abogado de la defensa, que volvió a mirar a Rashidi antes de decir—: Llamo al señor Bruce Lamont.

Durante un momento, William se quedó aturdido. A su alrededor, todos se pusieron a hablar a la vez. Aun así, daba por sentado que a su padre no lo habría cogido por sorpresa, hasta que lo vio levantarse de golpe.

—Señoría, no se había informado a la Fiscalía de la posibilidad de que ese testigo participase en el juicio y, por lo tanto, no hemos tenido ocasión de prepararnos para esa eventualidad. Dábamos por sentado que el señor Rashidi era el último testigo de la defensa.

—No sé por qué —repuso Booth Watson con cara de inocente—. Ayer por la tarde informé al agente judicial de que tenía la intención de interrogar al testigo, ya que habían salido a la luz pruebas nuevas, y le pedí que informase a su señoría sin falta.

—Cosa que hizo —confirmó el juez—. Quizá debería haber tenido la cortesía de informar también a la acusación.

—Muy descuidado por mi parte —dijo Booth Watson—. Me aseguraré de no volver a cometer ese error.

—No ha sido un error —soltó Grace, incapaz de reprimirse más tiempo.

—¿Soy yo el guardián de mi hermano? —citó Booth Watson, y suspiró.

—Dado que el testigo espera a que lo llamen para entrar —dijo el juez—, voy a permitir que el abogado de la defensa lleve a cabo su interrogatorio principal. *Sir* Julian, si después usted considera que necesita más tiempo para estudiar el testimonio, estoy dispuesto a concederles un aplazamiento antes de pedirle que prosiga con el correspondiente interrogatorio.

—Como su señoría desee —respondió *sir* Julian, que no parecía nada conforme.

Apartó la larga lista de preguntas que Grace y él habían preparado la noche anterior y ensayado por la mañana y la cambió

por una pluma y un bloc de hojas amarillas que aún estaba por estrenar. Se alegró de ver que Grace y Clare ya tenían los lápices preparados.

William aún rabiaba al fondo de la sala cuando entró una figura conocida y se dirigió al estrado de los testigos. Lamont llevaba una chaqueta cruzada de color azul marino, un pantalón gris recién planchado, una camisa de color crema y la corbata de la Policía Metropolitana. William recordaba ese sermón tan repetido: «Para hacer de testigo, vístete elegante. Ayuda a que el jurado se ponga de tu parte».

El agente judicial le entregó a Lamont una Biblia, que este sostuvo con la mano derecha. Prestó juramento con seguridad y sin mirar la tarjeta correspondiente, pero añadió las palabras:

—Con la ayuda de Dios.

—¿Qué frase del informe de HM te llama más la atención, sargento Roycroft? —preguntó el comandante.

—«Pasaron otra noche juntos en el apartamento» —respondió Jackie.

—No, esa no me ha sorprendido. Ha sido otra.

Jackie releyó el informe de dos páginas de HM en diagonal, pero no identificó a qué se refería el Halcón. Él la sacó de dudas.

—Cuando salieron del *pub*, iban de la mano. Summers no me parece de los que van por ahí de la mano con cualquiera, así que tenemos que dar por sentado que se trata de una relación más seria de lo que creíamos al principio. Cosa que nos presenta un problema muy distinto.

—¿Plan B? —propuso Paul.

—No nos queda más remedio, sargento Adaja —dijo el comandante—. Con ese fin, de ahora en adelante solo nos reuniremos cuando la agente Bailey esté de servicio en Romford. Dependeremos de que la agente Pankhurst nos mantenga al día de las idas y venidas de Nicky, siempre y cuando no resulte demasiado sospechoso. Puede que sea ingenua, pero no es tonta.

Rebecca asintió con la cabeza y no dijo nada.

—La única excepción serán las reuniones habituales del lunes por la mañana; continuaremos haciéndolas y la agente Bailey estará

presente. Puede seguir dando el parte de los avances semanales, cosa que debería ser esclarecedora.

—A lo mejor confiesa —dijo Rebecca— y admite el terrible error que ha cometido.

—No me apostaría el sueldo, agente Pankhurst —contestó el Halcón.

—Por favor, diga cómo se llama y a qué se dedica para que conste en acta —dijo Booth Watson cuando el testigo hubo prestado juramento.

—Me llamo Bruce Lamont y hasta hace poco era superintendente de policía, de la Brigada de Estupefacientes de Scotland Yard.

—Era el responsable al mando de la exitosa operación conocida como Caballo de Troya mediante la que se desmanteló el centro de narcotráfico de Brixton.

—Así es, señor.

—¿Fue usted el que detuvo a mi cliente, el señor Assem Rashidi?

—No, señor. En ese momento yo estaba en el autobús de batalla, a cargo de la estrategia general de la operación.

William se alegró de que el Halcón no estuviera en la sala para oír semejante afirmación.

—Una operación que la prensa y el público tildaron de éxito abrumador.

—Todos lo pensamos en su momento, pero yo empecé a dudar unos días más tarde.

—Esa noche su equipo detuvo a veintiocho delincuentes y entre ellos había varios fabricantes de drogas, distribuidores, vendedores callejeros y, en particular, el señor Assem Rashidi: el hombre que ustedes creían que era el que lo controlaba todo.

—Yo también lo pensaba en ese momento, pero, tras las subsiguientes indagaciones, empecé a preguntarme si habíamos detenido al hombre equivocado.

A *sir* Julian no se le escapaba que el jurado estaba muy pendiente de las palabras de Lamont.

—¿Ya no está convencido de que el cabecilla del cártel de la droga estuviese entre los que detuvieron y denunciaron esa noche?

—No lo estoy, señor.

—¿Cree que es posible que se escapase?

—No, señor. No creo que estuviera allí cuando nos presentamos en las instalaciones.

—¿Cómo es posible, teniendo en cuenta que llevaban meses planeando la operación con tanta meticulosidad?

—Muy a mi pesar, he llegado a la conclusión de que alguien debió de darle un chivatazo antes de que llegásemos.

—¿Es posible que esa persona perteneciese a su equipo más cercano?

—Aunque podría ser, todavía no quiero pensar eso.

—¿Tiene idea de quién podría haber sido?

—Tengo sospechas —dijo Lamont, y miró a William a la cara—. Sin embargo, a un buen policía nunca debería bastarle solo con sospechas.

William notó que se ponía tenso, pero sabía que no podía hacer nada más que esperar a ver qué sucedía a continuación.

—No obstante —prosiguió Booth Watson—, a mi cliente lo detuvieron y lo acusaron de un delito despreciable: manufacturar y distribuir drogas ilegales. ¿Fue usted quien lo detuvo?

—No, señor. Lo detuvo el inspector William Warwick y lo acusó de ese delito. Parecía convencido de que tenía al hombre correcto. Lo cierto, por otro lado, es que el señor Rashidi se ajustaba a la perfección a la idea preconcebida de un magnate del narcotráfico.

—No sé si entiendo a qué se refiere, superintendente —dijo Booth Watson, que entendía de sobra.

—Es un inmigrante argelino, tiene un negocio de importación y es extoxicómano; además, dio la casualidad de que estaba en las instalaciones en el momento equivocado. Pensábamos que habíamos dado en el clavo, aunque a mí me parecía demasiado ideal. Así que llevé a cabo mis propias indagaciones.

—Estoy seguro, superintendente, de que debe de haber tenido la tentación de guardar silencio y disfrutar del éxito.

—Sí, claro que la tuve —dijo Lamont—, pero entonces pensé que mandar a la cárcel a un hombre inocente por un delito que no había cometido sería una desgracia mucho mayor.

—Durante su investigación, ¿descubrió algo que explicaría que el señor Rashidi estuviera en las instalaciones en el momento de la redada?

—Iba camino de su casa, desde un pequeño almacén de

Battersea adonde va todos los viernes por la tarde.

—¿Con qué fin? —preguntó Booth Watson.

—La empresa familiar del señor Rashidi importa té, y los viernes por la tarde él siempre comprueba los pedidos de la semana siguiente, antes de volver a su casa de campo.

—Eso no explica qué hacía en la fábrica por la noche.

—Mi equipo de vigilancia averiguó que iba de vez en cuando, pero nunca se quedaba más de unos minutos. A mi pesar, llegué a la conclusión de que se trataba de un cliente ocasional y no del hombre que buscábamos.

—Pero podría haber conseguido cualquier cantidad de droga en la City. ¿Por qué ir hasta Brixton?

—Si me permite que adapte la expresión, señoría, donde tengas la olla, no hagas nada que pueda afectarte negativamente —dijo Lamont mirando al juez.

—La acusación quiere que pensemos que entre semana el señor Rashidi residía en un lujoso apartamento del bloque contiguo.

—También investigué esa posibilidad y enseguida determiné que, después de la jornada de trabajo, el acusado volvía a su casa de The Boltons todas las noches.

—¿Encontró a alguien que pudiese confirmarlo?

—Sí, señor. El ama de llaves y el chófer, un veterano de las Malvinas; los dos están dispuestos a testificar.

Clare escribió «¿Y su madre?» en el bloc amarillo y le pasó el comentario a *sir* Julian.

—El hecho de que la casa esté a nombre del señor Rashidi también podría ser relevante —continuó Booth Watson.

—Claro que sí —murmuró Grace—. Y adivina quién les paga el sueldo al chófer y al ama de llaves.

—Nada de eso explica que el inspector Warwick afirme haber encontrado una fotografía de la madre del señor Rashidi en la mesilla de noche de un apartamento del bloque B.

—Si la encontró —respondió Lamont—, yo no la vi. La única fotografía que yo vi en el apartamento es la de la madre del señor Roberts, la que se ha presentado como prueba. Sin embargo, investigué la posibilidad de que el marco de plata pudiera ser poco común o tal vez único.

—¿Y lo era?

—No, señor. En Asprey me informaron de que venden alrededor de doscientos marcos de ese modelo al año. Es uno de sus artículos más populares.

Clare asintió con la cabeza, *sir* Julian frunció el ceño y William a duras penas pudo contenerse. Daba por sentado que su padre estaba ansioso por despedazar a Lamont.

—La caja fuerte vacía en la que, según el testimonio del señor Roberts, había setecientas libras —prosiguió Booth Watson—, ¿qué tiene que decir al respecto?

—En su momento, me fie de la palabra del inspector Warwick y di por sentado que estaba vacía.

William se dio cuenta de que casi todos los presentes en la sala del tribunal lo miraban.

—¿Le mencionó a alguno de sus superiores la posibilidad de que el señor Rashidi fuese inocente?

—Era reacio a hacerlo porque todos, incluido el comisario de la Metropolitana, estaban convencidos de que la Operación Caballo de Troya había sido un éxito abrumador. De hecho, poco después de detener a Rashidi, Warwick fue ascendido de sargento a inspector. Así que sería comprensible que hubiera hecho la vista gorda. Confieso que cometí el mismo error cuando era un joven sargento y desde entonces me he arrepentido muchas veces.

—Brillante —susurró *sir* Julian—. No solo ha hecho que conste en acta, sino que ha conseguido que juegue a su favor.

—No obstante, usted también hizo la vista gorda, superintendente.

—Al principio sí, señor. Pero en cuanto me di cuenta de que nadie estaba dispuesto a plantearse que esto podía ser un gran error judicial, tomé cartas en el asunto de la única forma que me pareció honrada dadas las circunstancias y renuncié a mi puesto en la Policía Metropolitana.

Sir Julian apoyó la cabeza en las manos, mientras que William no podía más que mirar a Rashidi sin dar crédito; era evidente que el gasto le había valido mucho la pena.

—¿Es cierto, señor Lamont, que, si usted hubiera aguantado en el cuerpo otros dieciocho meses, habría optado a una pensión y nadie habría sabido nada?

—Correcto, señor. Pero estaba convencido de que querían culpar

a un hombre inocente de un delito que no había cometido y no quería eso en la conciencia hasta el fin de mis días.

—Es comprensible, señor Lamont —dijo Booth Watson—. Lo felicito por la fortaleza y el coraje que ha demostrado al querer aclarar esta situación en lugar de escoger el camino más fácil. No tengo más preguntas. Si es tan amable, por favor, no se mueva del sitio, ya que estoy seguro de que mi distinguido colega querrá interrogarlo.

Sir Julian se levantó de la silla y estaba a punto de pedir un aplazamiento cuando Booth Watson se puso en pie de nuevo.

—Disculpas, señoría, pero tengo una pregunta más que debería haberle hecho al testigo.

El juez le dio permiso asintiendo con la cabeza, y *sir* Julian se sentó a regañadientes.

—Durante este mismo juicio, señor Lamont, la acusación le ha dado mucho bombo a la cuestión de si mi cliente se viste en Bennett y Reed, de Savile Row, y sabemos que el inspector Warwick se llevó varios trajes del apartamento del bloque B como prueba de que el señor Rashidi vivía allí. Me pregunto si su investigación personal indagó en ese tema.

—Así es, señor. Y, a pesar de recorrerme Savile Row de cabo a rabo durante horas, no encontré a nadie que hubiera oído hablar del señor Rashidi y mucho menos que le hubiese hecho un traje.

—¿Descubrió a qué sastrería iba el señor Rashidi?

—Sí, señor. En el transcurso de mis indagaciones, al entrevistar a la madre del señor Rashidi para confirmar que entre semana residía con ella en The Boltons, le pregunté si sabía de dónde eran sus trajes. Ella me dijo…

Lamont hizo una pausa y miró al juez.

—¿Me permite que consulte la nota que escribí en su momento, señoría?

El juez Whittaker asintió, y el tribunal esperó mientras Lamont pasaba varias páginas del cuaderno hasta que encontró la que buscaba.

—Las palabras exactas de la señora Rashidi fueron: «Creo que Assem compra los trajes en Harrods, no se los hace a medida. Tiene una complexión muy normal y no le gusta malgastar el dinero sin necesidad».

Sir Julian empezó a escribir algo.

—¿Y entonces usted…?

—Disculpe que lo interrumpa, señor Booth Watson —dijo el juez —, pero ¿no podríamos resolver este asunto de forma más fácil si le pidiésemos al acusado que nos enseñase la etiqueta de la chaqueta que lleva puesta?

—¿No considera usted, señoría —repuso Booth Watson—, que sería más apropiado hacerlo cuando mi cliente esté en el estrado como testigo?

—Estaría de acuerdo con usted, señor Booth Watson, si no hubiera informado al agente judicial de que el señor Lamont será su último testigo. Además, si el acusado testificase, tendría tiempo de sobra de cambiarse de traje.

—Yo no podría haberlo dicho de otro modo —susurró Grace.

Pero *sir* Julian no parecía muy convencido.

—Ni que decir tiene que nada lo obliga a mostrar la etiqueta del traje que lleva, señor Rashidi —dijo el juez, y miró al acusado—. No obstante, quizá le sea de ayuda al jurado que lo haga.

De pronto, todo el mundo miraba en la misma dirección. A juzgar por la expresión de Rashidi, era evidente que era reacio a acceder a la propuesta del juez.

—Pillado —murmuró William.

Rashidi y él se miraron por segunda vez, y el inspector se alegró de ver que la sonrisa de satisfacción había desaparecido.

Rashidi se levantó despacio de su asiento, se desabrochó la chaqueta y se la abrió para mostrar la típica etiqueta de color verde y dorado con la palabra «harrods». No había ni rastro de las iniciales «A. R.».

Sir Julian pidió el aplazamiento, y el juez se lo concedió.

—¿Cuánto crees que le han pagado a Lamont por cometer perjurio? —preguntó William.

—Muchísimo más que treinta monedas de plata —contestó Grace con mucho sentimiento.

—No olvides que es el mismo que robó una bolsa de deporte llena de dinero —le recordó William— y seguramente fue quien cambió las fotografías.

—No tenemos pruebas de eso —dijo *sir* Julian—. Aunque la recepcionista haya dicho que esa noche vio a un superintendente, el

responsable de la custodia de las pruebas no pudo confirmar que fuese Lamont.

—¿No pudo confirmarlo —preguntó Grace— o no quiso?

—En cualquier caso —reflexionó *sir* Julian—, debo admitir que varios miembros del jurado tenían cara de que el testimonio sincero y sentido de Lamont los había convencido. Y para acabar de estropearlo, aunque haya sido un ardid, lo de la etiqueta de Harrods no nos ayuda.

—*Mea culpa* —reconoció Grace—. Caí en la trampa el primer día, cuando Rashidi llevaba un traje con la etiqueta de Bennett y Reed.

—Es posible que el jurado también tuviese la sensación de estar ante el estreno de una obra de teatro —dijo *sir* Julian—. No en vano tenía las características de una producción bien ensayada: Booth Watson como director y Lamont como protagonista, aunque a ninguno de los dos les hayan pagado la tarifa vigente en el gremio.

—Pero eso va en contra de la ley —contestó William—. Los abogados no pueden decirles a los testigos qué deben responder.

—Ay, el escolano… —respondieron *sir* Julian y Grace al unísono.

—Si consiguiéramos que testificase la señora Rashidi —continuó Grace—, podríamos dinamitar el testimonio de Lamont.

—Es posible, pero cuando William habló con ella después de la redada, insistió mucho en que jamás testificaría en contra de su hijo a pesar de que no aprobaba en absoluto su actividad delictiva —respondió *sir* Julian—. Si la citase para obligarla a testificar, podría salimos el tiro por la culata; el jurado se pondría de parte de una señora muy digna a la que le han pedido que condene a su único hijo y no de parte del viejo lleno de prejuicios que intenta defender al suyo.

—Pero sabemos que ella jamás le diría a Lamont que Rashidi dormía en su casa entre semana —dijo Clare.

—Sin duda. Pero el ama de llaves dirá que sí, y el chófer confirmará que todas las mañanas lo llevaba a la City desde The Boltons y lo recogía por la tarde. Y no solo eso, sino que puedes estar segura de que Booth Watson los tendría a ambos tanto tiempo en el estrado que el jurado se olvidaría de lo que hubiera dicho la señora Rashidi. No, lo que hay que hacer es aprovechar todo el fin

de semana para repasar el testimonio de Lamont con lupa y buscar las inconsistencias, porque te garantizo que Booth Watson hará lo mismo, intentando anticiparse a las preguntas que pueda hacerle yo. Quizá me plantee correr algún que otro riesgo.

Grace no estaba segura de haber oído bien a su padre.

16

—Señor Lamont, me gustaría empezar por preguntarle el motivo por el que renunció a su empleo en el cuerpo de Policía meses antes de tener derecho a cobrar una pensión.

—Como ya he dicho bajo juramento, *sir* Julian, fue una cuestión de conciencia. No podía quedarme con los brazos cruzados mientras condenaban a un hombre inocente por un delito que no había cometido.

Clare, que hacía de apoyo y estaba sentada en la fila de detrás de los QC, marcó una equis junto a la primera pregunta. Iban cero a uno.

—Usted le dijo al tribunal que entre semana el señor Rashidi volvía todas las tardes a su casa de The Boltons, se quedaba a dormir allí y por la mañana lo llevaban a trabajar a la City.

—Es lo que me dijo su madre y yo no tenía motivos para dudarlo.

—¿En qué fecha exacta habló con la señora Rashidi?

Lamont miró al juez.

—Señoría —le dijo—, ¿me permite que consulte las notas que tomé en su momento?

El juez asintió con la cabeza. Lamont abrió el cuaderno y pasó varias páginas.

—El 12, el 14 y el 19 de mayo —declaró—. También interrogué al ama de llaves de la señora Rashidi y al chófer de su hijo.

Grace marcó otra equis junto a esa pregunta. Cero a dos.

—También le ha dicho al tribunal que era el agente a cargo de la Operación Caballo de Troya. ¿Era ese un dato riguroso?

—Yo era el responsable de la planificación diaria, pero actuaba bajo las órdenes del comandante Hawksby, que es el jefe de la

brigada y estaba presente la noche de la redada. Él responde ante el ayudante del comisario de la Policía Metropolitana.

—Con esa respuesta se libra —concedió Clare.

Cero a tres. Debía admitir que, de momento, *sir* Julian no le había echado el guante.

—También ha informado al tribunal de que su investigación privada sacó a la luz que la noche de la redada el señor Rashidi había estado en un almacén de Battersea, tal como hacía todos los viernes por la tarde. Después de eso, fue a la fábrica a comprar una pequeña cantidad de cannabis para uso personal, que, según dice usted, explica que estuviera presente en las instalaciones que fueron objeto de la redada.

—Correcto.

—¿A qué distancia está el almacén de las instalaciones donde se trataba la droga?

Lamont vaciló por primera vez.

—Un kilómetro y medio, más o menos —contestó—. Eso explica el billete de autobús que llevaba en el bolsillo cuando lo detuvimos.

—¿Por qué cogería el señor Rashidi un autobús al bloque de Brixton, teniendo en cuenta que disponía de coche propio con chófer?

Por segunda vez, Lamont puso cara de no estar preparado para esa pregunta. Miró desesperado a Booth Watson, que agachó la cabeza y no le hizo caso. Uno a tres.

—Dado que no parece tener la respuesta a esa pregunta, prosigo. ¿A qué hora cerró el almacén ese día?

—No tengo ni idea —admitió Lamont.

—Pero ¿no le había dicho al tribunal que había llevado a cabo una investigación exhaustiva tras convencerse de que habían detenido a Rashidi por error?

Otra pregunta que, a todas luces, no estaba en la chuleta de Booth Watson. Dos a tres.

—Permítame que le diga —continuó *sir* Julian— que el cartel que hay en la puerta del almacén indica que cierran a las seis de la tarde. ¿Insinúa usted que el señor Rashidi estuvo tres horas en la parada del autobús esperando al 127 cuando podría haber recorrido el trayecto de ida y vuelta varias veces?

El expolicía no se pronunció, así que Clare marcó una equis

junto a la pregunta. Tres a tres.

—De nuevo, creo que el jurado no habrá pasado por alto que usted no ha contestado a la pregunta —dijo *sir* Julian—. Así que prosigo. Señor Lamont, le ha dicho al tribunal que, al día siguiente de la redada, cuando fue al apartamento del bloque B que la policía daba por sentado que era el del señor Rashidi, solo vio una fotografía y era la de la madre del señor Roberts.

—Correcto —respondió Lamont, repuesto del golpe.

—Señor Lamont, voy a pedirle al agente judicial que le muestre otra fotografía y me gustaría que me dijese usted si la ha visto en algún momento.

Sir Julian le entregó una fotografía con un marco de plata al agente judicial, que, a su vez, se la pasó al testigo. Este examinó la imagen unos instantes antes de admitir:

—Sí, ya la había visto. Estaba en el salón del señor Rashidi, en The Boltons, cuando hablé con su madre.

—Se nos ha adelantado —susurró Clare.

Añadió otra cruz a la lista. Tres a cuatro.

—En ese caso, es lógico que le pregunte —dijo *sir* Julian— cómo es posible que la policía consiguiera una copia de esa misma fotografía y, además, con un marco idéntico.

—No tengo ni idea. Pero me da la sensación de que su hijo tal vez lo sepa.

Uno o dos miembros del jurado sonrieron, y Clare marcó otra cruz junto a la pregunta. Tres a cinco. Miró la siguiente con algo de esperanza.

—¿Cuántas veces interrogó usted al señor Rashidi cuando llevaba a cabo su investigación personal?

—Tres veces.

—Me doy cuenta de que esta vez no le ha hecho falta comprobar las fechas en el cuaderno.

Cuatro a cinco.

—No me ha preguntado las fechas —dijo Lamont—. Solo cuántas veces.

Cuatro a seis.

—La siguiente pregunta obvia es cuántas veces ha hablado usted con el señor Rashidi desde que no trabaja en la Policía Metropolitana.

—Ninguna vez —respondió Lamont con seguridad.

—¿Y con el señor Booth Watson?

Booth Watson se apresuró a levantarse.

—A eso puedo contestar yo, señoría.

—Estoy seguro de que sí —dijo el juez Whittaker—. Pero el jurado quiere oír la respuesta del señor Lamont, no la suya.

Booth Watson se sentó muy a su pesar. Cinco a seis.

—Dos veces —respondió Lamont, que ya no parecía tan seguro —. Cuando declaré por escrito y bajo juramento ante la presencia de un testigo.

—¿Ha recibido una compensación por las molestias?

—Esa es una insinuación vergonzosa —dijo Booth Watson antes de que le diese tiempo a levantarse.

—Es posible —repuso el juez—, pero, tal como le acabo de decir, me gustaría oír la respuesta del testigo.

—No, señor —dijo Lamont, que se volvió hacia el juez—. No me han dado nada por decir la verdad.

Cuatro a siete.

—En ese caso, ¿cuánto le han dado por decir mentiras? —preguntó *sir* Julian.

Cinco a siete.

Mientras se desataba el caos en la sala, *sir* Julian se volvió hacia Clare, que le entregó un sobre grande de color marrón. Él lo abrió despacio, sacó tres fotografías y se tomó su tiempo mientras pensaba.

—¿Fue anoche una de las ocasiones en las que usted fue a ver a mi distinguido colega?

Booth Watson se levantó de un salto.

—Siéntese, señor Booth Watson —dijo el juez—, o lo acusaré de desacato al tribunal.

El abogado esperó como un gato a punto de atacar, pero al final se sentó.

—Permítame que se lo pregunte de nuevo —insistió *sir* Julian—. ¿Se reunió anoche con el señor Booth Watson? Como bien sabe, la ley no le permite hacerlo mientras dure su comparecencia en el tribunal.

Seis a siete.

Lamont no le quitaba ojo al abogado de la defensa, que tenía la

cabeza gacha.

Sir Julian esperó un poco más antes de decir:

—Dado que el señor Lamont parece reacio a responder, señoría, no tengo inconveniente en que sea mi distinguido colega el que confirme o niegue si esa reunión tuvo lugar.

Siete a siete. Prórroga.

Booth Watson no reaccionó. *Sir* Julian guardó las tres fotografías de cuando William era escolano en el sobre y se las devolvió a Clare.

Ocho a siete.

—No tengo más preguntas para el testigo, señoría.

Lamont se bajó del estrado y abandonó la sala con prisas y sin mirar a Rashidi ni a Booth Watson. El árbitro pitó el final.

Lamont tenía la respuesta preparada para casi todas las preguntas de *sir* Julian, hasta que el letrado había sacado las fotos. No obstante, no se las había enseñado al tribunal. ¿Era un farol? El antiguo superintendente había estado a punto de intentar destaparlo y decir que la noche anterior no había quedado con el abogado, pero en el último momento se había preguntado si el Hombre Marlboro lo había seguido y lo había visto presentarse a la reunión clandestina. De ser así, Rashidi no sería el único que acabaría en la cárcel, ya que Booth Watson tendría que comparecer ante el Colegio de Abogados una última vez. Por ese motivo, Lamont había decidido seguir otro de los sabios consejos de Booth Watson: en caso de duda, no digas nada.

La noche anterior se habían citado, y el untuoso QC no podría haber dejado su postura más clara: si absolvían a Rashidi de las principales acusaciones, Lamont sería recompensado con generosidad. Pero en caso contrario…

Era consciente de que tenía una última oportunidad para influenciar al jurado y redimirse ante el abogado. Por fortuna, el juez había aplazado el juicio hasta el lunes por la mañana, cuando empezaría la recapitulación.

Ya había investigado a fondo a los doce miembros del jurado por si acaso se torcía la cosa. Y torcerse se había torcido mucho. No obstante, no estaba todo perdido, ya que el expolicía había

descubierto que podía amenazar no a uno de ellos, sino a dos.

Un día de esa misma semana, al terminar la sesión, había seguido a la número tres a la salida de los tribunales y se había sorprendido de ver que entraba en un hotel. Momentos después, el jurado número siete se presentó en el mismo hotel. Lamont esperó en un extremo de la calle durante más de una hora a pesar del frío gélido y al final vio al número siete. Se dirigió con prisas a la parada de metro más cercana.

Al cabo de unos minutos, la miembro número tres del jurado salió del hotel y echó a andar en dirección contraria.

Lamont no tardó en averiguar que ambos estaban «felizmente» casados y que entre los tres tenían cinco hijos, una de los cuales había anunciado hacía poco su compromiso en la revista local *Fartnhatm Gazette*. El otro esperaba que lo eligiesen presidente de su club de golf en la asamblea general ordinaria del mes siguiente.

Ya sabía dónde vivían ambos y qué trayecto hacían a diario desde los tribunales. Esa noche pensaba coger el mismo tren que el miembro número siete del jurado.

17

—Es su deber —empezó el juez Whittaker mirando al jurado desde su sitio elevado—, mientras debatan sobre el veredicto, tener en cuenta solo los hechos probatorios que han oído en esta sala. No deben hacer caso de nada que hayan leído en la prensa ni de las opiniones que expresen sus familiares o amigos. Ellos no tienen todas las pruebas.

»No se den prisa. El futuro de un hombre está en sus manos. En cuanto ustedes se retiren, el único veredicto que aceptaré será un veredicto unánime. Permítanme que les recuerde que es la acusación quien tiene la obligación de demostrar más allá de toda duda razonable que el acusado es culpable.

»Ahora ustedes se retirarán a otra sala a deliberar el veredicto.

Le hizo una señal al agente judicial, que se puso delante de los doce y declaró:

—Juro por Dios todopoderoso que mantendré al jurado en un lugar privado y conveniente. No permitiré que nadie hable con los miembros y yo tampoco me dirigiré a ellos, salvo para preguntarles si han acordado un veredicto.

Entonces dejó salir a los doce miembros de esa sala y los condujo al lugar correspondiente.

Los siete hombres y las cinco mujeres ya habían pasado diez días juntos y se conocían bastante bien. Habían forjado amistades y habían aparecido rivalidades, no solo a la hora de seleccionar a quién nombraban presidente. El señor Anscombe había triunfado sobre la señora Parish, y la señora Parish estaba demostrando ser mala perdedora.

Anscombe no tenía dudas de que Rashidi era culpable de todas las acusaciones. Sin embargo, pensaba que su deber como

presidente era no imponer sus opiniones a los demás miembros del jurado, sino escuchar con atención las de todos.

Había sido maestro durante toda su trayectoria laboral y había acabado su carrera como director de una pequeña escuela de secundaria en el condado de Kent. Pero aquello no era una reunión del claustro para decidir si había que castigar a un alumno o expulsarlo. Allí iban a determinar si un hombre debía ser libre o si lo sentenciaban a varios años de cárcel.

Una vez hubieron tomado asiento, miró alrededor de la mesa tratando de recordar los nombres de todos, tal como siempre había hecho con los alumnos de su colegio. Aunque creía conocerlos bastante bien porque llevaban varios días de juicio, estaba a punto de descubrir que en realidad no los conocía en absoluto.

—Quizá nos sea útil —empezó cuando ya estaban instalados— hacer una votación para saber si todos pensamos lo mismo y si, por lo tanto, nos costará poco tiempo acordar un veredicto.

—No podría estar más de acuerdo, presidente —dijo una voz desde el otro extremo de la mesa.

Varios miembros más asintieron con la cabeza y hubo hasta un: «¡Eso, eso!».

—Entonces, voy a empezar por preguntarles cuántos creen que el acusado es culpable —dijo Anscombe—. A fin de no ejercer una influencia indebida como presidente, de momento no votaré.

Contó las manos levantadas y anotó un ocho en el bloc que tenía delante, intentando disimular la sorpresa.

—¿Y quién cree que no es culpable?

Dos manos se levantaron al instante. La señora Parish también alzó la suya un momento después.

Mientras anotaba el número tres en el bloc, se acordó de las palabras del juez: «El único veredicto que aceptaré será un veredicto unánime».

—¿Les parece bien si empezamos —dijo Anscombe— por escuchar las opiniones de los tres que consideran que el señor Rashidi es inocente de las tres acusaciones?

Beth esperaba impaciente junto a la puerta cuando William llegó del Old Bailey.

—¿Culpable o no culpable? —exigió saber.

—¿Hablas de mí o de Rashidi?

—De Rashidi, por supuesto.

—El jurado aún está deliberando.

—¿Y tú?

La expresión de William le dejó bien claro que no se trataba de algo que pudiesen comentar a la puerta de casa. Él la llevó al salón y esperó a que se sentase para contarle lo que había sucedido en el tribunal y la decisión que había tomado el comandante.

—Pero ¿por qué? —protestó ella con rabia.

—No le ha quedado más remedio que suspenderme después de que Lamont, que era el oficial de más rango a cargo de Caballo de Troya, prácticamente me acusase de robar setecientas libras de la caja fuerte de un apartamento.

—¿Y qué pasa ahora? —quiso saber Beth.

—La suspensión es temporal, en espera de una investigación.

—Pero ¿cuánto tardarán?

—Tres o cuatro meses como mucho. Y, antes de que lo preguntes, mantengo el sueldo completo, y el Halcón opina que en el tribunal se reirán del asunto y lo desestimarán mucho antes de eso.

—Quizá deberías seguir el ejemplo de Lamont.

—¿Cuál? ¿Convertirme en delincuente? —preguntó William agotado.

—No, dimitir. Así no habría investigación y tú podrías buscar un trabajo con un sueldo más realista, teniendo en cuenta las horas que inviertes, además de compañeros en los que puedas confiar.

—Pero eso sería lo mismo que admitir que soy culpable y me dificultaría la búsqueda de otro empleo. Y para colmo, la prensa me crucificaría.

—¿Se te van a echar encima? —preguntó Beth, que parecía nerviosa.

—Ahora mismo no es probable. El Halcón ha hecho un comunicado interno en el que me da su total apoyo y ha llamado a los principales corresponsales de temas penales de la ciudad para dejarles bien claro qué piedras deberían remover y también para recordarles de manera muy sutil las leyes en materia de difamación. Y si resulta que tengo que ir a juicio, la factura correrá a cargo de la

Metropolitana. Por una vez, mi fama de escolano ha jugado a mi favor.

—Pero Lamont te ha acusado de un delito, ¿no?

—El Halcón ya ha aclarado que no se plantean ningún procedimiento legal. Es su manera de hacerles saber a todos, incluida la prensa, que soy inocente y que han señalado al hombre equivocado.

—¿Qué vas a hacer durante los próximos tres o cuatro meses? —le preguntó Beth, aguantándose las lágrimas que habían sustituido a la rabia.

—Dominar por fin el arte de cambiar pañales mientras alimento a dos cubos de basura humanos a la vez.

—Sí, claro —respondió Beth, y recuperó la compostura—. No aguantarías ni tres días y mucho menos tres meses. Pero prométeme una cosa, por favor.

—Lo que quieras, cariño.

—A lo mejor se te ha olvidado que mañana por la tarde vamos al Fitzmolean a la inauguración del Vermeer. Por favor, no les digas a tus padres ni a los míos lo de la suspensión; se supone que tiene que ser una ocasión feliz y no quiero que sea un velatorio.

—No diré ni una palabra hasta el fin de semana, cuando comamos con mis padres. Aunque mi padre y Grace ya se han dado cuenta de que es probable que ocurra, así que no los sorprenderá mucho. De hecho, se han ofrecido a representarme en equipo, con Clare.

—Esperemos que no haga falta —dijo Beth, que parecía aún más nerviosa.

William la abrazó. Deseaba con todas sus fuerzas poder contarle la verdad.

El comandante Hawksby se sentó a un extremo de la mesa para presidir la reunión de equipo que hacían los lunes por la mañana. Dado que William no podía ir, no empezaron con su cálida bienvenida habitual.

—Como todos sabéis —dijo—, tras las declaraciones que hizo bajo juramento el exsuperintendente Lamont, el inspector Warwick está suspendido, pendiente de la pertinente investigación.

—Es una vergüenza —dijo Paul—. Es como despedir a Churchill después de que ganase la Segunda Guerra Mundial.

—Eso es justo lo que hicieron los británicos —le recordó el Halcón—. Pero no olvides que regresó triunfal en 1951 y estuvo al servicio del país durante cuatro años más. Aun así, el comisario me ha dejado claro que no debemos continuar la investigación sobre Lamont y Summers mientras esté en marcha la de Warwick. Por lo tanto, recolocaremos a la agente Pankhurst; enseguida volvemos a eso. De momento, la agente Bailey permanecerá en Romford hasta que yo encuentre la ocasión idónea para que vuelva a Scotland Yard.

—Quizá sea lo mejor —dijo Nicky—, porque todavía no estoy convencida de que Summers sea un policía corrupto. La semana pasada llevó a cabo dos detenciones, una de ellas la de un villano que roba coches Jaguar; los chicos llevaban años detrás de él.

El resto del equipo escuchó en silencio.

—Corre el rumor —continuó Nicky— de que van a proponerlo para un reconocimiento más. Empiezo a pensar que quizá nuestro confidente sea otro Lamont que busca venganza.

—Es muy posible —contestó el Halcón—. Así que intentaré traerte a Scotland Yard sin que se note mucho lo que hacías.

—Gracias, señor —dijo Nicky—. Estoy ansiosa por volver al equipo.

No todos sonrieron.

—¿Hay más noticias de la sala número uno? —preguntó Jackie con intención de cambiar de tema.

—Después del patinazo de Lamont, no creo que el jurado tarde mucho en acordar un veredicto. Pero tenemos que estar preparados por si el resultado no es el que esperamos, y si Rashidi se las arregla para salir indemne, uno de vosotros tendrá que vigilarlo las veinticuatro horas del día; en cuanto salga, estoy seguro de que nos conducirá a la nueva fábrica. Y lo mismo digo de Tony Roberts o como se llame; me da la sensación de que es quien se ocupa de la operativa de Rashidi durante su ausencia.

—Es un poco corto para eso —opinó Paul—. Como mucho hará que siga en marcha hasta que Rashidi regrese.

—Si es así —dijo el Halcón—, podríamos pillarlos a los dos. Si Roberts se ha planteado siquiera abrir otra cocina y seguir

traficando, se la cerraré antes de que le venda a su primer cliente. Lo encerraremos en una celda mucho más pequeña que el apartamento en el que dice que lleva diez años viviendo y esta vez no tendrá que acordarse de ningún número de teléfono. Pero por ahora no perdamos más tiempo intentando adivinar el veredicto —concluyó, y les repartió unos documentos.

—Disculpe, señor —dijo Nicky—, yo necesito irme. Tengo que estar en Romford dentro de un par de horas.

—No te queda mucho allí —le recordó el Halcón.

Ella recogió sus cosas y, cuando hubo cerrado la puerta al salir, el Halcón esperó un momento antes de decir:

—Ahora que ya se ha ido, volvemos al orden del día original. En primer lugar, no hemos suspendido al inspector Warwick. Pero necesito que Lamont, Summers y también la agente Bailey piensen que sí. Dicho eso…

El presidente consultó el diagrama donde aparecían los nombres de todos los miembros del jurado. Tachó el número siete.

—Señor Pugh, si me lo permite, voy a empezar preguntándole por qué considera que el señor Rashidi es inocente.

El presidente no comprendía por qué el señor Pugh había cambiado de opinión cuando esa misma semana le había dicho que la cadena perpetua era demasiado poco para alguien como Rashidi, que había que mandarlo a la horca. Sin embargo, se recostó en la silla y escuchó con la esperanza de que Pugh justificase su conversión paulina.

—Me gustaría empezar —dijo este— recordándoles a todos que lo único que sabemos seguro sobre Assem Rashidi es que es el presidente de una empresa respetable de la City y que en toda su vida no lo han condenado por nada. Ni siquiera tiene multas de aparcamiento, tal como el señor Booth Watson señaló.

—Teniendo chófer, es difícil que se las pongan —contestó un miembro del jurado.

—No hace falta frivolizar —le espetó Pugh—. Y es de lógica que añada que el testimonio de Sangster no me convenció, por decirlo de algún modo. ¿Es de recibo que todo el caso dependa de la palabra de un toxicómano sobre el que pesa una condena y a quien eliminaron del Registro Médico por suministrarles sustancias ilegales a sus pacientes?

—Aunque haya sido así —dijo otro miembro—, no me cabe duda de que trabajó para Rashidi.

—En cambio —continuó Pugh sin hacer caso de la interrupción —, las sentidas declaraciones del doctor Goddard me parecieron muy convincentes. Un profesional dedicado que nos dijo que el señor Rashidi había donado más de un millón de libras a la clínica. Un narco no haría eso. Y, por si no se habían dado cuenta, *sir* Julian no se molestó en interrogarlo.

—¿Y qué pasa con Roberts? Es evidente que no dijo más que mentiras desde que se subió al estrado. ¿No les parece extraño que llamase Assem a Rashidi cuando, según él, no lo conocía?

—¿Van a condenar a un hombre a pasar el resto de los días en la cárcel con pruebas tan poco sólidas? —preguntó la señora Parish, que intervenía por primera vez—. Mis hijos se refieren a todo el mundo usando el nombre de pila, incluso a los famosos que no conocen.

—¡No se sabía el teléfono del apartamento donde se supone que llevaba diez años viviendo! —Aportó el número ocho.

Eso acalló a la señora Parish, pero solo un momento.

—No olviden —contraatacó ella— que intentaron atrapar a Rashidi con el asunto de dónde compraba los trajes y les salió el tiro por la culata.

—Si Rashidi es inocente —preguntó otra mujer—, ¿por qué no se ha encarado a *sir* Julian en el estrado?

—El juez nos dijo que no tuviésemos eso en cuenta —le recordó Pugh—. Tiene derecho a no testificar.

—Pero si no estaba a cargo de una fábrica de drogas —dijo la número dos—, ¿qué hacía allí a medianoche?

Varios miembros del jurado asintieron con la cabeza.

—Yo creo que es más malo que la quina —opinó el nueve, que hasta ese momento le había dado la sensación al presidente de haberse dormido.

—Tal como señaló el superintendente —dijo Pugh—, da la casualidad de que se ajusta al perfil de un narcotraficante.

—No os sorprenderá que diga —intervino la número dos— que no estoy convencida de que Lamont dijera toda la verdad.

—No olvide —le contestó la señora Longstaff, que era la tercera disidente— que estaba dispuesto a sacrificar su carrera profesional

con tal de que un hombre inocente no fuese a la cárcel.

—Eso es lo que él dice, pero yo creo que hay algo más que no sabemos.

—¿Como qué? —exigió la señora Longstaff.

—No lo sé —admitió el número seis.

—El juez nos ha dicho que tomemos una decisión según las pruebas que se han presentado en el tribunal, no basándonos en especulaciones —les recordó el presidente.

Eso hizo que todos callasen un momento, hasta que habló otro miembro del jurado.

—Si Rashidi no era más que un cliente que estaba allí por casualidad, ¿por qué quiso hacerse pasar por un trabajador inmigrante?

—Una vez me pillaron en un burdel —admitió Pugh—. Lo único que puedo decir es que yo me habría hecho pasar por cualquier cosa con tal de que no se enterase mi mujer.

—Él no está casado —repuso el mismo miembro del jurado.

—Pero tiene madre —contraatacó la señora Longstaff.

—Que no estaba dispuesta a comparecer ni para confirmar que su hijo vivía con ella en The Boltons —les recordó el presidente.

—Además, a mí Rashidi no me parece un narcotraficante —añadió la señora Longstaff.

Varios miembros del jurado refunfuñaron, y el presidente se dio cuenta de que acordar un veredicto unánime no iba a ser tan sencillo como él había creído. Después del descanso para comer, no había cambiado de parecer. Por la tarde el jurado dio voz a los mismos argumentos una y otra vez, ya que el presidente les había dejado claro a los miembros que todos debían tener la oportunidad de expresar su opinión. Sin embargo, no se refería a que expresasen la misma tantas veces seguidas.

Miró el reloj y, una hora más tarde, cuando los disidentes no daban señales de ir a cambiar de opinión, propuso que lo dejasen por ese día y continuasen al siguiente. Por fin daba con algo en lo que todos estaban de acuerdo.

—¿Me lo he imaginado yo —preguntó *sir* Julian— o William no se ha molestado en afeitarse?

—Por si no lo sabías, lo llaman barba de tres días, querido —contestó su esposa—. Está muy de moda.

—En Nettleford no, desde luego. Demos las gradas por que el comandante Hawksby no haya venido.

—¿Cómo que no? —dijo Marjorie—. Él y su esposa están al otro lado de la galería, admirando el Rembrandt.

—Recuérdame cómo se llama ella —susurró *sir* Julian.

—Josephine. Y los hijos son Ben y Alice.

—No sé qué haría… —decía *sir* Julian cuando se acercaron los padres de Beth—. Buenas tardes, Arthur, Joanna —los saludó, y le dio un beso en la mejilla a la madre—. ¿Os habéis dado cuenta de que, al parecer, William se ha olvidado de afeitarse?

—¿Es un delito muy grave? —preguntó Arthur sonriendo de oreja a oreja.

—En nuestra familia sí —respondió Marjorie—. Pero lo más importante: ¿cómo está Beth? La veo nerviosa.

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó *sir* Julian—. No todos los días inauguran un Vermeer en el museo, y fue Beth quien lo hizo posible.

—Es cierto —dijo Arthur—. Pero a mí también me da la sensación de que hay algo que no nos ha contado.

—¿Es posible que vuelva a estar embarazada? —preguntó Joanna—. Espero que sí, porque me encanta ser abuela.

—A mí también —contestó Marjorie—. Los mellizos crecen muy deprisa. Ayer mismo…

—¿Qué tramáis a mi espalda? —preguntó Beth cuando se unió al grupo.

—Quizá puedas explicarnos por qué… —empezó *sir* Julian.

—Calla… —dijo Marjorie.

Sir Julian recibió la copa de champán que le dio un camarero.

—Hablábamos de los mellizos —dijo su madre—, de lo rápido que crecen.

—Artemisia ya casi gatea, pero su hermano la mira, nada más.

El ruido penetrante de un mazo al golpear el atril hizo que todos se dieran la vuelta; entonces vieron al director del museo sonriéndoles desde lo alto de una tarima.

—Buenas tardes, señoras y caballeros —dijo—. Gracias por acompañarnos en esta ocasión tan propicia. Dentro de un momento les mostraremos la última adquisición de la galería: *La encajera*, de Vermeer. Una donación de nuestra benefactor más generosa:

Christina Faulkner.

Hubo un aplauso agradecido y William miró al otro extremo de la sala, donde vio a Christina junto a un caballero de aspecto distinguido que debía de medir un poco más de metro noventa y era bastante mayor que sus consortes habituales. La barba blanca y recortada, las canas y el rostro bronceado indicaban que había pasado más tiempo en el mar que en tierra firme.

—Pero antes de mostrarles la obra de arte, tengo un anuncio. Sam Waterstone, el conservador del museo, se jubila a finales de mes tras haber servido al Fitzmolean durante más de treinta años, así que me parece apropiado que sea él quien lleve a cabo la ceremonia de inauguración.

Beth sonrió cuando el jefe de su departamento se acercó sin prisa al micrófono; tenía aspecto de maestro desaliñado. Miró a los invitados con ademán académico, como si fuesen un puñado de estudiantes rebeldes.

—Gracias, Tim —dijo—. Johannes Vermeer de Delft era, sin lugar a dudas, uno de los principales maestros del siglo XVII. Por desgracia, tan solo vivió hasta los cuarenta y tres años, y nada más sobreviven treinta y cuatro de sus obras, así que es un gran privilegio contar con una de ellas.

Sin más dilación, retrocedió un paso y tiró del cordón. Un par de cortinillas de terciopelo se abrieron y apareció *La encajera*.

Varias personas contuvieron la respiración y después se oyó un aplauso sonoro.

—Gracias, Sam —dijo el director, y se volvió hacia el público para añadir—: Antes de permitirles que continúen disfrutando de esta ocasión tan especial, tengo otra cosa que anunciar, aunque sospecho que a algunos de ustedes no les resultará una sorpresa. Me causa un gran placer decirles que la sucesora de Sam como conservadora del museo será nuestra queridísima Beth Warwick.

Esa vez el aplauso fue aún más sonoro y varias personas se volvieron y sonrieron a la nueva conservadora.

—Beth —continuó el director— ha tenido un papel primordial a la hora de ayudarnos a conseguir tres de nuestras obras maestras más preciadas: el Rubens perdido, el legendario Rembrandt y ahora este magnífico Vermeer. Cuando Sam recomendó a Betty para el puesto, tardé un nanosegundo en acceder y la junta ha confirmado

el nombramiento esta misma mañana.

William le cogió la mano a Beth y le dio un apretón.

—Estoy muy orgulloso de ti, conservadora —le dijo.

El resto de la familia se reunió a su alrededor para felicitarla.

—No podría haberlo hecho sin ti y Christina —susurró ella.

—Por no hablar de Miles Faulkner —añadió William—, cuya muerte ha sido tan conveniente.

—Yo también tuve algo que ver —les recordó el comandante Hawksby mientras le estrechaba la mano a Beth y la felicitaba.

—Al menos eso es lo que le dije al comisario de la Metropolitana —dijo William con voz cortante.

Se arrepintió de inmediato, pero todos se echaron a reír, el Halcón incluido.

—El Arsenal-Chelsea, a la hora de siempre, donde siempre —le susurró Hawksby a William antes de ir a echarle un vistazo al Vermeer.

—Muchas felicidades, cariño —dijo una voz desde atrás.

Beth dio media vuelta y vio a Christina y al caballero distinguido navegando hacia ella.

—Gracias, Christina. La galería estará para siempre en deuda con su mayor benefactora.

—Eso se lo debo a William —contestó ella—. Si no hubiese demostrado que los cuadros de Miles no se habían destruido en el incendio de Limpton Hall, yo sería una huérfana sin blanca.

—Y sin casa, cosa que no te sentaría nada bien —dijo William, que se acercó y la besó en las mejillas.

—Quiero presentaros al capitán Ralph Neville —anunció Christina.

Su compañero avanzó un paso y les estrechó la mano a William y a Beth con mucha formalidad.

—Permítame que yo también le dé la enhorabuena por el nombramiento, señora Warwick —dijo—. Si le digo la verdad, no me sorprende, después de todo lo que Christina me ha contado de usted.

—¡Christina! —exclamó el director al acercarse entre el bullicio —. No sé ni cómo darte las gracias.

—Es un placer para mí, Tim. Te presento a mi invitado, el capitán Ralph Neville.

—Buenas tardes, señor —lo saludó Neville.

William y Beth fueron a contemplar el Vermeer.

—Pensaba que yo era el único que sabía guardar secretos —dijo William—. Ni siquiera has insinuado que pudieran nombrarte conservadora. Ni que Christina tuviera un compañero nuevo.

—No estaba tan segura de lo del ascenso como para contártelo y de lo del capitán Neville me he enterado hace muy poco. De hecho, no lo he conocido hasta hoy.

—Me gusta cómo mueve el foque —se burló William con una frase que podría haber dicho su padre.

—Muy apropiado. Al parecer, Ralph era capitán de la Marina Real y se ha jubilado hace poco.

—Tiene pinta de querer echar el ancla si no lo ha hecho ya —añadió William.

—Compórtate, cavernícola —lo riñó Beth.

Miró a su alrededor y vio que Christina y el capitán charlaban con el director.

—Contrasta un poco con su difunto marido, cuya muerte no lamentamos —dijo William.

—Por no hablar de la ristra de los yogurines que han estado aprovechándose de ella.

—Creo que ella siempre ha sabido qué obtenía a cambio.

—Este promete más —dijo Beth—. Alegrémonos por ella.

—No sé si preguntarte, porque últimamente me ocultas tantas cosas, pero ¿ha recuperado Christina el resto de los cuadros?

—Toda la colección, según me ha dicho. Creo que el plan es venderlos todos y continuar viviendo de una forma con la que los demás solo podríamos soñar.

—Pues esperemos que el capitán Neville no resulte ser otro cazafortunas —dijo William, y se fijó bien en el hombre que había entrado en la vida de Christina.

—Nos vamos unos días a Montecarlo —le decía Christina al director—. Ralph tiene muchas ganas de ver mi pequeño escondite.

—No es así como William describía tu casa de Montecarlo —repuso Tim—. Más bien contaba que era un palacio lleno de obras de arte.

—Bueno, eso se lo debo a mi querido difunto marido. Como los cuadros no van a estar allí mucho más tiempo, deberías venir a verlos, ahora que todavía puedes.

—Nada me gustaría más —dijo Tim.

Beth ya lo había avisado de que Christina pensaba vender toda la colección.

—Siento decir que tenemos que irnos pronto —se disculpó Christina—. Vamos a coger el primer vuelo a Niza y no volveremos hasta después de Navidad. Pero a principios de año quiero hacer una cena para unos cuantos amigos y espero que puedas venir.

—Lo estoy deseando —respondió Tim, y le hizo una pequeña reverencia antes de irse a charlar con otros invitados.

—Vámonos sin que nos vean —propuso Cristina—. Ya llevamos aquí mucho rato.

Ella y el capitán cruzaron la sala cogidos de la mano, salieron de la galería, bajaron la amplia escalinata alfombrada y se dirigieron a la calle.

El chófer de Christina abrió la puerta trasera del Rolls para que se subieran y regresó al asiento del piloto. Puso el vehículo en marcha y se adentró en el tráfico de la tarde, pero hasta que no doblaron la esquina, Christina no miró a su compañero y le dijo:

—¿Crees que ha colado?

18

—Buenos días, señora Faulkner. Me alegro de verla.

Christina admiraba que Booth Watson fuese capaz de mentir sin sentir vergüenza alguna y sin que se le notase en la cara. Se sentó delante de él, pero no le devolvió el saludo.

—Miles quería que nos reuniésemos para evitar cualquier posible malentendido de ahora en adelante.

—Muy considerado por su parte —dijo Christina.

—Como ya sabe, está dispuesto a darle una vida lo más cómoda posible —prosiguió Booth Watson sin hacer caso del comentario espinoso—. Pero a cambio espera que usted acate ciertas normas.

—¿Como qué?

—Le comprará una casa de campo, seguirá pagando el alquiler del apartamento de Chelsea y le proporcionará unos ingresos de mil libras a la semana. Naturalmente, usted podrá mantener el coche y el chófer.

—¿Y el medio millón que acordamos en el divorcio?

—Por desgracia, el acuerdo no llegó a hacerse efectivo. En cualquier caso, usted acaba de vender el terreno donde estaba Limpton Hall por… —dijo, y comprobó la cifra— setecientas setenta mil libras, así que no está precisamente en la ruina —añadió.

—Necesito al menos dos mil a la semana para los gastos de manutención y vivienda. Eso también estaba en el divorcio, por si no lo recuerda.

—Miles se imaginaba que diría eso y, como es un hombre generoso, aceptará darle mil quinientas a la semana.

—¿Y los cuadros? La mitad me pertenecen.

—Más vale pájaro en mano que ciento volando. Y están muy lejos de su alcance.

—Dos mil a la semana.

—Muy bien. Siempre y cuando usted no intente reclamar el Vermeer del Fitzmolean si llegan las vacas flacas.

—Solo si Miles acepta no volver a robar el cuadro del museo.

—No es probable que vaya a hacer algo así —dijo Booth Watson —. La policía no tardaría mucho en averiguar que sigue vivo.

—Si acepto sus condiciones, ¿qué espera él a cambio?

—Que continúe haciéndoles creer que está muerto, sobre todo a su amiga Beth Warwick y su marido. Mientras sigan pensando que es el capitán Ralph Neville, un oficial de la marina recién jubilado, podrá seguir con sus asuntos sin miedo a que lo descubran.

—William no tardaría en averiguar que ese oficial de la Marina Real no ha existido nunca.

—Pero es que sí existe —respondió Booth Watson— y hace poco se ha jubilado con una pensión mucho más sustanciosa de lo que habría soñado antes de conocer a Miles, con la condición de no volver a pisar suelo inglés en su vida.

—¿Y si me niego a seguir el plan y decido dejarlo en evidencia? —preguntó Christina con aire desafiante.

—La casa de campo no será suya, se revisará el alquiler del apartamento de Londres a un precio que no se podrá permitir y su asignación semanal bajará de la noche a la mañana.

—Se le olvida el coche y el chófer —dijo Christina con tono sarcástico.

—El chófer se quedará sin trabajo y el Rolls Royce podría verse involucrado en un accidente de tráfico que, por desgracia, les recordaría a sus amigos que, después de tantos años con chófer, usted no conduce con seguridad.

Christina se estremeció sin querer.

—Ni siquiera Miles llegaría a eso —consiguió decir al final.

—Puede que tenga razón, pero a usted no le quedaría más remedio que pensarlo cada vez que se subiese al coche.

Christina intentó no planteárselo siquiera.

—Hay una cosa más que debería mencionar mientras hablamos de su futuro. Los cuadros ya no están en Montecarlo y los activos de Miles descansan en varias cuentas anónimas de Zúrich, Ginebra y Berna; así que, si no quiere acabar viviendo de la Seguridad Social, le sugiero que mantenga su parte del trato.

—¿Y eso significa que ya no puedo ver a Beth Warwick? Porque es la única amiga que tengo.

—Todo lo contrario. Queremos que continúe quedando con Beth Warwick. Pero asegúrese de que jamás duda de si usted es viuda, porque, si algún día ella no lo tiene claro, usted se quedará como si lo fuera.

—¿Es necesario que viva con Miles?

—No, eso es lo último que él querría. No se opone de ningún modo a que siga con su antiguo estilo de vida, siempre y cuando sea discreta. De todas maneras, habrá alguna ocasión en la que tendrán que verlos juntos en público para mantener el engaño.

—¿Y Miles cree que se va a salir con la suya?

—Eso espero, señora, por su bien. Según me dice él, pasó la prueba de la inauguración del Vermeer con muy buena nota, así que es evidente que el cirujano plástico suizo ha hecho un trabajo excelente. No se olvide de que nadie se fijó en él cuando se sentó detrás de mí en su propio funeral. ¿Alguna pregunta más? —dijo de repente.

—¿Cómo sabré cuándo tengo que interpretar mi papel?

—Yo contactaré con usted. Intentaré avisarla al menos veinticuatro horas antes.

—Qué considerado.

—Espero que se dé cuenta bien pronto, señora Faulkner, de que este es un acuerdo amistoso que beneficia a ambas partes. No obstante, si algún día necesita consejo legal, no dude en llamarme.

—Es usted muy amable, señor Booth Watson. Por suerte, *sir* Julian Warwick ya se ocupa de eso de manera admirable.

—De aquí en adelante no lo hará —repuso el abogado con firmeza.

—Le tiene miedo… —dijo Christina con la sensación de que por fin se había anotado un tanto.

Booth Watson vaciló un instante.

—Miedo no —consiguió decir al final—, pero le tengo respeto a su habilidad profesional. Así que no debe solicitar sus servicios nunca más.

Christina estaba a punto de protestar cuando Booth Watson añadió:

—El acuerdo depende de eso.

Así que guardó silencio.

Booth Watson le dio la vuelta al contrato, le ofreció una pluma y dijo:

—Firme aquí, aquí y aquí. Por cierto —añadió—, en el funeral pensé que su interpretación había sido brillante. Claro que a usted le convenía convencer al inspector Warwick de que Miles estaba muerto.

La sesión matinal del día siguiente había mejorado después de que la señora Parish aceptase por fin que el único motivo por el que Rashidi podía estar en una fábrica de drogas después de la medianoche era para comprar droga. En cambio, no daba el brazo a torcer en cuanto al delito principal: el de ser narcotraficante y el cerebro de toda la operación.

El presidente repitió la votación con las tres acusaciones y, en cuanto al delito menos importante de tenencia, por fin consiguió un veredicto de culpabilidad de diez a dos. Pero en los dos más importantes el recuento seguía siendo nueve a tres.

Miró alrededor de la mesa y les dijo a sus compañeros exhaustos:

—Quizá haya llegado el momento de mandarle una nota al juez para preguntarle a su señoría si aceptaría un veredicto por mayoría.

Nadie objetó.

El juez Whittaker escuchó con atención al presidente del jurado y el problema irremediable al que se enfrentaba.

—Les pido que se retiren de nuevo e intenten una vez más alcanzar un veredicto unánime. Si no lo consiguen, aceptaré que se pongan de acuerdo al menos diez de ustedes.

El presidente del jurado hizo una reverencia y el agente judicial acompañó a los doce miembros a la sala correspondiente.

El juez regresó a su despacho y le echó un vistazo a la hilera larga de libros encuadernados en cuero que había en las estanterías de detrás de su mesa. Sacó uno, se sentó y miró el índice. Abrió el libro por la página 213 y consultó la sentencia máxima que podía imponer por posesión de cannabis y si había agravantes que le permitiesen emitir una aún más severa. Frunció el ceño. Estaba releyendo el párrafo relevante cuando lo interrumpió alguien llamando a la puerta; el agente judicial entró en el despacho.

—El jurado está listo, señoría —dijo con la puerta abierta.

Cuando William fue en coche hasta Romford, la agente Bailey tenía el turno de patrulla de diez a seis y llegó tarde a la comisaría porque había tenido que ocuparse de un accidente de tráfico; había sido un golpe de nada, pero uno de los involucrados no tenía carnet de conducir y, cuando Nicky regresó por fin a la oficina, tuvo que rellenar varios formularios.

No volvió a salir hasta las 18.32 horas. Llevaba ropa de calle, se dirigió hacia el apartamento del sargento Summers y por el camino se detuvo en la lavandería a recoger uno de sus trajes. A las 18.58 horas entraba en la vivienda.

William soltó el bolígrafo cuando acabó de escribir la última anotación del registro. Encendió la radio y escuchó el boletín de las siete.

El juicio de Rashidi por narcotráfico seguía siendo la principal noticia y el único dato nuevo era que el juez dictaría sentencia a la mañana siguiente.

Dos años era la condena máxima que un juez podía imponer por tenencia, le había recordado su padre por teléfono esa tarde.

—Cosa que significa que se va prácticamente de rositas —dijo William—. Y teniendo en cuenta que ya ha cumplido más de seis meses, lo soltarán en cuestión de semanas y nosotros todavía no sabemos dónde tiene el nuevo centro de operaciones.

—Estoy seguro de que te llevará directo al sitio el mismo día que salga de la cárcel —opinó el Halcón.

William pensó en Lamont, que era tan culpable como Rashidi, puesto que había trabajado mano a mano con Booth Watson para sacarlo de la cárcel. Pero uno de los comentarios preferidos del exsuperintendente había sido «Ser delincuente paga, chaval», y William no dudaba que Lamont ganaba mucho más como lacayo de Booth Watson de lo que había ganado en la Metropolitana.

Casi oía a Beth preguntarle una vez más si había llegado el momento de pensar en dejar la Policía, pero aún no se le había ocurrido una contestación convincente.

Cuando se encendió una luz en el tercero, William intentó concentrarse. Tras cinco noches de vigilancia, más o menos había averiguado la disposición del apartamento de Summers. Nicky

debía de estar en la cocina, preparando la cena.

Después de las noticias pusieron la radionovela *The Archers*. Si seguía así durante mucho tiempo, acabaría enganchándose. Escuchaba el programa *File on four*, donde debatían la eliminación de los pares hereditarios de la Cámara de los Lores, cuando vio a Summers entrar en el edificio. Al cabo de unos instantes, los vio abrazarse antes de que Nicky corriera la cortina. A William le habría encantado escuchar la conversación.

El Halcón había pedido una orden para colocar micrófonos en el apartamento, pero el adjunto del comisario de Operaciones Especiales se la había denegado por no ser suficientemente específica. Le había sugerido que aportasen pruebas más convincentes que corroborasen las alegaciones antes de volver a abordar el tema. Refirió al comandante a la Ley de Intercepción de Comunicaciones de 1985.

La solicitud de pincharle el teléfono a Summers tampoco había tenido éxito. Gran Bretaña no era un Estado policial, le había recordado el comisario al Halcón. William estaba de acuerdo, pero eso le dificultaba mucho el trabajo.

—La cena estará lista dentro de unos minutos —dijo Nicky, y se sentó en el sofá junto a Jerry.

Él veía un partido de la FA Cup: Aston Villa contra el Chelsea. Aunque había nacido en Birmingham, siempre había querido ser de la Metropolitana y se mudó a la capital al día siguiente de acabar la educación obligatoria. A pesar de eso, seguía siendo hincha del Villa, el equipo de su ciudad.

«Cuando tienes cinco años, más o menos —le había contado a Nicky—, eliges cuál es tu equipo. Y lo apoyas a las duras y a las maduras, es para toda la vida».

Nicky se acurrucó a su lado pensando en ese «para toda la vida».

—Qué televisor tan maravilloso —dijo.

El partido no le interesaba.

—Ventajas del oficio —contestó Summers, y la rodeó con un brazo—. Hace un par de meses detuve a un tipo que tenía media docena en el salón. Solo cinco llegaron al almacén de la comisaría.

—Yo vi cuatro, nada más.

—No me sorprendería que hubiese desaparecido otro por el camino, antes de que el responsable hiciera el papeleo.

—¿No tienes miedo de que algún ladrón te venda? —le preguntó Nicky.

Últimamente luchaba mucho con su conciencia.

—Eso no suele pasar —respondió él sin apartar la mirada de la pantalla—. Cualquier villano sensato prefiere que lo acusen de haber robado cuatro televisores, no seis. En cualquier caso, sería su palabra contra la mía. ¡Gol!

Cuando las luces del salón de Summers se apagaron a las 22.41 horas, William escuchaba un debate entre Tony Blair y Michael Heseltine sobre el futuro del programa nuclear Trident. A ambos los consideraban posibles futuros líderes de sus partidos respectivos. William apagó la radio y anotó algo en el cuaderno. Al cabo de un momento, se encendió la luz del dormitorio. Una vez más, corrieron la cortina y, una vez más, a William le habría gustado oírlos conversar. Lo que se dijeran en la cama podía ser mucho más útil que lo que hablasen delante del televisor y, a pesar de que había oído en las noticias que el Chelsea había ganado 2 a 1, cosa que le gustó, pensó que Summers quizá se pusiera más efusivo.

—¿A quién hay que agradecerle el equipo de alta fidelidad? —preguntó Nicky mientras se desvestía.

Todavía no tenía claro de lado de quién estaba.

—A John Smith —contestó Summers mientras colgaba el traje.

—¿El político? —preguntó Nicky sonriendo de oreja a oreja.

—No, mi principal confidente; el que hace posible que yo me dé ciertos lujos.

—En el comedor lo tratan de leyenda.

—Como tiene que ser. Es responsable de que yo atrapase por fin a Ted Payne cuando le llegó el envío de cocaína desde Brixton.

—Ahora que media familia Payne está encerrada, ¿piensas fijarte en los Turner?

—Mientras sigan dándome información sobre todos los demás delincuentes de la zona, no.

—Pero son criminales —dijo Nicky, y se metió en la cama.

—A veces, si quieres que la lista de detenciones siga creciendo, hay que hacer la vista gorda.

—Entonces, ¿el tal John Smith es uno de los Turner?

—Digamos que está muy emparentado con ellos —respondió Summers, y la abrazó.

El lugar lo había escogido él: un *pub* donde ella no había estado. Cuando abrió las puertas batientes, vio a su antiguo jefe sentado en un reservado de luz tenue, al otro extremo del local. Estaba de espaldas a la entrada y delante tenía dos pintas de cerveza. No se levantó cuando ella se sentó a la mesa.

—¿Me he librado? —Fue lo primero que dijo Lamont.

—Sí —respondió Jackie después de un trago de cerveza—. El Halcón me ha dicho que no tiene sentido ir a por ti. Que ya habías sufrido suficiente, sobre todo con eso de tener que devolver el dinero de la tercera bolsa. Me gustaría pensar que yo he aportado mi granito de arena. Ha ido de un pelo, porque Warwick todavía piensa que habría que detenerte y hacerte pagar.

—Tú sigue intentando convencer a ese capullo de lo contrario, y te lo compensaré. De esa fuente sale dinero de sobra para los dos. A menos que estés del lado de Warwick.

—Últimamente no lo veo —dijo Jackie—. Lo han suspendido hasta que los de anticorrupción investiguen qué ha pasado con las setecientas libras que desaparecieron de la caja fuerte de Roberts.

—¿Vas a testificar?

—Puede. Pero no te preocupes, que no lo ayudaré.

—Con un «No estaba presente» te libras de ese asunto —dijo Lamont.

—No olvides que fue Warwick el que evitó que me devolviesen el rango de sargento.

—Yo te habría ascendido a ti antes que a él —repuso Lamont.

—Ya lo sé, Bruce. Y por eso, entre otras cosas, pienso que ojalá siguieras en el equipo.

El expolicía se acabó la cerveza.

—Sigamos quedando de vez en cuando, para estar al día.

—Vale. Pero ¿qué gano yo?

Él sacó un sobre del bolsillo interior y lo deslizó por la mesa.

—Hay más como este —dijo.

Ella se lo guardó en el bolso y sonrió.

—Será mejor que me vaya —respondió—. Te digo algo en cuanto sepa cualquier cosa que merezca la pena.

La luz del dormitorio se apagó justo después de las 23.30 horas, y William hizo otra anotación en el cuaderno. No le gustaban las tareas de vigilancia encubierta y, en particular, no le gustaba espiar a sus compañeros. No obstante, el Halcón había dicho que, si iban a detener a la agente Bailey además de a Summers, debían confirmar la información que les había dado HM. William se recostó, pensó en Beth y en los mellizos, y se durmió casi de inmediato.

El ruido de una bocina a lo lejos lo despertó de golpe. Se frotó los ojos y miró la hora. Las cuatro. Se fijó en la ventana del tercero y se alegró de ver que seguía a oscuras. Pasaron un par de horas más antes de que encendiesen la luz de la mesilla.

—¿Qué haces hoy? —preguntó Nicky mientras intentaba no bostezar.

—Tengo que declarar en los tribunales a las diez. El tipo de los Jaguar comparece ante el magistrado.

—¿Cuánto tiempo lo van a encerrar?

—Es su primera denuncia, así que seguramente no irá a la cárcel. Y yo seré el propietario de un Jaguar de segunda mano con solo mil cien kilómetros en el contador.

—¿No se preguntará nadie cómo es posible que a un sargento le llegue para un Jaguar?

—Les diré que es de segunda mano, como el Volvo del inspector.

—Menuda pareja hacéis —dijo Nicky, y se metió con él en la ducha.

—Si quieres entrar en el equipo, solo tienes que decirlo.

—¿De qué os serviría una policía novata que patrulla por la calle?

—Pues de mucho, porque estás en la calle. Tienes acceso a información que podría llevar a detenciones y a eso se le puede

sacar partido, sobre todo si el señor Smith se entera antes de que des el parte en la oficina.

Una vez más, Nicky pensó en contar toda la verdad y escribir un informe con todo lo que sabía sobre el sargento Summers, pero era consciente de que, si lo hacía, lo perdería a él y el trabajo.

—¿Y tú qué haces hoy? —preguntó él al salir de la ducha y coger una toalla.

—Tengo el día libre. Voy a Tooting a ver a mi madre y la invitaré a comer por ahí. Supongo que volveré sobre las seis.

—Te llevaré a dar una vuelta en mi nuevo Jaguar.

William puso las noticias de las siete. Casi no había novedades respecto de unas horas antes. Escribió otra entrada en el registro de actividad cuando Summers salió del edificio a las 7.34 y se dirigió hacia la comisaría. Entonces la radio del coche cobró vida. Escuchó con atención lo que le decía Paul y respondió que se ocuparía de ello en cuanto llegase a la oficina.

La agente Bailey apareció al cabo de unos minutos, y William se sorprendió de ver que iba hacia la estación. Esperó hasta que ella hubo tomado el primer tren al centro de Londres y después salió del coche y fue a la cabina de teléfonos que había en la otra acera.

Rebecca contestó al cabo de dos tonos.

—Va camino de Londres —dijo William—. Debería estar contigo mucho antes de que yo llegue.

—Sin problema —respondió Rebecca—. Nicky cree que hoy tengo fiesta, así que no le sorprenderá encontrarme en casa.

—Aparte de eso, tendréis que vigilar a Lamont aún más de cerca. Jackie acaba de llamar para decirle a Paul que, después de la reunión de anoche, Lamont cree que se ha librado. Le dio un sobre grueso de color marrón por las molestias, y Jackie lo ha dejado en mi mesa.

—Jackie es la mejor —admitió Rebecca—. Ojalá pudiera decir lo mismo de Nicky.

—No desesperes todavía. Aún puede entrar en razón —dijo William antes de colgar.

Volvió al coche y escribió otra anotación en el cuaderno. Estaba seguro de que cinco noches más bastarían para convencer al

comandante de que Nicky se había cambiado de bando. Pero era consciente de que el Halcón debía de tener motivos para seguir con la operación encubierta. William cerró el cuaderno, hizo girar la llave de contacto y se dirigió al centro de Londres. Pasaba por delante del Tower Hotel cuando Nicky metía la llave en la cerradura de su casa y los mellizos despertaban a Beth.

Rebecca fregaba los platos cuando oyó la puerta.

—¿Quieres desayunar? —le preguntó a Nicky cuando esta entró en la cocina.

—No, gracias. Me vale con un cuenco de copos de maíz, que me voy a ver a mi madre.

—No sé si preguntar… —dijo Rebecca, y le sonrió.

—Creo que este podría ser algo especial. Nunca me he sentido así.

—Cuenta, cuenta —le pidió sin volverse a mirarla.

—Es un agente inmobiliario que trabaja sobre todo con alquileres, locales y oficinas de la zona de Croydon, y acaban de hacerlo socio de la empresa.

Demasiados detalles planeados con demasiado cuidado y recitados con demasiada facilidad, pensó Rebecca.

—¿Y cómo se llama el señor Perfecto?

—Alan Mitchell. Es de Nottingham, pero ahora vive en Romford.

—¿Y cuándo voy a conocerlo? —se atrevió a preguntar.

—Todavía no —contestó Nicky—. Antes prefiero estar segura del todo. Y ya que ha salido el tema, ¿qué tal tu vida amorosa?

—¿Qué quieres que te diga? Soy la típica amiga fea. Nadie me saca a bailar.

—¿Y el trabajo? ¿El Halcón te ha dado algo interesante que hacer ahora que no vigilas a Lamont?

—Estoy investigando a un sargento del West End Central. Creemos que acepta sobornos del propietario de un local de estriptis de la zona que, a cambio, espera conseguir la licencia para vender alcohol.

—Suena interesante —dijo Nicky, y se echó leche en el cuenco de los cereales.

—De hecho, es bastante triste y un poco sórdido, si te digo la

verdad.

Rebecca no podía evitar pensar que su tapadera era más creíble que el agente inmobiliario que trabajaba en Croydon; se llamaba Alan, era el nuevo socio del negocio y daba la casualidad de que vivía en Romford.

—Que se levante el acusado.

Assem Rashidi se puso en pie en el banquillo y se volvió hacia el juez con una expresión calculada de indiferencia.

El juez Whittaker abrió el archivador de cuero rojo y miró las palabras que había escrito esa misma mañana.

—Señor Rashidi, lo declaro culpable de tenencia de ciento cuarenta gramos de marihuana y lo condeno a dos años de prisión, el máximo que me permite la ley para este delito —añadió, incapaz de disimular el desprecio que sentía por el hombre al que habría impuesto una cadena perpetua sin problemas.

El juez cerró el archivador y estaba a punto de salir de la sala cuando Rashidi dijo:

—Gracias, señoría. Transmítale mis mejores deseos a su hijo.

—Que se lleven al condenado —gruñó el juez.

19

—Es el orgullo de la colección del Fitzmolean —dijo Beth mientras ambas admiraban el Vermeer.

—No podría haber encontrado un hogar mejor —respondió Christina—. Pero debo decirte que, desde que Miles murió, los marchantes y las casas de subastas no paran de llamar a mi puerta; quieren saber qué pienso hacer con el resto de la colección.

—Si decides vender alguno de los cuadros, nosotros podemos aconsejarte. Es lo mínimo, con lo generosa que tú has sido.

—Muy amable por vuestra parte —repuso Christina—. Pero no te he invitado a comer por eso.

—¿Montecarlo? —preguntó Beth, y enarcó una ceja.

—No podría haber ido mejor —ronroneó Christina—. Ralph ha sido muy bondadoso y considerado, y es la compañía perfecta. Entre nosotras, el sexo tampoco está nada mal.

—Me alegro por ti. William estaba preocupado por si…

—¿Por si a Ralph solo le interesaba mi dinero?

Beth se avergonzó.

—¿Por qué no venís los dos a cenar un día y así lo conocéis un poco más?

—No quería insinuar… —empezó Beth—. Pero es que William siempre…

—Piensa como un policía. Por cierto, ¿cómo está?

—Anda metido en algo —contestó para desviar la atención de su error—. Pero no sé el qué.

—¿Otra mujer? —sugirió Christina, y se rio.

—Con el aspecto que tiene ahora, diría que no. A menos que sea una indigente. ¿Todavía piensas mudarte a Florida? —preguntó Beth, con ganas de cambiar de tema.

—Ya no me hace falta. Al final tengo el apartamento de Mayfair, la casa de campo y el yate, por no hablar de un capitán que está ansioso por navegar en él.

—Veo que vas muy en serio con Ralph.

—Sí. Me ha cambiado la vida. Sinatra tenía razón: el amor es más bonito la segunda vez. Te lo cuento todo mientras comemos —dijo Christina.

Cogió a Beth del brazo y salieron juntas de la galería.

Miró la hora: las 14.20. El partido empezaba a las tres. Cuarenta mil aficionados iban en la misma dirección. La mayoría llevaba bufandas de color blanco y rojo, aunque había un contingente numeroso vestido de azul y blanco. Las dos tribus rivales tenían una sola cosa en común: ambas estaban convencidas de que su equipo sería el ganador.

Una figura solitaria que llevaba una bufanda rojiblanca pasó por delante de la parada de metro de Arsenal justo cuando un grupo de hinchas salía a Gillespie Road. Momentos después, se unió a él otra bufanda rojiblanca.

—Te escucho —le dijo el comandante a un joven de aspecto desaliñado que podría haber salido de la cárcel en lugar de ser un inspector de la Unidad de Anticorrupción recién ascendido.

—Si solo tenemos en cuenta el expediente —dijo William—, Summers está haciendo una labor encomiable. Pero es una pena que sea corrupto donde los haya.

—¿La agente Bailey y él siguen juntos?

—Rebecca cree que sí, pero ¿quién sabe hasta cuándo durará? Según el ritmo que Summers llevaba antes, la relación debería haber caducado hace mucho.

—Me imagino que, como la mayoría de los ludópatas, tiene un sistema que considera infalible.

—Hasta que toca doblar la apuesta.

—Ilumíname.

—En Romford hay dos grandes bandas de crimen organizado: los Turner y los Payne. Estoy convencido de que el sargento Summers está en nómina con los Turner, sobre todo porque media familia Payne está encerrada en la prisión de Wormwood Scrubs,

mientras que los Turner solo comparecen de vez en cuando ante el tribunal local y casi nunca les imponen más que una multa o una condena suspendida —explicó William.

A lo lejos apareció el estadio de Highbury y los prejuicios de la multitud se hicieron más sonoros a cada paso que daban.

—¿Hay alguna posibilidad de infiltrarnos en la jerarquía de los Payne y pagarle a Summers con su misma moneda? —preguntó el Halcón.

—Es una familia muy cerrada, y le aseguro que en Navidad no les mandan felicitaciones a ningún policía.

El Halcón asintió cuando pasaban por la entrada principal del estadio, pero no se dirigió hacia los tornos.

—No obstante —continuó William—, he dado con un miembro de la familia que tiene un empleo de verdad. Adam Payne trabaja en el Departamento de Vivienda del Ayuntamiento de Barking y Dagenham. Está casado, tiene dos hijos y lo consideran la oveja negra. Debe de ser complicado para él, ya que su padre, Reg, es el cabecilla del narcotráfico de Romford y su hermano, uno de los vendedores.

—¿Se relaciona con alguno de sus parientes?

—Solo con su madre. La visita un fin de semana sí y otro no, cuando el resto de la tribu está en el estadio de White Hart Lane, viendo el partido del Tottenham.

—Trata de contactar con él para averiguar si estaría dispuesto a pasarle un mensaje a su madre para pedirle una reunión con Reg Payne. La posibilidad de que salga bien es remota, pero hay que intentarlo.

William asintió, aunque no parecía tenerlas todas consigo.

Habían andado unos metros más cuando le preguntó a su jefe:

—¿Qué hace el equipo durante mi ausencia?

—Rebecca aún sigue a Lamont, que al parecer vuelve a deberles dinero a los corredores de apuestas, mientras que Jackie intenta averiguar por qué motivo aún está en contacto con Summers. Fuera del núcleo más cercano, todos creen que te hemos suspendido y que te estás preparando para la vista.

—Si esa junta fantasma me considera culpable —dijo William—, estoy pensando en unirme a la banda de los Turner. Pagan mucho mejor y son menos horas.

—No lo digas ni en broma —respondió Hawksby—. Porque me temo que eso es justo lo que ha hecho Lamont. Sospecho que ahora trabaja directamente para Summers, que está a sueldo con los Turner, que a su vez son unos de los muchos vendedores de la droga que distribuye Rashidi. Ese hombre tiene una cadena de mando que enorgullecería a cualquier general.

—¿Cuándo sueltan a Rashidi?

—Dentro de poco más de un mes. Cuando llegue el momento, quiero que lo dejes todo y le sigas los pasos: desde el instante en el que salga de la cárcel hasta que volvamos a encerrarlo. Deberías tener tiempo de sobra para contactar con Adam Payne. Pero no olvides que si a su padre se le pasa siquiera por la cabeza que lo vas a traicionar, te hará picadillo.

—Gracias, señor, eso me anima mucho —dijo William cuando llegaban a la entrada principal del estadio.

—Nos vemos dentro de dos semanas, antes del partido contra el Leicester —dijo el Halcón—, pero no dudes en llamarme a casa si averiguas algo que merezca la pena.

Se dirigió al torno más cercano, mientras que William se iba a la estación de metro de Arsenal, donde se subió a un vagón vacío en dirección a Fulham.

—Si el Colegio de Abogados se enterase de que sigues vivo y de que yo todavía actúo en tu nombre —dijo Booth Watson—, no me cabe la menor duda de que me echarían y quizá hasta acabaría en la cárcel.

—Por eso nunca me quejo de tus honorarios exorbitantes, BW.

—De todos modos, Miles, cualquier cosa que hagamos de aquí en adelante tiene que ser en nombre del capitán Ralph Neville; en lo que a mí respecta, Miles Faulkner está muerto. Y lo sé porque fui al funeral.

—Yo también fui —repuso Miles—. Y nadie se fijó en mí, solo tú. De hecho, es lo que me dio la confianza suficiente para pasar a la segunda fase de mi plan a largo plazo. Y ahora ha llegado la hora de la tercera. Pero primero quiero saber cómo fue la reunión con Christina.

—Puso pegas, aunque no muchas. Se conformó con dos mil a la

semana cuando le expliqué cuáles eran las alternativas.

—¿No le hacía gracia pasar por el aro?

—Creo que las consecuencias de no hacerlo la convencieron.

—Bueno, pues ya está arreglado. Vamos a otra cosa, que ha surgido un problema.

Booth Watson desenroscó la tapa de la pluma y se preparó para tomar notas.

—Todavía tengo todos los cuadros, cuyo valor asciende a varios millones, pero si vendiese aunque fuera solo uno en el mercado libre, cualquier metomentodo curioso se preguntaría si estoy vivo, por no hablar del inspector Warwick, y eso que estuvo en el funeral.

—¿Por qué no dejas que Christina los subaste? Así nadie sospechará.

—Ya lo había pensado, pero el riesgo es demasiado grande. El trato que he hecho con Christina garantiza que ella vaya a cumplir su parte siempre y cuando crea que, de lo contrario, se quedará sin su única fuente de ingresos. Pero si le echase mano a uno de los cuadros, por no hablar de la colección completa, se quedaría las ganancias y desaparecería de la faz de la tierra; eso sí: antes vendería al capitán Ralph Neville y se aseguraría de que lo echasen a los tiburones.

—Si el mercado libre no es una opción, ¿qué me dices del mercado negro? —sugirió Booth Watson—. Represento a muchos clientes que tienen abundante liquidez y, con las nuevas leyes del Gobierno sobre lavado de dinero, se han quedado con cantidades de las que no pueden deshacerse con facilidad.

—No se me ocurre un mejor ejemplo de oferta y demanda —dijo Miles—. Tus clientes podrían comprarme un cuadro con el metálico que les sobra, sacarlo a subasta y recibir un talón legítimo que podrían ingresar en el banco que prefieran. Mientras tanto, yo me saco al menos el cincuenta por ciento.

—¿Y la procedencia?

—Podrían decir que se lo han comprado a la señora Christina Faulkner, que pertenecía al legado de su difunto marido.

—Ella querría un porcentaje.

—Dale el diez por ciento del precio de venta y prométele que habrá más, siempre y cuando ella cumpla su parte del trato. La colección no le interesa en absoluto, pero el dinero le gusta. Lo

único que falta es que tú decidas quién será mi primer cliente.

—Tu amigo Assem Rashidi saldrá de la cárcel dentro de un mes, más o menos. Resulta que sé que tiene varios millones en metálico guardados en una cámara de seguridad y que no puede ingresarlos en su cuenta normal no solo porque está en la cárcel, sino porque las autoridades lo vigilarán como un halcón.

—Qué símil más poco acertado —dijo Miles—. ¿Qué tal si organizas una reunión?

—Eso no haría más que causar otro problema.

—¿Cuál?

—Si os invito a ambos a mi oficina, ¿por qué no invito también a William Warwick a hacer las minutas?

—Pero Christina me ha dicho que lo han suspendido y se enfrenta a una vista disciplinaria.

—Eso no significa que esté en casa sentadito. No, hay que buscar un lugar que a él no se le vaya a ocurrir jamás y creo que tengo la ubicación perfecta. Aun así, una reunión con el señor Rashidi supone otro problema más.

—¿Cuál?

—Habría que añadirlo a la lista de la gente que sabe que estás vivo.

—Assem es amigo mío. En cualquier caso, le interesa no decir ni pío.

—Hasta que deje de ser tu amigo —repuso Booth Watson— y lo que le interese sea cantar. Y nos tendría cogidos por los huevos.

—Eso si no piensa abrir otro centro de operaciones cuando salga —dijo Miles—. En cuyo caso, nos tendríamos mutuamente por las pelotas.

—De acuerdo, organizaré un encuentro en cuanto lo suelten y te haré saber cuándo y dónde, ya que no será en mi despacho. Por cierto, ¿cómo te llevabas con Rashidi cuando estabas dentro?

—Me caía bien, pero no me fío ni un pelo.

—Tiene gracia. Él me dijo lo mismo de ti.

20

—¡El veintidós!

William estaba de pie al fondo de la sala, esperando con paciencia el momento ideal. Esa mañana eran tres los funcionarios de vivienda que atendían al público, todos sentados detrás de un cristal como si aquello fuera un banco.

Había llegado al ayuntamiento a las nueve, justo cuando abrían las puertas, pero había tenido que hacer cola con mucha gente. Le había explicado a la mujer del mostrador qué hacía allí.

«Siempre que sea posible, cuenta la verdad —le había recomendado el Halcón—. Así será menos probable que te pillen con cualquier error tonto.

»—Estoy casado y tengo dos hijos —[verdad]—, y en la actualidad vivo en Fulham —[verdad]—. Me han ofrecido un trabajo en la fábrica de Dagenham de la Ford Motor Company —[mentira]—, y busco alojamiento en la zona —[mentira].

La mujer le había entregado un formulario largo, un lápiz corto y un pequeño disco de madera con un veintiséis grabado.

—Rellene el formulario —le había ordenado la mujer— y, cuando digan su número, entréguele el disco al funcionario que esté disponible.

Se sentó en la segunda fila, delante de Adam Payne. Después de rellenar el impreso, observó a los tres funcionarios con atención. Sabía que solo tenía un tercio de las posibilidades de acabar en la ventanilla que necesitaba, así que intentó averiguar cómo mejorar las posibilidades.

—El veintitrés.

Observó que Payne no se daba prisa con los usuarios. Los calmaba con su amabilidad y su tranquilidad y escuchaba con

atención los problemas que le exponían. Tomaba abundantes notas, muchas veces les enseñaba fotografías y todas las personas se marchaban de allí con cara de satisfacción. ¿Conseguiría el mismo resultado con él?

—El veinticuatro.

Una mujer muy embarazada avanzó y se sentó delante de Payne. Deslizó el impreso por el hueco de la ventanilla y le explicó su situación. William ya había calculado que, de media, Payne empleaba once minutos con cada solicitud, mientras que la mujer más mayor de aspecto hastiado de su izquierda tardaba unos siete minutos y el joven a su derecha, unos ocho.

—El veinticinco.

Una pareja de jóvenes con un bebé se levantó y se dirigió al cubículo de la izquierda. William miró la hora. Estaba bastante seguro de que el joven acabaría con su cliente antes de que Payne hubiese terminado con la mujer embarazada.

—El veintiséis.

Aunque le tocaba, se inclinó hacia el anciano de su izquierda y le dijo:

—No tengo prisa, señor. ¿Quiere mi puesto?

—Gracias —respondió el hombre.

Se intercambiaron el disco y el anciano fue despacio hasta la ventanilla del joven.

—El veintisiete.

—Maldita sea —renegó William entre dientes.

La mujer más mayor había terminado muy pronto, y William no sabía quién tenía el veintiocho.

—El veintiocho.

William salió disparado y fue directo a la ventanilla de Payne, cosa que dejó a la persona del número veintiocho sin otra opción que ir al cubículo de la mujer.

—Buenos días —le dijo Payne—. ¿En qué puedo ayudarlo?

William le entregó el impreso. Payne leyó la información sin prisa antes de darle su opinión.

—Lo siento, pero no podemos considerarlo un caso prioritario. Sin embargo, puedo ponerlo en la lista de espera. Aunque no creo que podamos ofrecerle un alojamiento adecuado hasta dentro de al menos un año.

Sacó otro impreso de un cajón y se puso a rellenarlo.

—¿Hay alguna manera de saltarme la cola? —preguntó William.

—No, señor —respondió el funcionario con firmeza—. Los casos se evalúan de forma individual según las circunstancias, así que tendrá que esperar como los demás hasta que tengamos disponible un alojamiento apropiado.

—¿Aunque sea amigo de su padre?

Payne paró de escribir, incapaz de ocultar la vergüenza.

—¿Conoce a mi padre?

—No, pero me gustaría mucho.

—En ese caso, tiene usted que marcharse, señor… —Miró el impreso—… Warwick. Se ha equivocado de hombre.

—Podría ser beneficioso para ambos.

—Si no se marcha de inmediato, señor Warwick, no me quedará más remedio que avisar a la policía.

Puso la mano sobre el teléfono que tenía al lado.

—Yo soy policía —dijo William Warwick, y sacó la placa.

Payne se quedó blanco.

—¿Cómo puedo ayudarlo, inspector? —le preguntó.

De pronto, se habían cambiado los papeles.

—Necesito tratar un asunto privado con su padre.

—No hablo con él desde hace años.

—Estoy al tanto. Pero ve a su madre dos fines de semana al mes, así que quizá ella podría organizar una reunión.

—Me niego —respondió Payne con firmeza—. No quiero tener nada que ver con el mundo de mi padre.

—Le entiendo, pero, si pudiera ayudarnos, le aseguro que sería para bien.

—Nada bueno puede salir de eso, inspector. Le pido de nuevo que se marche.

William sacó una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta y la pasó por el hueco de la ventanilla.

—Si cambia de opinión, no dude en llamarme, sea cuando sea.

—No volverá a saber de mí.

William se levantó a regañadientes mientras el funcionario de vivienda rompía el impreso y lo tiraba a la papelera.

—El treinta.

William salió del atestado ayuntamiento e hizo una pausa antes

de bajar los escalones para reflexionar sobre lo que acababa de ocurrir. No estaba deseando contarle al Halcón que abordar al único miembro que respetaba la ley de la familia Payne había sido un fracaso. Entonces la vio. Se metió detrás de una columna hasta que ella pasó de largo. Al Halcón no le haría gracia enterarse de que no había convencido a Adam Payne para que lo ayudase, pero si además tenía que admitir que lo había pillado la agente Bailey…

—¿Cómo están los mellizos? —preguntó Josephine Hawksby después de que la camarera les sirviera el té y los sándwiches.

—¡No paran de comer! —exclamó Beth—. William y yo sobrevivimos a base de las sobras.

Josephine sonrió mientras le servía un té a su invitada.

—Y luego está la ropa. Yo, de pequeña, llevé el uniforme gris de la escuela hasta los diecisiete años, que es cuando me compré el primer vaquero, cosa que a mi padre le pareció muy mal. Y no te cuento lo que dijo cuando descubrí las minifaldas.

—Mi primer vestido me llegaba casi hasta los tobillos —comentó Josephine después de seleccionar un sándwich de pepino.

—¿Te acuerdas de las zapatillas de deporte?

Ambas se rieron.

—Perdóname si me acabo los sándwiches antes de volver a casa a darles de comer a los niños.

—¿Quién se ocupa de ellos mientras tú trabajas? —preguntó Josephine.

—La madre de William y la mía son maravillosas —dijo Beth—. También tenemos una niñera que hace tantas horas extra que gana casi lo mismo que yo.

—Sois una pareja modernísima —comentó Josephine mientras escogía otro sándwich—. Jack no me dejó volver a trabajar.

—¿Crees que quedan más lugares en el mundo donde aún sirvan sándwiches de pepino?

—Y los *scones* con nata espesa ¿qué? —dijo Josephine—. Supongo que en Wimbledon, pero solo durante quince días al año. De todos modos, me da que la carta de este sitio no es la razón por la que querías verme.

—No —admitió Beth—. Pensaba que quizá tú podrías ayudarme

a encontrar las piezas que me faltan en el último rompecabezas, y espero de corazón que el comandante Hawksby sea más comunicativo que William.

—Imposible. Cuando Jack está en casa, se deja Scotland Yard en la oficina. Ni te darías cuenta de que es policía. Pero dime qué piezas crees que te faltan y veré si puedo ayudarte.

—Sé que han suspendido a William de manera temporal y que no volverá al trabajo hasta que un tribunal decida que es inocente.

—Siempre que menciona el tema, Jack recalca la palabra «temporal».

—Eso me alivia —dijo Beth—. Pero ¿sabes por qué sale casi cada noche, no se afeita más que los fines de semana y se viste como un jardinero a pesar de que no tenemos jardín?

Josephine se puso mermelada de frambuesa en un *scone* antes de responder.

—La única vez que Jack, el de las americanas cruzadas, se ha vestido así era cuando estaba haciendo alguna misión encubierta. ¿Tienes más pistas?

—Solo que la semana pasada le planché un pantalón y encontré un recibo de haber comido en Romford.

—De eso no sé nada.

—Y el sábado pasado, cuando se fue de casa después de comer, llevaba una bufanda de color blanco y rojo, cosa que me sorprendió porque él es del Chelsea.

—Ay, su primer error —dijo Josephine—. Jack es del Arsenal desde pequeño.

—No te entiendo —admitió Beth.

—En nuestra primera cita habló sin parar de Bob Wilson y de Frank McLintock.

—Ahora sí que me he perdido.

—El sábado pasado el Arsenal jugaba en casa contra el Chelsea, así que ya sabemos adónde fueron por la tarde.

—Pero creía que, mientras durase la investigación de William, no podían relacionarse.

—¿Qué pruebas tienes de que lo estén investigando?

Beth pensó un rato antes de contestar:

—Ninguna, solo lo que él me ha dicho.

—Los hombres siempre te dicen lo que creen que quieres oír y

los policías son aún peores. Me da que te has equivocado de rompecabezas. Pero si algún día admite que no lo han investigado, no le digas que ya lo sabías. Mientras tanto, como madre que no se alimenta lo suficiente, te recomiendo la tarta de chocolate.

—Bueno —dijo el comandante—, ahora que la agente Bailey se ha ido a Romford, ¿quién me pone al día sobre sus actividades? Empecemos por el inspector Warwick.

William abrió el cuaderno.

—La semana pasada, la agente Bailey durmió todas las noches en el apartamento de Summers, en Romford. No solo le hace la compra y le lleva la ropa a la lavandería, sino que tiene llave propia. El jueves reservó dos billetes para irse de vacaciones a Málaga el mes que viene, así que podemos dar por seguro que son pareja.

—Agente Pankhurst, ¿tienes algo que añadir? —preguntó el Halcón, y miró hacia el otro lado de la mesa.

Rebecca no necesitaba el cuaderno.

—Hace dos semanas que Nicky no viene a casa a dormir. El sábado por la mañana vino un rato y me habló de su novio nuevo, que no tiene ningún parecido con el sargento Summers.

—¿Le pediste detalles? —preguntó Paul.

—Sí. Me contó que se llama Alan Mitchell y que trabaja para una agencia inmobiliaria de Croydon, pero no me dijo cuál.

—No hace falta que insistas —le recomendó Paul—. Ahora que sabemos la verdad, es mejor que no sospeche.

—Entendido, señor —dijo Rebecca con cara de alivio.

—Qué lástima que Nicky no sepa la diferencia entre irte a la cama con alguien y que alguien te haga la cama —opinó Jackie.

—Bueno, William —continuó el Halcón sin hacer caso del comentario—, ya puedes acabar el turno de noche y dedicarte a las actividades diurnas del sargento Summers. Me interesa saber más sobre su confidente, el tal John Smith; en concreto, si existe.

—Claro que existe —respondió Rebecca—. Si no, ¿adónde va el dinero?

—Directo a su bolsillo —contestó Jackie—, porque no es más que una invención de Summers.

—¿Y eso cómo funciona? —preguntó Rebecca.

—No es un hecho inaudito —explicó el Halcón— que un policía corrupto se invente un confidente que le da información que él ya conoce. Y cuando llega la hora de pagar al chivato, de ese abrevadero solo bebe un cerdo.

—El otro día me enteré de una variación de ese engaño —dijo Paul—. Después de que se cometa un delito mayor, el policía corrupto antedata un informe de inteligencia que ya existe y así es como si su confidente hubiese proporcionado el dato original. Es un sistema que se llama «doble y nada».

—Debo de estar viejo ya —dijo el Halcón—, porque ese no lo había oído.

—A medida que los delincuentes se vuelven más sofisticados —explicó Jackie—, los policías corruptos también.

—Y nosotros debemos seguir su ejemplo —repuso el Halcón— si queremos ir un paso por delante.

—Eso explicaría el Jaguar nuevo de Summers, los trajes llamativos y las vacaciones en Málaga —afirmó William—. Pero, sobre todo, lo que nos ayudaría a demostrar que Summers es un policía corrupto es probar que John Smith no existe.

—Creo que se me ha ocurrido la manera de conseguirlo —dijo el Halcón, y les repartió una hoja a cada miembro del equipo—. Os voy a dar una semana a tres de vosotros para que me destripéis el plan o, dicho de otro modo, para que lo mejoréis. Así, cuando nos reunamos el lunes que viene, podré otorgarle al inspector Warwick la autoridad para poner la operación en marcha. Eso me recuerda que, en lo que respecta a cualquiera de fuera de este despacho, y eso incluye a la agente Bailey, el inspector Warwick sigue suspendido y el tribunal no se reunirá hasta dentro de por lo menos seis semanas. Así que ya sabéis cuánto tiempo tenéis para pillar a Rashidi, a Lamont, a Summers y a Roberts. ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor —respondió Jackie—. Si Lamont me da otro sobre marrón, ¿puedo reservar unas vacaciones en Málaga?

21

Rebecca siguió a Lamont por la escalera mecánica llena de gente, mientras que el Hombre Marlboro iba unos pasos más atrás. Lamont no la vio a ella, y ninguno de los dos reparó en Ross.

Cuando el exsuperintendente llegó al andén, se quedó al fondo y no tuvo que esperar mucho antes de que el siguiente convoy entrase levantando una ráfaga de aire. Se subió al último vagón y, aunque estaba casi vacío, se sentó junto a un hombre que leía el *Evening Standard*. No se dirigieron la palabra.

Rebecca encontró asiento al otro extremo del vagón y abrió el libro de bolsillo que llevaba, pero no leyó nada.

—Quería verme, señor —dijo Summers.

Aún no se había quitado la costumbre de tratar de usted a su antiguo jefe.

—No tendrás por casualidad algo con lo que te pueda echar una mano, ¿verdad? —dijo Lamont—. Estoy a dos velas.

—Ahora mismo no —respondió Summers—. Pero dentro de un par de semanas podríamos tener algo entre manos.

—Me vendría de perlas —dijo Lamont, que no quería parecer desesperado—. Tengo un par de facturas que no puedo retrasar mucho más.

—Vaya, lo siento —repuso Summers, que no lo sentía en absoluto, porque eso le daba ventaja—. ¿Algo en particular? —preguntó como haría cualquier buen policía.

—He tenido una mala racha con los caballos y tengo a los corredores de apuestas que se me echan encima.

—Y hay que ver cómo pisan.

—Al final la casa es más cara de lo que yo había presupuestado y mi mujer me va a matar si tenemos que venderla. —Hizo una

pausa antes de preguntar—: Tú no estás casado, ¿verdad?

—No. No he encontrado a mi chica.

—Yo he encontrado tres —dijo Lamont— y ninguna era la adecuada. Debería haber hecho caso a Jimmy Goldsmith: para volar, navegar o follar, no compres: alquila.

Summers soltó una carcajada, y Rebecca miró, pero HM no.

—Yo no tengo ese problema —repuso el sargento—. En la comisaría hay faldas de sobra para satisfacer mis necesidades, por no hablar de las de por ahí.

—Pensaba que tenías novia —contestó Lamont, y miró hacia el otro lado del vagón.

—Le quedan dos telediarios. La relación está a punto de caducar.

—A esa mujer de ahí ya la he visto —susurró Lamont.

Summers miró a Rebecca.

—No es mi tipo.

—¿Crees que nos sigue?

Se fijó mejor.

Rebecca se incomodó al darse cuenta de que los dos se interesaban por ella. Tendría que bajarse en la siguiente parada e informar a William de que la habían descubierto. Él ya le había dicho que lo sorprendía que hubiese durado tanto. Pasó la página y se horrorizó al darse cuenta de que todas las veces que se había subido a la línea Circle había llevado la misma novela.

Cuando el convoy entró en la parada de Green Park, Rebecca se bajó sin mirar atrás. HM no se movió del sitio.

—Quizá me lo haya imaginado —dijo Lamont cuando la perdió de vista.

—Yo me bajo en la siguiente —contestó Summers—. Me pondré en contacto en cuanto llegue el cargamento —añadió al ver que se detenía el metro—. ¿Todavía tiene el uniforme, señor? —le preguntó, y se abrió la puerta.

—Me voy al partido —dijo William.

¿Para qué le mentía?, quería preguntarle Beth. ¿Daba por sentado que ella no se enteraba de nada, a pesar de que hasta un crío sabría que no iba a ningún partido? El Chelsea jugaba fuera, en Newcastle, así que no tenía posibilidad alguna de llegar al saque

inicial a menos que tuviera un helicóptero esperando. Y luego estaba la bufanda rojiblanca que se ponía un domingo sí y otro no. Josephine Hawksby le había dicho que eran los colores del equipo de su marido, el que William odiaba. Así que debía de ir a ver al comandante. ¿O acaso era un engaño más?

Se planteó seguirlo, pero decidió no hacerlo por dos motivos: la descubriría antes de doblar la primera esquina y, lo que era más importante, Beth confiaba en él. Dio por sentado que tenía que ser alguna misión encubierta de la que no podía hablarle. Pero estaba apartado del trabajo y no tenía permitido participar en ninguna tarea policial hasta que el tribunal lo considerase inocente. ¿O acaso era eso otra mentira y Josephine tenía razón?

William abrió la puerta, pero justo en ese momento sonó el teléfono del recibidor.

—Si es para mí —dijo cuando Beth salía de la cocina—, diles que llamen después del partido. No me gustaría perderme el saque inicial.

Beth cogió el teléfono.

—¿Sí?

—Quiero hablar con su marido —dijo una voz ronca.

—Lo siento, pero acaba de irse. Si lo llama más tarde…

—No voy a llamar más tarde.

—Espere un momento, por favor —le pidió Beth, que pensó que quizá formase parte del complicado plan encubierto de William—. Voy a ver si lo alcanzo.

Dejó el auricular, salió corriendo por la puerta y vio a William a lo lejos.

—¡William! —gritó a pleno pulmón.

Pero él no se detuvo. Beth echó a correr tras él sin dejar de llamarlo, hasta que por fin él se volvió.

—Es para ti —dijo ella sin aliento—. Dice que no piensa volver a llamar.

William echó a correr hacia su casa, preguntándose si podía ser Adam Payne y si habría hablado con su madre. Entró corriendo, cogió el teléfono y dijo:

—William Warwick.

—¿Por qué quiere quedar conmigo? —exigió saber una voz cortante.

No la reconocía, pero sabía de quién se trataba.

—Señor Payne, estoy llevando a cabo una investigación encubierta que no tiene que ver con usted ni con ningún miembro de su familia, sino con la banda de los Turner y uno de sus colaboradores más cercanos.

—El sargento Summers, sin duda —dijo la voz—, y el otro que lo ayuda desde la oficina.

William se quedó sin habla. Reg Payne lo había pillado con el pie cambiado.

Beth cerró sin hacer ruido, se fue a la cocina y entornó la puerta.

—Tengo entendido que ahora mismo está suspendido, inspector. Así que ¿qué trama en realidad?

William, que aún no se había repuesto del primer golpe, decidió que solo conseguiría poner a ese hombre de su parte si le contaba la verdad.

—Tenemos motivos para pensar que Summers y un sargento de su comisaría trabajan mano a mano con los Turner.

—Acaban de meter a la agente Bailey en la banda, aunque todavía no sé seguro de qué lado está ella —dijo Payne.

William no tenía ni idea de cuánto más podría saber aquel hombre.

—La otra cosa que no entiendo es qué papel juega Lamont en esta historia, el antiguo superintendente. Claro está, ya sé que cuando era inspector estuvo destacado en Romford y que entonces Summers aún patrullaba, pero eso fue antes de que lo transfiriesen a Scotland Yard y se metiera en la Brigada de Estupefacientes. Y de repente dimite sin dar explicaciones, a pesar del éxito de la Operación Caballo de Troya. Me imagino que después de todas las mentiras que contó en el juicio de Rashidi le habrán dado una buena recompensa, pero le aseguro que el dinero no le ha durado mucho, porque vuelve a estar sin blanca. No me sorprende: me acuerdo de que se las apaña para perder en casi todas las carreras a las que va.

—¿Hay algo que no sepa usted, señor Payne? —lo interrumpió William.

—Sí: qué quiere usted de mí.

—Quiero tenderles una trampa a Summers y a los Turner y dejarlos fuera de circulación durante mucho tiempo.

—O sea, busca a un ladrón para pillar a otro de su condición.

—Más o menos —admitió William.

A continuación, le detalló el plan. Payne no lo interrumpió más que con alguna que otra pregunta avispada.

—Impresionante —dijo cuando William acabó—. Pero no esperaba menos del Halcón. Tengo que hablar con mi familia antes de informarles de mi decisión.

La línea quedó en silencio. William colgó y miró la hora. Ya no llegaba al partido a tiempo; tendría que llamar al Halcón a casa cuando acabase. Al menos esa vez tenía algo importante que contarle.

Fue a la cocina con Beth y los niños.

—Al final no voy al partido —dijo, y no dio más explicaciones.

—¿Y eso? ¿El helicóptero no ha llegado a tiempo?

William se quedó sin palabras por segunda vez en un día.

—¿No crees que ya es hora de que me cuentes lo que estás haciendo de verdad? —le preguntó Beth—. Porque es evidente que no te han suspendido.

Aceptó que era uno de esos días en los que lo pillaban a contrapié todo el rato.

—Si pudiésemos, adoptaríamos a un niño —dijo Grace—. Pero ahora mismo no es posible.

—Es una lástima —repuso Marjorie—. Cualquier criatura tendría suerte de teneros a ti y a Clare como madres.

—Es muy amable por tu parte, pero por desgracia no hay mucha gente que esté de acuerdo contigo. De hecho, hace muy poco un juez me dijo que, según él, no era natural.

—Un parlamentario liberal de mente abierta ha presentado un proyecto de ley para que sea legal que dos personas del mismo sexo adopten a un niño —repuso Clare.

—Pero me han dicho que no llegará a buen puerto —dijo Grace —. De hecho, seguramente pasarán años antes de que se convierta en una ley. Para entonces ya será demasiado tarde para nosotras.

—¿Qué preferiríais? ¿Un niño o una niña? —preguntó *sir* Julian.

Toda la familia se sorprendió.

—Eso nos da igual —contestó Grace, y miró a Clare—. Es como una caja de bombones: da lo mismo lo que te salga, lo quieres a muerte igual.

Todos se echaron a reír.

—Podéis quedaros con los mellizos hasta que cumplan los seis —propuso William.

—¿Por qué hasta los seis? —preguntó Marjorie.

—Porque es cuando empezarán a jugar al fútbol —explicó Beth.

—Peter podría entrar ya en el Chelsea —dijo William—. Yo no sé qué hacen, pero la semana pasada se las apañaron para perder tres a cero contra el Southampton.

—Hablando de equipos ganadores —aprovechó *sir* Julian—, ¿tienes fecha para la vista?

—Todavía no —respondió William, que tenía la contestación bien preparada.

Beth observó con interés cómo reaccionaba el resto de la familia.

—Cuanto antes vuelvas a trabajar, mejor —dijo *sir* Julian—. Si me mandas los papeles, les echo un vistazo y te doy mi opinión. Aunque, bueno, el caso no se tiene en pie: hasta Grace te libraría.

—Gracias, padre, por tu voto de confianza —dijo Grace—. A Clare y a mí ya nos han pedido que representemos al acusado y no necesitamos un ayudante.

—*Touché!* —contestó *sir* Julian, y cogió el oporto.

—Lo más importante —dijo Marjorie, que estaba sentada en el suelo con los mellizos— es que Julian y yo hemos decidido crear un fondo fiduciario para pagar la educación de Peter.

—¿Y qué pasa con Artemisia? —exigió saber Grace.

—Los padres de Beth se ocupan de eso. De hecho, fue idea de Arthur y Joanna.

—Qué suerte tienen estos críos —dijo William, y le alborotó el pelo a Peter.

—Yo había pensado en mandarlos a Eaton y al Cheltenham *Ladies*' College —comentó *sir* Julian, consciente de que eso era lanzar una granada en medio del salón de casa.

—Y yo he pensado que la escuela de Fulham les va perfecto a los dos —contestó Beth.

—Qué divertido —intervino Marjorie—; ya tenemos algo por lo que pelearnos sin parar hasta que nos matemos los unos a los otros.

—Ya está decidido —dijo Beth, y se sentó en el suelo con sus hijos.

—Cuando yo era pequeño esto no funcionaba así —se quejó *sir*

Julian, y le quitó el seguro a la granada.

—Tú nunca has sido pequeño —contestó Marjorie—. Tú naciste siendo de mediana edad.

Sir Julian se quedó sin palabras, algo que el resto de la familia no veía a menudo, así que William aprovechó la ocasión.

—Deberíamos irnos ya —anunció—. Ha sido un día largo para los niños.

Cuando Peter y Artemisia ya estaban atados en las sillitas del coche, todos se despidieron y se dijeron adiós con la mano mientras William daba marcha atrás hasta la calle al son de «A Better Place to Be», de Harry Chapin.

—Creo que tu padre tiene claro que no habrá investigación y que no te han suspendido —dijo Beth cuando salieron a la calle.

—¿Por qué lo dices?

—Si tuviese la menor indicación de que tienes problemas, te habría hecho una ristra infinita de preguntas. Y mientras él respire, estoy segura de que no permitirá que Grace te represente en los tribunales.

22

—Assem Rashidi saldrá de Pentonville mañana a las diez de la mañana —dijo el Halcón— y fuera habrá un comité de bienvenida esperándolo. Entre tres de vosotros lo vigilaréis las veinticuatro horas del día. Si Rashidi se plantea siquiera ir a algún sitio que no sea su oficina de la City o la casa de su madre en The Boltons, quiero saberlo al instante. Ya he informado al superintendente Watts de nuestros planes más inmediatos; es el nuevo jefe de la Brigada de Estupefacientes. Tendrá sesenta agentes preparados, listos para actuar en cualquier momento. Esta vez desmantelaremos la operativa de Rashidi antes de que tenga la oportunidad de envenenar a su primer cliente.

—Al mismo tiempo, tenemos que detener a los socios que han mantenido el negocio en marcha durante su ausencia —dijo Paul.

—No hace falta organizar una operación como Caballo de Troya para conseguirlo, ya que esta vez entraremos por la puerta principal. Intenta no hacerte un esguince de tobillo, sargento Adaja.

Paul puso cara de vergüenza.

—¿Cómo se hizo el esguince, sargento? —preguntó Rebecca con inocencia, a pesar de que le habían contado la historia de Caballo de Troya muchas veces.

Jackie reprimió una sonrisa amplia.

—Fue antes de que tú entrases en la unidad —era lo único que Paul tenía que decir al respecto.

—Hace unos días llegó a Felixstowe un cargamento grande de droga de Colombia y el superintendente Watts cree que no es una casualidad —dijo el Halcón—, así que ha emitido un aviso a todos los puertos.

—¿Tenemos más datos de la red de inteligencia? —preguntó

Paul en el momento justo.

—Solo que cree que a lo largo de los próximos días las mulas de Rashidi distribuirán grandes cantidades de cocaína y heroína por todo Londres. Tengo una lista de los destinatarios más probables —dijo el Halcón, y abrió un archivador grueso—. Uno es de la zona de Romford. Una familia apellidada Payne. Supongo que te habrás cruzado con ellos, agente Bailey.

—Sí —contestó Nicky—. Son unos villanos de cuidado; pero, gracias al sargento Summers, hay más en la cárcel que en sus casas disfrutando de la comida casera.

—Me alegro. Bueno, vamos a asegurarnos de que estamos listos cuando suelten a Rashidi por la mañana. Mantenedme informado de cualquier avance.

Los miembros del equipo recogieron la documentación, salieron del despacho del comandante y volvieron a sus mesas, con la salvedad de la agente Bailey, que firmó el libro de visitas y se marchó a Romford. La agente Pankhurst se había ido un rato antes para apostarse al otro lado de la calle, en un lugar desde donde veía la entrada a la estación de metro de Saint James's Park.

No tuvo que esperar mucho antes de que Nicky apareciese y bajara al trote la escalera de la estación. Rebecca regresó a Scotland Yard y le dio el parte al sargento Adaja. Quince minutos después, el equipo volvió a reunirse en el despacho del comandante, donde los esperaba William.

—La liebre ha salido del cajón —dijo el Halcón—, pero los perros tienen que dejarle dar un par de vueltas por el circuito antes de entrar en acción.

—¿Cuál es el plan, señor? —preguntó Jackie.

—El viernes a la una de la madrugada, el Hombre Marlboro llevará la mercancía a casa de Reg Payne —dijo el Halcón—. No puede ser antes porque no queremos que sospechen ni Summers ni Bailey.

—¿Intervenimos cuando ellos entren? —preguntó Paul.

—No —respondió rotundo el Halcón—. Si lo hiciésemos, Summers diría que habíamos aparecido justo cuando estaba a punto de detener a Payne, y sabemos que tiene arrestos de sobra para intentar llevarse el mérito de la emboscada. No, lo que hay que hacer es dejar que él mismo se ponga la soga alrededor del cuello y

después abrimos la trampilla. Cuando HM haya entregado el kilo de cocaína y diez mil libras en metálico, esperaremos a ver si Summers detiene a Payne y se lleva la mercancía a la comisaría. Si entrega menos de diez mil y menos droga de la que nosotros hemos suministrado, confirmaremos nuestras sospechas.

—¿Y entonces intervenimos? —preguntó Jackie.

—No —respondió William—. Hay que mantener la pólvora bien seca. Quiero averiguar cuánta gente está en el ajo y cómo distribuyen la cocaína y se deshacen de tanto dinero en metálico. No olvidemos que tenemos los números de serie de los billetes.

—¿Qué pasa si Summers detiene a HM cuando salga de casa de Payne? —preguntó Jackie.

—Eso nos indicará que no es un policía corrupto. Pero, si lo es, el repartidor le da igual; solo le interesa lo que reparte.

—A lo mejor hace que alguien siga a HM —dijo la agente Pankhurst— y averigua que es uno de los nuestros.

—Por eso no te preocupes, Rebecca. HM se zafaría de ellos en la primera esquina. Pero eso no quiere decir que no vaya a haber sorpresas por el camino, porque Summers es muy despierto y estoy seguro de que tiene un plan B que lo convierte en el héroe, no en el villano. Tenéis que estar preparados para entrar en acción en cualquier momento, aunque sea en mitad de la noche.

—¿Y la agente Bailey? —preguntó Rebecca.

—Quizá sea víctima del fuego cruzado —respondió el Halcón—. En ese caso, tendrá que atenerse a las consecuencias.

—Hay algo más que debería saber, señor —dijo Rebecca.

Todos se volvieron hacia la agente Pankhurst.

—Nicky está embarazada.

Summers se alegró muchísimo cuando Nicky le dio la noticia.

—Llega el viernes por la noche, ¿no?

—Sí —respondió ella, y le dio la vuelta al filete en la sartén.

—¿De dónde has sacado esa información tan valiosa?

—De un vendedor de poca monta, a cambio de hacer la vista gorda.

—Qué rápido aprendes —dijo Summers, y se sentó a la mesa de la cocina.

—¿Esto es para tu chivato? —preguntó Nicky, y le sirvió la carne.

—No, por Dios —contestó Summers—. Esto nos lo quedamos nosotros. Así sacaremos mucho más beneficio.

Nicky se sentó delante de él y pensó en la respuesta. Le había dado otra oportunidad para escapar, y ella lo habría hecho si no la hubiera cogido por sorpresa.

William se había sentado en el asiento de atrás de un taxi que no estaba disponible. No apartaba la mirada de la entrada a la prisión, aunque sabía que aún pasarían por lo menos treinta minutos antes de que saliese el recluso. Miraba la hora cada pocos segundos, y la puerta que había junto a la verja principal seguía cerrada a cal y canto.

Un Mercedes de color azul oscuro pasó por su lado y se detuvo delante de la cárcel como si fuera un club de campo.

—¿Es el mismo coche? —preguntó William.

—No, señor —respondió Danny—. Es la misma matrícula, AR1, pero ese modelo es el más nuevo, recién salido de la línea de producción.

—¿Es el mismo conductor? —preguntó mientras intentaba verlo mejor.

—Conductor soy yo —respondió Danny—. Si vistes así, lo que eres es chófer. Pero sí, es el mismo hombre.

El inspector se rio, aunque esa mañana no estaba para risas.

El campanario de una iglesia cercana dio las diez y la puerta seguía sin abrirse.

—A lo mejor está tan a gusto que no quiere marcharse —dijo Danny, que tenía un sentido del humor peculiar.

Al final la puerta se abrió de par en par y salió un hombre bajo, musculoso y lleno de tatuajes cargando con una bolsa de cuero negro.

—Robo —dijo Danny casi sin fijarse en él.

El recién liberado le echó un vistazo al Mercedes, le hizo la señal de la victoria al conductor y se dirigió a la parada de autobús más cercana.

Salieron dos reclusos más, y William no pudo evitar preguntarse cuánto les duraría la libertad. Los había que trataban la prisión como su segundo hogar, sobre todo si no tenían dónde dormir, y un

delito menor significaba pasar el invierno en una celda cálida con tres comidas al día y un televisor.

Por fin apareció la figura inconfundible de Assem Rashidi. No le hizo falta decir: «Es ese», ya que, a diferencia de los demás reclusos, había perdido peso en lugar de ganarlo. Llevaba un traje bien hecho, una camisa blanca y una corbata de seda, igual que el último día del juicio. William se preguntó si la etiqueta del interior de la chaqueta sería de Harrods. Podría haber pasado por el director de la cárcel, de no ser porque el de verdad se iba a casa todas las tardes en un Morris Minor.

El chófer se bajó de un salto y le abrió a su jefe la puerta de atrás del Mercedes como si fuese un lunes cualquiera y lo recogiera en su casa de campo para llevarlo a la oficina. Se tocó la visera de la gorra al tiempo que Rashidi se sentaba en el asiento de atrás. William se escondió para que no lo viesen cuando el coche pasaba tranquilamente junto a su vehículo y giraba a la izquierda.

Danny dio la vuelta con el taxi y tuvo cuidado de mantener la distancia. Siempre que era posible, se metía detrás de otro taxi para que el chófer no se diese cuenta de que los seguían.

—Podría ir hacia Brixton o The Boltons —dijo William mirando por el parabrisas mientras avanzaban por Upper Street.

El Mercedes no cruzó el río, sino que continuó hacia el este y, treinta minutos más tarde, pasaron por delante de dos dragones plateados con escudos de hierro fundido que indicaban que habían entrado en la City de Londres.

—Tiene que ir a la oficina.

Al final el Mercedes se detuvo delante de la sede de Marcel y Neffe. De nuevo, el chófer se bajó y le abrió la puerta a su jefe.

Cuando Rashidi entraba en el edificio Tea House, lo saludó otro hombre con gorra de plato como si no hubiese faltado ni un solo día.

William no lo siguió al interior: sabía que iría a sus oficinas de la undécima planta. Lo que le interesaba era saber cuándo saldría Rashidi del edificio y por qué puerta. El Mercedes se marchó.

—Quédate aquí, Danny —ordenó William—, y no le quites ojo a la entrada. Si aparece Rashidi, avísame por la radio y vuelvo en un momento. Si se te escapa —añadió cuando abría la puerta del taxi y se apeaba—, búscate un pasajero, porque será la única paga que te

ganes esta semana.

Danny no se rio, y el inspector echó a correr hacia la boca de metro de Moorgate.

Hacía tiempo que había descubierto la manera discreta que tenía Rashidi de irse de la oficina sin que nadie se diese cuenta. Se apostó en su lugar favorito, junto a un pequeño quiosco, desde donde podía ver a todas las personas que saliesen del Tea House por la puerta discreta que solo conocían los que trabajaban en el edificio.

Aceptó con resignación la posibilidad de esperar allí un buen rato si Rashidi tenía que ponerse al día de cómo iba la empresa desde su ausencia. Tal vez se hubiese reformado, como le había prometido al juez que haría, pero William pensó que eso no era muy factible.

Quién sabía; quizá Danny lo llamase alrededor de las seis y siguiesen al empresario hasta The Boltons, donde cenaría con su madre y pasaría la primera noche de libertad. En casa de su madre. Sobre todo si tenía la menor sospecha de que alguien lo vigilaba.

Pasó una hora durante la cual varios trabajadores de la City entraron o salieron por la puerta discreta, pero Rashidi no era uno de ellos. William empezaba a aburrirse y se planteó volver a pasar un rato con Danny al calorcito del taxi, aunque no le cabía duda de que ese sería el momento que su objetivo escogería para marcharse de su trabajo oficial en busca de su empleo alternativo.

A lo largo de la tercera hora, William compró un ejemplar del *Evening Standard* que le costó veinte peniques, pero nunca llegaba más allá del titular de la primera plana antes de volver a mirar la puerta.

—¿Se queda mucho rato más? —preguntó un guardia de tráfico.

—El que haga falta —dijo Danny, y sacó la placa.

El guardia se tocó la visera de la gorra, sorprendido de que el taxista fuese de la Metropolitana, no de la Policía de la City.

William se quedó plantado en el sitio hora tras hora, pasando cada vez más frío, hasta que un hombre apareció por la puerta lateral vestido con un chándal ancho de color gris y la cabeza

tapada por la capucha. William jamás olvidaría esa vestimenta. Se unió al torrente de pasajeros que se dirigían hacia las escaleras mecánicas. Aunque no le viese la cara, sabía que era el mismo chándal y los mismos andares. Y lo más importante: los mismos guantes de cuero negro.

Cuando Rashidi se subió a la escalera mecánica, William se metió detrás de un tipo de hombros anchos para que lo ocultase de su presa. Al llegar abajo, ya lo había perdido de vista. Sin embargo, tampoco tenía muchas dudas sobre a dónde se dirigía. Fue derecho al andén de la línea Northern en dirección sur y llegó justo cuando el convoy entraba en la parada. Vio que Rashidi se subía a un vagón al otro extremo del andén y abordó el que le quedaba más cerca.

Aunque William estaba seguro de dónde se bajaría su objetivo, lo comprobaba en todas las estaciones. No obstante, tenía razón y Rashidi no se apeó hasta que el convoy llegó a Stockwell, donde hizo el trasbordo a la línea Victoria para el trayecto de una sola parada hasta Brixton.

William permitió que se le escapase la presa una vez más, ya que estaba convencido de que sabía a dónde se dirigía. Cuando llegó sin prisa al andén, se quedó entre los pasajeros que esperaban al fondo. No tenía intención de seguir. Dado que Rashidi había retomado su patrón anterior, al día siguiente por la tarde Paul se haría cargo del último tramo y lo esperaría fuera de la estación con la intención de que lo guiase hasta la nueva base de operaciones.

William miró a la derecha y vio que Rashidi le estrechaba la mano a un hombre que iba acompañado de dos guardaespaldas musculosos; lo reconoció de inmediato y supo que el empresario había vuelto a su otro mundo.

Una corriente de aire procedente del túnel anunció la llegada del siguiente metro. William estaba a punto de regresar a Scotland Yard cuando Rashidi dio un paso adelante y, antes de que le diese tiempo a reaccionar, los dos guardaespaldas lo agarraron cada uno de un brazo y, con un movimiento violento, lo lanzaron a las vías.

El tren se detuvo con un chirrido estridente, pero era demasiado tarde. El sonido espantoso de la colisión de su cuerpo contra el metal provocó gritos entre varios de los pasajeros, mientras que otros se volvieron a mirar.

William corrió hacia los tres hombres, pero habían tenido la

prudencia de escoger un lugar cerca de una de las salidas y, cuando llegó a la escalera mecánica, ellos ya estaban arriba e iban abriéndose paso a empujones entre los pasajeros sorprendidos. Subió los escalones de dos en dos, pero, una vez arriba, los otros estaban ya casi en la calle.

El mayor de los tres daba bocanadas de aire intentando seguirles el paso a los guardaespaldas, que eran más jóvenes y su forma física era mejor. William casi lo había alcanzado y estaba a punto de abalanzarse sobre él cuando notó que un par de brazos lo rodeaban y le hacían un placaje antes de llegar a la línea de meta. Un hombre le echó los brazos a la espalda mientras otro lo esposaba.

—Quedas detenido —dijo una voz.

Cuando William llegó a Scotland Yard, informó de inmediato al comandante del asesinato violento y premeditado de Assem Rashidi y de que a él lo habían detenido por error.

—Al menos eso nos soluciona uno de los problemas —dijo el Halcón, cosa que sorprendió a William—. Rashidi ya no puede hacerte ningún daño. Pero lo que quiero saber, inspector, es si has reconocido al hombre que le estrechó la mano.

—Sí, señor. Era Tony Roberts, el propietario de once quioscos de prensa que durante el juicio declaró que vivía en el apartamento de Rashidi desde hacía diez años. Debía de llevar su imperio en su ausencia y es obvio que había decidido que quería absorber todo el negocio y deshacerse del socio inactivo.

—Es un error estúpido —dijo el Halcón—. Roberts es, como mucho, un segundón y matando al que le pagaba lo único que consigue es ponérnoslo bastante más fácil para que derroquemos todo su imperio.

—¿Qué quiere que haga ahora, señor?

—Vete a casa, inspector, y yo me ocupo de movilizar a un equipo de Homicidios.

Para William era una decepción no ser el agente que iba a detener a Roberts. Esperaba que fuese Paul, para que el esguince de tobillo quedase relegado al folclore del cuerpo.

Sentado en el metro de camino a Fulham Broadway, William sabía que el Halcón ya habría enviado un equipo de Homicidios a Brixton seguido de la Brigada de Estupefacientes. Cuando él hubiera terminado de redactar el informe y se lo hubiese entregado a la secretaria del Halcón, no solo estaría desfasado, sino que ya sería historia antigua. Tendría que esperar a la reunión de la mañana siguiente para averiguar qué más había sucedido. Al llegar a casa encontró a Beth con los mellizos en el baño, en cuyo suelo había casi tanta agua como en la bañera.

—¿Te has enterado de lo de Rashidi? —Fue lo primero que dijo Beth.

El silencio de William le desveló todo lo que necesitaba saber.

—Luego te cuento los detalles —dijo—. Por no hablar de que me han detenido por su asesinato —susurró.

Justo entonces sonó el teléfono. William dejó a Beth con los niños salpicando en la bañera y contestó a la llamada en el descansillo.

Ni saludo ni nombre ni frases de cortesía. Pero William sabía quién era.

—He hablado con la familia y estamos dispuestos a llevar a cabo tu plan. Pero con una condición.

No necesitaba que le dijese cuál era la condición. Lo único que se preguntaba era cómo reaccionaría el Halcón. Volvió al baño y encontró a Beth secando a los niños antes de ponerles el pijama.

—¿Quién era? —preguntó ella.

—Tengo que hacer una llamada —respondió William, sin contestar a su pregunta.

Cogió a las dos criaturas, una en cada brazo, y las llevó entre risas a su dormitorio, donde las acostó y apagó la luz. Volvió al rellano, cogió el teléfono y marcó un número que no salía en la guía telefónica.

—El comandante Hawksby al habla.

23

Lanzan a un magnate de las drogas a las vías del metro.

El Halcón le echó un vistazo a la primera plana del *Daily Mail* antes de tirarlo a un lado.

—Agua pasada —declaró—. Anoche detuvieron a Tony Roberts y a sus dos esbirros, y hoy los denunciarán a los tres por el asesinato de Rashidi. De propina, la Brigada de Estupefacientes desmanteló un centro de operaciones en otra parte de Brixton que tenía pinta de haber abierto hacía poco, con vistas al regreso de Rashidi.

—Estoy ansiosa por leer los titulares de la prensa de mañana —dijo Jackie.

—Ya he avisado al comisario sobre lo que puede esperar y me he atribuido todos los méritos. A vosotros, ni nombraros.

Se oyeron carcajadas entre los miembros del equipo y dieron palmadas de aprobación en la mesa.

—Sargento Adaja, dado que tú fuiste responsable de la detención de Roberts, podrías ponernos al día.

—Un equipo de Homicidios llegó inmediatamente después de la llamada del investigador principal —empezó Paul—. Los once quioscos que supuestamente tenía Roberts eran, como usted siempre había sospechado, señor, nada más que una tapadera para blanquear el dinero del narcotráfico de Rashidi. Aunque la mayoría de los empleados cerraron el pico, una de ellos se vino abajo cuando le insinuaron que podían denunciarla por colaborar con un delincuente. La información que nos dio nos llevó a un burdel de la zona, donde encontramos a Roberts con las manos en la masa. No intentó resistirse. La joven que estaba con él, o mejor dicho, encima de él, nos proporcionó un torrente de información en cuanto le

prometimos que no le revelaríamos su nombre a la prensa. Al parecer, su madre es la presidenta de la Asociación Conservadora del barrio.

—Todo el mundo tiene un precio —dijo el Halcón—. ¿Qué pasa con los dos cómplices?

—No son muy listos que digamos, señor. Los encontraron de celebración en un *pub* cercano. Se resistieron, pero no mucho. Esta mañana comparecerán con Roberts ante el juez. A los tres los han denunciado por asesinato.

—Me han dicho que tu velada fue igual de productiva, sargento Roycroft —dijo el Halcón, y se volvió hacia Jackie.

—Tal como Paul ha comentado, señor, Roberts no es Rashidi. Una vez lo acusamos de asesinato, se vino abajo, culpó a los dos gorilas y hasta nos indicó dónde estaba la nueva fábrica de Rashidi. Según dijo, él no era más que un cabeza de turco al que le habían pagado por decir que vivía en el apartamento de Rashidi. Cuando mencioné las palabras «cadena perpetua», se ofreció a testificar a cambio de una reducción de condena.

—Estoy seguro de que podemos quitarle un par de años —dijo el Halcón— para que salga a tiempo de meterse en una residencia de ancianos.

Más palmadas en la mesa.

—Tras las revelaciones de Roberts —continuó el Halcón—, podemos afirmar que anoche el superintendente Watts y sesenta de sus hombres barrieron todo Brixton y pescaron algunos pececillos, una docena de vendedores y, lo más importante, un par de traficantes conocidos que llevábamos años intentando atrapar. Tal como se lo he descrito al comisario, la mejor operación desde Caballo de Troya.

—¿Encontraron pruebas suficientes para respaldar las acusaciones? —preguntó Paul.

—Siete kilos de coca, tres de heroína y un gran número de bolsitas de marihuana —respondió el Halcón—. Más tarde distribuiré las fotografías pertinentes a la prensa.

—No obstante —dijo Jackie—, el superintendente Watts está convencido de que se trata tan solo de una pequeña parte de una remesa grande que se envió hace poco desde Colombia y que el resto ya se ha distribuido por todo Londres.

—¿Ha llegado algo a Romford? —preguntó el Halcón, y miró a la agente Bailey, que estaba sentada al otro lado de la mesa.

—Que yo sepa no, señor —contestó Nicky—. En el registro de decomisos no hay nada que lo indique; durante la última semana no se ha hecho ninguna detención significativa por drogas y nadie ha entregado nada.

—Recuérdame una cosa —dijo el Halcón—. ¿No son los Turner los destinatarios más probables de la droga que se distribuye en Romford?

—No, señor. Son los Payne. Los Turner últimamente no dan problemas.

«O miente —pensó Rebecca— o Summers no se fía de ella lo suficiente para contarle las cosas que hace». La investigadora que llevaba dentro le decía que era lo primero, mientras que la amiga quería creer en lo segundo.

—Espero que todos me entreguéis vuestros informes antes de mediodía —dijo el Halcón—. ¿Qué tienes que decir, agente Pankhurst? —le preguntó a la única persona que había guardado un silencio resoluto.

—Han denegado la solicitud de prórroga de la licencia para venta de alcohol en el club de estriptis del Soho, señor. El agente en cuestión ha tenido que quitarse los galones y vuelve a patrullar las calles.

Era un mensaje en código: la información más reciente tendría que esperar hasta que se reuniesen de nuevo al cabo de una hora, cuando Nicky se hubiese marchado a Romford.

El Halcón asintió con la cabeza. No se vio con ánimo de mirar a la agente Bailey y se preguntó cuánto tiempo más pasaría antes de que ella tuviese que confesar quién era el padre de su bebé, porque estaba claro que no era de Croydon.

Dicen que los funerales son la ocasión que tienen los finados de descubrir cuánto los querían. La lástima es que no están presentes y no se enteran.

En el funeral de Assem Rashidi la concurrencia podía describirse, en el mejor de los casos, como escasa. Su madre fue la única que derramó una lágrima cuando sepultaron el cuerpo de su

hijo, o lo que quedaba de él. El cura católico que ofició la misa nunca lo había visto y no habría accedido de no ser porque su madre era asidua de la iglesia del Inmaculado Corazón de María de Brompton Road, además de una de las benefactoras más generosas de la parroquia.

Booth Watson estaba un paso por detrás del pequeño grupo de dolientes, vestido con el atuendo sobrio que requería la ocasión y la cabeza gacha. Representaba a su cliente por última vez. No obstante, tenía la esperanza de que la única pariente conocida de Rashidi necesitase sus servicios muy pronto.

Dos hombres muy fornidos y embutidos cada uno en un traje estrecho observaban el entierro desde lejos con aspecto de tener un único propósito: asegurarse de que el cadáver no se levantaba de entre los muertos por obra de algún milagro. El grupo dobló su tamaño de inmediato con la presencia de los enterradores.

Algo más lejos estaba William, oculto tras una vasta estatua de tres ángeles; detrás de él había un fotógrafo que tendría las fotos de los presentes listas y sobre la mesa del comandante antes de mediodía.

El cura bendijo a los presentes e hizo la señal de la cruz. De todos modos, no pensaba que el pecador en cuestión tuviera muchas posibilidades de entrar en el Reino de los Cielos.

Empezaron a caer algunas gotas. Booth Watson abrió el paraguas y acompañó a la señora Rashidi al coche que la esperaba.

—Es muy amable por su parte venir al funeral de Assem, señor Booth Watson —dijo ella casi susurrando.

—Era un hombre muy mal entendido —repuso él con seriedad —. De aquí en adelante, si puedo hacer cualquier cosa por ayudarla, no dude en solicitar mis servicios, por favor.

Le entregó una de sus tarjetas con relieve.

—Lo cierto, señor Booth Watson —contestó ella—, es que necesito ayuda con un asunto privado. Mi hijo murió sin haber hecho testamento, y me hace falta alguien que me aconseje cómo gestionar ese patrimonio tan… —vaciló—… tan complicado.

Booth Watson abrió la puerta trasera de un Mercedes negro, apartó el paraguas y se hizo a un lado para que su nueva clienta se subiera al coche.

—Dejaré pasar un tiempo prudencial mientras usted llora la

pérdida de su hijo antes de ponerme en contacto con usted.

—No espere mucho —respondió ella, y cerró la puerta.

—Siempre hay que seguir el dinero —dijo el comandante cuando el equipo volvió a reunirse después de que la agente Bailey se marchase a Romford—. Pero primero, recapitulemos la información más reciente. El viernes pasado, a la una de la madrugada, el Hombre Marlboro fue al domicilio de los Payne. Vio a dos tipos vigilando desde un coche aparcado a unos cien metros.

»Una vez dentro de la casa, le entregó a Reg, que es el padre de Payne, un kilo de cocaína, medio kilo de heroína y diez mil libras en billetes marcados, todo dentro de una bolsa de los supermercados Sainsbury's. Tengo recibos de los artículos, autorizados por el comisario adjunto.

»Al salir de la casa, HM se marchó en coche y, cuando tuvo claro que nadie lo seguía, dio media vuelta y regresó a un lugar que había identificado con anterioridad y desde donde podía ver la puerta de la casa de Payne sin ser visto.

»Al cabo de unos minutos, dos hombres salieron del coche aparcado y entraron en casa de Reg Payne.

El Halcón repartió varias fotografías.

—Como veréis, HM con la cámara no es un David Bailey, que digamos, pero en su defensa diré que no podía usar el *flash* y estaba bastante lejos.

Los agentes estudiaron las fotografías un rato, y el Halcón les preguntó:

—¿Alguna observación?

—El alto es Summers —dijo Jackie—. ¿Es posible que el otro, el del chubasquero, sea su codelincuente, el inspector Castle?

—No creo —contestó William—. Castle es mucho mayor. Pero ¿qué lleva en la mano derecha?

—Es Lamont —anunció Paul, que examinaba una de las fotografías con una lupa.

—¿Qué te hace pensar eso, sargento Adaja? —preguntó el Halcón.

—Es una gorra de policía. Y, si no me equivoco, en la visera hay un ribete plateado.

—Hacerse pasar por agente de policía podría ser el menor de los problemas que tiene Lamont. Sin embargo, es un error que quizá acabe lamentando —dijo el Halcón mientras les repartía otro juego de fotografías de los dos hombres saliendo de la casa veinte minutos más tarde.

—¿Veis la diferencia?

—Summers lleva la bolsa de Sainsbury's que HM ha dejado un rato antes —respondió Jackie.

—¿Y qué nos indica eso, sargento Roycroft?

—Que ahora tienen la droga y el dinero.

—Y algo todavía más importante.

—Que no han detenido a nadie —respondió Rebecca—. Así que deben de haber hecho un trato.

—No olvidemos que la agente Bailey nos ha dicho que en el registro de decomisos no aparece nada nuevo y que a la mañana siguiente Summers se presentó en la comisaría con las manos vacías —dijo el Halcón.

—Así que ahora tenemos tres policías corruptos si contamos a Lamont —dijo William—. Pero la cuarta no aparece por ninguna parte.

—Tal vez Nicky no estuviera al tanto del asunto —sugirió Rebecca.

—No me parece probable, teniendo en cuenta que HM confirmó que pasó el viernes por la noche en casa de Summers. De todos modos, de momento le daremos el beneficio de la duda —les advirtió el Halcón, que no parecía convencido—. ¿Quién hace la siguiente pregunta?

—¿Adónde fueron Summers y Lamont al salir de casa de Payne si no fue a la comisaría? —preguntó Rebecca.

—Bien pensado —la felicitó el comandante, y repartió otra serie de fotografías.

—HM los siguió hasta la casa de Jimmy Turner, el cabecilla de la familia que vive al otro extremo de ese territorio. Era evidente que los esperaban, porque la luz de la planta baja estaba encendida y les abrieron la puerta antes de que Summers llamase.

—¿Y qué pasó? —preguntó Paul.

—Ambos salieron al cabo de media hora sin la bolsa de Sainsbury's. ¿Qué podemos deducir, aunque no nos sirva como

prueba en los tribunales?

—¿Que le entregaron la droga a la familia Turner pero se quedaron el dinero?

—Y precisamente por eso he enfatizado al inicio de la reunión que siempre hay que seguir el dinero —contestó el Halcón—. Ahora sabemos que tienen las diez mil libras en su posesión y, a su debido tiempo, podemos suponer que recibirán su parte de lo que ganen con la droga. Lo que no saben es que tenemos el número de serie de todos los billetes y, en cuanto intenten usarlos, los pillaremos.

—No es muy probable que se den prisa en invertirlo —dijo William—. Lamont es demasiado astuto para dejarles hacer algo tan burdo. No olvidéis que el único motivo por el que recuperamos la bolsa de dinero de la redada fue que todavía no había gastado nada.

—Puede que Summers no sea tan paciente, así que seguramente él será una apuesta más segura.

—Creo que Summers ya ha hecho algo aún más ridículo —intervino Rebecca, que no pudo resistirse a hacer una pausa momentánea para asegurarse de que todos la escuchaban.

—Suéltalo, agente Pankhurst —dijo el Halcón.

—El domingo por la mañana, cuando Nicky bajó a desayunar, llevaba un anillo de diamantes.

—¿El domingo por la mañana? —repitió el Halcón—. Pero eso son cinco días antes de que se llevasen el dinero.

—Por eso es posible que ella no tuviese nada que ver con la redada —aclaró Rebecca—. Pero hay algo más que creo que debería saber, señor. El anillo que Nicky llevaba era un solitario. Si es de verdad, el precio será muy superior a lo que gana un sargento en todo un año.

—Me da que el anillo desapareció en un robo reciente en el que Summers detuvo al culpable —dijo William—. En cuyo caso, no sería difícil de rastrear y los habríamos pillado a los dos con las manos en la masa.

—¿Cómo estás tan segura de que es un solitario? —preguntó el Halcón, y se volvió hacia la agente Pankhurst.

—No es muy diferente del anillo de compromiso de mi madre —dijo con cara de vergüenza.

—Tienes madera de investigadora, agente Pankhurst —contestó el comandante—. Pero ¿en qué dedo llevaba el anillo la agente

Bailey?

Rebecca mostró el anular de la mano izquierda.

—Pobre chica —comentó el Halcón con más empatía de la habitual—. Pero todavía no podemos permitirnos hacer nada. ¿Hay novedades con ese tema?

—Sí —respondió Jackie—. Lamont me ha pedido que quedemos. Vamos a tomar algo el sábado por la noche.

—¿Qué quiere? —preguntó Paul.

—Después de mi lapsus en el metro —dijo Rebecca—, supongo que querrá averiguar si alguien lo vigila.

—¿Qué le digo? —preguntó Jackie.

—Lo que quiere oír: que no —respondió William.

—De todos modos —dijo el Halcón—, llegará el momento en el que yo quiera que sepa que lo estamos vigilando. Pero todavía no.

William sonrió, y Jackie puso cara de no entender nada, y ninguno de los dos preguntó lo evidente porque sabían que no recibirían respuesta.

—Si Lamont te da otro sobre marrón —dijo el Halcón—, sabremos que todavía piensa que eres tan corrupta como él.

—No sé si preguntar cuánto había en el primero —contestó Jackie.

—Ni idea —admitió William—. Lo entregué directamente al almacén de decomisos. Pero estoy ansioso por recibir el siguiente.

Jackie tuvo el detalle de sonreír.

—Debe entender, señor Booth Watson, que yo no tenía ni idea de que mi hijo era traficante de droga. Pensaba que era el presidente de una empresa pequeña y respetable que importa té. Cuando lo detuvieron, el hecho de que llevase una doble vida me sorprendió a mí tanto como a mis amigos.

El abogado juntó las puntas de los dedos como si fuese a rezar, pero no dijo nada.

—Le agradezco, señor Booth Watson, que consiguiera que lo declarasen no culpable de las acusaciones más serias; también debería decirle que recé para que lo declarasen culpable y lo castigaran por sus pecados.

Booth Watson se mostró contrito, como mandaba la ocasión,

aunque no hizo ademán de interrumpir a su clienta mientras estuviese de un humor confesional.

—Estoy segura de que recordará que en su momento le dije que me negaba a testificar en el juicio, ya que habría tenido que admitir que solo veía a Assem los viernes por la tarde, nada más un par de horas.

Hizo una pausa antes de añadir:

—Confieso que su muerte me ha provocado un alivio que agradezco.

Booth Watson agachó la cabeza.

—La mayoría de mis amistades me han dejado de lado —continuó la señora—, así que ya no tengo motivos para quedarme en este país. Mi intención es regresar a Francia lo antes posible. Rezo para que el Señor no me haga vivir mucho tiempo más.

Booth Watson le sonrió a su clienta como una araña bondadosa que ha atrapado a una mosca gorda y no tiene intención de dejarla escapar. Lo último que él quería era que la señora Rashidi muriese.

—Dicho eso, le pido que ponga mis asuntos en orden a fin de regresar a Lyon, mi ciudad de nacimiento.

—Le aseguro, señora —dijo Booth Watson—, que he trabajado día y noche en su nombre con esa misma intención. Y siento tener que decir que sus asuntos no están exentos de ciertas complicaciones. No obstante, como el tiempo apremia, se me ha ocurrido una solución.

—¿Y cuál es esa solución?

La sonrisa benigna apareció de nuevo: la araña había ampliado la telaraña un poco más.

—Podría marcharse a Lyon en cuanto usted quisiera si…

—¿Si qué?

—Si cree que puede otorgarme poderes notariales durante su ausencia. Para mí sería un honor representarla lo mejor que sé. Ni que decir tiene que no tengo ningún inconveniente en hacerle una visita en Lyon de vez en cuando con la intención de ponerla al corriente.

—¿Qué tendría que hacer yo para eso?

—Si firma este documento, señora Rashidi —dijo, y le puso dos hojas delante—, sus problemas pasarán a ser mis problemas, y usted puede quedarse tranquila sabiendo que yo siempre obraré pensando

de todo corazón en sus intereses.

Le entregó una pluma a su clienta y le señaló las dos cruces hechas con lápiz. La señora Rashidi no tardó mucho en leer el documento antes de firmarlo.

BW esperó a que la tinta se secase y dijo:

—Soy su humilde servidor, señora.

A continuación, hizo una pequeña reverencia.

—No, no, señor Booth Watson. Soy yo la que debería darle las gracias.

Nicky salió de trabajar poco después de las cuatro. Había decidido que ya era hora de decirles a todos que estaba embarazada, ya que no faltaba mucho para que la situación fuese más que evidente. Miró el anillo y sonrió. Pensaba aprovechar los tres meses de baja pagada a la que tenían derecho las agentes de policía y después decidiría si volvía a trabajar o si se despedía. Según ella, bastaba con un policía en la familia.

Entró en el apartamento y no se sorprendió de que estuviera hecho un desastre. Al fin y al cabo, llevaba fuera todo el fin de semana. En el fregadero había platos sucios apilados con pegotes de comida. Era evidente que Jerry tenía otras prioridades antes que darles un agua. Nicky abrió la ventana de la cocina y se puso a fregar con la esperanza de haber acabado antes de que él volviera del trabajo.

Cuando hubo terminado en la cocina, fue al dormitorio. La cama estaba sin hacer y la bata de seda de Jerry, tirada en el suelo. Como James Bond, le había dicho él un día. La colgó detrás de la puerta antes de ahuecar las almohadas y retirar la sábana. Entonces, plantada en medio del dormitorio, sintió náuseas; en mitad de la cama vio unas bragas rojas de encaje. Era evidente que no eran suyas. Se derrumbó en el suelo y rompió a llorar. ¿Las había dejado alguien de forma deliberada sabiendo que ella las encontraría?

¿Cuántas veces le había jurado y perjurado Jerry que desde que la conocía había pasado página? «He encontrado a la mujer con la que quiero vivir el resto de la vida», le decía a menudo. ¿Acaso el anillo no significaba nada? ¿O era una permuta como ella?

Nicky no tardó en pasar de las lágrimas a la rabia, ya que pensó

en todos los riesgos que había corrido por él, y ahora él la descartaba como un pañuelo usado. Quería que llegase en ese mismo momento para decirle lo que pensaba de él.

Al cabo de una hora, al ver que él no volvía, Nicky decidió que había llegado el momento de poner en práctica sus ideas.

Se levantó del suelo, fue despacio a la cocina y sacó unas tijeras grandes del cajón. Volvió al dormitorio, abrió el armario y vio media docena de trajes, un par de chaquetas cruzadas, tres pantalones de franela gris y unas cuantas corbatas de seda.

Sacó el primer traje y cortó ambas mangas de la chaqueta. Después continuó con el pantalón y, cuando acabó, solo le habrían servido a un colegial. Les tocó el turno a los demás trajes; después a las chaquetas, seguidas de los pantalones grises y, por último, las corbatas. Ni siquiera la pajarita negra que casi nunca se ponía se salvó de la ejecución.

Le echó un vistazo a la carnicería que había hecho en el suelo del dormitorio y devolvió las tijeras al cajón de la cocina. Entonces sacó el martillo de la caja de herramientas que había debajo del fregadero y se dispuso a destruir el televisor del salón. Por último, se dedicó a los jarrones, los platos, las tazas y los platillos, y dejó la vajilla que Jerry solo usaba en las ocasiones especiales para el final. Según él, era un regalo de su madre. Más bien sería de parte del tal John Smith. Cuando hubo terminado, Nicky retrocedió y observó los daños. Dignos de un toro en una tienda de porcelana.

Se dejó caer al suelo, exhausta pero eufórica. Cuando se recuperó del todo, fue a por el bis.

Se sentó en el escritorio que Jerry tenía en el salón, sacó un sobre grande del cajón de arriba, metió dentro las bragas de encaje y el anillo de diamantes y lo selló. Estaba a punto de cerrar el cajón cuando vio el diario de Jerry.

Pasó las páginas despacio hasta llegar a la fecha de ese día. Al ver subrayadas las palabras «*Playboy* Club, Park Lane», se dio cuenta de que no volvería antes de la medianoche. Intentó no pensar en las conejitas.

Cogió una hoja de papel del organizador de plata maciza que tenía delante y escribió una nota breve que pensaba entregar de camino a casa; conservaba la esperanza de que al inspector Warwick no le quedase la menor duda sobre de qué bando estaba

ella.

24

Ambos llegaron al banco unos minutos antes de la cita que habían concertado con el director regional. La joven del mostrador de recepción buscó los nombres en la lista de la tablilla y los tachó.

—Tomen el ascensor a la quinta planta —les dijo—. La señorita Davis, asistente personal del señor Simpson, los recibirá y los acompañará al despacho del director.

Los dos hombres siguieron las instrucciones y, como el ascensor estaba lleno de gente, no hablaron hasta que la puerta se abrió en la quinta planta y los saludó una joven.

—Buenos días —dijo ella—. Soy la asistente personal del señor Simpson. Está deseando recibirlos.

Los condujo por un pasillo largo hasta una puerta donde se leía en letras doradas: «R. C. Simpson, director regional». Llamó una vez con los nudillos y no esperó a que contestase para abrirla y hacerse a un lado.

—Encantado de conocerlos —dijo Simpson, que se levantó de la mesa y les estrechó la mano a esos posibles nuevos clientes.

—Igualmente —respondió Booth Watson con educación.

Faulkner no se pronunció.

—Siéntense, por favor —les pidió el director.

La señorita Davis se sentó detrás de él con el cuaderno abierto y el bolígrafo preparado.

—Aunque tienen toda la documentación en regla —dijo Simpson cuando hubieron ocupado los asientos—, he tomado la precaución de llamar a la señora Rashidi en Lyon para que nos autorizase a cooperar con usted sin restricciones.

—No esperaba menos —repuso Booth Watson, y le ofreció su sonrisa más benigna.

—La señora Rashidi ha confirmado no solo que usted tiene poderes notariales plenos, sino que yo debo responder cualquier pregunta que tengan ustedes sobre el patrimonio de su difunto hijo. Estoy a su servicio, caballeros.

—Gracias —dijo Booth Watson—. Quizá podríamos empezar por los detalles de las cuentas privadas a nombre del señor Rashidi y la última memoria anual de Marcel y Neffe.

El señor Simpson le entregó dos archivadores gruesos; era evidente que esperaba esa petición.

Faulkner fue directo a la última página y se fijó primero en el balance, mientras que Booth Watson continuaba con la lista de preguntas que había preparado.

—¿Hay más bienes depositados en el banco que no aparezcan en la cuenta corriente de la señora Rashidi?

—El cincuenta y uno por ciento de Marcel y Neffe. Puedo decirle de manera estrictamente confidencial que los otros cuatro accionistas están dispuestos a deshacerse de sus activos a cambio de una oferta realista.

—Teniendo en cuenta que el precio de las acciones se ha desplomado —dijo Faulkner, que hablaba por primera vez, aunque sin levantar la mirada de los documentos—, me gustaría saber qué consideran realista.

—Creo que estarían dispuestos a vender su cuarenta y nueve por ciento por dos millones de libras.

—Ofrézcales un millón y déjeles claro que se trata de una oferta final. Sin margen para negociar.

—Pero el año pasado la empresa tuvo unos beneficios de trescientas mil libras.

—Eso fue el año pasado. La verdad, me sorprendería que este cubran los gastos. Así que lo repito: es la última oferta.

—Les transmitiré su mensaje —dijo Simpson, que no parecía tener muchas esperanzas.

—¿Hay más activos que debamos conocer? —inquirió Booth Watson, que seguía haciendo de poli bueno.

—Sin duda —contestó Simpson—. El señor Rashidi tenía alquiladas varias cajas de seguridad en nuestra cámara acorazada; como es natural, no tengo ni idea de qué contienen. Pueden verlas cuando les convenga.

—Nos conviene ahora —dijo Faulkner, y se levantó y dejó la documentación sobre la mesa del director.

A Simpson la respuesta lo tomó por sorpresa, pero se repuso enseguida.

—Siento decirles que eso no es posible. A menos que tengan la llave del señor Rashidi.

Booth Watson sacó la llave de un bolsillo interior.

—Señorita Davis —dijo Simpson—, acompañe al señor Booth Watson y a su compañero al sótano, por favor. Voy a llamar al jefe de seguridad para avisar de que van hacia allá.

La señorita Davis cerró el cuaderno, se levantó y les pidió:

—Síganme, caballeros.

Booth Watson volvió a estrecharle la mano a Simpson y después siguió a Faulkner y a la señorita Davis al pasillo y al ascensor.

—Hace muy buen tiempo para la época del año —se aventuró la señorita Davis mientras bajaban poco a poco hasta el sótano.

—Y que lo diga —respondió Booth Watson.

No hizo ninguna observación más sobre el tiempo ni sobre ningún otro tema hasta que la puerta del ascensor se abrió de nuevo.

Esa vez los recibió un hombre alto y elegante que sostenía un juego enorme de llaves.

—Buenos días, caballeros. Síganme, por favor —les dijo.

Echó a andar por un pasillo en penumbra por el que llegaron a una puerta amplia de acero. Hicieron falta tres de las llaves que llevaba y que introdujese un código de seis dígitos en un teclado para abrir la pesada puerta. Cuando tiró de ella, les descubrió una sala llena de pared a pared de cientos de cajas de seguridad. El hombre miró varios de los números en un cuaderno pequeño y después sacó siete cajas y las colocó sobre la mesa que había en el centro de la sala.

—Los dejamos solos, caballeros —dijo la señorita Davis—. Cuando hayan terminado, pulsen el botón verde de la pared, por favor. La puerta se abrirá automáticamente y yo los acompañaré al despacho del director.

—Gracias —dijo Booth Watson.

La señorita Davis y el jefe de seguridad salieron con discreción y cerraron la puerta.

Booth Watson abrió las cajas una a una, sin prisa, y juntos comprobaron el contenido: las seis primeras estaban llenas de dinero en metálico, diamantes, bonos y certificados de acciones, pero la séptima no. Booth Watson pensó que la cueva de Aladino debía de parecer una tienda de segunda mano en comparación con los tesoros que tenían delante. Tardó más de una hora en acabar el inventario.

—Calculo —dijo— que hay más de dos millones de dólares y casi otro millón en libras esterlinas. Sin embargo, a pesar de que son billetes usados que no se pueden rastrear, las leyes más recientes contra el blanqueo de dinero te impedirán deshacerte de él en grandes cantidades.

—Eso no debería ser un problema —contestó Faulkner—. Hay miembros de la aristocracia más que dispuestos a deshacerse de alguna reliquia familiar a cambio de dinero en metálico, siempre y cuando yo pueda proporcionarles una copia convincente; así no hace falta involucrar al fisco. Y que no te quepa duda de que tampoco escasean los extranjeros millonarios muy deseosos de adquirir obras maestras, por si de pronto en su país los declaran *persona non grata* y necesitan activos disponibles.

—Eso no resuelve el problema de cómo vas a comprar las demás acciones de Marcel y Neffe. Simpson jamás aceptaría un pago en metálico de esa cantidad. Cualquier transacción a ese fin tendrá que ser transparente y legal.

—Y lo será —dijo Miles—. Rashidi tenía tres cuentas legítimas y en una de ellas hay un saldo de más de un millón de libras. Podemos comprar el cuarenta y nueve por ciento de la empresa con su propio dinero.

—¿Cómo esperas que le explique eso a la señora Rashidi? No creo que esté tan verde como estos billetes de dólar.

—Dile que es dinero sucio que su hijo adquirió de la venta ilegal de drogas. Así no querrá tener nada que ver con él.

—Pero ¿qué pasa con el cincuenta y uno por ciento de las acciones de Marcel y Neffe?

—Confío en que la señora Rashidi se deshaga de ellas a cambio de la *Madonna di Cesare*, de Rafael.

—Pero el cuadro debe de valer millones.

—Si fuera el original, los valdría.

—¿Y si intenta venderlo?

—Eso es imposible. Una mujer tan temerosa de Dios como ella preferiría morirse antes que vender a la Virgen.

—A menos que encuentre el original por casualidad.

—Eso no es muy probable, ya que es mío y no tengo ninguna intención de venderlo.

—Y ¿qué beneficio saco yo de este plan maestro, teniendo en cuenta que nada de esto habría sido posible sin mí? —preguntó Booth Watson, y señaló a su alrededor con la mano.

—Te encargarás de la adquisición de Marcel y Neffe, te nombraremos asesor legal de la empresa y el honorario mensual será tan alto que no te hará falta representar a otros clientes.

—Bonificaciones aparte —sugirió sin quitarle ojo a los montones de dinero que había en la mesa.

—Por supuesto —contestó Faulkner.

Cogió varios paquetes de billetes de veinte libras de una de las cajas y se los entregó a su abogado.

—De momento, con esto debería bastarte para las pequeñas necesidades de la vida. Y, si se te acaba, hay más.

Booth Watson no perdió la sonrisa mientras metía varios fajos de billetes en el maletín Gladstone, además del contenido de la séptima caja.

—Llevaré los objetos personales a Lyon —dijo— para entregárselos a la señora Rashidi. Las fotos, las cartas y algunos recuerdos familiares que sé que ella valorará.

—Además de la copia del cuadro de Rafael. Estoy seguro de que no se resistirá —dijo Faulkner.

—En resumidas cuentas, ha sido una mañana provechosa —continuó.

Cogió el pesado maletín, y Faulkner pulsó el botón verde. La puerta se abrió y al otro lado los esperaban la señorita Davis y al jefe de seguridad.

—Por ahora hemos terminado —dijo Booth Watson—. Pero yo volveré de vez en cuando.

Beth estaba dando de cenar a los mellizos y de pronto oyó la verja. Miró por la ventana y vio a una joven que en ese momento metía un sobre en el buzón. Debía de ser una circular de la parroquia o una invitación a una velada en la sede local del partido

conservador, pensó, y en ambos casos lo sentía mucho por ellos. Sin embargo, mientras la mujer volvía a salir a la calle, se fijó mejor en ella. Le sonaba de algo, pero no sabía dónde ni cuándo podría haberla visto.

Llevaba a los niños arriba cuando oyó la verja de nuevo y sonrió pensando que, para variar, William volvía pronto a casa. Cuando los bebés ya estaban arropados en la cuna, bajó y lo encontró leyendo la nota.

—¿Has visto quién ha traído esto? —preguntó él sin mirarla.

—Sí. Yo también me alegro de verte.

—Lo siento —se disculpó, y la abrazó.

—Solo la he visto un momento. Era una chica joven, de unos veinticinco años, supongo, con el pelo oscuro. Es posible que estuviese embarazada.

William asintió con la cabeza y releyó la nota.

«Ve al *Playboy* Club de Park Lane hoy a las 19.30. No hagas caso de las conejas, pero estate atento a los furtivos».

—Te he preparado tu cena favorita, cavernícola —dijo Beth—. Espero que tengas hambre.

William le enseñó la nota. Después de leerla, ella dijo:

—Vaya, allí podrás relacionarte con muchos cavernícolas más, pero me apuesto lo que quieras a que en el *Playboy* Club no sirven pastel de carne.

25

William llegó al *Playboy* Club de Park Lane justo después de las siete, seguro de que disponía de tiempo de sobra para familiarizarse con las instalaciones, puesto que sabía que Summers estaba de servicio hasta las ocho.

Tras firmar en el libro de registro, subió la escalera que conducía al primer piso y entró en el casino. Recorrió la sala de apuestas sin prisa, observando las distintas maneras de perder dinero. Había doce mesas de *blackjack* y varias más de ruletas atendidas por crupieres que las hacían girar mientras los clientes seguían la trayectoria de la bolita blanca con la ferviente esperanza de que escogiera el mismo número que ellos. El noventa y tres por ciento de las veces no era así. Al fondo de la sala William vio una puerta que rezaba «*Privé*» y supuso que solo tendrían permitida la entrada los jugadores de altos vuelos. Una invitación que él jamás recibiría.

Después de recorrer el salón por segunda vez, se sentó a un extremo de la barra y esperó a que Summers hiciera su entrada.

—¿Qué le pongo, señor? —preguntó un camarero atento.

—Un zumo de naranja, por favor —dijo William, y sacó la cartera.

—Invita la casa, señor —le indicó el camarero sin dudar que aquella era su primera visita.

Pasó una hora y no había ni rastro de Summers. Al cabo de la segunda hora, empezaba a preguntarse si la agente Bailey le había tendido una trampa con la esperanza de exculpar a su novio mientras él se arrepentía de no haberse quedado en casa.

Estuvo a punto de caerse del taburete cuando se abrió la puerta y entró Bruce Lamont. William se apresuró a la escalera más cercana sin saber siquiera adonde conducía. Cuando llegó al último

peldaño, lo recibió el *maître*.

—¿Es para cenar, señor? —le preguntó un hombre acostumbrado a clientes que cenaban solos.

—No, ya he cenado —respondió William.

Echó un vistazo por el balcón y vio a Lamont junto a la barra, a unos metros de donde él había estado sentado un momento antes.

—Pero me tomaría un café —continuó, y se fijó en una mesa que había al fondo de la galería.

—Por supuesto, señor. Usted siéntese y enseguida le mando una camarera.

Aquellas vistas privilegiadas significaban que William veía casi toda la sala del casino, con la ventaja de que él quedaba semioculto tras una columna de mármol falso. Lamont bebía champán y charlaba con el camarero cuando Summers entró en el casino y se acercó a él.

—¿Qué le apetece tomar, señor? —le preguntó una joven con una vestimenta que dejaba muy poco a la imaginación.

—Un café, nada más —dijo.

Intentó no quedarse mirando las distintivas orejas grandes de conejo y la colita mullida.

—Sin leche.

Volvió a vigilar la barra, donde Lamont y Summers estaban enfrascados en una conversación. William empezaba a preguntarse si habían escogido ese club como lugar para la reunión simplemente porque allí no era probable que se cruzasen con nadie que los reconociese, pero enseguida dejaron de hablar. Summers se levantó y fue a la ruleta más próxima.

Le entregó al crupier un paquete de celofán que contenía quinientas libras en billetes de cinco; William lo había visto por última vez en el despacho del Halcón. El crupier extendió los billetes sobre el tapete verde y los contó antes de meter el dinero en una caja de plástico ante la vista de todos. A continuación, deslizó un montón pequeño de fichas hasta el puesto del cliente nuevo.

William no sabía mucho sobre el mundo de las apuestas, pero sabía que la ruleta era una de las formas más fáciles de perder dinero. Los caballos eran la segunda, por muy poco, tal como su padre le había advertido cuando era pequeño. De no ser así, le había explicado, serían los casinos y los corredores de apuestas los

que acabarían en la bancarrota y no los clientes.

Al cabo de unos minutos, Lamont se unió a la mesa y se sentó delante de Summers sin dirigirse a él. Entregó otras quinientas libras y también recibió una columna de fichas. William bebió un sorbo de café mientras intentaba averiguar qué tramaban.

—*Faites vos jeux* —dijo el crupier, e hizo girar la ruleta.

Lamont puso cinco fichas en el negro, mientras que Summers colocaba la misma cantidad en el rojo, con lo que garantizaba que, aunque uno de los dos ganaría seguro, el otro contaba con las mismas probabilidades de perder.

—*Ríen me va plus* —anunció el crupier.

La bola continuó dando vueltas por la parte exterior antes de caer a la zona donde estaban los números; rebotó varias veces y al final cayó en el 27 rojo.

El crupier barrió todas las apuestas perdedoras, incluyendo la de Lamont, y después le entregó cinco fichas a Summers.

—*Faites vos jeux* —proclamó de nuevo.

Algunos de los clientes les eran fieles sin ton ni son a sus números favoritos, mientras que otros seguían sistemas de supuesta infalibilidad, sin pararse a pensar en que se habían escrito cientos de libros al respecto y la mayoría ya estaban agotados.

Lamont colocó cinco fichas más en el negro, mientras que Summers siguió con el rojo. Salió el 11 rojo. Summers ganaba de nuevo, y Lamont perdía. Tras dos apuestas, entre los dos no habían perdido ni ganado nada, sino que seguían igual. William no tardó en deducir lo que hacían.

El objetivo era deshacerse de manera sencilla y metódica de los billetes numerados del Halcón y recibir a cambio unas fichas que más tarde canjearían por un talón del casino. De ese modo, podían ingresar las ganancias en cualquier banco y, si alguien preguntaba, eran «el resultado de una buena racha en el casino». En dos ocasiones salió el cero y ambos perdieron la apuesta de cinco libras. Era solo un pequeño fallo en el plan y, a cambio, el champán y los sándwiches de salmón ahumado corrían a cargo del casino.

Al cabo de una hora, Summers y Lamont recogieron las fichas y se dirigieron a otra mesa, donde, una vez más, entregaron cada uno un paquete de celofán que contenía quinientas libras y continuaron con su negocio. William sabía que no podía hacer nada al respecto.

Se imaginaba qué contestaría el Halcón si llamase a la Brigada de Actos Delictivos y les pidiera que hicieran una redada.

Transcurrió otra hora antes de que se cambiaran de mesa con los bolsillos llenos de fichas. La estrategia duró hasta que se hubieron deshecho del último paquete de dinero y entonces se fueron de la mesa e hicieron cola en la ventanilla de caja. Allí les extendieron un talón de tres mil novecientas libras a cada uno a cambio de las fichas.

Summers y Lamont salieron del club con doscientas libras menos de las que habían llevado, pero la diferencia era muy importante: se habían desprendido de los billetes originales.

William tuvo que reconocerles que habían dado con la manera de lavar el dinero delante de las narices de los dueños de los casinos y de la policía. Lo único que se preguntaba era cuánto tiempo pasaría antes de que aprobasen una ley que les impidiera a otros hacer la misma jugada.

A pesar de lo tarde que era, William sabía que el comandante estaría sentado junto al teléfono de casa, esperando la llamada. Contestó antes de que el segundo tono pudiera molestar a su esposa.

—Ilumíname —dijo el Halcón, puesto que sabía que solo una persona lo llamaría a esas horas.

William le contó paso a paso lo sucedido durante la velada en el *Playboy* Club y cuando llegó a la última vez que había girado la ruleta, el Halcón solo tenía una cosa que decir:

—Muy listos.

—Pero han cometido un error que podría sal irles muy caro —dijo William.

—Ilumíname —repitió.

—Que yo haya visto, no han lavado todo el dinero. Creo que se han deshecho de unas ocho mil libras, así que todavía hay dos mil en algún lugar.

—No olvides que le habrán pagado su parte al inspector Castle.

—No lo olvido, señor. De hecho, iba a proponer que consigamos órdenes de registro para los tres domicilios y, si encontramos algunos de los billetes numerados, los habremos pillado.

—Castle y Lamont son demasiado astutos para cometer ese error —dijo el Halcón—. No obstante, podríamos tener más suerte con un sargento con exceso de confianza.

—Creo que, al mismo tiempo, deberíamos hacer una redada en casa de Jimmy Turner —propuso William—. Tengo la sospecha de que los Turner se han vuelto vagos y seguro que piensan que con un policía local a sueldo no hay de qué preocuparse. A lo mejor encontramos mucho más que la droga que Summers se llevó de casa de Payne y les entregó a ellos.

—Bien pensado, William. Convoca a todos menos a la agente Bailey; mañana a las siete de la mañana en mi despacho. Si queremos montar una operación, hay que darse prisa.

—Summers se va a Málaga a pasar el fin de semana, señor. Quizá sea buena idea atacar mientras él esté fuera del país.

—Estoy de acuerdo, pero tiene que ser cuando haya embarcado en el vuelo de regreso.

26

Todos los miembros del equipo, excepción hecha de la agente Bailey, esperaban sentados alrededor de la mesa del despacho del comandante mucho antes de las siete de la mañana del día siguiente.

William le había dicho a Beth durante el desayuno que aún no tenía claro si Nicky estaba en contubernio con Summers, además de compartir la cama con él.

«No puede haber una cosa sin la otra», había respondido Beth, que tendía a verlo todo blanco o negro.

William no transmitió la opinión de su esposa cuando el Halcón le pidió que pusiera al equipo al corriente. La descripción de cómo el día anterior había acabado en el *Playboy* Club tuvo a los presentes muy interesados.

—Buen trabajo, William —dijo el Halcón—. Teniendo todo en cuenta, creo que hiciste bien en no llamar a los de Actos Delictivos. Y ahora tenemos una oportunidad verdadera de montar una operación de la que saldremos con éxito sin su ayuda. Permitidme que os muestre el esqueleto y así le ponemos la carne entre todos.

A medida que compartía sus ideas de partida con el equipo, a William le quedó claro que, después de la llamada de la noche anterior, el Halcón no se había acostado. Cuando acabó, lo único que dijo fue:

—¿Alguna observación?

Rebecca fue la primera en hablar.

—Es muy posible que Lamont esté liquidando deudas otra vez —dijo—, pero es muy raro que pase un día sin ir a la casa de apuestas o sin que pillen a su esposa en Harrods gastando con nocturnidad y alevosía.

—¿Y Summers? —preguntó el Halcón, y se volvió hacia Jackie.

—Ha cambiado el Jaguar viejo por un modelo más nuevo con cargo a la tarjeta de crédito, y así nadie se preguntará de dónde ha sacado el dinero. El sábado viajará en avión a Málaga con una señorita Karen Turner, que también es el último modelo, pero no creo que ella vaya a crédito.

El Halcón frunció el ceño.

—¿Y qué pasa con el inspector Castle?

—De momento tiene un perfil bajo. Ninguna extravagancia que no tenga justificación evidente.

—¿No podríamos ir al *Playboy* Club y mirar los billetes? —sugirió Paul.

—No vale la pena. No tendríamos manera de demostrar quién los entregó y lo único que conseguiríamos sería que Summers y Lamont se enterasen de que los vigilamos. Debemos aceptar que hemos perdido esa batalla. Esperemos que encontremos parte de los billetes en casa de uno de los tres mientras Summers está fuera. ¿Y qué hay de la agente Bailey? —preguntó el Halcón, y miró a Rebecca—. Pensaba que se iba a Málaga con Summers.

—Al parecer no, señor. Anoche volvió a casa de un humor de perros y, lo que es más importante, ya no llevaba el anillo de compromiso.

—¿De qué lado crees que está ahora? —preguntó Jackie.

—Del de Summers no, eso es evidente —dijo William—. De lo contrario, no me habría traído la nota a mi domicilio.

—Pronto lo sabremos —intervino el comandante—, porque necesito encargarle una tarea más. Así que esperemos que eso de que no hay mayor peligro que una mujer despechada sea cierto.

—¿Sabe de dónde viene esa frase? —preguntó William, y se recostó en la silla.

—*The Mourning Bride* —respondió el Halcón sin dejar pasar ni un segundo.

—Escrita por William Congreve en 1697 —añadió Paul.

—Un escritor y dramaturgo de la restauración que estudió en el Trinity College de Dublin —ofreció Rebecca.

—Nació en 1670 y murió en 1729 —añadió Jackie, y disimuló un bostezo.

William alzó las manos y admitió que le habían tendido una

trampa.

—No obstante —dijo Rebecca—, por muy despechada que esté, yo creo que todavía está enamorada de Summers.

Después de contarle al grupo lo que Nicky le había relatado esa misma mañana mientras desayunaban, sacó una caja pequeña de cuero y la dejó en el centro de la mesa.

—Esta mañana ha dejado esto en la consola del recibidor antes de irse a Romford.

—Supongo que está vacía —dijo Paul, y abrió la tapa.

—Sí, pero, como ya he dicho, Nicky ya no lleva el anillo, así que está claro que quería que yo encontrara la caja.

William estudió las letras doradas del interior: «House of Garrard, fundada en 1735. 24 Abermarle Street, Londres W1».

—Siempre los pillas con algo pequeño e inesperado —dijo el comandante—. Buen trabajo, Rebecca. De todos modos, creo que no es apropiado que tú sigas esta pista. Se lo dejaremos al inspector Warwick. Y ahora todos a trabajar. Nos quedan solo unos días antes de que Summers regrese de Málaga, así que recordad: no hay paz…

—Para los malvados —respondieron todos a coro.

Cuarenta minutos más tarde, William estaba frente a la puerta de Garrard's, en Albemarle Street, donde lo recibió el cartel de «cerrado». Miró el horario, impreso con letras negras y pulcras en el cristal de la puerta: de lunes a sábado, de diez a cinco. Tuvo que darle la razón a F. Scott Fitzgerald: los ricos son diferentes.

Resolvió dar una vuelta por la manzana con intención de aprovechar el rato hasta que abriese la joyería. Al pasar por delante de la Real Institución de Gran Bretaña, vio un cartel en la fachada que rezaba: «Visite el laboratorio de Michael Faraday». Abrían a las nueve.

Entró y se unió al goteo de visitantes que bajaban las escaleras en dirección al laboratorio del gran científico del siglo XIX. William se maravilló ante el genio del primer hombre en convertir la energía eléctrica en movimiento mecánico y viceversa. Lo divirtió leer que en su momento *sir* Robert Peel había dicho: «Dime, Faraday, ¿para qué sirve esto?», a lo que Faraday había respondido: «¿Para qué sirve un recién nacido, primer ministro?».

Cuando el reloj dio las diez, William regresó a regañadientes al siglo XX. Subió la escalera y se dirigió a Garrard's. Tenía en mente las preguntas que había preparado un rato antes en el metro, cuando iba hacia Green Park. Se acordó del día en el que Beth le había dicho que estaría dispuesta a estrangular a cualquiera que se plantease siquiera robarle el anillo de compromiso.

Un guardia uniformado le abrió la puerta como si fuera un cliente a punto de gastarse miles de libras en alguna «baratija». Fue directo a uno de los mostradores y le enseñó la placa policial a una joven.

—¿Podría hablar con el gerente?

La mujer cogió el teléfono, pulsó un botón y transmitió el mensaje. Al cabo de una pausa breve, colgó y le respondió:

—Sígame, por favor, inspector.

Lo condujo por una elegante escalera en espiral hasta el primer piso, donde lo esperaba el gerente.

—Buenos días, inspector. Me llamo Paul Gumbley.

Se estrecharon la mano, y Gumbley abrió una puerta que conducía a una sala privada donde reyes, marajás, presidentes y algún que otro dictador tenían la oportunidad de ver tesoros que los meros mortales nunca ven.

—¿Cómo puedo ayudarlo, inspector?

—Estoy investigando el robo de un anillo de compromiso que se compró aquí —dijo William.

Le entregó la cajita de cuero con la insignia de Garrard's.

—Lo siento, pero solo con esto no puedo decirle gran cosa —lo informó el gerente—. ¿No tendrá la factura?

William negó con la cabeza.

—¿Tiene idea de cuánto hace que lo compró?

—No estoy seguro —respondió.

—Es curioso, pero un compañero de su profesión vino a verme hace un tiempo y preguntó por unas joyas robadas.

Abrió un cajón del escritorio, sacó una agenda y se puso a pasar páginas.

«Dime que se llamaba Summers», deseó William.

—Ah, sí, aquí está —dijo Gumbley después de haber pasado varias páginas de la agenda—. El inspector Prescott, de West End Central. Vino a preguntar por unas joyas que habían robado en una

casa de Mayfair. Aunque no puedo divulgar el nombre de la clienta en cuestión, le confirmo que entre los objetos había un anillo de compromiso.

—Se lo agradezco mucho —dijo William—. Por curiosidad, ¿cuánto costaba el anillo?

—Un poco más de tres mil libras —respondió Gumbley como si nada.

—En ese caso, no pienso venir jamás con mi esposa —bromeó sonriendo.

Gumbley lo acompañó abajo.

—Espero que encuentre al hombre que robó el anillo —dijo al abrirle la puerta de la tienda.

—No lo busco a él —contestó William.

El gerente lo miró muy confundido.

Una vez en Albemarle Street, fue directo a la comisaría de West End Central, en Savile Row. Por el camino pasó por delante de varias galerías de arte que le habría gustado ver e investigar durante una o dos horas, pero ese día no podía ser.

Cuando llegó a la comisaría, entró y le mostró la placa al agente de turno, que la miró después de fijarse en él.

—¿En qué puedo ayudarlo, inspector?

William se preguntó cuántos años tendría que cumplir para que otros agentes no se sorprendieran al ver su rango.

—¿Está de servicio el inspector Prescott? —preguntó.

—Lo he visto subir al despacho hace un rato. Un momento, que lo llamo. —Cogió el teléfono y anunció—: Tengo al inspector Warwick en el mostrador, señor. Quiere saber si puede hablar con usted.

—¡Que suba! —Ladró una voz.

—Al final de la escalera, la primera puerta de la derecha, señor —dijo el sargento.

William le dio las gracias, subió la escalera, llamó a la primera puerta y esperó a oír la orden antes de entrar.

—¡Pase!

William se vio ante un colega que, sin duda, estaba terminando su carrera profesional. Un rostro surcado y arrugado que había experimentado una vida entera de relación con la delincuencia. Le estrechó la mano con afecto y le dijo:

—¿Qué se le ofrece?

—Estoy haciendo un seguimiento de un robo en su territorio. El robo de un anillo de compromiso, entre otras piezas de joyería cara. El gerente de Garrard's me ha dicho que usted fue a hablar con él del tema.

—El señor y la señora Van Haeften —dijo Prescott.

Se levantó de la silla, fue a un archivador, buscó entre los expedientes y sacó uno.

—El señor Van Haeften denunció el robo el año pasado —prosiguió al volver a la mesa—. Llevaban casados unos pocos meses y la señora Van Haeften me dejó bien claro que quería recuperar el anillo de compromiso y que yo debía abandonar todo lo demás en lo que estuviera trabajando y encontrarlo.

William empezó a pasar las páginas del expediente; de vez en cuando hacía una pausa para anotar algo y darle un sorbo a un café horrible.

—Gracias, inspector —dijo al final, y le devolvió la documentación.

—¿Sabe quién es el responsable del robo? —preguntó Prescott.

—No, pero estoy bastante seguro de quién atrapó al ladrón y después le robó el anillo.

El inspector Prescott sabía cuándo no presionar para obtener más información.

—Dele recuerdos al Halcón, por favor —dijo.

—¿Conoce a mi jefe?

—Somos de la misma quinta de Hendon. Allí le pusieron el mote. ¿No será usted el escolano, por casualidad?

—Buen trabajo, inspector —lo felicitó el Halcón después de leer el informe de William.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Si recuerdas, esta mañana he dicho en la reunión que tenía una tarea más que pedirle a la agente Bailey.

—Creo que ya sé qué puede ser, señor.

—Ilumíname.

—Quiere que compruebe todos los informes de Summers para ver si detuvo a algún ladrón poco después de que alguien robase en

casa de los Van Haeften y se llevase sus joyas, porque eso explicaría cómo consiguió un anillo que, sin lugar a dudas, no ha podido pagar. Dependiendo de su respuesta, sabremos de qué lado está.

—¿Y si es del otro bando?

—La detendré el mismo día que Summers vuelva de las vacaciones.

—Y por si pensabas que esta semana iba a ser tranquilita, inspector, quizá te interese saber que el juez Ramsden ha empezado la recapitulación del juicio de Tony Roberts.

—Mi padre me ha dicho que solo hay un resultado posible. De hecho, le sorprendió que Roberts no se declarase culpable después de que yo le dijera al tribunal que lo vi en el andén hablando con los dos hombres que arrojaron a Rashidi a las vías.

—Quizá no sea suficiente para convencer al jurado. Puede que lleguen a la conclusión de que él no era más que un testigo inocente al que lo sucedido lo impactó tanto como a los demás pasajeros.

—Entonces, ¿por qué echó a correr en cuanto me vio?

—Buena pregunta.

—¿Y qué pasa con la multitud de testigos que también testificaron?

—Por desgracia, el jurado se compone de una docena de personas a las que Booth Watson podría haber convencido con su pico de oro.

—Si perdemos este caso —dijo William—, yo aboliría los jurados.

—De eso nada —repuso el Halcón—. Ese camino conduce a la tiranía.

—¿Te acuerdas de cuándo es mi cumpleaños, cavernícola?

—Es hoy —contestó William, y estrechó a Beth entre sus brazos —. Te habría felicitado por la mañana, pero cuando me fui estabas dormidísima.

—¿Dónde está mi regalo? —exigió saber ella, y le tendió ambas manos.

—Te espera en la mesa de tu restaurante favorito.

—¿El del Ritz?

—Para eso aún falta. Tendré que llegar a comisario antes de que

podamos pasar una velada en el Ritz. Mientras tanto, confórmate con Elena's.

—Donde cenamos el día de nuestra primera cita, qué romántico.

—Y antes de eso, iremos al teatro Palace —anunció William.

—¿Qué vamos a ver?

—*Los miserables* —contestó.

Justo entonces, alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Quién puede ser?

—La canguro. Hoy Suzy tiene la noche libre. ¿Por qué no vas a cambiarte mientras yo le presento a los mellizos?

Cuando Beth bajó al cabo de treinta minutos, William no podía evitar mirarla con anhelo.

—Ni hablar, cavernícola. Después de cenar si te portas bien.

William sonrió de oreja a oreja y le cogió la mano.

—Los niños están arropados en la cuna y el carruaje la espera, mi señora.

—No creo que puedas llamar carruaje a un Austin Allegro de segunda mano; más bien será una calabaza, digo yo.

Ambos disfrutaron de la función desde el momento en el que se levantó el telón, pero de todos modos Beth llamó a casa en el entreacto para saber si los niños se habían dormido. Al salir del teatro, cantó la canción de Fantine durante todo el trayecto hasta el restaurante.

Gino los guio a su mesa del rincón, tal como había hecho la primera vez, cinco años antes. Una cajita verde de cuero la esperaba. Gino descorchó una botella de champán mientras ella abría la caja y descubría un collar de perlas cultivadas. Se quedó sin aliento.

—No lo habrás robado en Garrard's, ¿verdad?

—No. Mi abuela me lo dejó en herencia para regalárselo a la mujer con la que me casase.

—¿Y por qué has tardado tanto?

—Quería asegurarme de que esto iba a durar —bromeó.

Se inclinó sobre la mesa y le puso las perlas alrededor del cuello.

Beth abrió el espejo compacto y miró el regalo.

—Ostras… —dijo—. Tu abuela tenía muy buen gusto.

—Igual que mi abuelo, que trajo las perlas desde Tokio para celebrar su trigésimo aniversario de boda.

—¿Crees que nosotros llegaremos a treinta años de casados? —preguntó Beth, y le cogió la mano.

—Si no llegamos —respondió William con una sonrisa amplia—, quiero que me devuelvas el collar.

—Ni lo sueñes —repuso Beth.

Gino apareció con el bloc abierto y el bolígrafo preparado.

—¿Qué va a ser? —les preguntó.

—Queremos comer lo mismo que en nuestra primera cita —contestó William.

—Cómo no. Pero en vez de la botella de Frascati os voy a poner un champán de una sola añada —dijo Gino, y les rellenó las copas.

—Tengo otra sorpresa —dijo William cuando Gino se marchó—. Creo que no pasará mucho tiempo antes de que pueda volver a la brigada y a trabajar en Scotland Yard de forma oficial.

—¿Qué ha cambiado?

—La agente Bailey. Creo que vuelve a jugar con el equipo local, y eso nos facilita mucho la vida.

—¿Tendrá que someterse a una investigación?

—Con un poco de suerte, no hará falta —respondió William.

Un camarero le sirvió un plato de *stracciatella*.

—¿De verdad pedí sopa en nuestra primera cita?

—Y para después, espaguetis a la boloñesa, mientras que yo pedí salmón ahumado y la ternera *piccato* con salsa de limón y crema de espinacas.

—No sé cómo conseguí la segunda cita.

—Te vi el potencial —dijo Beth—. Aunque te está costando demostrar tu valía.

—¿Y tú ya eres la directora del Fitzmolean? —contraatacó William.

—No, pero corre el rumor de que van a nombrar a Tim caballero en la lista de honores de año nuevo y puede que pronto se dedique a cosas más importantes.

—¿Como tú? —preguntó.

Un camarero les retiraba el primer plato cuando, de repente, Beth le agarró la mano a William.

—No mires, pero acaba de entrar Christina.

—¿Está con el capitán? —susurró él.

En ese momento, les sirvieron el segundo plato.

—No. Está con un joven muy apuesto que nunca había visto.

—Pensaba que Elena's no sería de su estilo —dijo William, y le dio vueltas al tenedor que había clavado en los espaguetis.

—A menos que no quiera que la vean sus amigos.

—¿No me habías dicho que iba en serio con el capitán Neville?

—Desde luego, es lo que me hizo pensar la última vez que la vi, hace unos días. Me contó que se iban de vacaciones a Nueva York. En el Alden, nada menos. La verdad, me sorprende que haya vuelto a las andadas.

—A mí no —dijo William.

—¿Crees que deberíamos ir a saludarla?

—Ella no te lo agradecería —contestó William—, así que, yo de ti, no me movería de aquí.

—Me sabe mal por Ralph. Me cae muy bien. Pero tú siempre has pensado que era un cazafortunas.

—No es tan sencillo —repuso William—. El capitán Ralph Neville tiene algo que me resulta falso —añadió cuando les retiraban los platos.

Gino volvió poco después con una tarta. Respiró hondo y estaba a punto de ofrecerles una versión muy ruidosa del *Cumpleaños feliz* cuando William susurró con firmeza:

—Esta noche no, Gino.

—¿Por qué no, *signore*? Me llaman el Pavarotti de Potters Bar.

—No me cabe duda, pero no queremos que cierta señora que está sentada al otro lado del restaurante se dé cuenta de que estamos aquí.

—Ah, la *signora* Christina —susurró Gino para entrar en el juego.

—¿Es clienta habitual? —preguntó William.

—Por supuesto. Pero los caballeros que la acompañan suelen variar.

Beth se rio.

—¿Hay manera de salir de aquí sin que ella nos vea?

—Ningún problema —contestó Gino—. Los llevo por la cocina para que salgan por la puerta del personal.

—Pero primero tengo que pagar —contestó William, y buscó la cartera.

—Invita la casa —dijo Gino, y se puso a envolver la tarta en una servilleta—. Por cierto, me encanta el collar.

—Harrison. Craig Harrison —dijo Nicky a la mañana siguiente cuando desayunaba con Rebecca—. Un ladrón con unos antecedentes más largos que un día sin pan.

—¿Y Summers lo detuvo por robo ese mismo año?

—Sí, el 23 de mayo, pero fue por otro caso —confirmó Nicky, y se sentó a la mesa de la cocina.

Sin embargo, Rebecca se fijó en que no había tocado el desayuno.

—¿Lo denunciaron?

—Al día siguiente. Y cuando compareció ante el magistrado, se declaró culpable y pidió que tuvieran en cuenta otros ocho delitos. Pero sospecho que al Halcón solo le interesará uno.

—¿Vas a informarle?

—Ya le he dejado el informe en la mesa.

—Me alegro de oírlo —le dijo Rebecca, y le cogió la mano.

—También he decidido que cuando nazca el bebé no volveré al cuerpo.

—Yo no se lo diría a nadie —repuso Rebecca—. Al fin y al cabo, a lo mejor dentro de unos meses no piensas lo mismo.

—No es muy probable —dijo Nicky—. El padre estará cumpliendo una larga condena y yo seré la que lo ha metido en la cárcel.

—¿Summers es el padre?

—Venga ya, no hace falta que finjas que no lo sabías.

Rebecca se sentó al lado de su amiga y la rodeó con un brazo.

—¿El resto del equipo también lo sabe? —preguntó Nicky.

—Sí. Desde hace tiempo. Y siento decir que se lo dije yo.

Nicky se volvió a mirar a su amiga con las mejillas surcadas de lágrimas.

—En cuanto vi el anillo, supe que Summers no podía permitirse un diamante de ese tamaño con el sueldo de policía.

—Podría habérmelo dado otra persona.

—¿Un agente inmobiliario de Croydon, por ejemplo? No lo creo.

—Se lo he devuelto —dijo Nicky a la defensiva—. Y dejé la caja de Garrard's en un sitio donde sabía que la verías.

—Se la di al inspector Warwick esa misma mañana.

—Daba por sentado que lo harías.

—Y gracias a ti —dijo Rebecca—, ahora sabemos que Summers

detuvo a Harris poco después de que robase el anillo, así que…

—¿Van a detenerme?

—Esperemos que no llegue a eso —respondió Rebecca con tono amable—. Sé que el comandante cree que no has participado en las actividades delictivas del sargento Summers y es consciente de que alertaste al inspector Warwick de la visita al *Playboy* Club. Todo eso juega a tu favor.

—Pero no a favor de Jerry.

—Él no se merece tu compasión.

—Eres muy buena amiga —dijo Nicky, y le cogió la mano.

—No tanto como me habría gustado.

—¿Consideran al acusado Anthony Roberts culpable o no culpable de asesinato?

La presidenta del jurado se alzó despacio de su asiento. Miró al juez y dijo:

—Culpable, señoría.

William se levantó de golpe, salió corriendo de la sala y se olvidó de hacer una reverencia al abrir la puerta y dirigirse al teléfono más cercano.

—Culpable —dijo cuando oyó la voz del Halcón en la línea.

—Entonces, ¿al final no quieres abolir los jurados?

—No, señor. Pero quizá cambie de opinión si absuelven a Summers.

—Si absuelven a Summers, a lo mejor te quedas sin trabajo —contestó el Halcón.

27

—Tenemos un problema.

—Adelante —respondió Miles.

—Por teléfono no.

—¿Tan malo es?

—Lo siento, pero sí —contestó Booth Watson—. ¿Qué planes tienes hoy por la mañana?

—Una reunión de la junta a las diez, en la City.

—Cancélala. Ven a mi despacho lo antes posible.

—Pero tengo que presidir la…

—Esta noche quizá ya no seas presidente.

—¿Tan malo es?

Danny no hizo caso de las líneas continuas, las zonas restringidas ni los carteles de aparcamiento de corta duración mientras llevaba al comandante al aeropuerto de Gatwick; se dirigió a una puerta que el público general desconocía.

Un guardia comprobó la placa del comandante Hawksby antes de señalarle el final de la pista, donde lo recibió el superintendente jefe Bob Fenton, jefe de seguridad del aeropuerto, junto con tres agentes uniformados.

—Buenos días, Bob —dijo el Halcón al bajarse del coche.

Se estrecharon la mano.

—¿Me pones al corriente?

—El vuelo 016 ha despegado desde Málaga a las nueve y treinta y cinco de la mañana —los informó Fenton—. Con unos quince minutos de retraso. Se estima que aterrizará dentro de treinta minutos aproximadamente.

—Perfecto —dijo el Halcón.

Regresó al coche y le pidió a Danny que se comunicase por radio

con el sargento Adaja. Al cabo de unos minutos, una voz conocida sonó entre el ruido estático.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Paul. Summers se encuentra a bordo del vuelo, que está más o menos a media hora de Gatwick. Nadie puede contactar con él. Quiero que os pongáis en marcha y detengáis a Castle. Al mismo tiempo, el equipo de la sargento Roycroft debe llevar a cabo un registro minucioso de su domicilio. Buscamos cualquier objeto que parezca caro y fuera de lugar. Si hay droga y billetes numerados, mejor todavía.

—¿Y la casa de Summers?

—Dile a Jackie que no deje nada sin remover. Si encontráis un anillo de diamantes, llamadme de inmediato, porque no necesitamos más prueba que esa.

—La sargento Roycroft, la agente Pankhurst y su equipo ya están apostados delante de casa de Summers esperando a que usted les dé la orden —dijo Paul—. Cuando usted diga, la partida se pondrá en marcha y yo iré a la comisaría y me presentaré al inspector Castle.

—Poneos manos a la obra —ordenó el comandante, y le devolvió la radio a Danny.

—El vuelo 016 ha solicitado permiso para aterrizar —avisó Fenton—. Rodarán hasta la puerta cuarenta y tres, donde ya lo esperan tu compañero y dos de mis hombres. Quizá deberíamos ir con ellos.

—El superintendente Watts al habla —dijo Danny, y le volvió a dar la radio al Halcón.

—Buenos días, Chris —saludó el Halcón al nuevo jefe de la Brigada de Estupefacientes—. Me preguntaba si esta mañana Jimmy Turner os esperaba a ti y a unos cuantos amigos para desayunar.

—No, señor. Todavía estaba en la cama cuando hemos entrado en su casa y los hemos detenido a él y a otros tres miembros de la familia.

—¿De qué se le acusa?

—De tenencia de ocho kilos de cocaína, entre otras sustancias ilegales. Da la casualidad de que parte de la cocaína estaba en una bolsa de Sainsbury's.

El Halcón sonrió.

—Estoy deseando darle la buena noticia al sargento Summers

cuando lo detenga dentro de muy poco.

—Nos vemos en la comisaría, señor —dijo Watts—. Esperemos que haya celdas suficientes para todos.

—Buen trabajo, Chris. Intentaré acordarme de hablarle de tu aportación al comisario.

—Estoy seguro de que así será, señor —repuso Watts, y se rio.

—Vamos —le dijo el Halcón a Danny cuando le pasó la radio—. No hagamos esperar al sargento Summers.

Miles le dio un billete de una libra al taxista y le dijo que se guardara el cambio. Atravesó Middle Temple despacio, tratando de entender la urgencia con la que Booth Watson lo había convocado. Dos mujeres jóvenes pasaron por su lado; una tiraba de una maleta pequeña y la otra llevaba toga. Las reconoció a ambas, pero ellas a él no.

Al llegar al número 1 de Fetter Court, no le hizo falta revisar la lista de nombres pintados en la pared de ladrillo blanco para saber en qué planta estaba el jefe de aquellas oficinas. Subió hasta el segundo piso por la escalera chirriante de madera y llamó a la puerta. No era la primera vez que se sentía como un alumno díscolo a punto de enfrentarse a la ira del director por no haber entregado los deberes de la semana.

La señorita Plumstead, secretaria jefe del despacho, le abrió la puerta y lo condujo al santuario de Booth Watson.

—Buenos días, capitán Neville —dijo Booth Watson mientras esperaba a que su secretaria saliera del despacho.

—No me imagino qué puede ser tan urgente para tener que cancelar una reunión de la junta y venir corriendo —dijo Miles en cuanto se cerró la puerta.

—La señora Rashidi ha muerto.

Booth Watson hizo una pausa para que su cliente digiriese la noticia.

—Falleció ayer por la tarde mientras dormía plácidamente —continuó.

Su cliente se derrumbó en la silla más cercana. Miles guardó silencio un tiempo antes de preguntar:

—¿A quién le ha dejado el Rafael?

—Se lo ha dejado todo, incluyendo el Rafael, a la iglesia del Inmaculado Corazón de María, de Brompton Road. Era su parroquia de Kensington —contestó Booth Watson leyendo del testamento.

—Entonces, no pasa nada —dijo Miles—. Colgarán el cuadro en la iglesia para que los parroquianos recen ante él y nadie se enterará de nada.

—Podría haber sido así si la iglesia no necesitase renovar el tejado. Las obras cuestan más de un millón de libras. Tengo entendido que la diócesis lo ha considerado poco menos que un milagro: se les ha aparecido la *Madonna* de Rafael en el momento que más la necesitaban.

—Entonces, habrá que recuperarlo antes de que alguien descubra que es falso —dijo Miles—. Ofréceles un millón.

—Quizá no sea suficiente. Por desgracia, uno de los administradores de la parroquia es uno de los directores de Christie's, así que es evidente que le pedirán su opinión. Pero creo que tengo una solución para ese problema.

En ese momento, se abrió la puerta y la señorita Plumstead apareció con una bandeja donde había unos cafés y unas galletas.

—Sería para mí un honor participar como orador invitado en la cena de reunión de las Malvinas de octubre, capitán Neville —dijo Booth Watson sin ni siquiera parpadear mientras ella les servía los cafés.

—Se lo comunicaré al comité en la siguiente reunión. Y nos gustaría que brindase a la salud del club, y yo, como secretario, le haré la réplica —dijo Miles cuando la señorita Plumstead se marchaba.

—Bueno, ¿cuál es la solución? —continuó Miles en cuanto se cerró la puerta.

—Como ambos sabemos, la *Madonna di Cesare*, de Rafael, no es un original, sino una falsificación… Lo peor de todo —prosiguió Booth Watson— es que, cuando le entregué el cuadro a la señora Rashidi a cambio de las acciones de Marcel y Neffe, el contrato incluía la documentación original y el certificado de procedencia, así que ni la iglesia ni los de Christie's tendrán motivos para sospechar de la autenticidad.

—¿Y qué me aconsejas?

—No te queda más remedio que comprar el cuadro cuando se

subaste en Christie's. Si la iglesia del Inmaculado Corazón de María descubriese que es una falsificación, no tardarían en averiguar quién le vendió la obra a la señora Rashidi y enseguida sabrían dónde se encuentra el original.

—Pero yo estoy muerto —dijo Miles—, por si no te acordabas.

—Y Christina vivita y coleando, y esto le da más armas contra ti, porque sabe que el original está en Montecarlo.

—Aun así, no me hace ninguna gracia soltar más de un millón por una falsificación cuando ya tengo el original.

—Te entiendo, Miles, pero es mejor que pasar los próximos diez años en aislamiento.

—Podría matar a Christina.

—Y acabarías en aislamiento veinte años en lugar de diez. Creo que tengo una solución mejor para Christina.

—¿Cuál?

—Cásate con ella.

Danny recorrió despacio el perímetro del aeropuerto y se detuvo en la puerta 43. El comandante se apeó y le presentó a Fenton a su compañero.

—Buenos días, inspector —dijo Fenton—. No ha tenido que esperar mucho tiempo, ¿verdad?

—Unos seis meses, señor —respondió William, y le estrechó la mano al superintendente jefe.

—Bueno, no tendrás que esperar mucho más —dijo el Halcón.

En ese momento, el vuelo 016 tomaba tierra al otro extremo de la pista de aterrizaje y empezaba a rodar hacia la terminal. El avión tardó varios minutos en detenerse ante la puerta y, a medida que se aproximaba, el comandante tuvo que sujetarse la gorra para evitar que saliese volando con la corriente de los motores.

Dos miembros del personal de tierra subieron unos escalones hasta la puerta de la aeronave.

—Summers y su compañera están en la fila nueve, asientos A y B —dijo Fenton mientras comprobaba la lista de pasajeros—. Deberían estar entre los primeros en desembarcar.

La puerta del avión se abrió de par en par, y el Halcón se acercó a la escalera para observar a los pasajeros a medida que bajaban al

asfalto de la pista. No pasó mucho tiempo antes de que William dijera:

—Es ese. Metro noventa, chaqueta azul marino cruzada, vaqueros y camisa con el cuello abierto.

—Supongo que la que está detrás es Karen Turner —dijo el Halcón.

—¿Por qué lo dice, señor? —preguntó William.

—Fíjate en el anular de la mano izquierda.

William se centró en la rubia atractiva que tenía aspecto de haber pasado quince días al sol.

—Jamás olvidará estas vacaciones —dijo—. ¿Los detenemos a los dos?

—No, solo a Summers. Yo me apartaré con la señorita Turner y recuperaré el anillo de compromiso —respondió el Halcón—. Esperemos que la fecha de la boda que hayan escogido no sea antes del 2010.

Cuando Summers y la señorita Turner pisaron la pista, cinco agentes se dirigieron hacia ellos. William y dos agentes jóvenes le impidieron el paso a Summers, mientras que el comandante y la agente Pankhurst se llevaban a su compañera a un lado.

—Sargento Jerry Summers —se presentó William, y sacó la placa—. Soy el inspector Warwick. Queda detenido por sospecha de receptación y mala conducta profesional en un cargo público. No tiene la obligación de decir nada, pero si durante un interrogatorio no menciona algo que más adelante utilice en el juicio, eso podría ir en detrimento de su defensa. Cualquier cosa que diga puede considerarse una prueba.

Summers parecía muy sorprendido y enseguida miró a Karen y vio que se la llevaban un hombre mayor y una agente. Dos policías uniformados le echaron los brazos hacia atrás y lo esposaron antes de conducirlo al coche patrulla que los esperaba. No dijo nada.

—Permitidme que empiece la reunión —dijo el comandante— dándole la bienvenida oficial al inspector Warwick. Ha estado, tal como se dice en el funcionariado británico, de permiso cuidando el jardín de casa, a pesar de que no tiene jardín. En realidad, todos sabéis que durante estos cinco meses ha trabajado para mí como

agente encubierto y me ha mantenido muy bien informado. Por eso he ido siempre un paso por delante de todos vosotros. Ni siquiera su esposa lo sabía, para que veáis lo secreta que era la operación.

Bueno, no tan secreta, quiso decir William, pero decidió callarse.

—La agente Bailey debió de darse cuenta —comentó Paul—, porque le dio el chivatazo de la visita que hicieron Summers y Lamont al *Playboy* Club y con la que supimos que trabajaban en equipo.

—Está claro que Nicky hizo su parte al informarme de por qué debía ir al club esa noche —dijo William.

—Desde luego —repuso Jackie—. Pero no pasemos por alto que la agente Bailey estuvo ocultando información fundamental durante un tiempo y que eso retrasó la investigación.

—Quizá también deberíamos recordar —intervino la agente Pankhurst— que no tiene intención de reincorporarse al cuerpo cuando nazca el bebé.

—Eso solucionaría uno de los problemas —dijo el comandante —. Porque todavía no estoy convencido de que tuviera un papel activo en las actividades delictivas de Summers.

—No tuvo reparos a la hora de presumir del diamante caro que Summers le había regalado —señaló Jackie—. Debía de saber que él no podía pagarlo y que, por lo tanto, tenía que ser robado.

—Pero se lo devolvió —le recordó Rebecca— y dejó la caja de Garrard's en un sitio donde sabía que yo la encontraría. Si es culpable de algo es de tomar malas decisiones, cosa que todos hemos hecho alguna vez.

—Si más adelante solicita volver a entrar en la Metropolitana —dijo Jackie—, ¿haría la vista gorda?

—Ella tiene que saber que no sería sensato hacerlo, dadas las circunstancias —respondió el comandante, y miró a la agente Pankhurst a la cara—. Bueno, pasemos a Summers y a la familia Payne y a lo que tenemos pensado para ellos. Inspector Warwick, por favor.

—Ayer por la mañana detuve al sargento Summers en el aeropuerto de Gatwick y lo denuncié por receptación y mala conducta en un cargo público. Me sorprendió que lo dejasen salir bajo fianza, hasta que me enteré de que lo defendía Booth Watson.

—No puede costearse esos honorarios ni en sueños —dijo el

sargento Adaja.

—Pero el padre de Karen Turner sí puede —respondió William —. Y no quiere que el prometido de su hija acabe en la cárcel. Así que Summers comparecerá en el Old Bailey dentro de unos seis meses, cosa que nos da tiempo de sobra para preparar el caso.

—Y a él también le dará tiempo —dijo el Halcón—. ¿Qué pasó con Castle?

—No encontramos suficientes pruebas para denunciarlo — contestó Jackie sin molestarse en abrir el archivador.

—¿En toda la casa no encontrasteis nada que lo incriminase? — La presionó el Halcón.

—Un televisor nuevo y un encendedor de oro que, según él, es una herencia familiar. Con eso no basta para garantizar que lo condenen.

—Cuando todo el mundo sepa por qué le han registrado el domicilio, tendrá que renunciar al puesto igualmente —dijo el comandante.

—¿Y Lamont?

—No pude echarle el guante —admitió Rebecca—. En su casa mi equipo no encontró el dinero con los números de serie que buscábamos ni nada que lo implicase, así que no pude denunciarlo, igual que Jackie. Hacerse pasar por policía y estar toda una tarde en el *Playboy* Club con su amigo Summers no se puede considerar ni mucho menos más allá de toda duda razonable.

—¿Va a irse de rositas otra vez? —preguntó William.

—A no ser que la sargento Roycroft tenga algo interesante que contar después de la última reunión —dijo el Halcón.

—Lamont quería ver si se enteraba de algo, señor —informó Jackie—. Me dijo que lo de la detención de Summers lo sabía por la prensa y quería averiguar si nos habíamos coscado de la conexión entre ambos.

—¿Qué le contestaste? —preguntó William.

—Me explicó que había sido inspector en Romford cuando Summers era novato, pero que no se acordaba de él. Yo me hice la sorprendida, claro.

—Pues qué poca memoria —repuso el Halcón—. ¿Le soltaste la información que queríamos que supiese?

—Sí, señor.

—¿Y te lo recompensó como es debido?

Jackie abrió el bolso, sacó un sobre marrón y se lo entregó al comandante, que lo rasgó y extrajo un fajo grueso de billetes de cinco libras. Los distribuyó entre los miembros del equipo, que se pusieron a comprobar los números de serie, pero no se oyeron gritos de «¡pillado!».

—Supongo que era mucho pedir —dijo el Halcón.

Guardó el dinero en el sobre y se lo pasó a William.

—Ocúpate de registrarlo en el almacén de decomisos junto con el informe de la sargento Roycroft.

William asintió con la cabeza.

—De momento, concentrémonos en Summers. Sargento Roycroft, ¿encontrasteis pruebas incriminatorias en su apartamento?

—No, señor —contestó Jackie—. Que la agente Bailey se lo destrozase es paradójico, porque justamente él podría salvarse gracias a eso.

—¿Cómo es posible? —preguntó el Halcón.

—Destrozó todo lo que habría contado como prueba relevante. Lo que quedaba estaba en un vertedero municipal.

—No lo hizo por ese motivo —dijo Rebecca.

—Seguramente no —contestó Jackie—, pero puede que su novio se libre por eso.

—Ya no era su novio.

—Ya basta —intervino William con rotundidad—. Que no se os olvide que necesitamos que la agente Bailey testifique en el juicio de Summers. —Se volvió hacia Jackie—. O sea, lo que estás diciendo, sargento Roycroft, es que no encontraste nada que nos sirva como prueba, ¿no?

—Solo un organizador de plata, un par de relojes de diseño y un puñado de libras en metálico, pero sin los números de serie de nuestro lote.

—No obstante, gracias a la arrogancia, la avaricia o el exceso de confianza de Summers, llamémoslo como queramos —dijo el Halcón—, tenemos el anillo de diamante, que debería ser más que suficiente para encerrarlo y tenderle una trampa a Lamont. Enhorabuena a todos por el buen trabajo. Pero recordad que, cuando el caso llegue a los tribunales, Summers tendrá una excusa

perfecta para el anillo, los relojes de diseño, el organizador de plata y cualquier otra cosa que nos saquemos de la manga. Así que no podemos relajarnos hasta que veamos que se lo llevan del Old Bailey en un furgón policial en lugar de irse con un Jaguar último modelo.

—¿Quieres cogerlo? —le preguntó Nicky, y le pasó el bebé a Rebecca.

—Qué suerte tienes —le dijo ella mientras acunaba a la criatura.

—No siempre me lo parece —admitió Nicky—, sobre todo si pienso que Jake quizá no conozca a su padre hasta que sea adolescente.

—Siempre puedes ir a verlo a la cárcel.

—No mientras él esté comprometido con otra mujer. En cualquier caso, no voy a permitir que mi hijo vea el interior de una prisión. Si no, se acostumbran a la idea.

—¿Significa eso que has accedido a testificar en contra de Summers?

—El Halcón no me dio alternativa, a menos que quisiera sentarme con él en el banquillo de los acusados.

—Tu testimonio puede ser crucial —dijo Rebecca, y le devolvió el bebé a su madre.

—Ya lo sé —respondió Nicky en voz baja—. Esta vez no te defraudaré.

—Todavía lo quieres, ¿verdad?

La agente Bailey tardó un poco en contestar.

—Sí, pero eso no me impedirá ofrecer pruebas fundamentales para encerrar a Jerry, aunque signifique que yo también vaya a hacer condena de por vida.

Alguien llamó a la puerta del despacho de Beth. Antes de que le diese tiempo a responder, esta se abrió y entró Christina apresurada. Llevaba un traje de Armani, un pañuelo de seda de Hermes y un bolso de Gucci que despejarían las dudas de cualquiera sobre por qué motivo se creía con derecho a todo, casi como si fuera miembro de la familia real.

A Beth le hacía gracia que Christina nunca pidiera cita para ir a verla al museo.

No solo daba por sentado que su amiga estaría allí siempre que ella la visitase, sino que siempre estaría disponible. Sus cómplices talentosos, hombres de la talla de Rembrandt, Rubens y Vermeer, apoyaban su causa.

—Qué gusto verte —dijo Beth, como si no tuviera nada mejor que hacer, y le dio un beso en cada mejilla—. ¿A qué le debo este placer inesperado? —añadió.

—Pasaba por aquí y he pensado en hacerte una visita.

Beth sabía de sobra que Christina nunca pasaba por un sitio sin más. Esas visitas imprevistas siempre obedecían a algún motivo. Se sentó en la silla más cómoda del despacho para indicar que la visita no sería corta.

—Tengo un par de novedades que quería compartir contigo.

Beth se sentó enfrente de la benefactora más generosa del Fitzmolean, curiosa por descubrir qué razones tenía Christina para haberse levantado tan temprano.

—Pero primero, ¿cómo está mi inspector favorito?

—Ahora mismo pasa casi todo el tiempo preparando un juicio importante de corrupción en el Old Bailey. Tendrá que estar muy en forma, porque otra vez se enfrenta a Booth Watson.

—Ese hombre nunca me ha caído bien —dijo Christina—. Prefiero a tu suegro.

—*Sir* Julian representa a la acusación, cosa que tampoco le facilita la existencia a William. Pero cuéntame: ¿por qué querías verme?

—Ralph me ha pedido que me case con él.

—¿Y qué has dicho?

—¡Que sí! A ese hombre lo quiero mucho.

—Enhorabuena —respondió Beth tratando de aparentar alegría.

Sin embargo, no podía evitar pensar que la última vez que había visto a Christina estaban en Elena's y no era a Ralph a quien le acariciaba la pierna.

—Qué bonito —dijo Beth cuando Christina le enseñó la mano izquierda.

Era un solitario que parecía fuera de lugar entre sus rivales más brillantes.

—¿Habéis puesto fecha?

—El veintidós de agosto.

—Pero ¿no zarpabais en el Alden hacia Nueva York justo esos días?

—Sí, pero es el único sábado antes de finales de septiembre en el que la iglesia de Limpton no está ocupada con otras bodas. Así que, en lugar de esperar, hemos decidido dejar el viaje y centrarnos en un acontecimiento más importante. Y ese es el otro motivo de la visita. Nos gustaría saber si queréis ocupar nuestro puesto.

—¿Lo dices en serio? —dijo Beth—. ¡En el Alden no podemos pagarnos ni un pasaje de tercera!

Christina soltó una carcajada.

—No, se trata de ocupar el camarote, nada más. No hemos podido cancelar el billete con tan poca antelación. Si te digo la verdad, nos haríais un favor.

Hizo una pausa para que Beth se repusiera del susto.

—A no ser que creas que William vaya a poner alguna pega.

—Si las pone, iré yo sola —contestó Beth.

—Bien, pues ya está. Ahora quiero hablar contigo de algo más importante.

Beth se preguntó qué podía ser aún más importante que una boda.

—En honor a nuestro compromiso, Ralph y yo queremos hacerle al Fitzmolean un regalo apropiado, para señalar la ocasión.

—Muy generoso por vuestra parte —dijo Beth.

No pudo evitar preguntarse a qué se refería con «apropiado».

—Estoy segura de que ya lo sabes, querida, pero en otoño se subastará un Rafael y los dos hemos pensado que esa señora debería pasar el resto de sus días en el Fitzmolean.

—¿No te referirás por casualidad a la *Madonna di Cesare*? —preguntó Beth sin molestarse en disimular el entusiasmo.

—Esa misma.

—Pero ¿ese cuadro no formaba parte de la colección de Miles?

—Sí, aunque justo antes de morir se lo dio a una amiga. No obstante, sé que su intención original era dejárselo al Fitzmolean en el testamento.

—Qué gesto tan increíblemente generoso —contestó Beth, casi sin palabras.

—El regalo viene con una pequeña condición.

«Cómo no», pensó Beth, pero no dijo nada.

—Cuando se haga la subasta yo estaré en Montecarlo con Ralph, así que necesito que alguien puje por el cuadro en mi nombre. No se me ocurre nadie mejor que tú para hacerlo.

—Me halagas. Sin embargo, ¿no sería más apropiado que te representase Tim Knox? A fin de cuentas, es el director de la galería —repuso Beth.

Se puso a rebuscar los catálogos más recientes en el cajón de abajo para consultar la estimación más alta y más baja del cuadro.

—Entre ochocientas mil y un millón —le dijo Christina.

Beth todavía no había llegado al lote 25: *Madonna di Cesare*, Rafael, propiedad de una particular.

—¿Hasta qué precio me permitirías pujar?

—Un millón debería ahuyentar a los rivales.

—Está muy por encima del límite de la galería, necesitaría alguna garantía.

—Me lo imaginaba —dijo Christina.

Abrió el bolso, sacó un talón y se lo entregó a Beth.

A Beth le tembló la mano cuando vio la cifra: un millón de libras.

—Claro que, si alguien puja más alto que tú, no hará falta que cobres el talón. Pero no parece muy probable.

—Lo que no sé —dijo la conservadora— es de qué manera agradecértelo.

—Primero espera a que la *Madonna* cuelgue de una pared del Fitzmolean y ya me lo agradecerás —respondió Christina—. Y no olvides que tiene que ser un secreto.

—Sí, por supuesto —dijo Beth.

Sin embargo, era consciente de que tendría que contárselo a una persona. Y Christina también lo sabía.

—No olvidéis que el juicio de Summers empieza el lunes —les recordó el Halcón—. Aun así, hay un par de cosas pendientes antes de que seleccionen al jurado.

William y Jackie abrieron cada uno su cuaderno.

—Sargento Roycroft, quiero que organices otro encuentro con

Lamont. Dile que ha surgido algo que debe saber de inmediato.

—¿Qué ha surgido? —preguntó Jackie.

—Quiero que lo avises de que, mientras se celebre el juicio, habrá un equipo de agentes vigilándolo las veinticuatro horas del día, siete días a la semana.

—¿Y qué le digo si me pregunta por qué lo vigilan?

—Él ya sabrá por qué —contestó el Halcón.

Jackie cerró el cuaderno.

—No tengo suficientes agentes para montar una operación de vigilancia —admitió William.

—No te hacen falta. Basta con que Lamont crea que lo vigilamos para garantizar que no vaya a correr ningún riesgo. Lo que me lleva a alguien a quien el riesgo no le importa un pimiento: el Huesos Turner.

William frunció el ceño ante la mención del hijo pequeño de Jimmy Turner, cuyo único propósito en la vida parecía ser asegurarse de que no declarasen culpables a los miembros de su familia incluso si no tenían la suerte de su parte. No se molestaba con sobornos ni chantajes. Había descubierto que la amenaza de partir huesos o de provocar un accidente de tráfico era mucho más convincente.

—Está en libertad condicional tras haber cumplido dos años de una condena de cuatro por lesiones corporales graves —dijo Paul.

—Pues buscad cualquier excusa para encerrarlo un par de meses, hasta que se acabe el juicio.

—Es famoso por llegar tarde a las citas semanales con el agente de la condicional. Haré que el próximo día tenga a dos policías esperándolo. Lo llevarán directo a Pentonville y lo dejarán allí hasta que acabe el juicio.

—Perfecto. Y ya que hablamos del juicio, William, espero que esta vez te hayas preparado bien para el interrogatorio de Booth Watson.

—Estoy deseando que llegue el día —admitió William— y mi intención es sacar a colación el magnífico y caro anillo de diamante a la mínima oportunidad, una y otra vez.

28

—Que se levante el acusado, por favor.

Summers se levantó del banquillo. Llevaba un traje recién estrenado, una camisa blanca y una corbata de seda azul.

—Jeremy Richard Summers, se le acusa de receptación y, en consecuencia, de mala conducta en el desempeño de un cargo público. ¿Cómo se declara?

—No culpable —respondió Summers mirando al agente judicial a la cara.

—Puede sentarse.

El juez Ramsden miró desde su puesto elevado y vio a *sir* Julian temblando como un galgo ansioso en la salida de la carrera, deseando hacer su exposición inicial. En cambio, el señor Booth Watson estaba apoltronado al otro extremo de la mesa de los abogados con cara de lirón medio dormido. Pero Booth Watson sabía que aún faltaba un rato antes de tener que abrir los ojos.

—*Sir* Julian —dijo el juez, y se volvió hacia el eminente consejero de la Corona—, tenga la amabilidad de empezar.

Sir Julian se levantó de la silla, se tiró de la larga toga negra y se recolocó la peluca cana como hacía siempre antes de dirigirse al jurado. Saludó a los ocho hombres y las cuatro mujeres con una sonrisa benévola, consciente de que eran las doce personas más importantes de la sala.

Miró el guion que se había preparado a riesgo de que Summers se declarase culpable y todas las horas de trabajo que había invertido se convirtieran en superfluas con solo pronunciar una palabra. Pero los años de experiencia le habían enseñado que un abogado no podía correr el riesgo de contar con algo así.

—Señoría —empezó, mirando al banquillo—. En este caso,

represento a la acusación junto con mi ayudante, la señorita Grace Warwick, mientras que mi distinguido colega el señor Booth Watson comparece de parte de la defensa.

Con cierta reticencia, le hizo una reverencia que no fue correspondida.

—Debo empezar mi exposición con una advertencia —dijo *sir* Julian, y se volvió hacia el jurado—. El delito sobre el que están a punto de emitir un juicio se cuenta entre los actos de mayor descrédito que puede cometer un empleado público. La muestra de ello es que la condena determinada por el Parlamento en caso de que ustedes decidan que el acusado es culpable —dijo, e hizo una pausa para mirarlos a la cara— es la cadena perpetua.

»Todos los ciudadanos, al relacionarse con una persona al servicio de la Corona, ya sea un distinguido juez o un policía de a pie, tienen derecho a dar por sentado que la integridad de esa persona es incuestionable. Cuando esa confianza se quebranta, y en este caso se ha quebrantado sin posibilidad de enmienda, una condena draconiana está más que justificada.

»El sargento Summers daba la impresión de ser un agente de policía excepcional con un historial de detenciones y reconocimientos que proclamaban una trayectoria profesional brillante. Sin embargo, escogió emplear esos talentos para incumplir la legalidad, no para defenderla.

»La tentación forma parte del día a día de un agente de policía y la gran mayoría de los efectivos ni siquiera se plantearían cruzar esa línea jamás. Pero, por desgracia, hay algunos, si bien son solo unos cuantos, que no tienen tantos escrúpulos. El sargento Summers es uno de ellos, tal como ustedes descubrirán a medida que avanza el juicio.

»Señoras y caballeros del jurado, no se trata de un único error de criterio que podamos pasar por alto a la hora de sopesar una trayectoria que, en general, ha supuesto un servicio encomiable a la comunidad. Es decir, el sargento Summers estableció una red clandestina tan bien organizada y efectiva como la de cualquier banda profesional del submundo criminal.

»Miembros del jurado, a lo largo de este proceso judicial averiguarán que Summers, tras llevar a cabo detenciones por robo, en numerosas ocasiones se encargaba de que los objetos robados de

mayor valor no llegasen a la comisaría ni se detallasen en el registro de bienes confiscados, sino que acabasen en su casa o distribuidos entre sus amigos y colaboradores.

»A diferencia de ustedes o de mí —dijo *sir* Julian, y volvió a mirar al jurado directamente—, el sargento Summers no necesitaba ir a los comercios cuando quería un televisor nuevo, un equipo de música de alta fidelidad o un Jaguar. Lo que hacía era ni más ni menos que tomarlos de entre los bienes robados a los que accedía mediante el desempeño de su deber profesional. Quizá ustedes se pregunten por qué motivo los ladrones no se lo hacían saber a las autoridades, pero ¿por qué iban a hacerlo si el hecho de que los acusasen de haber robado menos objetos implicaba recibir una condena menos severa?

»No obstante, la excesiva avaricia del sargento Summers no quedaba satisfecha con todo eso. Durante años, el distrito de Romford, donde él trabajaba, ha sido presa de dos familias de delincuentes rivales: los Payne y los Turner. Él decidió ayudar de manera activa a una de esas dos bandas despiadadas a fin de hacer que la balanza se inclinase de su lado y, sobre todo, del suyo propio.

»Se dispuso a detener a los miembros de la familia Payne, mientras que permitía que los de la banda de los Turner, que lo tenían a sueldo, escapasen sin castigo. Y mientras se llenaba los bolsillos con sus ganancias ilícitas, al mismo tiempo recibía las alabanzas y reconocimientos oficiales por un trabajo policial ejemplar. Un Jeckyll y Hyde de la era moderna.

»Sin embargo, a diferencia de tantos delincuentes, se pasó de la raya cuando Scotland Yard le tendió una trampa a la que no se pudo resistir.

Booth Watson anotó las palabras «Le tendió una trampa». Una trampa que más adelante pensaba hacer saltar.

—La acusación dispone de testigos que testificarán bajo juramento que Summers le robó droga a una banda, se la vendió a la familia rival para la que él trabajaba y después se embolsó los beneficios. Solo con eso ganó más dinero en un mes del que podía ganar a lo largo de todo un año como sargento. Pero cometió un error fatídico. Intentó involucrar a una miembro honesta del cuerpo de Policía, que no vaciló a la hora de informar a sus superiores.

Booth Watson escribió en el cuaderno «no vaciló».

—Cuando esa persona testifique, no les quedará ninguna duda sobre el alcance de la actividad delictiva del sargento Summers. Su veredicto será un gran golpe en la batalla por proteger a los ciudadanos decentes y ordinarios de una persona corrupta que ha traicionado la reputación del cuerpo de Policía más respetado del mundo.

Sir Julian se sentó no ante un aplauso tumultuoso, sino algo mucho más importante: un jurado que había absorbido hasta la última palabra. Incluso Booth Watson tuvo que admitir, aunque fuese solo en su fuero interno, que nunca había visto a su rival en mejor forma. Sin embargo, aquello había sido solo el cañonazo inicial.

—Puede llamar a su primer testigo, *sir* Julian —dijo el juez.

—Gracias, señoría. Llamo al inspector William Warwick.

Lamont miró a los ocho hombres y las cuatro mujeres desde el asiento que ocupaba al fondo de la galería destinada al público, consciente de que no podía arriesgarse a hablar con ninguno de ellos, teniendo en cuenta que Jackie le había advertido que lo vigilaban día y noche.

Sospechaba que al Huesos Turner ya le habrían encargado que se ocupase de al menos tres de ellos para que el jurado no llegase a un veredicto. No obstante, durante el juicio, él no podía tener ninguna relación con ningún miembro de la familia Turner y tampoco con Booth Watson.

No podía quejarse. Le habían dado una buena recompensa por deshacerse de la prueba que le preocupaba a Booth Watson.

William cogió la Biblia con la mano derecha y prestó juramento con seguridad.

—Diga su nombre y su rango, por favor, para que consten en acta —le dijo *sir* Julian mirándolo por encima de las gafas de leer.

—Inspector William Warwick.

—Inspector Warwick, ¿puede describirle al jurado qué implica el trabajo que desempeña ahora en la Policía Metropolitana?

—Trabajo con una unidad especial de Scotland Yard que investiga a agentes de policía corruptos. Uno en particular.

—¿Cómo se llama y cuál es el rango de ese agente?

—Sargento Jerry Summers.

—¿Lo ve hoy en la sala?

—Sí, señor. Es el acusado, está de pie en el banquillo.

—¿Por qué motivo se abrió en la unidad una investigación sobre el sargento Summers?

—El jefe de policía de Essex informó a Scotland Yard de que sospechaba que un agente de su territorio receptaba bienes robados y trabajaba con una de las principales bandas de narcotráfico de la zona.

—¿Qué hicieron a partir de ahí?

—Ya sabíamos que en la división de Romford operaban dos familias de narcotraficantes, pero el hecho de que los miembros de una de ellas acabasen en comisaría de manera repetida, mientras que los de la otra campaban a sus anchas, despertó las sospechas del comandante del distrito.

—Armado con esa información, inspector, ¿qué hicieron a continuación?

—Metí a la agente Bailey, que es miembro de mi equipo, en la comisaría de Romford, mientras yo trabajaba de forma encubierta.

Booth Watson escribió: «¿Agente Bailey?».

—¿Consiguieron pillar al sargento Summers, por usar una expresión coloquial, con las manos en la masa?

—Sí, señor —respondió William, y abrió el cuaderno—. En la madrugada del viernes 29 de mayo, un agente encubierto vio a Summers entrando en casa del señor Reg Payne, líder de una de las principales bandas de narcotráfico. Summers iba acompañado de otro hombre, así que nuestro agente encubierto dio por supuesto que su objetivo era hacer detenciones.

Booth Watson anotó en el bloc amarillo: «¿Va a testificar el agente encubierto?».

—Transcurridos veinte minutos, más o menos, ambos hombres salieron de la casa. Nuestro agente tomó una fotografía de Summers cargando con una bolsa abultada de Sainsbury's.

—¿El agente encubierto siguió al sospechoso, inspector?

—Sí, así fue. Summers fue directo a casa de Jimmy Turner, en Westfield Drive, Romford.

—¿Jimmy Turner?

—El líder de la otra familia de narcos, con quien sospechábamos que Summers estaba compinchado.

—¿Y cuánto tiempo estuvo en casa de Turner?

—Alrededor de treinta minutos.

—A la una y media de la madrugada.

—Sí, señor.

—Y cuando salió de allí, ¿Summers todavía llevaba la bolsa abultada del supermercado?

—No, señor.

—¿Qué ocurrió después?

—El agente siguió a Summers hasta su apartamento y luego fue en coche a Scotland Yard y dejó sobre la mesa de mi superior un informe acerca de todo lo que había visto las horas anteriores, además de las fotografías.

«¿Comandante Jack Hawksby?», fue la siguiente nota que escribió Booth Watson.

—Inspector, cuando leyó el informe, ¿qué hizo usted?

—Pedí una orden de registro para el apartamento de Summers, que un equipo llevó a cabo durante su ausencia a las órdenes de la sargento Roycroft.

Booth Watson escribió: «¿Informaron a Summers del registro?».

—¿Qué encontraron? —preguntó *sir* Julian.

—Un organizador de escritorio de plata, dos relojes de diseño y dinero en metálico. Delante de la casa había un Jaguar nuevo.

—¿No tienen nada mejor? —comentó el abogado de la defensa en voz alta para que lo oyese su rival.

—Paciencia —soltó *sir* Julian sin mirarlo.

—¿Disculpe, *sir* Julian? —dijo el juez, mirándolo desde arriba.

—Le pido perdón, señoría. Hablaba en privado con mi distinguido colega —contestó *sir* Julian antes de volver a dirigirse al testigo—. Inspector Warwick, cuando la sargento Roycroft y su equipo registraron el apartamento del sargento Summers, ¿buscaban algo en particular?

—Sí, señor. Un anillo de diamante muy valioso que mi compañera la agente Bailey había visto en su casa.

«¿Cuándo lo vio por primera vez?», añadió Booth Watson a la lista creciente de preguntas.

—¿Encontraron el anillo?

—No, señor. Sin embargo, ese mismo día el sargento Summers regresó de unas vacaciones en Málaga y su compañera, la señorita Karen Turner, llevaba el anillo en el anular de la mano izquierda.

Esa vez Booth Watson anotó la frase entera, subrayó el apellido Turner y añadió: «¿Venganza?».

—¿Determinaron cómo acabó el anillo en posesión del sargento Summers?

Booth Watson se levantó de golpe.

—Señoría, no hay ni una sola prueba de que mi cliente conociese siquiera la existencia de ese anillo y mucho menos de que estuviera en su posesión.

—Espero que mi distinguido colega no esté insinuando que la señorita Turner robó el anillo —repuso *sir* Julian, y suspiró—. O que el sargento Summers se fue de vacaciones con una joven que ya estaba comprometida con otro hombre.

Booth Watson se dejó caer en el asiento.

—Después de detener al sargento Summers, ¿lo interrogó sobre el robo del anillo?

—Sí, señor, pero se negó a responder a las preguntas, cosa que no me sorprendió.

Booth Watson volvió a ponerse en pie.

—Señoría, debo protestar. Un sospechoso tiene todo el derecho a negarse a responder a cualquier pregunta que le haga la policía antes de que se persone su representante legal en la comisaría.

—Tiene usted razón, señor letrado —dijo el juez, y se dirigió al testigo—. Limítese a los hechos, inspector. Sus opiniones no nos interesan.

William puso cara de haber aprendido la lección, pero sabía cuál era la siguiente pregunta de su padre.

—Sin duda, inspector, vamos a centrarnos en los hechos. Cuando su representante legal se personó en la comisaría, ¿se mostró Summers más comunicativo?

—No, señor —contestó William.

Quiso añadir: «Cosa que tampoco me sorprendió», pero se reprimió.

—Permítame volver a la pregunta a la que ha objetado mi distinguido colega.

¿Determinó cómo acabó el anillo en posesión del sargento

Summers?

—Sí, señor —dijo William—. Demostramos que la joyería Garrard's, del barrio de Mayfair, le había vendido el anillo al señor Van Haeften por tres mil trescientas libras.

Sir Julian hizo un viraje.

—¿Cuánto gana un sargento a la semana?

—Quitando los impuestos y la seguridad social, unas ciento veinticinco libras.

—¿No estará insinuando que el sargento Summers le robó el anillo al señor Van Haeften? —preguntó *sir* Julian para recuperar el rumbo anterior.

—No, señor. Lo robó un ladrón llamado Craig Harrison, a quien el sargento Summers detuvo unas semanas más tarde por un delito distinto. Cuando lo condenaron, Harrison pidió que se tuvieran en cuenta otros ocho delitos, entre ellos el robo de joyas y otros objetos de valor en un apartamento de Mayfair, incluido el anillo de compromiso de la señora Van Haeften.

Sir Julian hizo una pausa momentánea para que el jurado absorbiera esa información.

—Es decir, que cuando la señorita Turner y Summers volvieron de las vacaciones en Málaga, usted detuvo a Summers y lo denunció por receptación de un anillo robado de tres mil trescientas libras.

—Sí, señor.

—Señoría, la acusación quiere mostrar el anillo en cuestión para que el testigo lo identifique.

El juez asintió mirando al agente judicial, que se levantó y se acercó a las pruebas que ambas partes habían acordado. Comprobó la tablilla. El artículo número II: un anillo de diamante en una cajita de cuero de Garrard's.

Sacó el artículo, se acercó al estrado del testigo y le entregó la cajita al inspector.

—¿Es esa la cajita de Garrard's que ha mencionado antes?

—Sí, señor, es esta.

—Lo que es aún más importante, inspector Warwick, ¿contiene el anillo que le quitaron a la señorita Karen Turner cuando llegó a Inglaterra después de las vacaciones que pasó en Málaga con el sargento Summers? —preguntó *sir* Julian.

Booth Watson permitió que le apareciera en la cara la sombra de

una sonrisa.

William abrió la cajita y contempló el anillo de diamante unos segundos antes de decir:

—Sí.

Booth Watson miró a Lamont, que continuaba en la galería y, a juzgar por su expresión, no tenía dudas de que Warwick le había tendido una trampa. *Sir* Julian se inclinó y le susurró a Booth Watson:

—Gato escaldado…

—*Sir* Julian, tal vez el jurado debería ver la prueba —sugirió el juez.

—No podría estar más de acuerdo —respondió el representante de la acusación—. A menos que mi distinguido colega se oponga, por supuesto.

Booth Watson consiguió inclinar la cabeza con brusquedad. William le devolvió el anillo al agente judicial; después de que el juez lo examinase, se acercó al jurado y se lo entregó a la presidenta.

La presidenta estudió el anillo sin prisa y después todos sus compañeros hicieron lo mismo. La última persona en ver la prueba incriminatoria fue el señor Booth Watson, que le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Gracias, inspector Warwick, por su valiosa contribución —dijo *sir* Julian—. Le pido que permanezca en el estrado, ya que sospecho que el señor Booth Watson querrá interrogarlo también.

Un rumor expectante recorrió toda la sala mientras los presentes esperaban que el toro se enfrentase al torero.

—¿Desea interrogar al testigo, señor Booth Watson? —preguntó el juez Ramsden.

El abogado de la defensa se levantó despacio de la silla, pero ni siquiera miró a Warwick antes de dirigirse al juez y decir:

—No, señoría.

El rumor expectante se disgregó y se convirtió en una docena de preguntas sin responder mientras el abogado se sentaba de nuevo. Una vez más, William tuvo la sensación de que lo habían timado, ya que había pasado muchas horas preparándose para el encuentro. *Sir* Julian no parecía sorprendido en absoluto, si bien Grace se mostraba perpleja.

—¿Qué trama? —le susurró a su padre al oído.

—Acabamos de dejarlo en paños menores, así que ahora no le conviene interrogar a William. Booth Watson creía que la caja de Garrard's estaría vacía. Pero el Halcón no pensaba permitir que eso ocurriera dos veces.

—¿Crees que ahora se declarará culpable?

—Ni en broma. Booth Watson no tirará la toalla mientras tenga la menor oportunidad de conseguir que su cliente salga libre. Aun así, sabe que la agente Bailey es la única manera de volver al ruedo. Así que no bajes la guardia bajo ninguna circunstancia, porque es la única testigo a la que Booth Watson espera.

—*Sir* Julian, ¿está listo para llamar a su siguiente testigo? —intervino el juez.

—Sí, señoría. Sin embargo, con la venia de su señoría, voy a pedirle a mi ayudante que lleve a cabo el interrogatorio de esta testigo de parte de la acusación.

—Como usted desee, *sir* Julian.

La hija se levantó y sustituyó a su padre. Por el rabillo del ojo, Grace se percató de que Booth Watson prácticamente se relamía de las ganas. Puede que hubiera esquivado al escolano, pero estaba deseando enfrentarse a la chica del coro.

Grace miró al juez con seguridad, después al jurado y dijo:

—Llamo a la agente de policía Nicola Bailey.

29

—¿Estás segura de que ha picado? —preguntó Miles.

—Se ha tragado el anzuelo entero —dijo Christina—. Solo de pensar en que el Fitzmolean podía hacerse con un Rafael, se le ha iluminado la cara.

—Lástima que no lo vayan a conseguir. No es más que un peón en una partida mucho más grande, y vamos a sacarla del tablero.

Christina se sentía culpable por utilizar a su amiga, pero Miles le había descrito con mucha precisión cuál era la alternativa.

—¿La has autorizado para pujar un millón de libras en tu nombre y le has dejado claro que no puede superar esa cifra? Sobre todo, ¿sabe que no debe contarle a nadie que puja de tu parte?

—Ni siquiera a Tim Knox. No tiene ni idea de que no tendrá que cobrar el talón porque tú superarás la puja.

—¿Cómo ha reaccionado cuando le has ofrecido usar nuestros billetes del Alden? —preguntó Miles.

—Estaba abrumada. Pero le ha dado pena no poder venir a nuestra boda.

—Esperemos que nunca averigüe el verdadero motivo por el que no debemos arriesgarnos a que nos vean juntos en el Alden.

—Llamamos a la agente de policía Nicola Bailey —repitió el agente judicial, y su voz resonó por toda la sala.

Una joven entró en el juzgado; vestía una blusa blanca sencilla y una falda plisada por debajo de las rodillas. No llevaba joyas, solo un pintalabios muy discreto. Rebecca y ella le habían dado muchas vueltas al aspecto que debía presentar, pensando solo en el jurado.

Nicky se dirigió despacio hacia el estrado de los testigos sin

mirar ni una sola vez el banquillo, desde donde su antiguo amado no le quitaba ojo. El agente judicial le entregó una Biblia y Nicky prestó juramento sin mirar la tarjeta que tenía a su disposición.

Grace repasó la lista de preguntas que Clare y ella habían preparado a lo largo de varios días para dejar a Summers sin margen de maniobra y, al mismo tiempo, evitar las trampas que Booth Watson pudiera tenderle en adelante.

Clare le había dado instrucciones a Nicky de decir la verdad y admitir los errores que había cometido; también le había advertido que bajo ninguna circunstancia debía perder los estribos; si lo hacía, Booth Watson se aprovecharía de ello.

Grace le sonrió a la testigo, consciente de que debía de estar muy nerviosa.

—Por favor, diga su nombre y su rango para que conste en acta —le pidió Grace.

—Agente de policía Nicola Bailey.

—Cuando usted era miembro activa de la Policía Metropolitana, ¿para qué departamento trabajaba?

—Estaba vinculada a una unidad especial con sede en Scotland Yard que investigaba a policías corruptos. Mi última misión fue hacerme pasar por agente de a pie en Romford.

Booth Watson escribió «¿Última?» en el bloc de hojas amarillas.

—¿Por qué en Romford?

—La unidad investigaba al sargento Jerry Summers, un agente de la división de Romford de quien sospechábamos que participaba en actividades delictivas de carácter serio. Mi tarea era recabar información de campo, mientras que mi jefe inmediato, el inspector Warwick, trabajaba encubierto.

«De momento, todo bien», pensó William, que se había sentado al fondo de la sala.

—¿Cómo desempeñó la tarea?

—Al principio fui extremadamente cautelosa porque, si el sargento Summers hubiese pensado que podía trabajar con Scotland Yard, la operación habría fracasado por mi culpa.

—¿Qué información recopiló sobre la actividad de Summers?

—Empecé consultando los informes diarios y debo admitir que me causaron muy buena impresión. Su historial de detenciones también era insuperable, pero había alguna anomalía sin

justificación.

—¿Como por ejemplo?

—La venta de drogas en la zona estaba repartida entre dos familias muy conocidas y, mientras que el sargento Summers detenía de forma habitual a miembros de la familia Payne, los de la familia rival, los Turner, acostumbraban a librarse con una mera advertencia o una amonestación.

—¿Averiguó cuál era la explicación de esa evidente inconsistencia?

—Sí. Summers presumía abiertamente de tener un confidente dentro de la banda de los Turner que le suministraba información que había dado lugar a decomisos grandes de droga y a una serie de detenciones.

—¿Transmitió esa información a Scotland Yard?

—Sí. Comparto piso con otra miembro de ese mismo equipo, así que no era un problema.

Booth Watson escribió en el bloc amarillo: «¿Nombre y rango de la compañera de piso?».

—¿Intentó establecer el contacto con el sujeto durante la operación?

—Sí, pero al principio no me resultó fácil hacerlo sin que pareciese sospechoso —dijo Nicky—. Al fin y al cabo, Summers era sargento y, que él supiese, yo no era más que una agente en formación patrullando a pie por la calle. No obstante, un día me habló en el comedor de la comisaría y, cuando averigüé a qué *pub* solía ir después del trabajo, empecé a frecuentarlo con otra agente con la esperanza de verlo de nuevo.

—¿Y valió la pena?

—Al principio no. Pero una tarde mi amiga ya se había ido a hacer el turno de noche, y el sargento Summers me invitó a una cerveza. Acepté, aunque con mucha precaución, y en esa ocasión guardé las distancias.

Booth Watson anotó: «En esa ocasión guardé las distancias».

—Esa misma semana me invitó a ir al cine. Después fuimos a tomar algo a su apartamento, antes de que yo volviese a casa.

—¿Por qué accedió a ir a su apartamento? ¿No era un riesgo innecesario que podía poner en peligro toda la operación?

—Quería averiguar si en casa tenía cosas que pareciesen fuera

de lugar, cosas que no se pagan con el sueldo de un sargento.

—¿Y las había?

—Había mucho más que eso. El edificio en el que vivía estaba un poco viejo; le hacía mucha falta una mano de pintura y en el jardín había más hierbajos que flores. Pero, una vez dentro, la casa del sargento era harina de otro costal. Tenía todos los aparatos electrónicos de última generación y muebles de lujo que parecían de una tienda cara del West End. Había una excepción notable: las cortinas estaban viejas y desgastadas.

—¿Por qué motivo? —preguntó Grace con inocencia.

—Para que se correspondieran con las de los demás apartamentos del edificio y no llamasen la atención desde fuera. Me sorprendió sobre todo lo bien que había equipado el apartamento, porque sabía que Summers estaba orgulloso de venir de una familia de clase obrera como yo, así que lo que le permitía tener ese estilo de vida no podía ser dinero de la familia.

—¿Informó de esas dudas al agente al mando de la operación?

—Informé de inmediato a mi compañera de piso, la agente Pankhurst, que era miembro del equipo. Se lo relaté la mañana siguiente.

Booth Watson escribió en el bloc: «¿De inmediato? ¿FECHA?».

—¿Le explicó Summers cómo era posible que tuviese tantos artículos de lujo con el sueldo de sargento?

—A mí no, pero un día que estábamos en el *pub*, él celebraba otra detención, y lo oí decirle a uno de los agentes jóvenes que, cuando pillaba a un ladrón, uno o dos de los objetos robados podían perderse por el camino. «Gajes del oficio», dijo y no parecía que le importase si alguien lo oía.

Booth Watson habló antes de levantarse de la silla al otro extremo de la mesa.

—¿Dice que lo oyó, señoría? No le sabría poner un ejemplo más evidente de habladurías.

—Estoy de acuerdo, señor Booth Watson —dijo el juez, y se volvió hacia el jurado para darles instrucciones—: Olviden la última afirmación de la testigo.

—Cuando hubo recabado suficientes pruebas para detener al sargento Summers —dijo Grace—, ¿por qué no regresó a Scotland Yard y solicitó una orden de registro?

—Sé que debería haberlo hecho —respondió Nicky—, pero me avergüenza reconocer que para entonces, como tantas otras antes que yo, me había enamorado de él y quería darle el beneficio de la duda.

—¿No le transmitió lo que había averiguado a la agente Pankhurst?

—No de inmediato. Lo hice más adelante.

«Más adelante, pero ¿cuándo?», escribió Booth Watson en el bloc y soltó la pluma, aunque enseguida tuvo que volver a cogerla.

—¿Se acostó con el sargento Summers? —preguntó Grace.

La pregunta era directa y provocó gritos ahogados y expresiones de sorpresa de todos los presentes, pero Grace sabía que tenía que hacer que constase en acta antes de que Booth Watson interrogase a Nicky.

—Sí, a pesar de que había encontrado pruebas que bastaban para cerrar el caso.

—¿Qué pruebas tenía?

—Encontré una cajita de cuero junto a la cama de Summers que contenía un anillo de diamante. Parecía tan caro que supe que solo podía haberlo conseguido de una manera.

—¿Cogió el anillo para ofrecerlo como prueba?

—No. Summers me lo puso en el dedo anular y cuando llegué a casa a la mañana siguiente le dije a Rebecca…

—¿A Rebecca?

—La agente Pankhurst. Que estaba comprometida.

—Con el sargento Summers.

—No, con un agente inmobiliario de Croydon.

—¿Cómo se tomó ella la noticia?

—Cuando vio el anillo, me di cuenta de que no se lo creía.

—¿Y por qué no le contó la verdad?

—En ese momento estaba convencida de que Jerry quería casarse conmigo. Tenía la esperanza de conseguir que se reformase y de parar la investigación.

—Entonces, ¿hizo la vista gorda?

—Sí —admitió Nicky—. Pero enseguida cambié de parecer.

—¿Qué provocó ese cambio?

—Cuando le dije a Jerry que estaba embarazada, él no intentó ocultar su parecer y enseguida me sugirió que abortase.

—¿Cómo respondió usted a esa sugerencia?

—Le dije que ni hablar. Que quería tener el bebé. Sin embargo, no tardó en quedarme claro que el anillo de compromiso no era más que otro engaño y llegué a preguntarme cuántas mujeres más lo habían llevado antes que yo.

—Pero no querer un hijo no demuestra que él ya no sintiese nada por usted.

—La prueba definitiva la tuve una semana después, cuando volví al apartamento al acabar el turno de tarde. Entré con mi llave y lo encontré todo hecho un desastre, como de costumbre, así que me puse a recoger. Empecé fregando los platos en la cocina y a continuación fui al dormitorio. Cuando fui a hacer la cama, encontré la ropa interior de otra mujer. Me di cuenta de que era su manera de decirme que había pasado página.

—¿Qué hizo en ese momento?

—Me enfadé tanto que saqué la ropa del armario, les corté las mangas a las chaquetas y a las camisas y corté las perneras de los pantalones.

Una de las mujeres del jurado sonrió.

—¿Se marchó después de hacer eso?

—No. Fui a la cocina, busqué el martillo y destruí todas las cosas de las que él estaba tan orgulloso. Ahora soy consciente de que fue la mayor estupidez que podía haber cometido.

—¿Por qué? —preguntó Grace.

—Porque destruí pruebas que habrían servido para condenarlo.

—Pero se quedó el anillo de diamante.

—No, me lo quité y se lo dejé en la mesita de noche. Sabía que la policía lo encontraría cuando registrasen la vivienda.

Booth Watson no paraba de escribir.

—¿Y la cajita de cuero en la que había visto el anillo?

—Me la llevé cuando me fui de allí.

—¿Por qué lo hizo?

—En el interior estaba impreso el nombre y la dirección de la joyería, así que supuse que uno de mis compañeros de Scotland Yard seguiría esa pista.

—¿Se llevó algo más del apartamento?

—Algunos efectos personales. Pero encontré la agenda de Summers y, mientras arrancaba las páginas, vi que esa misma noche

tenía una cita en el *Playboy* Club de Mayfair.

—¿Con quién?

—No tengo ni idea, en la agenda no lo ponía. No obstante, le escribí una nota al inspector Warwick para avisarlo de que Jerry tramaba algo y se la metí en el buzón de su puerta de camino a casa.

—Y el resultado de descubrir esa prueba crucial fue la detención del sargento Summers y de otro agente de policía que acaba de abandonar el cuerpo.

—Así es, pero no olvidemos que yo no era más que un miembro de un equipo muy profesional y muy dedicado.

—Si reflexiona sobre ese periodo —dijo Grace—, ¿se arrepiente de algo?

—Si no se arrepiente ahora, lo hará cuando haya acabado con ella —musitó Booth Watson a volumen suficiente para que Grace lo oyese.

—Sí, me arrepiento —dijo Nicky, y miró a Summers por primera vez, aunque ya no le tenía miedo a esa mirada penetrante—. No debería haber tenido una relación tan cercana con el sospechoso y, cuando ya sabía cuál era el alcance de su actividad delictiva, debería haberle dado el parte de mis indagaciones al inspector Warwick de inmediato y dejar que él me relevase. Pero permití que mis sentimientos me confundiesen.

—Es un error muy humano —dijo Grace, y miró al jurado— que cualquiera de nosotros podría haber cometido, dadas las circunstancias.

William sonrió. Nicky podía resultar ingenua y un poco necia, pero cuando el inspector miró al jurado, todos parecían empatizar y comprender lo que ella había sufrido.

—Gracias, agente Bailey, por un testimonio honesto y sincero. Estoy segura de que el jurado lo tendrá en cuenta durante las deliberaciones. —Grace sonrió—. Por favor, no se mueva del estrado; es posible que mi distinguido colega quiera interrogarla.

—¿Quiere interrogarla, señor Booth Watson? —preguntó el juez, que lo miraba desde su puesto elevado.

—Una o dos preguntas nada más, señoría —declaró Booth Watson mientras se levantaba despacio de su posición sedentaria.

Le ofreció a Nicky una sonrisa cálida antes de decir:

—No la entretendré mucho tiempo, señorita Bailey, pero me gustaría preguntarle si ha oído la expresión «no hay mayor peligro que una mujer despechada».

—Sí —respondió Nicky con precaución.

—Yo diría que «mujer despechada» es una descripción más acertada de usted que «honesta y sincera».

Pronunció esas dos palabras con sarcasmo.

—Eso es lo que usted opina —repuso Nicky.

Grace se permitió sonreír.

—Así es, sin duda, señorita Bailey. Por eso quiero que se lo piense bien antes de responder a mi siguiente pregunta, porque estoy seguro de que no hará falta que le recuerde que el perjurio es un delito serio, sobre todo cuando lo comete un miembro de las fuerzas policiales.

Miró al jurado antes de decir:

—¿Cuánto tiempo llevaba manteniendo relaciones sexuales con el sargento Summers cuando usted…?

Grace se levantó enseguida.

—Señoría, ¿es esa cuestión relevante? La agente Bailey ya ha admitido su indiscreción. ¿No basta con eso?

—Ni mucho menos, señoría —dijo Booth Watson antes de que el juez Ramsden tuviera oportunidad de contestar—. Si lo que queremos es contar la verdad y descubrir quién miente con descaro, el comportamiento de la señorita Bailey es un dato primordial para este caso.

—Vaya al grano, señor Booth Watson —dijo el juez con seriedad.

—Como usted desee, señoría. Sencillamente, me cuesta creer que la relación de la señorita Bailey con el sargento Summers fuese tan fugaz y casual como ella afirma, teniendo en cuenta que hace un mes dio a luz a su hijo. Las fechas no cuadran —dijo recalcando todas las palabras—. Por lo tanto, debo preguntárselo de nuevo: señorita Bailey, ¿cuánto duró la relación?

—Unas semanas.

—Yo diría que fueron meses.

—Semanas —le espetó Nicky.

—Ahora que hemos dejado claro que usted y el acusado mantuvieron una relación de carácter sexual de larga duración,

quizá deberíamos pasar a su relato de cómo encontró el anillo de diamante que, según usted, halló en su apartamento al día siguiente de haberse acostado con el sargento Summers por primera vez. Porque, una vez más, las fechas no cuadran.

Booth Watson estiró el brazo, y su ayudante le entregó una hoja de papel.

—Quizá podría explicarnos esta circular que su compañera de piso, la agente Pankhurst, le dio al sargento Paul Adaja; ambos son miembros del equipo al que está usted tan orgullosa de pertenecer, según le ha dicho al tribunal.

Miró el memorando y leyó en voz alta:

—«La mañana del 30 de mayo, cuando la agente Bailey vino a desayunar, llevaba un anillo de diamante que yo no había visto hasta entonces y que parecía extremadamente caro».

Nicky se agarró a los laterales del estrado y empezó a temblar sin control.

—Quizá haya olvidado, señorita Bailey, que en un procedimiento penal ambas partes tienen la obligación legal de revelar las pruebas de las que disponen y que puedan resultar relevantes para el caso. Esta bomba apareció humeando entre las doscientas treinta y tres pruebas que se entregaron.

—Eso no cambia el hecho de que la caja de Garrard's demuestra que el anillo lo robó un ladrón que más tarde detuvo el sargento Summers —dijo Nicky a modo de defensa.

—O tal vez demuestre cómo usted consiguió el anillo, señorita Bailey. Y que después de descubrir que esa patata estaba demasiado caliente, lo dejó en el apartamento de su amante para incriminarlo a él.

—Lo que insinúa es ridículo —dijo Nicky casi a gritos.

—Entonces, quizá podría decirnos cuándo fue la primera vez que la agente Pankhurst la vio en el apartamento que comparten con el anillo puesto.

—El día después de que Jerry me propusiera matrimonio.

—¿Le propuso matrimonio, señorita Bailey?

—No me hizo la pregunta en cuestión, pero me puso el anillo.

—No hay pruebas de ello, solo lo que usted dice —contestó Booth Watson.

—Pero devolví el anillo y le di la cajita de Garrard's a la agente

Pankhurst suponiendo que ella se la entregaría al sargento Adaja, cosa que hizo.

—Eso no lo dudo, señorita Bailey. No obstante, me interesa más cuánto tiempo transcurrió entre que su compañera de piso le viera el anillo la primera vez y que usted le diese la cajita de Garrard's. Porque, una vez más y por desgracia, las fechas no encajan.

Booth Watson levantó otra circular.

—Al parecer, usted se quedó el anillo un tiempo considerable antes de dejarlo en un lugar donde, cito su testimonio: «Lo encontraría la policía al registrar su casa». No sería de extrañar que el jurado se plantease quién es la culpable en este caso y quién le ha hecho una encerrona a un hombre inocente.

—Summers es el culpable y lo único que me interesaba era conseguir suficientes pruebas para que se hiciera justicia.

—Pues tardó mucho —bramó Booth Watson, y no esperó a que Nicky se recompusiera antes de añadir—: Empiezo a pensar, señorita Bailey, que en realidad fue usted quien robó el anillo y que el sargento Summers no dijo nada porque no quería que la detuviesen y la condenasen a ir a la cárcel.

—¿Cómo iba a ser posible si el anillo lo robaron antes de que nos conociésemos?

Sir Julian se permitió sonreír.

—Solo tenemos su palabra para demostrar cuándo se conocieron.

—¡Se está inventando cosas sobre la marcha! —gritó Nicky.

—Tal como ha hecho usted desde que se subió al estrado de los testigos.

—Lo siguiente será que me acuse de plantar el anillo junto a la cama a modo de venganza.

Grace hizo una mueca, mientras que *sir* Julian agachó la cabeza.

—Mi enhorabuena, señorita Bailey, por anticiparse a mi siguiente pregunta. Tal como usted acaba de admitir, el acusado fue el que puso fin a la relación.

Hizo una pausa y miró al jurado durante unos segundos antes de decir:

—Quizá porque descubrió que era una policía corrupta; su único delito fue hacer la vista gorda.

El abogado de la acusación se levantó de inmediato.

—No tendría que recordarle, *sir* Julian —dijo el juez con tono cortés— que no es usted quien ha interrogado a esta testigo de parte de la acusación.

Sir Julian se sentó sin prisa mientras Grace se levantaba con timidez, aunque no estaba segura de qué había querido decir su padre.

—Señoría —empezó vacilante—, la agente Bailey no es la que se somete a juicio.

—Eso es lo que usted piensa —musitó Booth Watson, que no se había sentado.

—Ya he admitido que Jerry y yo tuvimos una relación, cosa que lamentaré el resto de mi vida —soltó Nicky.

—Así es, señorita Bailey, lo ha admitido —dijo Booth Watson—. Pero lo que al parecer no lamenta es haberle cortado la ropa, haberle roto los muebles, haberle destrozado los aparatos electrónicos, haber hecho trizas la vajilla de su madre y, por último, haberle plantado un anillo de diamante en la mesilla de noche «a modo de venganza», como ha dicho usted misma.

Los reporteros presentes en la sala no paraban de escribir.

—¡No es verdad! —gritó Nicky.

—¿No saqueó el apartamento después de que él la dejase?

—No, lo que no hice fue plantar el anillo.

—Pero sí le destrozó la casa a su amante.

—No era más que lo que se merecía.

—¿No sería porque usted misma quería destrozar las pruebas?

—¡Quería destrozarlo a él!

William agachó la cabeza.

—Gracias por esa respuesta honesta y sincera, señorita Bailey, porque creo que con ella se demuestra la inocencia de mi cliente —dijo Booth Watson— y me permite recordarle al jurado las palabras de William Congreve: «No hay mayor peligro que una mujer despechada». Me pregunto, señorita Bailey, si recuerda la siguiente frase de la obra de teatro.

Nicky lo miró con cara de póquer.

—Permítame que le refresque la memoria: «Puesto que el amor a menudo se convierte en la peor venganza».

Sir Julian se levantó, pero recordó que él no era el que interrogaba a la testigo; de ser así, habría corregido a su adversario,

que había citado mal a Congreve a propósito. Booth Watson le clavó una mirada asesina a la oponente que acababa de derribar y después se volvió hacia el juez y dijo:

—No tengo más preguntas, señoría.

—Has hecho todo lo que se podía esperar en estas circunstancias —le dijo *sir* Julian a Grace.

Iban de camino al Lincoln's Inn, y el juez había suspendido el juicio hasta la siguiente jornada.

—Nicky debería haber sabido que no le convenía perder los estribos con Booth Watson y dejar que lo convirtiera en algo personal —dijo Clare.

—Lo siento, pero para ella era personal —repuso *sir* Julian.

—Sabe Dios cuántas veces le habré dicho que mantuviera la calma por muchas tretas que intentase Booth Watson —comentó Grace.

—Lo peor de todo —continuó *sir* Julian— es que, gracias a lo mal que lo ha hecho la agente Bailey, Booth Watson puede decirle a su cliente que ya no es necesario que él testifique.

—Yo también lo creo —respondió Grace—. Pero estoy segura de que el jurado se dará cuenta de quién es el culpable, ¿no?

—Yo sé que Summers es culpable, tú sabes que es culpable y Booth Watson sabe que es culpable, sin lugar a dudas —dijo *sir* Julian—. Pero al final es el jurado el que decide a quién cree.

—Creo que todavía tenemos el cincuenta por ciento de posibilidades —intervino Clare—. Al fin y al cabo, el jurado debe elegir entre una joven susceptible y el hombre que la engañó, que ni siquiera se va a subir al estrado para defenderse.

—Cosa a la que tiene legítimo derecho, como dirá el juez —les recordó *sir* Julian—. Habrá que esperar que el jurado se acuerde del testimonio de William y de que BW prefirió no interrogarlo después de que declarase que Summers les había suministrado droga a delincuentes conocidos a cambio de dinero en metálico.

—Pero no tenemos los billetes numerados para demostrarlo —dijo Grace—. De lo contrario, Lamont tendría que estar en el banquillo de los acusados con Summers.

—Pero tenemos el anillo robado que le dio a su siguiente novia,

que era ni más ni menos que la hija del traficante —añadió Clare.

—Tendremos que mantener la esperanza de que el jurado se haya dado cuenta de eso —dijo *sir* Julian.

—Otro motivo más para que Booth Watson no permita que Summers testifique —opinó Grace.

—Hasta se las ha arreglado para citar mal a Congreve para apoyar su tesis —se lamentó *sir* Julian.

—¿Por eso te levantaste a interrumpirle? —preguntó Grace.

—Busca la cita —repuso su padre.

—Al menos podrás corregirlo durante la recapitulación al final —dijo Clare cuando ya llegaban a Essex Court.

—Citar mal a Congreve no tendrá ningún efecto en el jurado mientras BW repita las palabras «historial de detenciones», «reconocimientos» y «más allá de toda duda razonable» durante su recapitulación y se olvide de mencionar el anillo y cualquier otro bien robado de los que Nicky destruyó.

—Pues tendrás que mencionarlos tú una y otra vez cuando acabes —sugirió Clare.

—Y lo haré. Pero es una pena que BW vaya a ser el último en hablar.

—No, el último en hablar será el juez —le recordó Grace a su padre mientras subían la escalera al despacho.

—Pero su deber es presentar ambas partes del caso de manera objetiva al tiempo que le recuerda al jurado que el veredicto debe ser unánime y, sobre todo, más allá de toda duda razonable.

—Sigo pensando que tenemos el cincuenta por ciento de las posibilidades —insistió Clare.

30

A la mañana siguiente, *sir* Julian se levantó temprano y no solo porque no pudiese dormir. Tenía que ensayar la recapitulación ante los pájaros del amanecer y conseguir su aprobación.

Encendió la luz de la mesilla de noche, se puso la bata y se acercó al escritorio sin hacer ruido. Cogió las notas, se miró al espejo y empezó:

—Señoría, miembros del jurado, este ha resultado ser un caso extraordinario y me gustaría decir que, al final, todo se reduce a si ustedes creen a una persona o a otra. Por un lado…

Cuarenta minutos más tarde, acabó con las palabras:

—Confío en que el jurado empleará el sentido común a la hora de acordar un veredicto y en que serán muy conscientes de quién es el culpable.

Sin embargo, ¿lo serían?, se preguntó cuando apartó el guion. Todavía no sabía con seguridad de qué lado estaría el jurado, y el hecho de que Booth Watson fuese a hablar después de él y tuviera la última palabra antes de la recapitulación del juez no jugaba a su favor. Decidió prepararse un té; después se vestiría e iría al despacho a ver si Grace o Clare tenían alguna sugerencia de última hora.

De camino a la cocina se detuvo a recoger el periódico de la mañana del felpudo. Vio el titular del *Telegraph* y renegó en voz alta. Tras leer el artículo de primera plana, volvió a renegar aún más alto.

—¿Crees que lo declararán culpable? —preguntó Beth mientras sacaba otro huevo frito de la sartén y se lo ponía a William en el

plato.

—Va a estar muy ajustado —contestó él—. Puede que piensen que no hay suficientes pruebas para condenarlo, sobre todo después de que Booth Watson se inventase una cita acerca de la venganza que Congreve no escribió.

—¿Por qué no lo corrigió tu padre?

—No podía mientras fuese Grace la que actuaba en nombre de la acusación.

—Pero hace una semana me dijiste que, según él, era un caso muy sencillo.

—Quizá lo habría sido si el agente de incógnito hubiera podido detener a Summers cuando salía de casa de Payne para quitarle la bolsa de Sainsbury's que llevaba.

—¿Y por qué no lo hizo?

—No es tan fácil detener a dos personas si no tienes refuerzos. A menos que seas James Bond, claro.

—¿Y en el *Playboy* Club? Allí tuviste otra oportunidad.

—Estamos en las mismas, aunque, gracias a Nicky, por lo menos me enteré de lo que hacían Summers y Lamont.

—De todos modos, tenéis el anillo como prueba —dijo Beth, y se puso a dar de comer a los mellizos.

—Sí, pero Nicky tardó mucho en admitir cuándo lo vio por primera vez, y eso juega en nuestra contra —dijo William.

Le echó un vistazo al *Daily Mail* de Beth.

—Lo que me faltaba —se quejó después de leer el titular principal de la primera plana.

Esa mañana Grace no se molestó en desayunar, sino que repasó la recapitulación de *sir* Julian una vez más antes de salir hacia el despacho.

—Es tu padre en su versión más convincente —dijo Clare cuando Grace le hubo leído la peroración.

—Yo también lo creo —respondió la hija.

En ese momento, el periódico cayó sobre el felpudo e hizo un ruido sordo.

—Pero no sé si al final el jurado le dará el beneficio de la duda a Summers.

—No falta mucho para saberlo. Ve a por el periódico mientras preparo el café, ¿vale?

Clare encendió el hervidor de agua justo cuando Grace salía de la cocina. Al cabo de un momento, oyó una sarta de improperios que venían del pasillo y fueron aumentando a medida que su compañera volvía a la cocina. No era el tipo de lenguaje propio de alguien que esperaba que la nombrasen consejera de la reina.

Grace irrumpió en la cocina y lanzó el *Guardian* sobre la mesa.

—Esto nos lo pone aún más difícil.

Mientras repasaba la última intervención de cara al jurado, Booth Watson pensaba que el veredicto aún pendía de un hilo. Daba cuenta de un desayuno inglés en su mesa favorita del Savoy Grill. Estaba contento de haber convencido a Summers de que no debía testificar. No valía la pena correr ese riesgo, le había repetido varias veces. Era muy posible que durante su recapitulación *sir* Julian mencionase hasta al fantasma de Banquo, pero al menos él tenía la ventaja de ir después de su viejo rival y poder pagarle con su misma moneda antes de que el juez se dirigiese al jurado.

Hizo una o dos enmiendas a su guion y al acabar lo apartó y cogió el ejemplar de *The Times*. Se le quedó el café frío mientras leía el artículo de la primera plana por segunda vez.

—¿Quiere más café, señor? —le preguntó un camarero servicial.

—No —contestó Booth Watson con brusquedad—. Tráeme todos los periódicos de la mañana y pónmelos en la cuenta. Ahora mismo.

—Sí, señor —dijo el camarero, y echó a correr.

Booth Watson leyó el artículo por tercera vez y sonrió. Las probabilidades ya no estaban al cincuenta por ciento. Se puso a reescribir el último párrafo de su recapitulación.

La sala estaba llena mucho antes de la hora a la que se esperaba al juez, y el público ansiaba que se levantase el telón para ver el último acto.

Sir Julian ya había preparado el atril, y Grace comprobaba una vez más que las páginas del manuscrito estuviesen en orden. Clare se había sentado detrás de ellos, preparada para consultas urgentes

en caso de que surgiera cualquier cosa que no habían anticipado.

Booth Watson estaba tan tranquilo en su extremo de la mesa y fue la única persona de la atestada sala que saludó al acusado cuando ocupó su puesto en el banquillo, acompañado por dos agentes que tenían cara de querer que intentase escapar.

Cuando apareció el juez, todos los presentes en la sala se pusieron en pie e hicieron una reverencia. Él los saludó con otra reverencia y se sentó en la silla de respaldo alto que había en el centro de la plataforma elevada. Una vez acomodado, miró al jurado por encima de las gafas de lectura y sonrió. Por último, se dirigió al abogado de la acusación.

—*Sir* Julian, ¿está usted listo para hacer su recapitulación?

—Así es, señoría —dijo el líder de la acusación.

Se levantó de la silla, se tiró de la toga y se recolocó la peluca, con lo que demostró que había cosas que no cambiaban.

—Señoría, miembros del jurado, este ha resultado ser un caso extraordinario y me gustaría decir que, al final, todo se reduce a si ustedes creen a una persona o a otra. No les tendría en cuenta que hubieran olvidado quién se sometía a juicio, ya que el acusado se negó a responder a las preguntas cuando lo detuvieron, hizo lo mismo en presencia de mi distinguido colega y, por último, nos han privado de las explicaciones que podría haber ofrecido de haber aprovechado la oportunidad de contar su versión de los hechos desde el estrado. Más o menos como el fantasma de Banquo, al que vemos en el escenario, pero no responde a las preguntas de Macbeth.

—Porque está en su derecho —gruñó Booth Watson desde su posición sedentaria al otro extremo de la mesa de los abogados.

Sir Julian se volvió, le sonrió a su rival y dijo:

—Por fin encontramos algo en lo que ponernos de acuerdo.

Uno o dos miembros del jurado también sonrieron.

—De haberlo hecho, señoría, yo podría haberle preguntado por qué había entrado en casa de uno de los principales narcotraficantes a la una de la madrugada y qué contenía la bolsa de Sainsbury's que llevaba en la mano cuando salió de allí veinte minutos más tarde. Quizá haya una explicación sencilla. De ser así, nos hemos quedado sin la oportunidad de conocerla.

»Se preguntarán —continuó, y se volvió para estar de cara al

jurado— por qué motivo el acusado fue en coche a la casa de otro traficante igual de conocido. Era evidente que este lo esperaba, ya que, tal como el inspector Warwick señaló, le abrieron la puerta de par en par para darle la bienvenida incluso antes de que él pudiera llamar con los nudillos. Cuando Summers salió de allí media hora más tarde, ya no tenía consigo la bolsa de Sainsbury's. ¿Qué podía haber dentro?, se preguntarán. Tal vez les llevase la compra de la semana.

Con eso provocó que más de un miembro del jurado sonriese.

—También está la visita misteriosa al *Playboy* Club, donde al parecer lo vieron deshacerse de una gran cantidad de dinero. Pero ¿lo perdió o era un simple intercambio? Porque tres horas más tarde salió del club con un talón por valor de casi la misma cantidad con la que había empezado. No me cabe duda de que para esto también hay una explicación sencilla, pero no ha querido compartirla con nosotros.

»Más inexplicable todavía es que tuviera en su posesión un anillo de diamante cuyo valor superaba las tres mil libras y que la agente Bailey encontró en su apartamento. Mi distinguido colega ha intentado, con mucha destreza, culpar a la agente con la excusa de que las fechas no cuadran. Voy a decirles una fecha que no cuadra y que mi distinguido colega ha evitado mencionar: el ladrón que robó el anillo en una casa de Mayfair fue detenido, denunciado y encarcelado de forma preventiva en mayo, mucho antes de que la agente Bailey conociese al acusado, de modo que no puede haber sido ella quien robase el anillo. Y ese hecho acota mucho las posibilidades.

»Si el acusado hubiese testificado y hubiera jurado decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, yo habría tenido la tentación de preguntarle cómo acabó siendo propietario del último modelo de televisor de Sony, un reproductor y grabador de VHS y dos relojes de diseño, por no hablar del último modelo de Jaguar y muebles dignos de una mansión de Mayfair y no de un pequeño apartamento de Romford.

»Sin embargo, mi distinguido colega y yo estamos de acuerdo en una cosa. —*Sir* Julian miró a Booth Watson, que tenía la cabeza gacha y daba la impresión de haberse dormido—. Estamos de acuerdo en que solo una persona tenía la capacidad de robar todos

esos artículos, el anillo incluido. —Se volvió de nuevo hacia el jurado—. Sin lugar a dudas, no fue una joven ingenua e impresionable que, quizá con poco criterio, se enamoró del acusado y acabó dando a luz a su hijo. Un hijo que él no ha reconocido. De hecho, se fue de vacaciones con otra mujer mientras la agente Bailey estaba embarazada y, al volver de esas vacaciones, la otra mujer llevaba el anillo de compromiso. Miembros del jurado, tal vez se pregunten cómo puede un hombre caer tan bajo, cómo puede intentar culpar a una joven inocente, a la madre de su hijo, del robo de un anillo. Y todo para salvar el pellejo.

»Antes de que se retiren a deliberar, les pido que piensen en otro aspecto importante de este caso. Si el sargento Summers puede desobedecer la ley y salir indemne tras haber cometido delitos indignantes, ¿qué mensaje manda eso a los miles de policías decentes y dedicados de todo el país que llevan a cabo su trabajo con abnegación y coraje, día tras día, al servicio de la ciudadanía?

»Estoy convencido de que, cuando hayan sopesado todas las pruebas, la conclusión solo debe ser una: que el sargento Jerry Summers es una persona corrupta y sin escrúpulos que debe afrontar las consecuencias de sus actos, aunque sea solo para demostrarle a la ciudadanía que nadie está por encima de la ley.

Sir Julian se volvió por última vez hacia el jurado antes de decir casi entre susurros:

—A tal fin, el único veredicto que deben acordar es el de culpable.

Cuando *Sir* Julian se sentaba, hubo una oleada de murmullos que sugería que la mayoría de los presentes en la sala estaban de acuerdo con él. Los periodistas seguían escribiendo con cara de saber a ciencia cierta que el veredicto ya estaba decidido y que, en consecuencia, solo había un titular posible para las primeras planas del día siguiente: «culpable».

El juez esperó a que todos se calmasen antes de dirigirse al otro extremo de la mesa de los letrados, donde el abogado de la defensa estaba no solo muy despierto, sino impaciente por batallar.

—Señor Booth Watson, ¿está preparado para hacer su discurso final en nombre de su cliente? —le preguntó el juez.

—De sobra, señoría.

Booth Watson se levantó y no se molestó en tirarse de la toga ni

colocarse bien la peluca. Miró los siete puntos que había escrito en mayúsculas en el reverso de un sobre. Él también había pasado la noche en vela.

EL HOMBRE.

—Miembros del jurado —dijo, y los miró por primera vez ese día—. ¿No les pasa que a veces les gustaría oír la contrapartida de una historia? El hombre que hoy sometemos a juicio ha servido en el cuerpo de Policía a lo largo de siete años, durante los cuales ha alcanzado el rango de sargento con un expediente sin mácula.

No apartaba la mirada del jurado.

—En tres ocasiones distintas ha recibido reconocimientos por el excelente trabajo que ha llevado a cabo en nombre de su comunidad. ¿Puede ser este el mismo hombre que ha descrito la acusación? Yo creo que no.

LOS BIENES QUE SE HALLARON EN SU CASA.

—La acusación les ha contado que la vivienda del acusado estaba llena de aparatos electrónicos caros y artículos de lujo. ¿No les extraña que no hayan ofrecido ninguno de esos objetos como prueba? El motivo, según nos han dicho, es que los destruyó una agente de Scotland Yard, la agente Bailey, antes de que la policía pudiera registrar el domicilio. Quizá se pregunten qué más encontraron cuando removieron todo lo que había en el apartamento de mi cliente. —Hizo una pausa—. Un organizador de escritorio de plata, un par de relojes y un Jaguar con cargo a una tarjeta de crédito. No es precisamente el asalto al tren del dinero.

Uno de los miembros del jurado reprimió una sonrisa.

LA DROGA.

—La acusación ha ahondado en el hecho de que el

acusado visitó al líder de una banda de narcotraficantes de noche, ya de madrugada. Pero ¿acaso no es el trabajo de la policía hacer redadas a los sospechosos de traficar cuando menos se lo esperan, a fin de encontrar las pruebas que permitan llevarlos ante la justicia? Es un trabajo que muchos de nosotros no querríamos desempeñar en plena noche, cuando preferimos estar seguros y arropados en la cama. Demos las gracias al sargento Summers por estar dispuesto a aceptar la responsabilidad de un trabajo tan exigente y peligroso.

»Si el agente encubierto que llevaba vigilándolo día y noche tenía tantas ganas de averiguar qué había en la bolsa de Sainsbury's la noche en cuestión, ¿por qué no detuvo al sargento Summers y le echó un vistazo? Quizá ni siquiera estuviera allí.

Grace se acercó a su padre y le susurró:

—Supongo que se da cuenta de que los agentes encubiertos permanecen encubiertos, que son precisamente para eso.

—Por supuesto que sí —contestó *sir* Julian—. Pero no está hablando para nosotros, sino para el jurado.

EL *PLAYBOY* CLUB.

—Al parecer, miembros del jurado, ahora visitar el *Playboy* Club y disfrutar de una velada divertida tras un duro día de trabajo es un delito. Y es un delito aún mayor salir del club casi con la misma cantidad de dinero que con la que entraste.

Booth Watson le provocó otra sonrisa a otro miembro del jurado.

—El inspector Warwick quiere que ustedes crean que el acusado cometía una ilegalidad al jugar a la ruleta. Si ese fuera el caso, ¿por qué tampoco lo detuvo en esa ocasión? Pues porque, una vez más, sabía que el sargento Summers no tenía nada que esconder.

Booth Watson miró la lista.

EL ANILLO.

—Pasemos a la prueba de la que depende toda esta farsa. Un anillo con un diamante que apareció en la mesilla de noche del sargento Summers. ¿Cómo llegó allí?, se preguntarán. La señorita Bailey ha testificado que ella lo dejó en la mesilla antes de volver a su casa. Si dice la verdad, ¿por qué no se lo entregó a sus superiores de Scotland Yard a la mañana siguiente? De haberlo hecho, el caso podría haberse resuelto allí mismo, y la agente Bailey habría recibido un reconocimiento por un trabajo extraordinario en lugar de levantar sospechas sobre su honestidad y sobre cómo acabó el anillo en sus manos. Tal como diría mi distinguido colega, no me extraña que ustedes se lo pregunten. ¿Cabe la posibilidad de que la señorita Bailey no sea tan ingenua e inocente como mi distinguido colega quiere que ustedes piensen?

»Al fin y al cabo, sabemos que llevó el anillo durante al menos un mes, tal vez más, y cuando las cosas se torcieron, volvió al apartamento del acusado en un momento en el que él se había ausentado y lo dejó en la mesilla de noche, esperando que lo encontrasen los agentes de Scotland Yard que a la mañana siguiente se presentarían allí con toda la caballería para registrar la vivienda. Por desgracia, no encontraron el anillo. Así que la pregunta lógica es quién lo robó.

RELACIONES PERSONALES.

—La acusación ha recalcado varias veces que, cuando la señorita Bailey dio a luz, el sargento Summers se comportó de manera insensible y no los visitó ni a ella ni al bebé. Una vez más, la señorita Bailey solo les ha contado su parte de la historia. Lo que no les ha hecho saber, miembros del jurado, y el juez lo confirmará, puesto que él mismo lo ordenó, es que en ninguna circunstancia debía el acusado ponerse en contacto con la señorita Bailey antes del comienzo del juicio, bajo pena de la anulación de su libertad bajo fianza. Mi

cliente se toma la ley al pie de la letra, y ella lo condena por ello —protestó Booth Watson sin quitarle ojo al jurado.

RESUMEN.

—Miembros del jurado, la acusación ha llegado a insinuar que, si no declaran culpable a mi cliente y el juez no lo condena a un largo periodo de encarcelamiento, les estaremos diciendo a sus compañeros de la policía que pueden quebrantar la ley con impunidad. De hecho, lo cierto es lo contrario. Si consideran que el sargento Summers no es culpable, sus compañeros de profesión sabrán que un hombre inocente no tiene por qué temer las acusaciones falsas e infundadas de una mujer vengativa, siempre y cuando comparezca ante un jurado que cree en la justicia.

Hizo una pausa breve y después continuó:

—Al inicio de este juicio, mi distinguido colega les dijo que el sargento Summers es un agente condecorado con una carrera muy prometedora por delante. La señorita Bailey fue más allá cuando declaró que su historial de detenciones es, tal como ella lo expresó, insuperable. Sin embargo, el sargento Summers ha recibido tanta publicidad desfavorable a resultas de este proceso judicial que, aunque ustedes lo consideren no culpable, no le quedará más remedio que dejar el cuerpo de Policía y ya no podrá desempeñar, de la mejor manera posible, el trabajo que ha querido hacer desde niño. Quizá les parezca que ese es castigo de sobra para un desliz tan pequeño.

»Por último, señoras y caballeros del jurado, me pregunto si esta mañana han tenido ocasión de leer la prensa. Si no ha sido así, permítanme que les muestre algunas de las primeras planas.

Booth Watson esperó un momento antes de alzar un ejemplar de *The Times*, seguido de uno del *Telegraph*, uno del *Daily Mail* y, por último, el *Guardian*. En todos se leía el mismo titular: «no culpable».

—Ayer —continuó Booth Watson en voz más baja— un presidiario salió de la cárcel de Wormwood Scrubs tras cumplir una

condena de catorce años por un delito que no había cometido. Quiero que durante un momento —dijo, y recorrió la primera fila del jurado con la mirada— recuerden lo que hacían hace catorce años y todo lo que ha sucedido desde entonces.

Miró a los de la segunda fila.

—Ahora, señoras y caballeros del jurado, imaginen qué sucedería si esta tarde no tuvieran permiso para volver con sus familias y estuviesen a punto de ser encarcelados durante catorce años por un delito que no han cometido. No me cabe duda de que estarán de acuerdo conmigo: la mera idea resulta insoportable. Por fortuna, ustedes ahora tienen la oportunidad de garantizar que un hombre inocente no cumpla una condena igual de dura por un delito que no ha cometido.

»Les sugiero que, si tienen el menor resquicio de duda sobre si el sargento Summers es culpable o no, lo ponderen con mucho cuidado. Porque entonces la moneda caerá del lado de la justicia y no les quedará más remedio que acordar el veredicto de no culpable.

Una vez más, levantó el ejemplar de *The Times* para que la última imagen que viesen los miembros del jurado antes de retirarse a deliberar fuese «no culpable».

Booth Watson se dejó caer en su asiento con evidentes signos de agotamiento. No era la primera vez, pero *sir* Julian tuvo que admitir que en el Colegio de Abogados no tenía otro rival tan formidable como él.

De nuevo se oyeron murmullos por toda la sala. Booth Watson abrió un ojo con disimulo y le echó un vistazo al jurado. Estaba convencido de haber sembrado la semilla de la duda, porque a todos se los veía tal como Dickens había descrito una vez a un jurado: indecisos.

—Brillante —le susurró *sir* Julian a Grace—. Yo sé que es culpable, tú sabes que es culpable, y está claro que BW sabe que es culpable. Pero, después de eso, quizá el jurado no se sienta con la confianza suficiente para acordar un veredicto digno de considerarse más allá de toda duda razonable.

—Quizá sea buen momento para hacer un descanso y comer —dijo el juez—. Regresen todos a las dos, por favor, que será cuando empiece mi recapitulación.

El juez Ramsden echó la silla hacia atrás, se levantó y, antes de salir de la sala, les hizo una reverencia a los congregados. En cuanto se cerró la puerta tras él, se volvieron a oír murmullos. Al parecer, todos tenían opiniones sobre si declararían al acusado culpable o no culpable.

Bueno, todos menos *sir* Julian Warwick y el señor Booth Watson.

—*Steak and kidney pie* con patatas fritas —dijo William.

Grace frunció el ceño.

—No sé si a Beth le parecería bien.

—Si tú no se lo dices, yo tampoco —respondió William y sonrió de oreja a oreja.

—Yo quiero lo mismo —pidió *sir* Julian, y le devolvió la carta al camarero.

Grace no hizo ningún comentario.

—Sé que es una pregunta tonta, *sir* Julian —intervino Clare—, pero si tuviera que hacer una pequeñísima apuesta sobre el veredicto, ¿qué…?

—Tienes toda la razón, Clare, es una pregunta tonta. Esa decisión hay que dejársela al jurado. Nosotros no podemos adivinar lo que votarán.

Nadie opinó de nuevo hasta que la camarera apareció con una bandeja llena de comida.

—La ensalada verde, para mí —dijo Grace.

—No miréis —les pidió William—, pero vuestro estimado colega…

Sir Julian, Grace y Clare miraron al otro lado de la sala y vieron a Booth Watson comiendo con su cliente.

—BW no es colega ni estimado —dijo *sir* Julian—. Solo compartimos profesión.

—Por muy cierto que sea eso —repuso William—, de todos modos me encantaría oír esa conversación.

—¿Qué te parece? —preguntó Summers mientras cortaba la carne.

—A partir del momento en el que ya no puedo influenciar al jurado —contestó Booth Watson—, dejo de pensar en ello. Es absurdo. Sin embargo, me interesa lo que vaya a decir el juez, porque al final todo podría depender de su criterio.

—Dos de las mujeres del jurado me han mirado cuando te has

sentado al acabar tu discurso, y me dijiste que eso era buena señal.

—Seguro que eran las dos que miraban a Warwick cuando testificó él.

—No podrías haber hecho más —dijo Summers, y se metió una patata frita en la boca.

Cuando la camarera recogió los platos, Booth Watson no pudo evitar preguntarse si sería suficiente.

—¿Cuánto crees que durará la recapitulación del juez? —quiso saber William, y miró la hora—. Esperaba volver a Scotland Yard y ponerme al día con la documentación que está cogiendo polvo en la bandeja de entrada.

—Durará lo que dure —fue el comentario útil de *sir* Julian.

—Padre, ¿puedo hablar contigo sobre Nicky Bailey? —dijo Grace para cambiar de tema.

—¿Qué le pasa?

—Sea cual sea el veredicto, me preguntaba si podríamos darle trabajo en el despacho o en la asociación. No le será fácil llegar a fin de mes siendo madre soltera.

—Essex Court no es una guardería —dijo *sir* Julian, y dejó el café en la mesa—. Somos un despacho de abogados.

—Yo estoy dispuesta a emplearla como investigadora —dijo Clare—. Es lista y muy capaz, y el hecho de que se enamorase del hombre equivocado no significa que no merezca una segunda oportunidad.

—Y de paso ¿por qué no le damos trabajo a Summers? —repuso *sir* Julian—. Seguramente él también tendrá que buscar empleo.

—¿Siempre está así de irritable? —le susurró Clare a su pareja.

—Solo cuando se ha sentado tras su última intervención y reflexiona sobre las preguntas que debería haber hecho.

La camarera volvió a su mesa.

—¿Desean algo más, señores?

Booth Watson miró la hora.

—No, la cuenta nada más —dijo.

No hizo ademán de ir a pagar.

Summers le sonrió a la camarera cuando ella le daba la cuenta. Miró el total: siete libras con ochenta peniques. Le entregó diez libras.

—Quédate el cambio.

—Gracias, señor.

—Estoy deseando volver a verte mañana —añadió Summers sonriente.

Booth Watson no dio su opinión y se limitó a decir:

—Ya es hora de irnos. Será mejor que volvamos antes que el juez para no acabar ambos en el banquillo de los acusados.

Salieron del restaurante y se dirigieron a la sala número uno, donde Summers volvió al banquillo, mientras que Booth Watson se sentaba en la mesa de los abogados. Ambos se recostaron en sus asientos y esperaron a que el juez Ramsden volviese y expusiera sus conclusiones.

El juez entró justo cuando daban las dos, con un archivador grande de color rojo bajo el brazo derecho. Al igual que los dos abogados de las distintas partes, la noche anterior había pasado varias horas puliendo la recapitulación, que estaba entre las más difíciles que había tenido que escribir en una trayectoria muy larga.

Se sentó en la silla de respaldo alto, se recolocó la toga negra y sonrió a los congregados, pero la sonrisa se disipó en cuanto reparó en que el abogado de la acusación no estaba en su sitio. Su ayudante tampoco. Miró su reloj de bolsillo de media saboneta y vio que pasaban tres minutos de la hora. Cuando ya eran cuatro los minutos de más, se puso a tamborilear con impaciencia en el archivador abierto y, llegado el quinto, estaba cada vez más molesto. Nunca había visto a *sir* Julian Warwick retrasarse al inicio de una sesión.

Booth Watson no intentó reprimir una sonrisa burlona cuando dieron las dos y seis minutos y la puerta de la sala se abrió de par en par.

—Mis disculpas, señoría —dijo el abogado de la acusación sin dejar de andar.

El juez Ramsden asintió con brusquedad.

—Cuando esté usted listo, *sir* Julian —dijo—, quizá me permita empezar mi exposición final.

—Antes de que llame al jurado, señoría —respondió *sir* Julian casi sin aliento—, quiero hacer una solicitud en el proceso legal.

—Como desee —concedió el juez.

Con algo de desgana, cerró el archivador y se recostó en el asiento.

—Con su permiso, señoría, quiero volver a llamar a un testigo, ya que han salido a la luz nuevos datos muy importantes.

—Como usted bien sabe, *sir* Julian, a estas alturas del proceso eso sería muy anómalo.

—Soy consciente de ello, señoría. No obstante, no poner estas pruebas en conocimiento del jurado podría socavar la finalidad de este juicio. Estoy seguro de que coincidirá conmigo en que el jurado debe contar con todas las pruebas relevantes y admisibles a fin de emitir un veredicto considerado.

—¿Tiene algún inconveniente en que *sir* Julian vuelva a llamar a un testigo? —preguntó el juez Ramsden mirando hacia el otro extremo de la mesa.

—Por supuesto que sí, señoría —dijo Booth Watson, y se levantó del sitio—. Tal como usted ha indicado, sería un hecho muy anómalo, teniendo en cuenta que el juicio ya casi ha concluido y que lo único que queda antes de que el jurado se retire a deliberar es su recapitulación.

—He oído su opinión, señor Booth Watson, y necesito unos minutos para sopesar la solicitud de *sir* Julian.

Se oyó un tumulto de voces en cuanto el juez salió de la sala y cerró la puerta. Booth Watson mantuvo con su ayudante una urgente discusión susurrada acerca de quién podía ser el testigo en cuestión y, sobre todo, qué nuevas pruebas tenía la acusación.

El reloj marcaba las dos y treinta y seis minutos cuando la puerta se abrió de nuevo y reapareció el juez Ramsden. La sala quedó en silencio mientras todos esperaban a que se pronunciase.

—He tenido en consideración su solicitud, *sir* Julian —dijo— y he decidido quela sala oiga el nuevo testimonio del testigo antes de exponer las conclusiones.

—Debe de haberle pedido consejo al lord canciller —gruñó Booth Watson hablando con su asistente—, así que no tiene sentido protestar.

El juez esperó a que el jurado entrase y se sentara en su sitio antes de decir:

—¿A quién desea volver a llamar, *sir* Julian?

—Al inspector William Warwick, señoría —contestó el abogado de la Fiscalía.

El juez asintió, y el agente judicial bramó:

—Llamamos al inspector William Warwick.

William entró al cabo de un momento. De camino al estrado, le dio un sobre a Clare.

—Inspector, estoy seguro de que no tengo que recordarle que ha prestado juramento —dijo el juez.

William agachó la cabeza, y Clare le entregó a su superior el contenido del sobre, que él comprobó antes de hacerle la primera pregunta.

—Inspector, ¿le importaría contarle al jurado exactamente lo que ha visto hace unos minutos mientras comíamos en el restaurante Silks'?

—He visto que el acusado, que almorzaba allí con su representante legal, le entregaba dos billetes de cinco libras a una camarera después de pedirle la cuenta.

—¿Qué ha hecho entonces?

—Cuando han salido del comedor, le he requisado los billetes a la camarera.

Booth Watson se apresuró a levantarse.

—La pregunta lógica, señoría, es cómo puede estar seguro el inspector Warwick de que son los mismos billetes.

—La camarera no los había metido aún en la caja y le he preguntado si sería capaz de identificar al cliente que acababa de darle el dinero —contestó William.

Abrió el cuaderno.

—La frase exacta que ha dicho es: «Sí, no me olvidaría de él porque es muy guapo y por la buena propina que me ha dado».

—Señoría —prosiguió *sir* Julian—, me gustaría que el agente judicial le llevase los billetes en cuestión al inspector Warwick.

El juez asintió, y el agente judicial los cogió y se los acercó al testigo.

—Exactamente, ¿qué relevancia tienen los billetes? —preguntó el juez Ramsden.

—Forman parte del lote de diez mil libras en efectivo que el agente encubierto le facilitó al señor Reg Payne antes de que el sargento Summers entrase en su casa durante la madrugada del 29 de mayo, tal como relaté bajo juramento. Recordará, señoría, que cuando Summers salió de la casa al cabo de veinte minutos, llevaba una bolsa de Sainsbury's que, a diferencia de lo que *sir* Julian

insinuó, no era la compra de la semana, sino las diez mil libras en metálico que el agente encubierto le había entregado al señor Payne y por las que había obtenido un recibo.

—¿Por qué está tan seguro de que estos dos billetes de cinco libras provienen de ese lote?

—El comandante Hawksby registró los números de serie del lote completo que le dimos a Payne, y yo hice de testigo. —William consultó el cuaderno de nuevo—. Eran los billetes comprendidos entre el AJ142001 y el AJ152000.

—¿Y cuáles son los números de los dos billetes que le ha requisado a la camarera, inspector Warwick? —le preguntó *sir* Julian.

—El AJ143018 y el AJ143019.

—No hay más preguntas, señoría —dijo *sir* Julian.

—¿Desea interrogar al testigo, señor Booth Watson?

Booth Watson permaneció arrellanado en su sitio y musitó:

—Ojalá hubiera pagado yo la cuenta.

31

—Diez años —dijo el comandante— gracias a dos billetes de cinco libras y a que el inspector Warwick estaba medio despierto.

Para el Halcón, eso era todo un cumplido.

—Y gracias al resto del equipo, el inspector Castle se ha prejubilado. Y hay otra cosa que quizá sea aún más importante: otros cuarenta y tres agentes de la Policía Metropolitana han notificado que dejan el cuerpo. Enhorabuena por el trabajo bien hecho.

—Pero Lamont se ha ido de rositas —dijo Paul.

—Dame tiempo —contestó William, casi escupiendo las palabras.

—Lo siento, pero no. Eso tendrás que dejárselo a tu sucesor. Con su buen criterio, el comisario ha decretado que una unidad que investiga policías corruptos no puede repetir equipo en más de un caso, por miedo a que los miembros se distancien del resto de sus compañeros y después tengan dificultades a la hora de reincorporarse a sus tareas habituales. Y yo estoy de acuerdo.

—A lo mejor deberíamos jubilarnos todos antes de tiempo —sugirió William.

—De eso nada, inspector jefe —repuso el Halcón, que se recostó y esperó a ver quién reaccionaba primero.

Paul se puso a dar palmadas en la mesa, y Jackie y Rebecca lo siguieron al instante.

—Enhorabuena, inspector jefe —dijo el Halcón cuando los vítores hubieron amainado. Como William no decía nada, añadió—: Sé que te alegrará saber que el resto del equipo trabajará contigo en tu siguiente misión.

—No sé si preguntar qué nos tiene reservado, señor —respondió

el inspector jefe Warwick.

—Homicidios —dijo el comandante.

Permitió que digiriesen la idea para ver cómo reaccionaban.

—Creo que prefería Patrimonio Histórico.

—Qué recuerdos —dijo el Halcón.

—O Estupefacientes —añadió Paul.

—No lo dudo —repuso el comandante—. Pero cuando eres el mejor, al final te encargan lo peor: vuestro primer trabajo será investigar a cinco personas que han cometido un asesinato y han salido indemnes. No obstante, os voy a permitir unos días de disfrute antes de que os presentéis el lunes por la mañana para empezar la nueva misión. A las ocho en punto.

—¿Quiere decir que tenemos el resto de la semana libre? —preguntó Paul.

—Tu intelecto es tan afilado que me sorprende que no te afeites con él por las mañanas, sargento Adaja. Sí, tomaos un descanso, lo tenéis merecido. Si decidís salir a celebrarlo, yo pago la primera ronda.

—¿He oído bien, señor? —preguntó Paul.

—Has oído bien. Y no olvidéis que tengo autoridad para dar ascensos y también para quitarlos. En tu caso, sargento Adaja, puedes ir a Homicidios o volver a patrullar por la calle. Tú eliges. Pero de momento no quiero veros a ninguno en la oficina hasta el lunes. A excepción de la agente Pankhurst, ya podéis largaros todos.

William recogió los papeles y salió del despacho con los demás. No mencionó que él, por su parte, no pensaba descansar el resto de la semana, ya que tenía un asunto privado del que ocuparse.

El Halcón esperó hasta que todos se hubieron marchado para hablar con Rebecca.

—Agente Pankhurst, a pesar del triunfo del equipo, en el que tú has tenido un papel primordial, creo que hay una persona que seguramente no celebrará nada. No voy a fingir que lo entiendo, pero sospecho que la agente Bailey sigue enamorada de Summers; necesito que le digas que, en lo que a mí respecta, el caso está cerrado y no hay ningún plan para tomar medidas contra ella.

—Será un gran alivio —dijo Rebecca—. Gracias, señor.

—Esperemos que encuentre otro trabajo.

—Ya le han ofrecido un puesto de investigadora en el despacho

de Clare.

—Para el que está bien cualificada —repuso Hawksby—. De momento, me gustaría que la llevases a tomar algo y la convencieses de que hay motivos de celebración. Has demostrado ser una amiga leal y tiene suerte de contar contigo.

Rebecca salió del despacho y encontró a sus compañeros con ganas de festejar.

—¿Vienes al *pub* con nosotros? —le preguntó Jackie.

—Gracias, pero tengo que irme a casa —dijo, sin dar explicaciones.

William le ofreció una sonrisa cálida, consciente de la tarea que le habían encomendado.

Rebecca decidió regresar a pie, ya que necesitaba un poco de tiempo para ordenar las ideas. Tenía que convencer a Nicky de que había hecho lo correcto al testificar contra su antiguo amante y de que ya era hora de pasar página.

Cuando llegó a la puerta de su casa, estaba preparada para enfrentarse a las lágrimas y las recriminaciones, aunque también esperaba ver alivio. Metió la llave en la cerradura y sonrió al abrir la puerta y oír al bebé llorando. Estaba muy orgullosa de que Nicky le hubiera propuesto ser madrina de Jake.

A medida que subía la escalera, los lloros se hicieron más fuertes. Llamó a la puerta de Nicky. No esperó a que contestase, sino que entró y encontró a su amiga aovillada en el suelo con dos botes de barbitúricos vacías al lado. Jake seguía llorando.

—¿Diez años por robar un anillo que vale tres mil? —preguntó Miles—. No me lo creo.

—Y no solo eso —respondió Booth Watson—: un anillo que ya había robado un ladrón al que le echaron dos años.

—¿Cómo es posible?

—Summers era policía en activo. Si yo hubiera pagado la comida…

—Habría sido la primera vez —dijo Miles—. Siempre que como contigo, no solo acabo pagando la cuenta, sino que me mandas una factura por la consulta. Una hora por un desayuno, dos por una comida y tres por una cena. BW, has redefinido el concepto de los

honorarios.

—No es culpa mía que tú no quieras ir a mi despacho —contraatacó Booth Watson—. En cualquier caso, siempre que quedas conmigo es por algo en concreto. ¿De qué se trata esta vez? —le preguntó, y se echó otro terrón de azúcar en el café.

—Quería asegurarme de que te habías ocupado de Christina.

—En todos los sentidos —contestó Booth Watson—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—¿Ha conseguido convencer a su amiga Beth Warwick de que puje por la *Madonna di Cesare*, de Rafael, en nombre del museo?

—Hasta le entregó un talón de un millón de libras que no canjeará porque yo haré la última oferta en tu nombre. No queremos que los clientes piensen que es falso.

—Pero ¿qué sentido tiene involucrar a Christina cuando ella podría cambiar de bando y decirle a su amiga Beth Warwick lo que tramamos?

—«Involucrar» es la palabra clave —contestó Booth Watson—. En la Ley de Justicia Penal de 1967 aparece bajo el título «instigar y ayudar a un delincuente», tal como le explicaré a Christina la próxima vez que nos veamos. La condena máxima que puede imponer un juez por ese delito es de seis años y con eso bastará para que no abra la boca.

—Entendido —dijo Miles—. Debo admitir que por una vez te has ganado hasta el último penique de los honorarios. Pero sigo sin ver por qué tengo que casarme con esa condenada.

—Considéralo una póliza de seguros —respondió Booth Watson —. Cuando Christina se dé cuenta de que podrían acusarla también de dar cobijo a un fugitivo de la ley, le haré saber que la condena máxima que un juez puede imponer por ese delito no está establecida, sino que depende de su propio criterio.

—Pero eso no me evita soltar más de un millón de libras por una falsificación.

—Es eso o pasar los próximos diez años en la cárcel. Tú eliges.

—Ya me has convencido, BW. Igual que acepto que no me pueden ver en el Alden. No obstante, necesito recuperar el resto de mi colección del apartamento de Nueva York.

—Para eso tendrás que coger un avión.

—Lo sé, pero no acabo de entender por qué tuve que acceder a

que Christina les diese nuestros billetes del Alden a Beth Warwick.

—Cuando la boda se celebre y tú te mudes a tu nueva casa, quiero que los Warwick estén lo más lejos posible.

—¿Christina sabe lo de Barcelona?

—No lo sabe nadie más que tú y yo.

—Gracias a Dios. Tendrás que redactar un acuerdo prenupcial —dijo Miles— para que a Christina no le quede ninguna duda sobre las consecuencias de cambiar de bando.

—Ya tengo el borrador —contestó Booth Watson—. A menos que quieras que sea tu padrino, yo ya he hecho mi trabajo.

—Qué gracia que lo menciones, BW…

—La muerte siempre es muy triste —dijo el cura con tono serio —. Más aún cuando le llega a alguien tan joven y con tanto potencial.

»La agente Nicola Bailey, Nicky, era una de esas personas. Tenía por delante una carrera brillante en la profesión que había escogido, pero ahora eso ya no se hará realidad. Pero lo que podemos hacer es compartir el recuerdo de su indudable talento, su espíritu insaciable y su entusiasmo contagioso. Los que han quedado atrás la recordarán con afecto y respeto durante el resto de sus vidas.

El pequeño grupo de dolientes que había alrededor de la tumba lloraban en silencio mientras metían el ataúd de Nicola Anne Bailey en la tierra. Rebecca lloró sin avergonzarse cuando el cura terminó la ceremonia e hizo la señal de la cruz antes de que los presentes se marchasen. William caminó a su lado cuando iban hacia la salida del cementerio, pero no interrumpió sus reflexiones. Grace y Clare acompañaron a la madre de Nicky a su casa, donde se reunieron todos para tomar el té.

La señora Bailey agradecía que el comandante Hawksby hubiese ido a su casa, sobre todo después de que le contase el papel tan importante que Nicky había desempeñado en el equipo. A pesar de lo apenada que estaba, no podía disimular el orgullo que sentía por su hija.

Grace y Clare fueron las últimas en marcharse y, cuando ya se habían ido todos, la señora Bailey les preguntó si tenían un

momento, ya que quería hablar con ellas en privado.

—Por supuesto —dijo Clare.

La señora Bailey tardó unos instantes en pronunciarse, pero, cuando lo hizo, era evidente que le había dado muchas vueltas.

—Nicky os admiraba a las dos —consiguió decir al final— y os agradezco todo lo que habéis hecho por ella, en especial que le ofrecieseis trabajo después de los problemas que había tenido.

—Siempre tuvimos claro que era bastante especial —dijo Clare —. Por eso quise que formase parte del despacho.

—Como ya sabéis, Nicky tenía la esperanza de que ambas accedieseis a ser madrinas de Jake —dijo la señora Bailey—, junto con Paul Adaja.

—Fue una alegría y un halago para las dos que nos lo pidiese — admitió Clare.

—Me gustaría saber, queridas, si puedo imponeros una responsabilidad aún mayor.

—Lo que sea —respondió Grace.

—No es muy típico de una abogada comprometerse a hacer algo antes de conocer los detalles y sin tener al menos un mes para considerar las consecuencias.

Grace y Clare se rieron, y ese día era la primera vez.

La señora Bailey se quedó callada un momento antes de decir:

—Me gustaría cambiaros el título y que en vez de madrinas fueseis las madres de acogida de Jake. A mi edad ya no soy capaz de criar a un niño pequeño yo sola y no me cabe ninguna duda de que seríais unas madres maravillosas.

Grace se quedó sin palabras, pero Clare no, y al cabo de un instante contestó:

—Será un inmenso placer.

—Oye, ¿me escuchas o no te enteras de nada? —preguntó Beth.

—Me he enterado de todo —dijo William, y se metió en la cama.

—¿Y qué acabo de decir?

—Mañana por la tarde, Christie's subastará la *Madonna di Cesare*, de Rafael. Es el lote número veinticinco.

—Vale, una de cada diez palabras. Inténtalo otra vez.

—Christina te ha autorizado a hacer una puja de hasta un millón

de libras en su nombre y, si consigues el cuadro, lo donará al Fitzmolean.

—No está mal, cavernícola. Pero todavía no has aprobado el examen.

—Te ha dado un talón por esa cantidad, aunque si alguien ofrece una puja mayor, tienes que romperlo y no contarle a nadie a quién representabas.

—Impresionante —dijo Beth.

William le puso la mano en la cara interna del muslo, y ella se la apartó como si aquello fuese una primera cita.

—¿Y cómo voy a hacer la puja?

—Por teléfono, desde tu despacho del Fitzmolean.

—Te debo una disculpa, cavernícola —le dijo, y lo abrazó—. Ahora solo queda que me desees suerte.

—Antes de eso —contestó William sin hacer caso de las insinuaciones—, necesito que dejes de pensar en qué gana la galería con eso y te centres en qué gana Christina.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Cariño mío, sé de sobra que estarías muy pero que muy dispuesta a pisotear mil cadáveres para conseguirle una obra menor de un artista holandés poco conocido al Fitzmolean, así que Dios sabe qué no harías para adquirir un Rafael.

—¿Olvidas que forma parte de mi trabajo? Ya he conseguido un Rembrandt y un Rubens para el museo, ambos de la misma persona, por si no te habías dado cuenta.

—Sí me había dado cuenta, y en ambas ocasiones Christina ha ganado algo. Así que lo que yo quiero saber es por qué pisotearía ella esos mil cadáveres.

—Christina nunca te ha caído bien, ¿verdad?

—La verdad es que me cae muy bien, lo que pasa es que no me fío de ella.

—No es una santa, desde luego —admitió Beth—, pero a lo largo de los años ha sido muy generosa. ¿Por qué no le das el beneficio de la duda por una vez?

—Es la propietaria de muchas otras obras maestras y hasta ahora lo único que le ha interesado de ellas es averiguar cuánto valen, así que de momento no le doy el beneficio de la duda. Mi pregunta es: ¿por qué no le ofrece al Fitzmolean un cuadro de la

colección de su difunto marido en lugar de deshacerse de un millón de libras de su dinero?

—Me dijo que quería darle la *Madonna* al Fitzmolean en recuerdo de Miles.

—Lo único que os habría dado de buena gana en memoria de Miles son sus cenizas. Así que me pregunto, cómo no, por qué motivo quiere comprar el cuadro.

—No lo sé, inspector jefe Warwick. ¿Por qué sospechas tanto de los motivos que tienen los demás para hacer cosas? Sobre todo los de Christina.

—Pues porque forma parte de mi trabajo. Pero permíteme otra pregunta: ¿por qué necesita que hagas la puja en su nombre cuando podría hacerlo ella misma sin problema?

—Esa es fácil: el día de la subasta ella estará en Montecarlo.

—¿Y en Montecarlo no hay teléfonos?

—Prefiere que nadie sepa que quiere comprar el cuadro.

—¿Como quién?

—Tim Knox, por ejemplo.

—Eso no tiene sentido. Es el director de la galería y deberías informarlo de lo que Christina te ha pedido que hagas, eso está claro. Si algo sale mal, no volverá a confiar en ti; podrías perder el puesto.

—Pero Christina no me perdonaría que no hiciera honor a mi palabra.

—Entonces, quizá deberías preguntarte por qué te ha escogido a ti y, sobre todo, quién vende el cuadro.

—La iglesia del Inmaculado Corazón de María, de Brompton Road —contestó Beth—. Necesitan el dinero para reparar el tejado.

—Eso me lo creo. Pero ¿quién les ha dado el cuadro? Porque Miles Faulkner no ha sido; él adoraba a Mammón, no a Dios.

—En el catálogo aparece descrito como «propiedad de una particular». Eso suele significar que la propietaria no quiere divulgar su nombre.

—Si averiguas quién es la señora misteriosa, me da que también descubrirás el motivo por el que Christina quiere que te vean a ti comprando el cuadro.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Beth.

—Porque resulta que esa iglesia de Brompton era la parroquia

de la difunta señora Rashidi, cuando ella vivía en The Boltons.

—Podría ser una coincidencia —dijo Beth, que quería distraerlo.

Ahora le tocaba a William apartarle la mano.

—¿También es coincidencia que el difunto Assem Rashidi estuviera en Pentonville al mismo tiempo que Miles Faulkner, que era el anterior propietario del Rafael?

—¿Qué demuestra eso?

—No lo sé, pero quizá explique los motivos por los que Christina no quiere que nadie más que tú sepa que la compradora es ella.

—Pero si consigo el cuadro por un millón o menos, tu teoría muerde el polvo y tú también.

—En eso estoy de acuerdo.

—En cuyo caso, Christina será una santa, y tú un cínico aburrido.

—Christina no es una santa, y solo hay una manera de averiguar si soy un cínico aburrido.

—Ilumíname —dijo Beth, imitando al Halcón.

—Mientras tú estés en el museo haciendo pujas por teléfono en su nombre, yo estaré en Christie's y te aseguro que no estaré mirando al subastador.

William apagó la luz y le acarició a Beth la cara interna del muslo.

—Es interesante que esto te motive, cavernícola.

32

—¿Cuáles son mis órdenes? —preguntó William al levantarse de la cama al día siguiente, y se dirigió al baño.

—Mientras yo consiga el Rafael por menos de un millón —dijo Beth—, me da igual porque esta noche un cínico me llevará a celebrar el triunfo en Elena's.

—Y si lo compra otra persona por más de un millón, ¿qué pasa?

—Entonces, en vez de cenar me comeré mis palabras, inspector jefe.

—Prefiero ir a Elena's —respondió William.

Cerró la puerta del baño. No era la primera vez que reparaba en que Beth siempre veía el vaso medio lleno, y ese era uno de los muchos motivos por los que la adoraba. Y tenía la esperanza de equivocarse, pero le daba la sensación de que ese vaso en concreto estaba medio vacío.

Abrió el grifo de agua caliente y se miró en el espejo. De vez en cuando echaba de menos la época en que trabajaba de agente encubierto y no le hacía falta afeitarse a diario. Y entonces recordó que ese día tenía que ir a un sitio de incógnito.

—¿Cuánto crees que tendrá que pujar Booth Watson? —preguntó Christina mientras esperaban en la cola de la puerta de embarque.

—Un millón cien o un millón doscientos como mucho.

—Es demasiado dinero para una falsificación —dijo Christina.

—No tengo más alternativa —respondió Miles—. Si otro comprador se hace con el cuadro y después descubre que es falso, no solo tendrías que darle el original, sino que el listo del inspector

Warwick sumaría dos más dos y ambos acabaríamos en chirona.

Miles le entregó la tarjeta de embarque y el pasaporte a la azafata del mostrador, que lo abrió por la última página, miró la fotografía y se lo devolvió.

—Que tenga un buen vuelo, capitán Neville —le dijo.

El director prestó mucha atención a lo que Beth le contaba antes de dar su opinión.

—¿Dices que la señora Faulkner te ha dado un talón de un millón de libras para que pujes por el Rafael y nos lo quedemos nosotros?

Beth le entregó el talón.

Tim leyó la cifra y sonrió. Se puso a tamborilear la mesa con los dedos, algo que siempre indicaba que estaba enfrascado en sus pensamientos.

—Ahora mismo tenemos un millón en el fondo para adquisiciones —dijo al final—. Así que te autorizo a pujar hasta dos millones. Debería ser más que suficiente para conseguir el cuadro.

—¿Le digo a Christina lo que hemos decidido?

—Por supuesto, pero no lo hagas hasta que yo se lo haya comentado al presidente del consejo de administración y me dé su aprobación.

—¿Por qué sonríes?

—Porque la galería podría tener un Rafael.

Christina cogió el teléfono y cuando oyó esa voz se alegró de que Miles hubiera salido a correr como todas las mañanas.

Escuchó con atención lo que le decía su amiga, pero no contestó de inmediato. Beth empezaba a preguntarse si Christina le había colgado por no haber cumplido la promesa de no decirle a Tim lo que habían acordado, pero entonces Christina rompió el silencio.

—No veo motivos para no subir hasta dos millones —le dijo—. Buena suerte.

Sonrió solo de pensar en que Miles tendría que pagar el doble de lo que había calculado para recuperar el cuadro falsificado. Oyó la puerta de casa y colgó sin despedirse.

A William le costaba concentrarse mientras le pasaba el testigo y las responsabilidades al inspector Cole, el nuevo jefe de la Unidad Anticorrupción.

—La idea de espiar a mis compañeros no me ilusiona —admitió Cole.

Tenía delante una pinta y una empanada de cerdo.

—A mí me ayudaba pensar que eran corruptos, más que compañeros —dijo William—. Y tan malos como cualquier otro delincuente.

Cole fue a la barra a por otra ronda, pero cuando volvió a la mesa todavía no parecía convencido.

—¿Tienes ganas de llevar un equipo de Homicidios y de ser el principal investigador?

—Depende de por cuánto lo vendan —respondió William.

El inspector Cole lo miró confundido.

—Perdona —dijo William, y volvió al presente—, estaba pensando en otra cosa.

Booth Watson pidió un Courvoisier VSOP.

Miró la hora: las 18.37. El primer lote se sometería a subasta a las siete en punto. Sabía el tiempo exacto que tardaría en andar a Christie's desde el Ritz y, dado que el Rafael era el lote veinticinco, no tenía prisa alguna.

—Su coñac, señor.

Beth se puso a dar vueltas por el despacho como un tigre enjaulado. A las siete de la tarde cerró la puerta con llave para asegurarse de que nadie la molestaba.

Un rato antes Tim Knox se había pasado por allí y había confirmado que la junta administrativa accedía a que ofreciese por el Rafael un máximo de dos millones de libras. Sin embargo, esperaban que lo consiguiera por menos y que no hiciera falta recurrir al millón del museo. Beth miró la hora y se sirvió otro café solo mientras esperaba a que sonase el teléfono.

El representante de Christie's la había llamado antes de mediodía para darle la información:

—Contactaré con usted en este número cuando el subastador llegue al lote número veinte —le había dicho—. Así tendrá tiempo de sobra para prepararse. El señor Pylkkänen me ha notificado que la puja empezará con quinientas mil libras. Yo la mantendré informada de cómo avanza la venta, y usted puede decirme cuándo quiere empezar a pujar. Lo más importante es que, si alcanza el límite que se haya puesto, debe notificármelo. Si su puja es la puja que se acepta, dispondrá de catorce días para llevar a cabo la compra y, una vez hecho eso, entregaremos el cuadro en el museo.

—¿Cuándo cree que me llamará? —preguntó Beth.

—Poco después de las siete y media. Quizá sea buena idea usar el altavoz del teléfono. Ha habido clientes a los que se les ha caído el auricular durante la subasta; hubo uno que colgó sin querer y no pudo contactar de nuevo a tiempo de seguir pujando. Le deseo buena suerte —había dicho—. No se me ocurre un lugar mejor para la *Madonna di Cesare* que el Fitzmolean.

Beth pensó en la última persona que había dicho eso.

Booth Watson se acabó la copa de coñac añejo y se planteó pedir otro, pero cambió de opinión y pidió la cuenta. Extendió un talón y añadió una buena propina en nombre de su cliente.

Unos días antes había recorrido el corto trayecto que separaba el Ritz de Christie's; la intención era asistir a una subasta de sellos poco comunes que oficiaba el mismo subastador que se subiría al podio esa tarde. Había tardado nueve minutos.

Entró en la sala a las 19.42 horas y se sentó en el lugar que había reservado y que había seleccionado tras pensarlo con mucho cuidado. Era en la tercera fila empezando por atrás, en el lado de la izquierda. Había ensayado cómo levantar la paleta a la altura suficiente para que el subastador la viese sin que ninguno de los que estaban delante tuviesen la menor idea de quién pujaba.

Cuando le sonó el teléfono, Beth lo cogió como si le fuera la vida en ello.

—Hemos llegado al lote número veinte, señora Warwick —dijo el representante de Christie's—. ¿Me oye claramente?

—Sí —respondió Beth.

Entonces pulsó el botón del altavoz y colocó el auricular en su sitio. Oyó una voz que decía: «Vendido por cuarenta y dos mil libras», seguido de un mazazo.

Pasó a la siguiente página del catálogo; cuando miraba el lote número veintiuno, William entró en la sala de subastas.

«Parece un estreno del West End», fue lo primero que pensó William. Todos los asientos estaban ocupados mucho antes de que se levantase el telón. Se colocó detrás de un grupo de marchantes que hablaban entre ellos; desde allí veía bien al subastador y no llamaba la atención. Escudriñó la sala, pero no avistó a nadie conocido. El hecho de no verles más que el cogote a casi todos no ayudaba, y a los que estaban al otro extremo casi no los distinguía.

—Lote número veintiuno.

Booth Watson estudió el catálogo. Un bodegón de Pieter Claesz no llegó al precio de reserva, así que el subastador dio un mazazo y murmuró: «Lote no adjudicado» para confirmar que ninguna puja había conseguido el cuadro. Era improbable que el Rafael sufriera el mismo destino, ya que la prensa lo había bautizado como la principal atracción de la venta de otoño.

—Lote veintidós —anunció el subastador con más esperanza que antes en la voz—. Un dibujo de la catedral de Amberes, de Peter Paul Rubens. Tengo una puja inicial de veinte mil libras. ¿Veo veintidós?

Alguien las ofreció, y al final el dibujo se vendió por treinta y tres mil libras, algo menos de la estimación alta.

A Beth no le hacía falta medirse el pulso para saber que cada vez que oía el martillo se le aceleraba unas pulsaciones.

—Lote veintitrés. Un autorretrato de Frans Hals, óleo sobre tabla. Abro la puja con cincuenta mil libras.

William continuó concentrado en los postores. Una mujer levantó la paleta desde la tercera fila. A su puja siguió una puja telefónica anónima cuyo representante estaba sentado a una mesa larga que había sobre una tarima, en el lado derecho de la sala. Tapaba el micro con la mano para que nadie más que su cliente oyese lo que decía.

William se fijó en el puñado de asistentes que esperaban al teléfono a que se subastasen los lotes que sus clientes anónimos les

habían confiado. Se preguntó cuál de todos estaba conectado con Beth.

—Ciento veinticinco mil —dijo el subastador cuando otro postor levantó la paleta.

—¡Adjudicado!

—No pueden tardar mucho más —dijo Christina.

El gato le saltó al regazo y se acomodó.

—Booth Watson nos llamará en cuanto hayan vendido el cuadro —respondió Miles.

—No te veo nada nervioso —observó ella mirando al marido del que no podía permitirse un divorcio.

—¿Por qué iba a estarlo? BW lo conseguirá sea cual sea el precio de martillo.

—¿Aunque sea más de un millón?

—No hay motivos para que se venda por encima de la estimación alta —dijo Miles con tono realista.

Christina continuó acariciando al gato, que se puso a ronronear contento.

—El subastador acaba de abrir la puja por el lote veinticuatro —dijo la voz al teléfono—. No falta mucho. ¿Está preparada, señora?

«Muy preparada», quería responder Beth, pero se conformó con decir:

—Sí, gracias.

—Lote adjudicado por noventa mil libras —oyó de fondo.

A continuación hubo una pausa que se le hizo interminable y por fin oyó las palabras:

—Lote número veinticinco: *Madonna di Cesare*, de Rafael.

Hubo un arranque de murmullos por toda la sala mientras colocaban el cuadro en un caballete que habían plantado delante del podio, para que todo el mundo lo viese. El subastador esperó a que el silencio fuese total, cosa que puso a Beth más nerviosa.

—Tengo una puja inicial de quinientas mil libras. ¿Veo seiscientas mil?

—¿Desea pujar, señora? —le preguntó la voz al teléfono.

—Sí —contestó Beth con decisión.

—Tengo seiscientas mil por teléfono —dijo el subastador, y se volvió hacia su izquierda.

Booth Watson miró la hilera de asistentes que esperaban con paciencia en el lado derecho de la sala. Solo uno de ellos tapaba el micro del teléfono con la mano para susurrarle al cliente. Sabía a ciencia cierta quién estaba al otro lado.

—Quiero ver setecientas mil —dijo el subastador.

No tuvo que esperar mucho para que Booth Watson levantase la paleta.

—Un caballero ha ofrecido setecientas mil desde el fondo de la sala —dijo la voz del teléfono—. ¿Quiere subir a ochocientas mil, señora?

—Sí —respondió Beth sin dudarlo.

William también sabía quién estaba al teléfono, pero no veía quién era la otra persona que pujaba. No podía correr el riesgo de acercarse, por si alguien lo reconocía.

Ochocientas mil libras, novecientas mil libras y un millón, una detrás de otra.

—¿Veo un millón cien mil? —preguntó el subastador.

Booth Watson levantó la paleta.

Y entonces William lo vio.

Miles se puso a dar vueltas por el salón mientras esperaba con impaciencia a que sonase el teléfono; Christina acariciaba al gato en el sofá.

—Ya tienen que haber llegado al lote veinticinco —dijo Miles, y miró la hora.

—Sería lo lógico —respondió Christina—. Pero estoy segura de que el señor Booth Watson te llamará en cuanto baje el martillo. Es muy de fiar —añadió, y siguió acariciando al gato.

Ambos ronronearon.

—Un millón ochocientas mil —dijo el subastador.

Dividía la atención entre la puja telefónica y el caballero que se había sentado al fondo y que parecía ser el único que continuaba en

la carrera. Booth Watson no daba crédito; no entendía quién podía estar al teléfono, ya que no podía ser la señora Warwick. A no ser que…

Alzó la paleta de nuevo.

—El caballero del fondo sube la puja a un millón novecientas mil, señora —le susurró el intermediario—. ¿Quiere subir a dos millones?

—Sí —dijo Beth por última vez.

Cerró los ojos y rezó por que quienquiera que fuese el otro postor también hubiera alcanzado su límite y no volviera a levantar la paleta.

—Tengo una puja telefónica de dos millones —anunció el subastador—. ¿Ofrece dos millones doscientas mil, señor? —preguntó esperanzado y sin quitarle ojo al otro postor.

Tras un tiempo que a Beth se le hizo eterno, pero que de hecho no fueron más que unos segundos, la paleta se elevó.

El subastador miró al representante al teléfono.

—Tengo dos millones doscientas mil —dijo con una sonrisa afable.

—¿Ofrece usted dos millones cuatrocientas mil, señora? —le preguntó una voz desde la distancia.

—No —respondió Beth—. He alcanzado mi límite.

—Gracias, señora —dijo el representante de Christie's antes de colgar.

Miró al subastador y negó con la cabeza. No le comunicó a su cliente lo agradecido que estaba, porque es la oferta más baja la que decide el precio de martillo.

—¿Hay alguna puja más?

El subastador recorrió la sala con la mirada, pero fue en vano. Por fin bajó el martillo con un ruido sonoro y anunció:

—Adjudicado al caballero del fondo de la sala por dos millones doscientas mil libras.

La sala prorrumpió en aplausos después de que se estableciese un nuevo récord de venta para un Rafael. Booth Watson no se unió a la celebración.

William aún no estaba seguro de quién había hecho la puja final, ya que al comprador solo le había visto la parte de atrás de la cabeza, pero no pensaba arriesgarse a que nadie lo reconociese: el

momento en el que el depredador que acecha se convertiría en la presa.

Se apresuró a ausentarse de la sala, bajó la amplia escalera alfombrada y salió a la calle. No miró atrás hasta haber cruzado la calzada y haber llegado a un callejón que había identificado la noche anterior y desde donde se veía con claridad la entrada de la casa de subastas. Temblando de frío, William esperó a confirmar sus peores sospechas.

Sonó el teléfono del salón. Miles lo cogió y escuchó un momento en silencio. Se quedó pálido mientras repetía:

—¿Dos millones doscientas mil libras?

—Eso es —confirmó Booth Watson—. Estoy a punto de dejar el diez por ciento de depósito. El resto hay que pagarlo antes de que pasen catorce días.

—¿Quién era el otro postor? —exigió saber Miles.

—Eso es lo raro: solo había otra puja seria, y era por teléfono. Supongo que era la señora Warwick en nombre del Fitzmolean.

—¿Cómo va a ser posible si Christina solo le dio un talón de un millón?

—No tengo ni idea —admitió Booth Watson—. Quizá deberías preguntárselo a tu esposa.

—Eso haré —dijo Miles.

Colgó el teléfono con tanta rabia que el gato saltó del regazo de Christina y salió corriendo de allí.

—¿Ya es tuyo? —preguntó inocente Christina.

—Sí —contestó Miles—. Pero he tenido que pagar dos coma dos millones.

Se volvió y vio una sonrisa fugaz en el rostro de Christina. ¿Cómo era posible?

Cuando hubo llamado a Tim Knox para darle la mala noticia, Beth se puso el abrigo y abrió la puerta del despacho. Había decidido ir directa a casa y compartir la pena con los mellizos. Al menos ellos no se regodearían. Iba a comerse sus palabras, pero aún tenía que hacerle la cena al sabelotodo de su marido. Se preguntaba

si él sabía algo más.

Al menos los esperaba el viaje a Nueva York en el Alden, y, una vez embarcados, le prohibiría volver a sacar el tema.

El torrente de personas que se habían reunido para la subasta se vertía al exterior del edificio. Algunos buscaban taxi, mientras que otros se dirigían a sus clubes o a sus restaurantes de moda.

William se fijó en todas las caras, pero ninguna le merecía especial atención. No reconoció a nadie más. Empezaba a plantearse la posibilidad de que los dos millones doscientas mil libras fuesen de un postor real y se entretuvo con esa idea. Pero no tenía intención de irse a casa hasta que hubieran apagado todas las luces del edificio. Sabía que la espera podía ser larga.

Booth Watson colgó el teléfono del vestíbulo y se volvió hacia el joven asistente que lo esperaba.

—Enhorabuena, señor —dijo el joven.

El postor ganador pensó que no era momento de felicitaciones, pero se pronunció.

—Como ya sabe, señor, necesitamos un depósito de doscientas veinte mil libras para garantizarle el Rafael; el resto hay que pagarlo antes de catorce días.

Booth Watson sacó de un bolsillo interior un talón en blanco que ya estaba firmado y fechado. Escribió «doscientas veinte mil libras» en letras primero y en cifras después y, a continuación, se lo entregó al joven.

—Gracias, señor. En cuanto hayamos recibido el total, puede usted recoger el cuadro o podemos enviárselo. Será un placer.

Una vez más, Booth Watson no dijo nada. Dejó al empleado allí plantado y se dirigió a la salida principal.

William estaba a punto de admitir que debía de haberse equivocado cuando una figura corpulenta salió de la casa de subastas con cara de no estar nada satisfecha. Paró un taxi y desapareció en dirección a Saint James.

William echó a andar despacio hacia la parada más cercana de metro, pero se detuvo al divisar una cabina roja de teléfonos en un

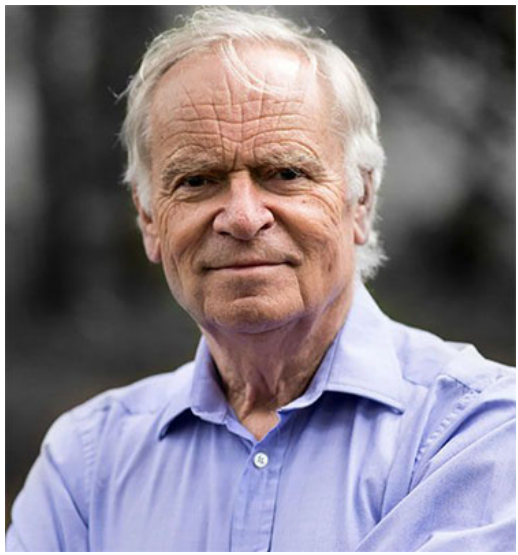
rincón de Piccadilly. Entró, levantó el auricular y marcó un número que no aparecía en ninguna guía. Cuando una voz conocida contestó a la llamada, metió una moneda de diez peniques en la hendidura.

—Buenas tardes, señor. He pensado que debería saber que Booth Watson estaba en la subasta y que, a pesar de que mi esposa ha ofrecido dos millones por el Rafael, la puja final no ha sido la suya.

—Una cosa está clara —dijo el Halcón—. Booth Watson no habrá hecho pujas en nombre de la señora Christina Faulkner, ya que es la vendedora.

—Cosa que acota mucho los candidatos —dijo William—. De hecho, empiezo a pensar en la posibilidad de que Miles Faulkner siga vivo.

—Yo no creía que hubiera muerto —respondió el comandante.



JEFFREY HOWARD ARCHER, Baron Archer of Weston-super-Mare (Londres; 15 de abril de 1940), es un escritor y expolítico inglés, estudió en el Wellington School y en el Brasenose College de la Universidad de Oxford.

A comienzos de 1960 representó al Reino Unido en atletismo (en la especialidad de 100 metros lisos). En 1969 ingresa en la Cámara de los Comunes por el Partido Conservador, y fue el miembro más joven. También formó parte de la Cámara de Lores (es lord desde 1992), como dirigente del partido conservador. A lo largo de su carrera política protagonizó varios escándalos y controversias. En 2001 fue condenado a cuatro años de cárcel, acusado de un delito de perjurio.

Tuvo dos hijos con su esposa, la científica especialista en energía solar Mary Archer: William y James.